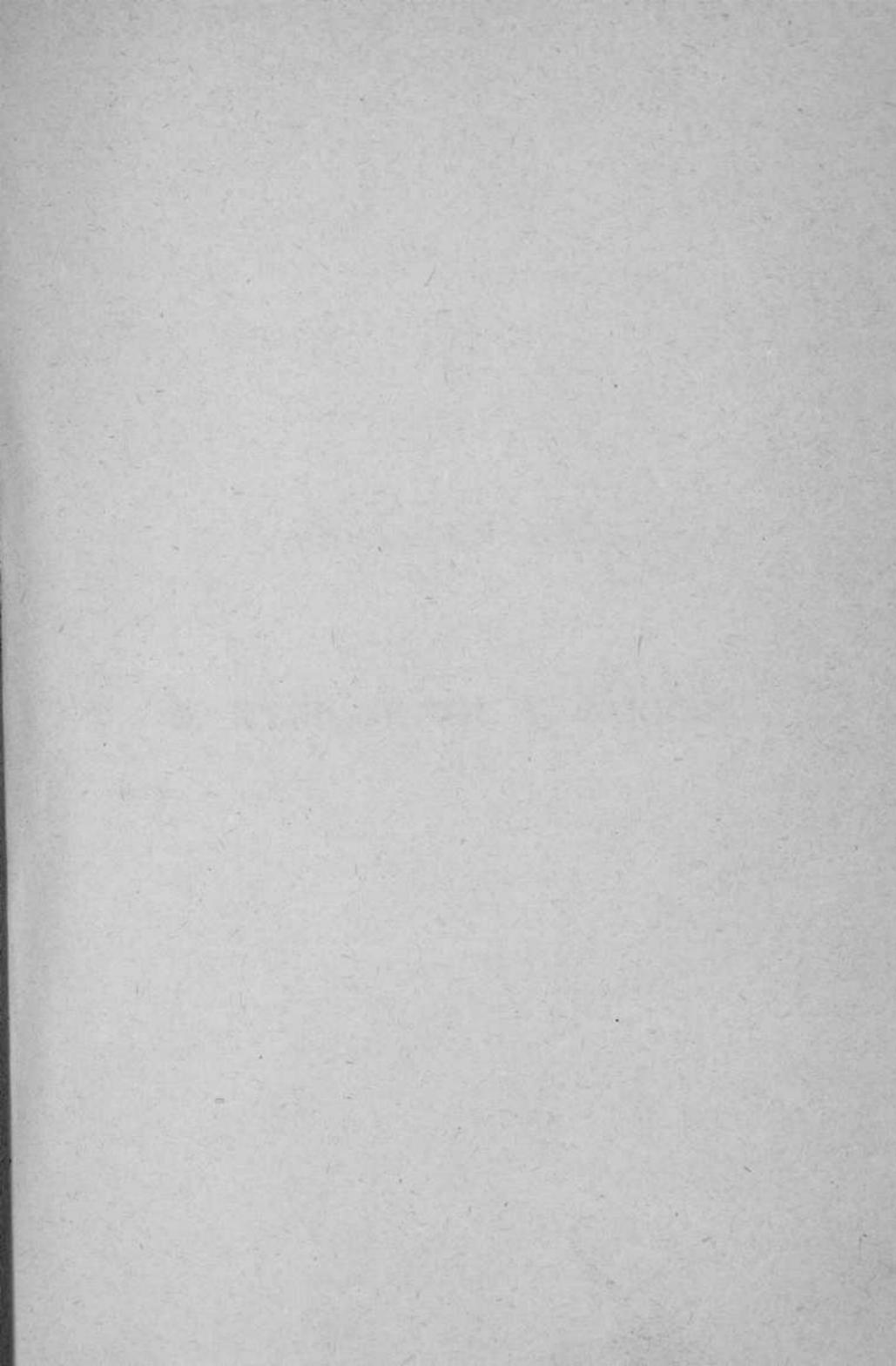




6367









OBRAS EN PROSA

DE

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

OBRAZ EN PROSA

D. ENRIQUE GIL Y OLMEDA

OBRAS EN PROSA  
DE  
D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

COLECCIONADAS

POR D. JOAQUÍN DEL PINO

Y

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

Y DE LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

---

TOMO I

---



MADRID

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO

*calle de Pontejos, 8*

—  
1883

DECLARATION OF THE CHINESE EMBASSY

DECLARATION

The Chinese Embassy in London has the honor to inform the British Government that the Chinese Government has decided to...



The Chinese Government has decided to... (The remainder of the text is extremely faint and largely illegible due to the quality of the scan.)

## PRÓLOGO.

---

Hace ya algunos años, que uno de nuestros más distinguidos literatos y esclarecido miembro del profesorado español, el Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz, movido de los llamamientos del patriotismo y de su noble amor á las letras, concibió el proyecto de publicar coleccionadas las obras del insigne y malogrado poeta D. Enrique Gil, cuya memoria recordamos con cariño y respeto cuantos tuvimos el placer de quererle como amigo y de admirarle como escritor. Desgraciadamente, falta de salud y sobra de ocupaciones no permitieron al ilustre profesor dar cima á su laudable proyecto, que sólo pudo realizar en parte, publicando en un elegante volumen en 4.º las obras en verso, precedidas de una corta y bien escrita introducción, en que, con luminoso y seguro criterio, aprecia, aunque sucintamente, el mérito de ellas, y encomia justamente las dotes de ingenio y de estilo que adornaban á su autor. A vuelta de apreciaciones literarias exactas y discretas, como salidas de tan bien cortada pluma, comete, sin duda mal informado en materia de otra índole, un error de poca

monta, pero que no está demás rectificar, puesto que la ocasión se me viene tan á las manos. Al ofrecer el testimonio de su gratitud, por haberle facilitado el desempeño de su tarea, á mi excelente y antiguo amigo el Sr. D. Joaquín del Pino, le atribuye equivocadamente parentesco con el autor cuyas poesías colecciona. No tenía aquél semejante relación con el preclaro poeta, aunque sí vínculos muy apretados de paisanaje, y sobre todo de larga y fraternal amistad: precisamente el recuerdo de tan estrechos y cariñosos lazos, avivado por sus aficiones literarias y artísticas, le estimuló á reunir y ordenar con afanosa solicitud los escritos de su nunca bien llorado amigo, recogiénolos de diferentes revistas y diarios, hoy en su mayor parte olvidados ó desconocidos de la generalidad del público, aunque buscados con codicia por algunos curiosos y diligentes cultivadores de los buenos estudios, que en su ferviente amor á lo bello, no reparan en la costa del tiempo y de la fatiga para desenterrarlo de voluminosas y polvorientas colecciones.

Conservaba D. Joaquín del Pino, además de esas obras ordenadas y coleccionadas con esmero, algunos autógrafos curiosos, que se relacionan con la más importante de ellas, y demuestran el aprecio que á poco de ser conocida, mereció á personajes extranjeros, doblemente ilustres por su instrucción y por su elevada jerarquía y á literatos eminentes como el Dr. Huber, distinguido profesor de la Universidad de Berlín, y el Barón de Humboldt, que

alcanzó en vida, y ha conservado después de su muerte, tan alto y merecido renombre en el mundo científico y literario. Inquietado el diligente colector de trabajos de tal importancia, y poseedor de documentos interesantes que realzan su mérito, por la idea de que unos y otros pudiesen quedar después de sus días oscurecidos, ó por lo menos á mala luz, tenía formado desde hace mucho tiempo el propósito de publicarlos. Vencidas algunas dificultades muy ajenas á su voluntad, que se le presentaron para la realización de su proyecto, se lo comunicó al que suscribe este prólogo, y la calorosa aprobación con que fué acogido, y la oferta de contribuir al logro de su empresa en cuanto me fuera posible, pusieron doble espuela á su deseo.

Así, pues, á D. Joaquín del Pino pertenece la iniciativa, y por consiguiente la mejor y mayor parte de gloria en esta merecida y por algunos muy deseada restauración literaria: por mi parte he procurado ayudarle en la medida de mis fuerzas, inferiores á mi deseo, á levantar y reverdecer la memoria del que fué discreto y queridísimo compañero de juventud para ambos, y se hizo además acreedor á la consideración pública por su rectitud, por su talento, por su instrucción y por su laboriosidad, consagradas al servicio de las letras, y también al del Estado en su corta pero brillante y aprovechada carrera diplomática. Si acertamos en algún modo á dar honra á quien con tantos y tan justos títulos la está pidiendo, habremos obtenido la recompensa más dulce á que podemos aspirar, dejando halagados, ya que no satisfechos por com-

pleto, los deseos de nuestro corazón y los fueros de la justicia.

He aquí explicados en breves palabras el origen y el objeto de la publicación de este libro, hecha con más esperanza de aplauso que de fortuna, porque es hoy empresa difícil despertar la atención del público, y lograr que la fije en obras de amena literatura, impresas por primera vez hace ya muchos años, no reimpresas desde entonces, y á cuyo título no está ruidosamente acostumbrado su oído.

Enrique Gil cultivó las letras con amor puro y desinteresado, sin dejar en ellas huella trastornadora, y la luz que despide su nombre es dulce y callada como la de las estrellas en el cielo. Desde que la muerte le arrebató prematura y desapiadadamente al cariño de su familia y de sus amigos, privando al mismo tiempo á la patria y á la literatura de uno de sus más celosos y distinguidos servidores, la sociedad española ha andado mucho camino, alejándose del punto de partida de aquella época por sendas fatigosas y nada seguras, y sigue andando con febril apresuramiento, quedándole poco vagar, y menos apacibilidad de espíritu para volver la vista á contemplar lo que va dejando atrás en su marcha, por pintoresco y placentero que sea, como no aguije su interés y solicite su atención algún incentivo poderosamente estimulador. Los repetidos y dolorosos sacudimientos sufridos en su rápida trasformación social y política, han dejado muy quebrantada su salud moral, y no poco se ha resentido del padecimiento su gusto literario y artístico en el transcurso de un período tan largo

de agitación y de fatiga. El gusto es planta exquisita y delicada; crece mal en terreno desigual y movido, donde no arraigan los afectos ni las creencias, y se resiente con facilidad de los cambios inclementes y rápidos de la atmósfera que le rodea. Ciertamente que la literatura está sujeta, como todo lo humano, á las variaciones de los tiempos; pero existe en el gusto un principio intrínseco y permanente que las invasiones de la novedad no siempre respetan, dejándolo lastimosamente estragado y torcido: no diré yo que dañe al arte la variación de las modas; pero sí y mucho, que dentro de cada una de ellas no sea el traje de buena tela, ni salga del taller con corte airoso y elegante, lo cual no se evita, en mi humilde concepto, sino con el estudio de los buenos modelos de todas las épocas y en todos los géneros.

Aun concediendo que no se lean hoy seguidamente con el mismo interés y deleite que cuando fueron escritas, una buena parte de las obras de insignes autores, hasta hace pocos años universalmente admiradas, preciso es reconocer que en todas ellas se encuentran por lo menos algunos trozos que son dechados de buen lenguaje y notables ejemplos en que admirar y aprender el arte, para mí casi divino, de dar esmerado pulimento y apropiada juntura á la frase, de tal modo que resalten en ella con todo el brillo, calor y fijeza que la palabra escrita pueda comunicarles, la expresión de la idea, la impresión del sentimiento, y la representación de la imagen: trozos que han de ser manejados, como quería Horacio que lo fuesen en su tiempo

los autores griegos, con mano diurna y nocturna, por todos los que aspiren á conservar el gusto derecho y bien cultivado. Y otro tanto puede decirse de varias producciones literarias en prosa y en verso, publicadas en época mas moderna, y quizá por esto merecedoras con más razón, del título de clásicas, porque cuando se escribieron era ya la crítica más exigente, y no toleraba el descuido y la afectación, con que alguna vez deslustran su estilo escritores muy señalados en el siglo de oro de nuestras letras. Considerándola desde este punto de vista, no deja de presentar interés y de merecer apoyo la empresa, nada tentadora bajo otros aspectos, de reimprimir libros de mérito incontestable, caídos en desdeñosa indiferencia, y de recordar honrosamente nombres ilustres, que después de haber recibido en este mismo siglo, y puede decirse en nuestros días, veneración y aplauso casi unánime, están hoy cercados de triste silencio y desalentadora oscuridad.

No hace mucho tiempo, y en ocasión solemne, uno de nuestros más distinguidos literatos, Secretario de la Real Academia Española, y á cuya pluma ha concedido Dios en buena hora el privilegio que en mala obtuvo Midas para su mano al resumir las tareas de aquella ilustre y docta corporación en el transcurso del año de 1881, con forma elegante y cautivadora en materia de suyo ingrata, y que más se presta á la aridez del examen que al agrado de la narración, citó, entre otros de la misma índole, el hecho verdaderamente desconsolador, de no hallarse agotada aún al cabo de vein-

tisiete años, y á pesar de haberse regalado gran número de ejemplares, la edición hecha en 1854 de las poesías de D. Juan Nicasio Gallego. No se puede dar prueba más triste del torcimiento ó de la anemia del gusto en nuestro país que ver desairada, con tal desvío del público, semejante colección de poesías, realzada por la autoridad académica, y en que tan gallardamente campean las *Odas á la defensa de Buenos-Aires y al nacimiento de la Princesa de Asturias*, las *Elegías al Dos de Mayo y á la muerte de la Duquesa de Frías*, y los *Sonetos á Lord Wellington y á la muerte de Judas*.

Contribuir en algún modo al remedio de lo que se considera un mal, es obra meritoria; y en ese concepto creen los editores de este libro que al reimprimir los escritos de un autor notable no sólo por la ternura y delicadeza del sentimiento, y por la intensidad y elevación de su idealismo, sino también por la corrección y limpidez de su estilo, prestan un servicio á las letras al mismo tiempo que realizan una noble aspiración, y cumplen un deber muy grato desagraviando de las injurias del olvido la memoria de un amigo doblemente ilustre por la excelencia de su corazón y de su ingenio.

Las obras que, coleccionadas, ofrecemos al público, están repartidas en tres secciones de índole distinta: damos en la primera la interesante leyenda tradicional, titulada EL LAGO DE CARUCEDO, y la novela EL SEÑOR DE BEMBIBRE, que puso el nombre de su autor, á gran altura, así en España como en el extranjero, y en cuyo examen nos ocuparemos más tarde y por separado, como lo exi-

gen á la vez la notoriedad y la importancia de su mérito. Van en la segunda varios artículos de crítica literaria, histórica y científica. Comprende la tercera un DIARIO DE VIAJE, hasta hoy inédito, algunos artículos del mismo género y otros de costumbres, en cuya tersa y pulida prosa lucen incrustados con primorosa labor retratos de tipos provinciales, cuadros de escenas populares, vistas de monumentos artísticos y pinturas de encantadores paisajes; todo esto enriquecido con noticias industriales, históricas y arqueológicas, todas ellas curiosas, y algunas de muy deleitosa enseñanza.

Bien quisiera hacer un examen detallado de los artículos que forman la parte más interesante de esta colección, y se refieren á estudios críticos, más ó menos detenidos, sobre obras importantes; pero semejante tarea, muy superior á mis fuerzas, por la variedad y profundidad de conocimientos que exige su desempeño, sería muy difícil, aun para persona más competente que yo y más habituada al acierto en el análisis, porque habría de aplicarlo á juicios críticos de géneros muy diversos, sugeridos al autor por impresiones de obras ajenas, y condensados ya en los estrechos límites del periódico, sin enlace ni sujeción á un plan seguido y completo de exposición de doctrina. Precisamente por esta circunstancia, me parece que el lector ha de consultarlos con más agrado y ventaja separadamente, que amontonados y confusos en extracto y en pocos y desaliñados renglones. Me limitaré, pues, á señalar algunos puntos culminantes, y dignos, en mi humilde sentir, de preferente atención:

hállase en este caso la refutación del juicio de Walter-Scott sobre Hoffmann, hecha con gran abundancia y calor de sentimiento artístico, y no menos copia de razones, en el artículo destinado á dar noticia de la traducción que hizo D. Cayetano Cortés de los cuentos del imaginativo escritor alemán. Entre los estudios que versan sobre producciones en distintos ramos de literatura de varios poetas, que compartían con justicia en aquel tiempo el aplauso y la admiración del público, el más importante y completo por varios conceptos es, según mi pobre entender, el de los *Romances históricos* del Duque de Rivas, en el cual examina con rápido pero muy seguro golpe de vista las diferentes fases de nuestra literatura desde lo que puede llamarse, con fundamento bastante, su restauración en el gusto frío, pero correcto y agradable, del clasicismo francés á mediados del pasado siglo, hasta la revolución iniciada en nuestros días con la estruendosa y deslumbradora aparición de la leyenda titulada *El Moro expósito*, y llevada más tarde á feliz término por su insigne autor con obras de significación más completa y genuína en su género. Con este motivo va desenvolviendo en atinadas observaciones, su opinión sobre la leyenda arriba citada, y que sirvió de guía á la nueva escuela poética para lanzarse por derroteros considerados hasta entonces como peligrosos, en busca de nuevos y más espaciosos horizontes en que explayar su vista y desplegar su vuelo; señala con gran acierto los defectos que amenguan y descoloran algún tanto su mérito por todos reconocido y justamente aclamado,

siendo el más notable de ellos, y singular en una obra que venía á destruir las trabas del clasicismo, el de haber empleado en ella el procedimiento clásico de exponer por narración hechos que la libertad y la anchura del romanticismo le convidaban á presentar en acción, por lo cual dice el articulista con mucha oportunidad, que el Duque de Rivas, al acometer su atrevida empresa literaria, iba más sujeto que lo que él creía por los mismos grillos que se arrojaba á quebrantar. No por eso le escatima el elogio, y lo derrama á manos llenas y con verdadera efusión al hablar de los *Romances históricos*, que con razón considera corona y digno remate de aquella empresa, complaciéndose en citar algunos trozos de los mas notables.

De muy distinto género, pero tal vez de más importancia, es el estudio sobre Luis Vives, que pone de manifiesto dotes de talento muy superiores y distintas de aquellas por las que Enrique Gil es más generalmente conocido. Es un examen laborioso y detenido, expuesto con gran solidez y claridad de juicio, reconcentrando como en un foco, por decirlo así, la brillantez y la intensidad de la luz irradiada sobre la historia y los progresos de la filosofía por aquella gran lumbrera del siglo XVI, cuyos rayos, traspasando la zona patria, inundaron esplendorosamente de gloria española las Universidades de Oxford y de Lovaina. Después de reivindicar la parte que cupo en el movimiento intelectual del siglo XVI á nuestro país tan injustamente desdeñado, hace un bosquejo de la historia de la filosofía hasta el siglo XV, y marca los puntos

prominentes de ella en los tres anteriores, determinando las causas que habían traído, y asegurado el predominio del escolasticismo. Al llegar al XVI, en que floreció Luis Vives, señala con marcada simpatía los esfuerzos de éste para desalojar á aquella escuela de sus atrincheramientos, y ahuyentarla del campo filosófico. Sin negar á los escolásticos lógica en sus procedimientos y descubrimientos importantes, combate su sistema así en la esencia como en la forma, acusándolos de haber tenido el arte del raciocinio aprisionado en redes de sutilezas, y embastecido en fórmulas de argumentación reñidas con la claridad y la pureza del lenguaje. Y á este propósito cita la grosera máxima repetida con frecuencia en las aulas de París por el profesor Juan Dullard: «Cuanto mejor gramático fueres, peor dialéctico serás.» Enumera los libros y tratados que publicó Vives, preparando el camino al logro de su empresa; y al hablar de los *Comentarios á los Libros de la ciudad de Dios*, reconoce que fué recibido este estudio religioso con desabrimiento, y prohibido en algunas partes (\*), si bien atribuye estos efectos no á su espíritu, sino á la parte de colaboración que en él tuvo Erasmo de Rotterdam, tachado, y no sin fundamento, en algunas de sus opiniones, de inclinación á las doctrinas luteranas. Con este motivo aduce como pruebas de la firmeza de la fe católica en nuestro compatriota,

---

(\*) Este libro aparece incluído en el Índice de los prohibidos con la cláusula *Nisi expurg. App. Id. Trid.* (Véase la pág. 320 de la edición oficial española, publicada por D. León Carbonero y Sol, en Madrid, año de 1880.

su correspondencia con el mismo Erasmo, y la conducta que observó en el proceso entablado por Enrique VIII para divorciarse de su esposa Catalina de Aragón, y en que su actitud digna y resuelta le atrajo la enemistad de aquel voluntarioso Monarca, y le costó por de pronto algunos meses de injusta prisión, y por último, salir desterrado del territorio inglés. Hace el análisis razonado de algunos libros de la obra, á que dió con razón Vives mayor importancia, y realmente la tiene, entre las muchas y muy interesantes que escribió, y á la cual puso por título *De las causas de la corrupción en las Artes*, y expone sus resultados trascendentales. No fija menos su atención en los *Ejercicios de la lengua latina*, enderezados á la mejor educación de la juventud, y animados del deseo de restituir á la lengua la pureza y la elegancia de que la habían despojado las fórmulas del escolasticismo. Y por último, se extiende en el examen de algunos tratados del insigne escritor sobre cuestiones relacionadas con el orden social, y dando á sus consideraciones en hondura lo que pierden necesariamente de extensión dentro de los límites del periódico, consigue dejar condensada en breve espacio, y por muy clara y elegante manera, la sustancia de las doctrinas del profundo filósofo valenciano.

El trabajo que acabo de extractar, y los que hizo sobre la obra de D. Martín Fernández Navarrete, relativa á los viajes y descubrimientos de los españoles en el siglo XV, y la no menos interesante que lleva por denominación: *Trabajos históricos de la Sociedad de Anticuarios del Norte*, ponen de manifiesto

la envidiable diversidad de aptitudes en el talento de Enrique Gil, y su idoneidad para profundizar en los estudios más serios, sin que la reconcentración de las fuerzas intelectuales que exige la investigación científica, deje en manera alguna amortiguado el calor del sentimiento, debilitada la vivacidad de la fantasía ó descolorada la galanura del estilo. Muy lejos hubiera ido sin duda en ese terreno, si la muerte no hubiera atajado prematuramente su carrera, cuando empezaba á pisarlo con más firmeza y comodidad, cuando su estancia en un país que convida á la meditación y al estudio, y sus afectuosas relaciones con hombres muy distinguidos por su saber y por su laboriosidad le facilitaban medios de enriquecer y depurar el caudal, ya muy abundante, de sus conocimientos.

Por lo mismo que los artículos comprendidos en esta sección de sus obras se prestan á elogios fundados en la más estricta justicia, la imparcialidad me obliga á señalar algunos lunares, por fortuna muy pocos, que alguna vez los deslucen, y que bien considerados provienen, más que de la sana y vigorosa organización intelectual y moral del autor, del espíritu reinante cuando los escribió, y cuya acción trascendía de la política á la literatura y á la ciencia. Dentro de ese círculo estrecho y viciado mira y juzga alguna vez, de prisa y erradamente; pero cuando se mueve en la zona á que naturalmente le impelen la firmeza y el poder de sus alas, en atmósfera espaciosa y despejada de todo efluvio epidémico, ensancha y remonta su vuelo, y su vista penetrante y segura,

abarca por completo y examina con acierto los objetos en que la fija.

Es preciso tener en cuenta que cuando empezó á escribir, dominaba todavía en los estudios la influencia, que respecto á nuestro país pudieramos llamar doceañista: el espíritu habitualmente hostil á la Iglesia trascendía de las esferas oficiales á la parte no más numerosa pero sí más activa de la sociedad, infiltrándose en la opinión, y quebrantando en ella los principios religiosos al amparo de las ideas políticas. Los sentimientos formados por la educación en el seno de la familia, al salir del calor del hogar al aire libre, tropezaban con corrientes frías y nebulosas que á ratos amortiguaban y oscurecían en ellos la luz de la fe, y de ese mal se lamenta muy sentidamente nuestro autor en uno de sus apuntes del *Diario de viaje*, al pintar la saludable emoción que le causaban en tierra extranjera las solemnidades del culto católico, trayéndole recuerdos de su patria de abajo y *ambición de la verdadera que está en las alturas*. En medio de ese decaimiento general de las creencias, no es extraño que alguna vez se deje llevar de la tendencia de su época aunque sin empeño en seguirla. En el artículo que consagra al juicio crítico de los Romances Históricos del duque de Rivas, halla, aunque de pasada, algún parecido entre lo que califica de lúgubre y temerosa grandeza de la figura de Felipe II en el romance titulado *Una noche en Madrid en 1578*, y la del príncipe de las tinieblas de Milton. Aunque este párrafo, según mi flaco parecer, va en primer término encaminado á la comparación puramente literaria,

podiera ser interpretada la frase por algunos, como guardando sabor de la empleada con frecuencia por los detractores de aquel rey, apellidándole el demonio del Mediodía. Afortunadamente otro de sus más notables artículos, y del cual no tardaré en dar noticia, aleja la sospecha de que su autor llevase al comparar una intención, que por lo exagerada tampoco cuadra bien ni á su talento ni á su carácter. No tiene la misma disculpa, porque no es interpretable, sino claro y preciso, el grave error histórico que comete, y sea dicho en honor de la verdad y de la justicia, aparece incidentalmente, y como dejado caer allí con apresuramiento, al dar cuenta de la representación en el teatro del Príncipe, del drama Macbeth, traducido en verso castellano por García de Villalta, y del injustificado desdén, con que fué recibida del público obra de tan insigne autor, y vertida á nuestro idioma por escritor muy puro y elegante. Queriendo explicar las causas de tan extraño acontecimiento, y fijándose para ello en la época del nacimiento y vida de Skaspeare, admite como verdadero el asesinato del príncipe Carlos por su padre Felipe II, invención de historiadores extranjeros, cuyas obras corrieron algún tiempo con inmerecido crédito. La circunstancia de haberla acogido y popularizado Schiller en uno de sus dramas más famosos, *Carlos, Infante de España*, contribuyó á que pasara poco menos que como artículo de fe entre no escaso número de personas ilustradas.

El protestantismo primero, y más tarde la escuela enciclopedista que no perdonaba medio de

llegar á su fin y naturalmente interesada en dar aspecto tenebroso y aborrecible á los personajes de más resalto en el orden social, cuyas bases, y en especial el catolicismo, pretendía demoler, se aprovecharon de aquella patraña novelesca para presentar rodeado de cierto aparato fantástico, y con marco muy negro en la historia, el retrato del monarca católico á poca luz, y esa á ratos alterada y descompuesta por el reflejo de las llamaradas del odio. Hoy la crítica histórica ha dejado desvanecida esa terrorífica fantasmagoría, y la verdad brilla en los hechos con fuerza tan viva y penetrante, que no basta cerrar los ojos, es preciso arrancárselos para no sentir su impresión.

Pero si Enrique Gil, al pasar por otros asuntos, mirando de prisa y de lejos, se deja fascinar por aquella artificiosa apariencia, cuando se pone á considerar de cerca y con detención lo que tiene ante su vista, la nobleza y la rectitud de su carácter, la elevación y la lucidez de su inteligencia le llevan por natural impulso á rendir culto á la verdad, y tributo de respeto y alabanza á lo que realmente la merece. Así, al considerar á Felipe II en su obra monumental, con razón llamada maravilla del mundo, concebida con tan grande alteza y espaciosidad de pensamiento, y llevada á cabo con no menos firmeza y perseverancia de voluntad, no sólo admira la severa y majestuosa grandiosidad, el orden unido á la belleza en el conjunto arquitectónico, la bien dirigida y ordenada disposición de cada una de las partes á su fin, la suntuosidad y brillantez con que las bellas artes parecen

complacerse en dar decoro y ornato á muchas de ellas, sino que fija, y con mucho cuidado, su atención en las fundaciones establecidas allí con el generoso intento de levantar á la mayor altura posible en aquel siglo las ciencias y las artes, á perfeccionar y extender los estudios de todas clases dentro del límite trazado á la conciencia del munífico fundador por sus deberes de supremo imperante y sus sentimientos de ferviente católico. No reprime el elogio al plan y á los resultados de tan útiles instituciones, y sobre todo á la anchura y largueza de su desarrollo, procurado con ardor y constancia á costa de enormes sacrificios en dispendio y fatiga, dejándolas ampliamente enriquecidas con las producciones más preciosas, y algunas, las más peregrinas, del ingenio y del saber hasta aquella época.

Así lo reconoce el ilustrado crítico, quien, lejos de sacar á la vergüenza en efigie, como prototipo de la intolerancia en su siglo, al fundador del Colegio y de la Biblioteca del Escorial, advierte con mucha oportunidad que en sus reinos pudo circular sin inconveniente el tratado *De rege et regis institutione*, quemado en el de Francia por manos del verdugo, y acaba por formular su juicio en la siguiente frase, que copio textualmente: «No ahogaba, sino que procuraba encaminar á un fin los elementos de progreso intelectual, que tanto bullían en España, y más bien acaudillaba que embarazaba la marcha general de las ideas».

Tales fueron las impresiones que trajo de su viaje al Escorial, y ha dejado estampadas en el

interesante artículo que lleva este nombre; y esas impresiones brillan allí con luz primaria y seguida, mientras que las apreciaciones hechas de paso, á que más arriba me he referido, la reciben secundaria y fugaz. No favorece menos aquella luz al hombre que al Monarca: al considerar el contraste entre la amplitud y riqueza de todo lo que en el monasterio del Escorial se relaciona con el esplendor del culto católico, la gloria de la nación, la enseñanza y el recreo del público, y la estrechez del aposento, y descomodidad de los muebles que el fundador reservó para su uso habitual; al recordar que en aquella estancia sombría y mal acondicionada soportó con estóica firmeza y cristiana resignación tan crueles y prolongados padecimientos; al meditar sobre las palabras que dirigió á su hijo poco antes de morir, y por decirlo así, desde el dintel de la eternidad, forzoso es confesar con Enrique Gil que aquel hombre vivía en la región de las ideas y de los grandes hechos.

La reseña que dejo bosquejada con inexperta y tosca pluma de algunos de los artículos comprendidos en la parte de esta Colección correspondiente á crítica literaria, histórica y filosófica, puede dar al lector una idea aproximada de la importancia y variedad de las materias tratadas en ellos: de los que se refieren á viajes y costumbres nada diré, porque no ha de dar mayor interés á las noticias útiles, amenas y curiosas que contienen el repetir las aquí, y en cuanto á las bellezas que abundan en la descripción de tipos y paisajes, son de aquellas que entran en el ánimo por impresión y

no por examen, y se saborean mejor que se analizan.

Su autor dió á luz estos trabajos tan numerosos como variados, además de los muchos que honran su nombre en otros ramos de literatura, en un espacio de tiempo relativamente corto, desde fines de 1837 á principios de 1844: hizo su entrada en las letras publicando primero en *El Español* del 17 de Diciembre de 1837, y después en el periódico literario *No me olvidés*, correspondiente al 24 del mismo mes, su composición poética titulada *Una gota de rocío*, dedicada á D. José María de Ulloa, uno de sus amigos más queridos, como también lo fué de los que editamos esta colección; hombre de claro y agudísimo ingenio, de vasta y bien aprovechada lectura, de muy amena conversación, y sobre todo dotado de gran firmeza y severidad de carácter, como lo demostró resistiendo á las reiteradas y cariñosas instancias de su hermano el Conde de Adanero para que se retirase del servicio público y renunciase el cargo de magistrado que desempeñaba en la Audiencia de Puerto-Rico, y en el cual murió víctima de la epidemia de fiebre amarilla, que castigó aquella isla en el año de 1853. Fué recibida tan preciosa poesía con grande aplauso en el mundo literario, y el director del segundo periódico en que se insertó, D. Jacinto Salas y Quiroga, felicitó calorosamente á su autor, presagiándole grandes triunfos en el nuevo género poético que había adoptado para su obra, y comparándole por el estilo y por el pensamiento, al inspirado cantor de las *Melodías irlandesas* y de *Lalla Rookh*. Andaba

todavía en aquella época muy encendida la lucha entre la escuela clásica y la romántica, si bien ésta iba ganando terreno cada día, y á grandes pasos; y del influjo de esa lucha, de sus causas y de sus resultados, algo hay que decir, tratándose de un escritor que floreció en ese período tan trascendental y fecundo para las letras españolas, y por lo tanto, digno de observación y de estudio.

Algunos años antes de tomar Enrique Gil puesto, que desde luego fué delantero, en el movimiento literario de su patria, había empezado éste á ir algo agitado y descompuesto, queriéndose salir del cauce por donde tanto tiempo había marchado con corriente más ó menos nutricia y levantada, pero siempre dentro de diques conocidos, cuya severa, correcta y alineada construcción venía de muy atrás acostumbrado á respetar.

Floreecía entonces con gran vigor y lozanía un plantel de jóvenes literatos muy aventajados en talento, y algunos no menos en sus condiciones de carácter: acalorados por ráfagas de aire trastornador que se dejaban sentir con violencia en la atmósfera política, alcanzando en parte á la literaria, deseaban mayor libertad y desembarazo para las concepciones de su espíritu, más variedad y anchura en la elección de los asuntos y en la manera de tratarlos, si bien en la de expresarlos gustaban todavía de vestirlos con ropaje ceñidamente ajustado á la forma académica y castigada, que sabían colocar con gracioso y elegante pliegue, porque habían sido educados en escuela ortodoxamente clásica, y obtenido en ella brillantes y repetidos

triumfos, legítima y ruidosa alabanza. Arreciaban, cobrando cada vez más fuerza y extensión en la esfera política y literaria, los vientos innovadores, cuyo primer impulso partía de lejos y de fuera de España, empujando hacia nuevos y convidadores senderos á tan lucido acompañamiento de las Musas; pero al poner el pie en ellos, la mayor parte de aquellos ingenios felices, tuvieron el buen acierto de no dejarse ofuscar por los relumbrones de un romanticismo artificial en el género del Vizconde d'Arlincourt, novelista entonces todavía muy en moda, á quien no faltaban cualidades de tal, sobre todo fuerza y viveza de imaginación, pero de estilo ampuloso, y muy cargado de barniz sentimental. Buscaron modelos de más grandeza y naturalidad en la inspiración, y al mismo tiempo más simpáticos y halagadores del sentimiento patriótico, que con gran fuerza embargaba sus ánimos, animándolos con la esperanza de la próxima restauración y engrandecimiento de España en nuevas y bulliciosas formas de gobierno. Se entusiasmaron con los valientes cantos de Byron á gloriosas nacionalidades caídas, y gustaban de la vivaz fantasía y minuciosa delectación con que Walter-Scott realzaba las tradiciones de la antigua Escocia. Influían en esta tendencia, además de los recuerdos de la estrecha y larga alianza de España é Inglaterra en la gloriosa guerra de la Independencia, otras causas no desprovistas de importancia: el corto pero escogido círculo de personas que seguían con interés el movimiento político y literario del extranjero, influyentes en la opinión pú-

blica, ya por su posición social, ya por su cultura intelectual, no podía menos de ver con patriótica satisfacción el aprecio hecho en Inglaterra de nuestro carácter y de nuestra literatura por escritores de primer orden, cuya fama llenaba entonces el mundo. Lord Byron había popularizado los tipos españoles en su *Don Juan*, y dedicado las estrofas más inspiradas de Childe-Harold, á enaltecer la fiereza y la impetuosidad del patriotismo español, y pocos eran los aficionados á la poesía, y conocedores del idioma inglés, que no supiesen de memoria y recitasen con patriótico fuego la magnífica invocación á España

*¡O lovely Spain renown'd romantic land!*

Walter-Scott por su parte había dado también muestra de sus aficiones españolas, haciendo frecuentes alusiones en sus obras á nuestras costumbres populares, á nuestro idioma y á nuestra literatura, y encabezando el grupo tal vez más interesante de sus novelas con un trozo en lengua española del capítulo, en que Cervantes refiere el escrutinio de la librería de *Don Quijote*; por otra parte, sus pinturas de costumbres y de tipos populares, causaban viva y agradable impresión por lo mismo que nuestro país conservaba fisonomía propia y todavía llevaba muy hondamente marcado el sello de la nacionalidad en creencias, en costumbres, y hasta en trajes. Las relaciones literarias entre España é Inglaterra, eran á la sazón frecuentes y afectuosas; la emigración española ha-

bía encontrado hospitalaria acogida en los centros estudiosos de Londres, y en las cátedras de aquella capital resonaba con aplauso la voz de doctos y elocuentes profesores españoles. Con dedicatoria escrita en lengua inglesa, y dirigida á personaje inglés, encabezaba el Duque de Rivas la más renombrada de sus obras, *El Moro expósito*, y en el sexto de los romances que la componen, rendía á Inglaterra el tributo de su admiración y de su gratitud, llamándola

. . . . . la más rica  
 Libre, ilustrada, noble y poderosa  
 Nación, que el sol, desde el Zodiaco mira.

Pocos años antes, D. Telesforo Trueba y Cosío, había popularizado en Inglaterra las tradiciones españolas con obras que alcanzaron gran éxito, siendo las más notables en este concepto, y muy encomiadas por la prensa inglesa, la colección titulada *The Romance of History Spain* y las dos novelas anteriores á ella *Gómez Arias* y *The Castilian*, de las cuales la primera fué traducida al español y publicada en 1831 por D. Mariano Torrente (\*).

Todas estas causas, reunidas, y obrando cada una dentro de su esfera de acción, hubieron de impulsar á varios literatos españoles, algunos de grande y merecida nota, á escribir novelas basa-

---

(\*) Véase el concienzudo y muy atinado estudio crítico sobre Trueba y Cosío, debido á la elegante y erudita pluma del Sr. Menéndez Pelayo, y publicado por éste en Santander el año de 1876.

das en la historia y en las tradiciones de nuestro país, que en su mayor parte tenían el corte de las de Walter-Scott, y alguna, de autor más docto que inventivo, el paño y todo (\*).

Vieron la luz pública en la primera mitad del decenio de 1830 á 1840; pero este nuevo género literario, bien recibido en un círculo social poco extenso, no traspasó mucho esa circunferencia, á pesar del mérito de algunas de las obras, y nombraría de la mayor parte de sus autores: no logró por tanto popularizarse, sin cuyo requisito lo nuevo difícilmente prospera. Por otra parte, aun aquellos que recibían con aplauso ese ensayo de una clase de producciones del ingenio hasta entonces desconocida en España, por lo mismo que estaban familiarizados en obras extranjeras con el espíritu que las había inspirado, echaban en ellas de menos el brío avasallador de la originalidad, y sabido es que la imitación, por muy feliz que sea, y grande la boga que pueda darle la moda en determinado momento, ahonda poco en el gusto del público. Así, pues, los privilegiados ingenios, que al romper las trabas del antiguo y estrecho clasicismo, se lanzaron á buscar en la historia y en las tradiciones, nuevas

---

(\*\*) *Los Bandos de Castilla ó El Caballero del Cisne*, novela escrita por D. R. López Soler, sacada á luz en Valencia el año de 1830, con un prólogo notable por la limpidez del estilo, y en que el autor, á vuelta de algunas breves, pero muy atinadas consideraciones sobre las cuestiones que agitaban el campo literario en aquel tiempo, confiesa haber traducido de intento, acomodándolos á su novela algunos pasajes de las de Walter-Scott é imitado otros muchos.

fuentes de inspiración, acertaron en la elección de asuntos, pero erraron en la forma escogida para presentarlos: el recuerdo de sucesos caballerescos y populares de nuestra historia era indudablemente el resorte más poderoso para levantar el sentimiento y el gusto del romanticismo en nuestro país, pero había que vestirlo de forma más adecuada á la libertad del nuevo género, y que participase á la vez de lo novelesco y de lo poético.

Vino á realizar esta aspiración, generalmente sentida, y que pugnaba entonces por encontrar su verdadera y genuína forma de expresión, el Duque de Rivas, publicando, casi en la misma época, su famosa leyenda *El Moro expósito*, precedida de un excelente prólogo, que á lo castizo del lenguaje y á lo atinado de las observaciones, que realzan su mérito literario, reunía el no menos interesante de la oportunidad. Iba acompañada además esta publicación de la de otras producciones poéticas más cortas, pero de la misma naturaleza, muy acomodadas al genio y despertadoras del gusto nacional, acostumbrado á paladear sus tradiciones de todos géneros en el romance y en el drama, expresión más halagadora del sentimiento, y más impresionadora de la fantasía, sobre todo en los pueblos meridionales, que la novela histórica, obra por su naturaleza de más artificio y de menos espontaneidad. Ciertamente es, que en aquel poema, tan notable por la riqueza y novedad de la invención, y por la abundancia y galanura del estilo, perjudica al efecto general, la multiplicidad y variedad de los sucesos, que debilitan el interés del

lector, obligándole forzosamente á repartir su atención en las distintas leyendas que abraza. Nótanse también, además de este defecto, que mejor pudiéramos llamar sobra, algunas reminiscencias de la novela inglesa en ciertos episodios y tal cual ligero descuido en el habla, prueba de que la labor no llevó todo el tiempo y la lima que su egregio autor hubiera deseado; y así lo confiesa él mismo, en una de las notas á su obra ¡tal prisa le dieron á publicarla sus editores, enemigos acérrimos del clasicismo, hasta el punto de llamar tiránica la influencia de su gusto, y calificar *mucho de lo que parece bueno en nuestro Parnaso*, sobre todo, en el que entonces podía considerarse moderno, *de pura palabrería en estilo bombástico!* Así y todo, obtuvo éxito grande y causó general entusiasmo este nuevo género de literatura, que reunía al interés de la novela histórica la libertad y la gala de la poesía juntamente con el seductor halago de la rima, y en que el espíritu nacional se mueve animado de vida propia y pintorescamente ataviado en personajes que respiran el aire, por sitios que brillan á la luz de España, y en que los sucesos brotan con brío y desenvoltura, no sólo en tierra española, sino de raíz honda y vigorosamente trabada en ella.

No había trascurrido mucho tiempo desde que su esclarecido progenitor fundó en nuestro país este nuevo linaje de poesía, muy adecuado á sus condiciones nativas, y de larga y gloriosa sucesión, cuando empezó á entrar en la vida literaria la nueva generación poética, que muy pronto había de dar airovas muestras de su ánimo y de sus

fuerzas: educada en principios muy distintos que la precedente, apellidóse resueltamente romántica, haciendo altiva y descompuesta ostentación de este título, significándose algunos de sus individuos hasta en accidentes caprichosos y originales, que afectaban al porte exterior de sus personas. Mal sufridora de trabas, no se avenía bien, ni con el fondo ni con la forma de la poesía lírica de principios de este siglo y última mitad del anterior; y de ahí atrás, cultivaba el gusto y nutría la inspiración en el nervio y en la originalidad de nuestros antiguos romances; en la grandeza, ingeniosidad y cortesanía del drama calderoniano, y, para exornar, cuando el asunto lo requería, la parte que pudiéramos llamar morisca de las leyendas y poesías relacionadas con la tradición árabe española, en una mezcla del estilo de las orientales de Víctor Hugo con el lujo y sonoridad de la escuela poética andaluza del siglo XVII, á la manera de Pedro de Espinosa en su fábula del Genil. Llevaba con aplauso, pocas veces igualado, la bandera en aquella distinguida cohorte de jóvenes y alentados exploradores de nuevas sendas en el Parnaso español, D. José Zorrilla; á quien, por justa que sea la censura que hayan podido merecer de la crítica las producciones de sus primeros tiempos, no se le puede negar la gloria de haber sido el más fecundo y renombrado poeta de nuestros días, á quien en la leyenda popular ninguno aventaja, y en el drama de forma antigua pocos igualan. Versificador infatigable, la rima le obedece sumisa y hasta complaciente, tomando bajo su pluma for-

mas varias y apropiadas á lo que desea expresar, y que comparadas con las proporciones simétricas y ordenadas de las composiciones poéticas más celebradas de forma clásica, ofrecen un contraste muy parecido al de los caprichosos calados de los alcázares árabes y los encajes de piedra de las catedrales góticas con las líneas severas y las apareadas molduras de las construcciones de Herrera.

Cuando este superior y celebrado ingenio poético dió los primeros pasos en la carrera de sus triunfos, ya se había verificado una notable desviación en el gusto literario, de lo cual es buena prueba el éxito que alcanzó en auditorio tan numeroso como ilustrado la lectura de la composición á la muerte de Larra, debido, más que á su mérito intrínseco, en mi sentir escaso, á las circunstancias de haberla fundido su autor en molde muy distinto del elegiaco, ordinariamente usado en semejantes ocasiones y de haberla empezado á recitar con entonación á que no estaba acostumbrado el oído de la mayor parte de los concurrentes en aquella fúnebre, y por tantos conceptos triste ceremonia. Vino también á probarlo, aunque por más lamentable y enfadosa manera, la puja de romanticismo promovida entre muchos sectarios más fervientes que afortunados de la nueva escuela: resonaban por entonces á cada momento ecos lúgubres y plañideros de lamentos y maldiciones en las grutas del Parnaso, cubrieron su suelo en gran abundancia plantas sombrías y lloronas, y apenas era dable divisar sus cimas, sino á los melancólicos rayos de la luna, ó á los rojizos resplandores del relámpago. Afortu-

nadamente pasó pronto aquel furor, y poco á poco fué calmándose el apetito desordenado de buscar notoriedad adulando con exageración las aficiones reinantes: no tardó mucho en quedar seca la maleza por falta de jugo, y crecieron en el mismo terreno, con desahogo y brío, ramas derechas y lozanas, demostrando el vigor y la limpieza de su savia en la abundancia y exquisita calidad de las flores y de los frutos. Con el tiempo fué apagándose el encendimiento y el ruido de la lucha entre los dos bandos, y el romántico, al ir cobrando dominio en la tierra española, no desterró de ella lo que tenía de legítimo y de bueno la forma clásica en el adorno y compostura del pensamiento.

En esa época de serenidad y de reposo para las letras españolas, y corriendo ya muy entrado el año de 1844, publicó Enrique Gil su celebrada novela, cuando ya ocupaban puesto honroso, pero tranquilo, en las bibliotecas públicas y particulares las de carácter histórico publicadas diez años antes, y que no sólo por su género, sino también por la intención, y la casi simultaneidad con que salieron á luz pública en determinado período de tiempo (\*), parecían animadas del mismo espí-

---

(\*) En 1830 publicó López Soler su novela *Los Bandos de Castilla ó El Caballero del Cisne*; en 1831, D. Mariano Torrente, la traducción de la titulada *Gómez Arias*, escrita en inglés por Trueba y Cosío; y Pichot su *Historia de Carlos Eduardo*, inspirada en *Waverley* y en las *Baladas Escocesas*, que obedece al mismo espíritu, y forma parte de la colección de novelas que imprimía entonces Jordán; en 1834 salieron á luz *Sancho Saldaña* y *El Doncel de D. Enrique el Doliente*, escritas la primera por Espronceda, y la segunda por Larra; y en 1835, *Ni Rey ni Roque*, por Escosura, y *El Golpe en vago*, por García de Villalta.

ritu, y siguiendo en su tendencia, el movimiento impreso en Inglaterra con gran fuerza de atracción á este ramo de literatura. No se hallaba en el mismo caso EL SEÑOR DE BEMBIBRE: su autor no se propuso imitar ni á Trueba ni á Walter-Scott; ciertamente que cultivó el mismo género que éste en algunas, las menos, de sus novelas, y en este sentido puede decirse que siguió sus huellas, porque dentro de ese terreno forzosamente había de tropezar alguna vez con ellas: pero la verdad es que ni las busca, ni mucho menos ajusta á ellas cuidadosamente su pie. Si Enrique Gil, dada la época en que escribió su obra, se hubiese propuesto imitar al insigne literato escocés, hubiera ido á conocerle y estudiarle en lo que este llama gráficamente su *peculiar distrito literario*, donde su pluma corre desembarazada y muy á gusto, animándose al contacto de la descripción en los tipos, paisajes y costumbres de la antigua Escocia, pero no en sus novelas de carácter histórico general, que si bien dan brillante muestra del privilegiado ingenio y de las dotes de estilo que le adornaban, parecen escritas, y realmente lo están, con más arte, pero con menos originalidad, y no le hubieran conquistado, según mi humilde entender, el título de maestro con escuela propia, y manera de pintar marcadamente suya, é imposible de confundir con ninguna otra. Para convencerse de la verdad en lo que voy diciendo, basta comparar en dos de sus famosas novelas, aunque cada una de distinta índole, la descripción de sucesos que tienen, no diré completa semejanza, pero sí bastante analogía en

algunas de sus circunstancias más importantes; el paso de armas en *Ivanhoe* y el combate de los dos clans de Chattan y Quhele en *The fair maid of Perth*. El asunto de los dos cuadros, puede decirse que en lo esencial, es el mismo; un combate cuerpo á cuerpo entre mayor ó menor número de campeones, en campo cerrado, y bajo condiciones ajustadas de antemano, presidido por un Monarca acompañado de los magnates de su corte, y presenciado por la muchedumbre impaciente y ansiosa de emociones. La narración del torneo va exornada de todo el aparato, y animada con todas las peripecias más propias y mejor escogidas para la representación viva y penetradora de lo que podía ser en la época elegida por el autor el espectáculo más imponente y grandioso de aquella clase; pero ninguno de los lances que nos ofrece llega, ni con mucho, á producir las sensaciones que sobrecogen y aterran en la lucha de los dos bandos escoceses, implacable y tenaz como el odio reconcentrado, y la rivalidad secular que la motivan y encrudecen. En el primer caso, el efecto no es más que el de la narración brillantemente fantaseada de un suceso interesante, abundando en incidentes, ya cómicos, ya trágicos, que descubren la propensión natural del ingenio del autor, y presentada de la manera más propia para despertar y sostener el interés del lector; pero en el segundo se presencia la acción, se la está viendo en los varios y aterradores incidentes que sobrevienen inesperadamente y se suceden con fuerza tan atractiva, que no es posible apartar ni un instante la vista de ellos. Se ve crecer por momentos el enar-

decimiento de la pelea, y los combatientes en su indomable energía saltando por encima de todas las vallas, atropellan toda clase de miramientos y reglas, y desconocen hasta los afectos más naturales del alma. Aquel padre que llama á sus hijos con un grito salvaje y los lleva uno en pos de otro á morir en defensa del honor de su tribu y de la vida de su jefe, diciendo, al verlos morir, que no habían venido al mundo para otra cosa; aquellos ancianos que debían permanecer impassibles y severos espectadores de la lucha, al lado cada uno de la bandera de su clan, y no pudiendo contener la pasión que hierve en su vieja sangre, al aspecto del combate, arrancan del suelo las astas de esas banderas, y acometiéndose con sus puntas, luchan cuerpo á cuerpo hasta morir abrazados rabiosamente el uno contra el otro; aquellos gaiteros que olvidan la neutralidad de su oficio al ver los huecos que hace la muerte en sus camaradas, y se lanzan, armándose de sus puñales, en la pelea, hasta quedar el uno muerto y el otro mortalmente herido; y por último, aquellos guerreros que no pudiendo ya tenerse en pie por el número y la gravedad de sus heridas, recogen las fuerzas para llegar arrastrándose al foco de la pelea, son toques de luz crudos y vivaces, que hacen resaltar de una manera inusitada el colorido en las partes más salientes del cuadro. Ese talento admirable en buscar los incidentes descriptivos, dándoles color y relieve, y al mismo tiempo la valentía y el detenimiento en dejar bien señaladas las líneas, y muy ahondados los rasgos que dan fisonomía propia á

lo que pinta, sin olvidar ninguna circunstancia de localidad que en algún modo pueda contribuir á la fuerza y á la verdad de este efecto, constituyen, si he de juzgar por mis impresiones, la manera original y distintiva de Walter-Scott: cuando cuenta, se le vienen á la mano detalles que echar en la narración para avivarla; cuando describe, parece que aquellos sitios no pueden estar en otro país ni habitados por otros sujetos.

Enrique Gil es mucho menos objetivo y más ideal: menos vigoroso, ciertamente, pero también mucho más dulce y delicado en sus descripciones: el principal encanto de sus paisajes está en la luz y en el calor del ambiente; sus personajes no brillan tanto individualmente como agrupados, para dar impulso á la acción y llevarla al desenlace. Pero por lo mismo que posee en tan exquisito grado de finura el sentimiento de lo tierno y de lo bello, no halla, al darle expresión, en su pluma la abundancia y el desembarazo, que así en lo trivial como en lo sublime, distinguen tan marcadamente al famoso narrador de las tradiciones de Escocia. Peca éste de exceso en las cualidades que le son geniales y resaltan con tanta brillantez en su estilo, dándole por lo general un atractivo, que sus admiradores califican con razón de mágico: la misma complacencia con que se detiene en lo que va contando ó describiendo, le hace á veces prolijo y repetidor, y, según mi flaco parecer, no resulta tan unida la estructura del plan en algunas de sus novelas como en la española, que está siendo el objeto de nuestro examen.

Estos son los motivos que tengo, y no los creo infundados, para separarme de la opinión de uno de nuestros críticos más respetables, que considera á Enrique Gil como el escritor que en nuestro país ha seguido con mayor fortuna las huellas de Walter-Scott, si en este modo de juzgar va envuelta la idea, como algunos pudieran suponer, de presentarlo, aunque desde el punto de vista más brillante, como imitador del novelista escocés. En mi concepto, ni se propuso imitar, ni realmente imita: no he encontrado en su obra más rasgo notable que me traiga recuerdo de otras, sino la fiereza con que, tanto el villano y artero Conde de Lemus, como el noble y sencillo Cosme de Andrade, cogidos en sus propias redes, y á merced de sus adversarios, les declaran resueltamente que están prontos á padecer de ellos sin queja, lo mismo que pensaban hacer con ellos, si hubiesen caído en sus manos. No hay, pues, razón bastante para calificar de imitación al SEÑOR DE BEMBIBRE, que á mi juicio puede reclamar la nacionalidad española por nacimiento, y no por carta de naturaleza, por muy honoríficos que sean los títulos en que se quiera fundar la concesión.

Es cierto que su argumento tiene algún parecido con el de la novela *The bride of Lammermoor*, en cuanto que ambos tienen por base la pasión amargamente contrariada de dos jóvenes amantes, que se prestan mutuo juramento de fidelidad, violado por uno de ellos, cediendo á la combinación fatal de fuerzas irresistibles, que atropellan el amor, pero no sin romper al mismo tiempo el co-

razón y hasta la vida en que está encerrado. Tema ha sido este tratado en diferentes géneros de literatura, y por diversos autores, en su mayor parte de primer orden, pero por muy distinta manera. Hay analogía en el asunto, y hasta en los móviles que lo ponen en acción; pero en el modo de conducirlo y de dar juego á los afectos, la diferencia es tal, que no deja lugar ni á indicio de imitación. A primera vista salta á los ojos cierta impresión de semejanza, pero pronto se desvanece: es la que produciría el parecido en el corte de las facciones ó del cuerpo en distintas personas, miradas á cierta distancia, y mientras permanecen quietas; pero que en el momento mismo de moverse, presentan tal diferencia en su modo de andar, y en el aire de sus movimientos, que no cabe ni confundirlas, ni equivocarlas.

La novela de Enrique Gil, en su parte histórica, presenta un cuadro hábilmente concebido y magistralmente desempeñado, de uno de los sucesos más importantes de su época, la disolución de la Orden religiosa y militar de los Caballeros del Temple en Castilla, precedida de la lucha suprema, en que aquella temida y envidiada milicia, herida y todo de muerte, se incorpora en las convulsiones de su agonía con tan impetuoso arranque, que da en tierra con todo el poder unido del Monarca y de los magnates conjurados contra ella. Por campo tan vasto y variado corren y chocan con los acontecimientos las pasiones más recias del corazón humano, llevadas valientemente por caracteres enérgicos y sostenidos, los más de ellos nobles,

alguno villano, pero todos vigorosos y bien desenvueltos. Allá, en el fondo de ese cuadro imponente y sombrío, y rompiéndose en las duras y prominentes desigualdades de los sucesos, centellea unas veces con luz seguida y melancólica, otras con destellos rápidos y vivaces el encendimiento amoroso de dos almas nacidas para respirar á raudales el aire y la luz en ambiente puro y sereno, y condenadas fatalmente á la angustia en una atmósfera tempestuosa y espesa, mal resistida por la exquisita delicadeza de su organismo. El autor vierte en esta desgarradora historia de amores, mitad idilio y mitad elegía, el tinte suave y la dulce ternura de sentimiento, que rebosan en su alma de poeta; el interés nunca decae, y en ocasiones sorprende inesperadamente, apoderándose por completo del alma, y subyugándola por la grandiosidad de la escena y por el choque encontrado y violento de afectos en los personajes que intervienen en ella. De este género es la aparición del Abad de Carraçado, interponiéndose como una visión fantástica, y atajando el camino á los dos amantes, lanzados ya fuera del deber en busca de una felicidad, que están viendo escapárseles por momentos: aquella figura venerable que sale de las sombras y del silencio de la noche para dirigir al Señor de Bem-bibre, con ademán imponente y voz acusadora como de la conciencia, el terrible apóstrofe «¿á dónde vas, robador de doncellas?», es de un efecto sublimemente conmovedor, y preparado con suma habilidad por el autor, porque cae sobre el ánimo, ya dolorosamente impresionado con el espectáculo

desgarrador que poco antes le ha presentado de la lucha congojosa entre los estímulos de la pasión y los llamamientos del deber, y en que éstos quedan caídos, aunque no pisoteados. Y con la misma fuerza y verdad de sentimiento cierra el autor la situación con llave de oro en la última parte del capítulo, que no es posible leer sin que asomen las lágrimas á los ojos.

De las personas que intervienen principalmente en la acción la más seductora, y aquella cuyo carácter penetra con más dulzura en el alma, dejando su impresión más pegada en ella, es Doña Beatriz, infortunada novia del Señor de Bembibre: su figura se desprende de las sombras, que la rodean con gran suavidad y pureza en sus contornos, cautivando la simpatía, tanto por el interés que inspira lo duro y lo inmerecido de su desgracia, como por la mezcla sin desentono ni violencia de cualidades muy distintas, que resplandecen en ella al mismo tiempo: la energía y la dulzura, la valentía y la discreción, la delicadeza y el vigor del espíritu.

Excita el interés en más alto grado, por lo mismo que se la ve víctima de pasiones implacables, para ella desconocidas y antipáticas, que rugiendo á su alrededor, la empujan, golpeándola sin tregua ni piedad, al camino en cuyo término está viendo con aterradora evidencia la desgracia irremediable de su vida entera. ¡Pobre y hermosa flor tronchada violentamente de su tallo, caída y despedazada con dureza en la corriente de las pasiones humanas más ásperas y desapiadadas!

El cerco del castillo de Cornatel, los asaltos intentados para tomarlo, y la defensa hábil y enérgica de los guerreros del Temple forman el episodio histórico más importante de la novela, cuya descripción está hecha con grande animación y maestría, desenvolviendo los incidentes de aquella lucha titánica, de manera que el interés se va excitando con más viveza en cada hecho de armas hasta llegar á reconcentrarse con verdadera ansiedad en la terrible catástrofe que la termina.

En el grupo general de los combatientes, descuella como tipo genuinamente popular el cabrerés Cosme de Andrade, castellano viejo de pura raza, honrado, inteligente y leal, que ayuda á su señor sin servilismo por el sentimiento de la fidelidad y por el cumplimiento del deber, dispuesto siempre á poner sin jactancia, pero también sin bajeza, á disposición de la causa que se cree obligado á servir, su valor y su pericia, pero de ningún modo su hidalguía ni su conciencia. Inteligente, pero á la vez sencillo, acoge los rumores esparcidos en el vulgo contra los templarios; pero pueden más en él la nobleza de sentimientos y el buen sentido que la credulidad supersticiosa, y su alma agradecida se rinde á la evidencia de los hechos al comparar los procederes generosos de aquellos caballeros con los que la malicia y el odio les atribuían infundadamente.

No son menos notables, por la exactitud con que están delineados y por la naturalidad del colorido que en ellas resalta, las figuras de la ladina doncella de Doña Beatriz y del leal servidor de

D. Alvaro, pareja simpática, en que el cariño que se profesan, aunque de buena ley, siempre se acomoda en sus manifestaciones á la clase social á que pertenecen; pero si el amor carece en ambos de la delicadeza y apasionamiento propios de organizaciones más delicadas y superiores, en cambio resplandece en ellos con gran fuerza de verdad el sentimiento más característico de la honradez en las personas de su condición, el amor y la fidelidad á los que Dios les había dado por amos, y el apego á la casa en que encuentran cariñoso albergue, y lo han encontrado también sus antepasados.

Las situaciones, ricas de interés, abundan en toda la obra: citarlas todas sería exponerse á desflorar el placer con que ha de saborearlas el lector; pero bien puedo llamar su atención sobre algunas que, en mi sentir, le han de conmover muy tiernamente, y con ese objeto no puedo menos de citar la angustiosa escena á que da lugar en el capítulo XIII, la enfermedad de Doña Beatriz y su salvación casi milagrosa de la muerte, al parecer segura é inminente; situación á que ponen término de una manera sublime la oración y el abrazo de seres unidos por el mismo cariño, que vuelcan su corazón uno en otro, dejando correr y fundirse en lágrimas silenciosamente los sentimientos á que su misma emoción no les deja dar vado en la palabra. No es menos interesante en los capítulos XVII y XVIII la relación de la entrevista entre D. Alvaro y Doña Beatriz; bellísima es también en el primero de dichos capítulos la descripción de la entrada del otoño, que produce en el alma un suave

ablandamiento que la predispone á recibir y guardar más hondamente la impresión de los sucesos. Las dolorosas escenas en que se prepara y completa el desenlace de aquel drama de amor con la muerte de Doña Beatriz, son admirables por la abundancia y la ternura del sentimiento no menos que por la brillantez y oportunidad de las imágenes: la gradación sucesiva y prolongada de la agonía congojosa que va con creciente angustia oprimiendo el aliento en el alma y quebrantando la fuerza en el cuerpo, es de una amargura desgarradora. La llama de la vida tenue y vacilante, que parece reanimarse un momento al soplo de la esperanza, se extingue lenta y penosamente en aquella naturaleza amante, arrastrada con dureza al sepulcro por el brazo inflexible de la muerte, precisamente cuando la vida la está llamando adornada de sus más risueños colores, y convidándola con un porvenir ya asegurado de amor y de felicidad.

X Esmaltan la narración de estos tristes sucesos descripciones de una magia seductora, y no es de extrañar que cautivara la atención del Barón de Humboldt, y se fijara en ella con tanto deleite, la bellísima del país recorrido por Doña Beatriz en su viaje desde el monasterio de Villabuena á su casa de Arganza, y á que la situación de su espíritu daba un tinte tan suave de melancólica ternura (\*). Pocos escritores, aun de los más notados por su ta-

---

(\*) Véanse las páginas de la 321 á la 324 en la primera edición de la novela, y en ésta de la 248 á la 254.

lento descriptivo, poseen en grado más alto que Enrique Gil la intensidad y la dulzura en el sentimiento de la naturaleza: rebosa de su alma, y al derramarse, esparce sobre la realidad que describe un deleitoso idealismo muy en consonancia con los afectos de los personajes que se mueven en ella.

Alguna vez la suavidad corre pareja con la valentía del tono, y está cogido con mucha habilidad el efecto del contraste entre la calma de la naturaleza y la violencia de los acontecimientos; entre la amenidad de la risueña campiña brindando paz y alegría y el ceño adusto de la obra del hombre presagiando guerra y tristeza; entre la imponente mole del castillo de Cornatel levantando su frente de la sombra de oscuros precipicios y asomándola por entre escarpados cerros y la plácida y pintoresca comarca tendida á sus pies, bañada por las aguas del Sil, cuyas orillas ríen bordadas de flores y plantas silvestres, y alegradas por el canto y el revoloteo de las aves, por el bullicio y la trisca de los ganados.

El interesante acontecimiento histórico á que va enlazada la parte imaginativa del trabajo literario, conserva el sabor de la época, no adulterado con la demasía y acritud del condimento, defecto de que adolece Walter-Scott en la novela escrita por él con más arte, por lo mismo que el asunto no era de aquellos á que le llamaba su natural inclinación, y que tiene en parte un carácter histórico del mismo género que el escogido para la suya por Enrique Gil. Aludo á la celebrada novela *Ivanhoe*: por grande que se quiera suponer la rela-

jación de los institutos monásticos en aquel siglo, no dejarían de brillar en ellos sujetos eminentes por su virtud y por su ciencia; y hubiera causado buen efecto, aunque no fuese más que por amor al contraste, que el escritor inglés presentara, siquiera una sola vez, alguno de esos ejemplares de dignos y respetables religiosos, ya que tantas saca á plaza, y como á la vergüenza, tipos groseros y repugnantes de monjes de la calaña del Prior de Avrey y del Abad del monasterio de San Edmundo. Enrique Gil creyó, y en mi sentir con razón, más conforme al sentimiento moral y al estético, trazar con rasgos seguros y enérgicos el majestuoso carácter del Abad de Carracedo, en quien resplandecen á la vez la nobleza del hombre y la dignidad del sacerdote. Hay también entre el escritor inglés y el español, notable diferencia al tratar de lo que por especial manera se refiere á la orden del Temple: el primero la presenta, sobre todo en las entrevistas del templario Bois-Guilbert y de la judía Rebeca, con una negrura y dureza que inspiran aversión y espanto; el segundo, sin disimular las sombras que ya la oscurecían, temple las tintas oscuras, en lo cual va por camino más aproximado á la verdad. Debe tenerse, sin embargo, muy en cuenta que la caballería del Temple no juega en la novela inglesa papel tan importante como en la española, y que los templarios de nuestro país no aparecen en la historia manchados con los crímenes y sacrilegios de que fueron, con más ó menos razón, acusados los de otros países. Su inocencia resultó plenamente probada y solemnemente

declarada en el Concilio de Salamanca, mientras que la de sus compañeros de Orden de Inglaterra quedó dudosa en el de Londres; porque si bien se les declaró libres de los delitos feos que les imputaban, fueron condenados á penitencia canónica con reclusión en monasterios separados.

La inocencia de los templarios en los reinos de Castilla fué declarada por unanimidad de votos, y completa, quedando absueltos de todos los cargos levantados contra su buena fama. Por eso algo da en rostro á la crítica ver en la ceremonia solemne de la toma de hábito del Señor de Bembibre, tan pintorescamente descrita, el acto sacrílego de escupir y hollar el crucifijo, por más que vaya precedido y acompañado de explicaciones que tienden á disculparlo, y hasta á realzarlo. Pero la verdad es que éste fué uno de los cargos más graves imputados á los caballeros del Temple, tanto que ocupa el primer lugar en el Interrogatorio mandado formar por orden del Papa al abrir y dirigir el proceso de inquisición contra los de Francia, y se hizo extensivo después, con el mismo objeto, para el de otros países. No es verosímil que se conservase en Castilla semejante rito, y menos que se practicase en ceremonias solemnes, como cosa usual y corriente; pues de haber sido así, el Concilio de Salamanca, sin duda alguna, hubiera impuesto á los acusados, ya que no pena afflictiva, alguna penitencia canónica para purgarlos del sacrilegio.

Otra observacion más importante en mi sentir pudiera hacer una crítica severa y detenida en el examen: cuanto más primorosamente tejida va la la-

bor en la trama de las obras de imaginación y de sentimiento, más desagradablemente se echa de ver en ella la rotura de alguno de los hilos que unen íntimamente la belleza con la verdad, y de los que más enlazan y aprietan el tejido en esta novela es indudablemente el consentimiento de Doña Beatriz á un matrimonio anteriormente rechazado por ella con gran tesón y fortaleza de ánimo. Las circunstancias que concurren para dar todas las apariencias de triste realidad á la muerte del amado de su corazón, van hábilmente preparadas y por caminos muy dentro de la verosimilitud en la época á que se refiere el suceso. Pero, por más que el autor procura con gran talento preparar el ánimo del lector, no puede éste menos de experimentar dolorosa extrañeza al ver á una madre empujando con sus consejos, y desde su lecho de muerte, el corazón de su hija á un abismo insondable de desdichas y de amarguras. Desentona duramente ese rasgo en el carácter de la que siempre se nos ha presentado como madre cariñosa y solícita en apartar de su hija el tormento, que no podía menos de causarle la perspectiva de enlazar con el nudo santo del matrimonio, su suerte á la de un hombre doblemente aborrecible para ella, por haberse interpuesto como odioso obstáculo en el camino de su felicidad; y esto no por ardiente y ciego apasionamiento, sino por cálculos fríos y egoistas.

El instinto maternal adivina, presente, y difícilmente se equivoca: no podía ocultársele que, muerto el objeto del amor de su hija, y deshecho, por consiguiente, el escudo impenetrable que la

defendía de las embestidas de todo otro afecto, sus indicaciones hechas en aquellos momentos supremos, á una naturaleza amante y generosa, instintivamente inclinada al sacrificio, tendrían necesariamente la fuerza del mandato, y que el cumplimiento de ese mandato había de hacer más amarga la desgracia de su hija, condenándola á vivir al lado de un esposo incapaz de inspirarle otros sentimientos que la aversión y el desprecio. En una obra de invención, para lograr que el sentimiento, y aun podría añadir la razón del lector, acepte sin esfuerzo violento, sin natural repugnancia, á una madre, como causa eficiente de la desgracia irreparable de su hija, no hay en mi sentir más que dos medios: ó que el autor la presente desde luego altanera, implacable, y fríamente desnaturalizada, como Walter-Scott nos presenta á Lady Ashton en la *Desposada de Lammermoor*, ó que busque en la complicación misma de los sucesos que pinta, circunstancias inesperadas de tal tamaño y trascendencia, que aun sin quererlo la misma madre, pongan á la hija en la imperiosa necesidad de no excusar el más cruel y doloroso de los sacrificios, y este fué el camino que tomó con gran acierto Hartzembusch en la refundición de su drama *Los amantes de Teruel*.

Hubiera sido, á mi ver, más acertado que el móvil de la funesta determinación de Doña Beatriz partiera de las mismas causas que desde el principio de la novela vienen obrando en ese sentido; y si ese móvil no podía encontrarlo más que en el ruego de la madre, por lo menos que apare-

ciese solicitado con ahinco y persistencia, arrancado, por decirlo así, ya que no por otros motivos más poderosos, por las sugerencias y por el ascendiente de su esposo. Al fin este medio aparecería más verosímil, porque el cariño de padre se presta más fácilmente á las sugerencias de la ambición, sobre todo en quien representa tradiciones de grandeza en la familia de que es jefe, y se deja seducir por la idea de asegurar, á trueque de un dolor que reputa pasajero, los goces del poder y de la opulencia á su hija y á sus descendientes. Así, el motivo hubiera salido sin esfuerzo, ó por lo menos con más naturalidad, de la índole misma de los caracteres, sin perjudicar al sostenimiento y á la verdad moral de uno de los más interesantes, y hubiera tenido al mismo tiempo mayor resalto el dolor del padre y su propósito de arrostrar las fatigas y los riesgos de un largo viaje para devolver á su hija la felicidad de que inconscientemente la había privado con su lamentable y ciega obstinación.

He procurado expresar con sinceridad y lisura, las impresiones producidas en mí por la lectura, á la vez amena y provechosa, de una obra que presenta muchas bellezas al elogio y escasos lunares al reparo de la crítica, y deja en el alma una sensación sana y vigorosa de admiración á lo noble, de repugnancia á lo vil, de amor á lo bueno y de aborrecimiento á lo malo, lo cual, en mi sentir, merece encomio tan legítimo, y aun mayor si cabe, que el desempeño literario. No creo que me haya cegado en mis apreciaciones el culto al recuerdo de una estrecha y cariñosa amistad, purificado ya de

mucho tiempo en mi corazón y en mi memoria por la severa santidad de la muerte: la figura de mi ilustre y malogrado amigo, desde cualquier punto que se la quiera considerar, es una de las más bellas y simpáticas en la literatura de su siglo: inspira aún más amor que admiración: sus obras no son, en el tesoro de las letras españolas, diamantes de extraordinario tamaño y deslumbradora riqueza, pero sí perlas de fino y purísimo oriente, que sería vergüenza y lástima dejar por negligencia desengarzadas y oscurecidas en el polvo del olvido.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.



SR. D. JOAQUÍN DEL PINO (\*).

*Mi querido amigo: No necesita V. permiso alguno para publicar al frente de las obras de mi tío la biografía que escribió mi padre.*

*Juzga V., sin duda, que ha hecho poco contribuyendo tan eficazmente á que no olvide esta generación positivista y excéptica al poeta creyente que alimentó su fantasía en las altas y serenas regiones del arte cristiano, y asocia V. además á su memoria la que me es aún más cara y veneranda. Quiere V. señalar al lector el parecido de aquellas dos almas gemelas que dotó Dios de prendas tan iguales de estro y de inteligencia, y á las que hizo otro don más regalado, el infortunio en que probar el temple de la voluntad y aquilatar con el dolor merecimientos para mejor vida.*

*No han permitido las circunstancias, V. bien lo sabe, al que lleva oscuramente el nombre del poeta, coleccionar con sus dulces poesías aquellos trabajos en que se mostró aún más gallardo prosista al par que pensador profundo y laborioso. Uniéronse para impedirlo, á la falta de medios materiales,*

---

(\*) Antes de reproducir la biografía de Enrique Gil, escrita en forma algo extraña pero ingeniosa, y sobre todo muy sentida, por su hermano Eugenio, creyeron los editores que debían dirigirse al hijo de este pidiéndole permiso para reimprimirla. Con tal motivo le escribió D. Joaquín del Pino una carta, á la cual ha contestado, honrándonos con la que tenemos la mayor complacencia en insertar aquí, dando esta pequeña muestra de aprecio y de gratitud por las bondadosas frases que nos dirige al que es hoy digno representante de una familia en que la nobleza de sentimientos, la ilustración y la laboriosidad son hereditarias.

otros estudios é inclinaciones, no menos que el deber que me arrastra á combatir en distintas y más tristes lides como desconocido soldado. Afortunadamente suplió á la obligación de parentesco la amistad piadosa, haciendo un señalado obsequio á la familia de Enrique Gil, y un valioso servicio á las letras castellanas.

Al Sr. D. Fernando de Vera, que pone en la generosa empresa un celo solo comparable á sus acreditadas competencia é ilustración, haga V. presente el sentimiento sincero de nuestra gratitud. La que á V. debemos escusado es que la reitere su siempre amigo y afectísimo.=ENRIQUE GIL Y ROBLES.

Salamanca 1.º de Marzo de 1883.

## UN ENSUEÑO.—BIOGRAFÍA. <sup>1</sup>

---

Si el sueño es un reflejo de la muerte, ¿cómo dudar que algo debe haber más allá de la tumba, cuando también durmiendo sentimos, gozamos y sufrimos?

### I.

El 9 de Mayo de 1848, una cruel pesadumbre rompió el más fuerte de los lazos que por entonces me ligaban á la vida. Como en las cinco ó seis noches que precedieron á mi desgracia, apenas se habían cerrado mis párpados un solo instante: el insomnio y el dolor de una pérdida que yo creía irreparable, me produjeron uno de esos accesos de fiebre, bajo cuya influencia el pensamiento recorre los espacios del delirio, á la manera de una leve pluma arrebatada por un huracán impetuoso.

---

<sup>1</sup> Este ingenioso escrito, con las tres poesías que siguen, fué impreso en León por la viuda é hijos de Miñón, en 1855, en un folleto de 26 páginas en 4.º Las notas señaladas con letras, son del colector; del autor de la biografía, las restantes. Quizá se repare en la forma algo hiperbólica y extraña de esta; pero las buenas dotes literarias que denota, el interés que le da la circunstancia de ser obra de una persona tan allegada al autor, y la consideración de que tratándose de un poeta romántico, no deja de tener sus razones de congruencia el presentar el relato de su vida en forma romántica, creemos que basten para justificar su reimpresión en el lugar que aquí le damos.

Horribles pesadillas me asaltaron. Créime lanzado á los aires por una mano invisible y poderosa, formando séquito fúnebre en torno mío grupos de fantásticas figuras con pálidos semblantes bañados en lágrimas, que una tras otra venían á sacudir sobre mi frente, cayendo en ella como plomo derretido. Las fibras de mi cerebro, ya excitadas por la calentura, latían aceleradamente con estremecimientos convulsivos, ora contrayéndose como las cuerdas de un arpa á la acción del fuego, ora dilatándose cual si fueran á romperse, y ambas transiciones me causaban dolores tan intensos, que sin perder la razón ó la existencia no siempre podrían soportarse.

Por un supremo esfuerzo de mi delirante imaginación, tal vez debido á la misma intensidad del sufrimiento, logré adelantarme hasta perder de vista los fantasmas que antes me asediaban, aturdiéndome con espantosos alaridos. El cielo, que había aparecido sobre mi cabeza cubierto de lóbregas nubes, pesadas para ella como enormes montañas, fué recobrando de pronto toda la pureza de su éter y ostentando en profusión infinita sus brillantes luminarias. Era aquello un océano sin fin de azul y fuego, y ¡cosa extraña! á pesar del vivísimo resplandor de las estrellas, cuyos discos se habían más que centuplicado á mis ojos, fijábanse en ellas ávidos de luz, como pudiera clavar los suyos en el faro de cercano puerto un marinero próximo al naufragio.

Así seguí en mi delirio hendiendo rápido el espacio, no sé por cuánto tiempo; recuerdo solamente que si alguna vez descendía mi mirada hacia la tierra, se me presentaba como un pequeño punto negro, formando rudo contraste con los infinitos mundos iluminados que sobre mi frente giraban. ¡Extasis delicioso después de la pasada agonía!

¡Éxtasis que súbito interrumpió una voz venida de las alturas, mandándome bajar de nuevo á la oscura mansión que había abandonado!

## II.

Heme aquí por encanto de mi ensueño en el cementerio de la parroquia católica de Berlín, llamada santa Eduvigis. Heme aquí arrodillado ante un modesto, pero elegante sepulcro, rodeado de flores, y ostentando una cruz de hierro con los extremos dorados y en su bajo relieve un ángel en actitud llorosa. ¿Qué restos inanimados encierra esa tumba cuya propiedad está asegurada por cien años? ¿Qué mano generosa levantó en ella el signo de nuestra redención y plantó esas flores? <sup>a</sup> Leamos.

A DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO

FALLECIDO EN BERLÍN

EL 22 DE FEBRERO DE 1846,

SU AMIGO

JOSÉ DE URBISTONDO.

Ahogada con los sollozos, barbotaba mi garganta estas palabras, al paso que dos hilos de lágrimas caían sobre la

---

<sup>a</sup> El conocido escritor D. Fernando de la Vera completó la obra de amistad del Sr. Urbistondo, hallándose de secretario de la Legación de España en aquella capital. La familia de Enrique Gil bendice esos dos nombres y rinde aquí un público testimonio de gratitud hacia los señores conde de Adanero, Sierra Pambley, del Bosque y Alvarez Quiñones, que probaron ser generosos amigos de aquel infortunado joven, aun después de su muerte.

funeraria losa. Una y mil veces estampé en ella mis labios; una y mil veces lancé á la soledad de que me veía rodeado tremendos gritos llamando al hermano que allí dormía el profundo sueño de la muerte; y Dios sin duda hubo de tener piedad, pues que de pronto un hondo suspiro respondió á mis ayes.

¡Era él! ¡Ay! ¿Qué digo? Sus hundidos ojos no reflejaban ya en el azul de los cielos: lirios reemplazaban las rosas de otro tiempo, y en su dilatada frente, espejo en vida del alma más noble y generosa, leíase el triste epílogo de una historia escrita con lágrimas sobre su corazón, en que aun seguía fija la descarnada mano *como se le encontró después de muerto!*

Quise, loco de dolor, precipitarme en sus brazos; pero un ademán de silencio me contuvo enclavado al pie de la cruz, y con voz solemne y triste me dijo:

—¡Cielo santo! ¡Qué desesperación, qué gritos tan desgarradores turban el reposo de los muertos! Y ¿eres tú, hermano, quien los exhala; tú, que al descender de esa resplandeciente bóveda, debías comprender que el que sobre ella fija su planta no puede ser llorado?

—Bien sé, le respondí, que la vida de los ángeles gozabas, cuando con las manos en cruz, los ojos yertos, cadáver te trajeron á este sepulcro: bien sé que en el mundo eras un peregrino fatigado, un moribundo cisne sin lagos en él, donde posar tu vuelo; y sin embargo, corren mis lágrimas al ver que tus restos descansan en tierra extraña; al ver la soledad en que los tuyos hemos quedado con perderte; al ver destruídas la fe del corazón, sus esperanzas más dulces y la ventura de nuestra madre.

—Oyeme, pues; que no en balde permite Dios que el

espíritu torne otra vez á su antigua cárcel. Hablaré contigo y calmaré tu pena; pero antes verás en sus principales fases mi tránsito por este enlutado valle que tú vas atravesando para llegar pronto también á sus confines. He aquí este cristal de una óptica santa, misteriosa, que el Señor te entrega por mi mano ¡pobre alma enferma! Mira por él y dime lo que á tus ojos vaya presentándose.

### III.

—Estoy viendo una población, situada casi en los confines occidentales de la provincia de León. Es Villafranca del Bierzo, y en el templo de Santa Catalina imprimen ahora en la frente de un hermoso niño el primer sacramento de nuestra religión. Ha nacido dos días antes, el 15 de Julio de 1815, y su nombre es el tuyo <sup>b</sup>.

—Prosigue.

—Nueve años han pasado, y en este momento te veo en Ponferrada <sup>c</sup>, á las márgenes del Sil, arrojando ramos de madreSelva en su corriente. Nuestros padres vienen á tu encuentro con la sonrisa en los labios, y tú, loco de alegría, corres á sus brazos. ¡Qué cuadro de felicidad tan seductora! ¡Cuán en armonía con el sublime panorama que Dios desenvuelve ante mi vista! Nubes de púrpura y nácar extienden un velo vaporoso sobre el sol de occidente: en imponentes masas se elevan los torreones y murallas del

---

<sup>b</sup> Fueron sus padres don Juan Gil y doña Manuela Carrasco, de honrado linaje y medianamente acomodados de bienes de fortuna.

<sup>c</sup> Allí comenzó y acabó sus estudios de latinidad con los Padres Agustinos.

castillo del *Temple*, donde profesó tu *Señor de Bemibre*: el río de las ondas claras y las arenas de oro se desliza en sonoro curso lamiendo la áspera falda, sobre cuya cresta tiene sus cimientos la ruिनosa fortaleza: los verdes almendros mecidos por la brisa, las colinas de viñedo coronadas, los montes Pajariel y Castro, gigantes y silenciosos centinelas de la villa, las tres riberas de frondosas huertas plantadas de frutales, en que multitud de ruiseñores interrumpen el silencio de las noches de Mayo y Junio con sus inimitables cantos; y en último término, la cordillera de montañas que circundan el Bierzo; todo esto veo. ¡Oh, gracias, hermano mío; que también en ese delicioso vergel se arrulló mi infancia después que la tuya!

—¿Cómo no aparecer alfombrado de azucenas el camino que me ves ir siguiendo? Pero ¡bramará la tempestad, las lágrimas caerán sobre las tristes flores, y heridas de muerte quedarán!... Continúa, hermano.

—El crepúsculo de la niñez te envuelve entre sus sombras. ¿Dónde estás? ¡Ah! ya acierto: en el pórtico del silencioso monasterio de Espinareda <sup>d</sup>. Los religiosos benedictinos, mezclados con los novicios y colegiales, se agrupan en torno tuyo. ¡Cómo te abrazan! ¡Cómo lloran contigo al despedirte! No te aflijas, hermano, que ese culto de cariño que abandonas tendrás en todas partes.

La sombría ciudad de Astorga va pasando por esta óptica, con su antigua catedral, bajo cuyas bóvedas nuestras oraciones de la niñez se elevaron al cielo algunas

---

<sup>d</sup> En este monasterio estuvo de alumno interno y principió los estudios de filosofía que terminó dos años después (1831) en el seminario conciliar de Astorga.

veces. También te veo en su seminario con la beca y ropón de colegial. La escena cambia, pues en este momento paseas por los claustros de la universidad de Valladolid<sup>e</sup>; pero ¡ay hermano mío! ó este cristal se empaña, ó la tempestad de que antes hablabas ha descargado ya, según es melancólica la nube que oscurece tu frente.

¡Lo último era verdad! Has llegado á Madrid; pero ¡cuán solo, cuán triste y desconocido! Quince meses de nuevas angustias, después de seis años de lágrimas, han desarrollado en tu generoso, impresionable corazón, el germen de la melancolía, que será hasta la muerte el distintivo de tu carácter pensador y profundo. Si Dios no te envía *una gota de rocío*, ¿qué será de ti, pobre lirio de veintiún años?

¡El milagro se ha obrado! ¡*La Gota de rocío*<sup>f</sup> ha caído del cielo para cambiar la oscura faz de tu vida! Es el primer canto de un joven rui señor, fresco como las hojas que cubren su nido, dulce como el susurro de la fuente en que

<sup>e</sup> En esta universidad empezó la carrera de leyes; pero desgracias imprevistas pusieron repetidos estorbos á la prosecución de sus estudios, al paso que disminuyeron considerablemente las facultades de su familia. Por fin, los terminó en Madrid, recibéndose de abogado en 1839.

<sup>f</sup> Alude á la poesía de este título, inserta en *El Español* del 17 de Diciembre de 1837, (\*) por la cual Enrique Gil empezó á ser conocido y apreciado en los círculos literarios. Sucesivamente dió á luz en el *Semanario pintoresco*, *El Piloto*, *La Legalidad*, *El Liceo*, *El Entreacto*, *El Iris*, y principalmente en *El Correo nacional*, casi todas las que forman la presente colección. Escribió también gran número de artículos de crítica literaria, costumbres, viajes, etc., en *El Correo nacional*, *Semanario pintoresco*, *El Pensamiento*, *El Laberinto* y *El Sol*.

(\*) Esta composición aparece también publicada en el núm. 34 del «*No me olvides*» 24 de Diciembre de 1837, precedida de una advertencia preliminar escrita por el Director de dicho periódico en términos muy laudatorios para el autor.

su sed apaga: es el símbolo misterioso de tu existencia, el prólogo de un poema de amor.

Veo en tu rededor multitud de personas notables que te felicitan como poeta de esperanzas. ¡Con qué gratitud fijas tu mirada en Espronceda, que *te sacó de las tinieblas del desierto!* ¡Con qué cariño en Pino y Ulloa, esos dos tiernos amigos que tantas veces mitigaron tus pesares!

¿Por qué has vuelto á los campos de tu niñez, pobre ruiñeñor del Bierzo? ¿Será que el hijo va á despedirse para siempre de su madre? ¡Ay! ¡El ángel de la muerte ha debido darte el primer aviso, porque en tu rostro distingo la profunda y reciente huella de una enfermedad gravísima; pero las auras del otoño reaniman tu sangre; la primavera de 1840 completa la obra, y tres años más tarde brotará de tu pluma *El Señor de Bembibre*<sup>g</sup>; ¡noble y melancólica figura sobre un fondo de lágrimas que un ángel va derramando en su corta peregrinación!

¡Cuán rudo golpe descarga ahora sobre tu corazón la suerte! ¡Espronceda acaba de morir!<sup>h</sup> Las tumbas del cementerio de San Sebastián repiten en apagados ecos los ayes de tu pecho desgarrado. *El águila hermosa* remontó su vuelo para esperarte más alta que el sol: ¿cuánto tiempo te aguardará?

Hemos llegado al 20 de Mayo de 1844. En la rada de Barcelona veo el *Fenicio*, elegante vapor francés de la carrera del Mediterráneo, pronto á hacerse á la mar para Marsella. Sobre cubierta te divisó en un religioso y pro-

---

<sup>g</sup> Esta interesante novela fué publicada por Mellado en la *Biblioteca popular*.

<sup>h</sup> El día 23 de Mayo de 1842. Se alude á la elegía que va al fin de este volumen.

fundo arrobamiento, clavados los ojos en aquella población, la última que miras de tu patria. ¡Ay! ¿A dónde vas, hermano mío? Vuelve á esa playa que abandonas. Mira que ese buque es para ti la barca de la Laguna Estigia: mira que los hielos del Norte dejarán frío tu corazón antes que pasen dos años? ¡Oye, en nombre de Dios, la voz de tus amigos que te disuaden de tan funesto viaje! Noble es la misión que llevas á Alemania <sup>1</sup>; pero ¡ay! la muerte se interpondrá en tu camino, y entonces, ¿qué será de tu anciana madre y de sus hijos? ¡Inútil suplicar! ¡Escrito está que el sol que en Weimar la tumba de Schiller ilumina, ha de alumbrar en Berlín la tuya!

---

<sup>1</sup> Las instrucciones que recibió del ministerio de Estado le prevenían que en su viaje por los diferentes reinos que formaron parte del antiguo *Cuerpo germánico*, fuesen objeto de sus investigaciones y estudio.

1.º El estado político de cada país, sus relaciones con los demás de la *Confederación* y potencias extrañas, población, rentas y fuerzas militares.

2.º Leyes que constituían la organización general, provincial y municipal.

3.º Estadística.

4.º Instrucción primaria, secundaria y superior, y establecimientos científicos y literarios.

5.º Agricultura, sus adelantos y situación.

6.º Cría de ganado vacuno, caballar, lanar y casas de monta y cruzamiento de razas para los diversos servicios á que se destinan los caballos en Alemania: carneros merinos en Sajonia procedentes de España, y mejora de sus lanas.

7.º Examen de la industria en los ramos principales á que se dedican los habitantes, primeras materias, máquinas y grandes establecimientos manufactureros.

8.º Comercio de importación y exportación: artículos principales en uno y otro, consumos del país, productos de nuestro suelo ó industria que tuviesen demanda, ó que ofrecieran útil despacho y medios adecuados para introducir su uso.

9.º Organización del *Zollverein* ó *liga telónica* de Alemania, estados

Como arrebatadas por un furioso torbellino, pasan ante mi vista las ciudades que tú vas recorriendo con la de un viajero observador y profundo, cuanto lo permite el apresuramiento de tu marcha! Francia, Bélgica, Holanda, las orillas del Rhin y parte de Alemania me presentan sus más notables poblaciones..... ¡Dios de misericordia! ¡He aquí el término de tu viaje, pobre peregrino! Ya has llegado á Berlín.

Extranjero, pero confiando en la Providencia y en tus propias fuerzas, entras en esa gran capital donde nadie te conoce, el 24 de Setiembre. A los pocos días, sin embargo, tu nombre se pronunciará en todos los círculos distinguidos, porque ese venerable anciano que ahora estrecha tu

que se hubiesen adherido á la unión aduanera, idea de las ventajas y perjuicios que ocasionase, y relaciones útiles que la España pudiera establecer con el Zollverein.

10. Navegación de los Estados alemanes, situados á orillas de los mares del Norte y Báltico, noticia circunstanciada de la de las ciudades anseáticas, y comunicaciones fluviales en el centro de Alemania.

11. Líneas de caminos de hierro.

Tal era en resumen la vasta comisión que el Gobierno confiaba á su proverbial aplicación y reconocido talento, aparte de las instrucciones reservadas que respecto á política pudiera haberle dado, atendida la incomunicación diplomática en que por entonces se hallaban las dos Cortes.

Para la formación de un cuadro de tan colosales proporciones, indispensable era prepararse convenientemente, no solo adquiriendo un completo conocimiento del idioma alemán, sino también relaciones con los altos funcionarios á quienes necesariamente tendría que recurrir en demanda de datos. El primer escollo logró dominarlo con el no interrumpido estudio de seis horas diarias en los pocos meses que su salud se lo permitió: y respecto al segundo, en el Ministerio de Estado debe constar por sus comunicaciones oficiales hasta qué punto supo con exquisito tacto y mejor fortuna relacionarse con los altos empleados de la administración prusiana en todos sus ramos.

La muerte vino á sorprenderle antes de concluir sus trabajos sobre el Zollverein, escritos en francés: asunto á que por su gran interés creyó deber dar la preferencia.

mano entre las tuyas, el famoso barón de Humboldt será para ti un segundo padre. El marqués de Dalmacia, embajador de Francia y el conde de Montessuy, su secretario, pronto tu íntimo amigo, te prodigan distinciones, y á su ejemplo los demás individuos del cuerpo diplomático. Ya ha cesado de todo punto tu soledad, pues en este momento un consejero íntimo del rey Federico Guillermo, viene á invitarte oficialmente para el festín regio con que S. M. solemniza la exposición de las artes é industria que se verifica en la capital de su monarquía.

Son las dos de la tarde del 6 de Octubre. En un convoy especial del camino de hierro de Potsdam veo ir entrando, mezclados con extranjeros de distinción, los hombres más notables de Prusia, por su cuna, por sus riquezas, por su talento en las artes y en las ciencias. Al llegar á Potsdam recibe á la comitiva otro convoy de sesenta carruajes, tirados por soberbios caballos, que en doble fila arrancan hacia el parque y bosques de Sans-Soucí. Lo pausado y silencioso del movimiento por las calles enarenadas, los trajes de los convidados, todos de negro y con corbatas blancas, realzan la originalidad del cuadro en medio de esos sitios sembrados de magníficos lagos, de hermosas quintas, de fuentes, collados y admirables arboledas, que convierten esa Real mansión en la más *real* que la imaginación puede crearse. Después de dos horas de marcha por largos rodeos y anochecido ya, el brillante séquito se detiene al frente del palacio de Sans-Soucí, que, iluminado interiormente con infinidad de arañas y candelabros, arroja bastante luz para verte bajar ahora de uno de los coches. Todo el mundo penetra en un vasto salón de la planta baja del alcázar, donde es servido el té con profusión de dulces y

ramilletes de diversas clases. El Rey se presenta al lado de su augusta esposa, seguido de los príncipes, y juntos dan la vuelta á la sala, hallando para todos una sonrisa ó una palabra lisonjera: la fisonomía del Rey, inteligente y benévola, respira satisfacción al verse objeto de veneración y amor por parte de los concurrentes: la de la Reina, á pesar de sus padecimientos, tiene una expresión que la realza, y revela tesoros de angélica dulzura.

Después de esta pausada vuelta, comienza la ópera cantada por la compañía de Berlín, que nada notable ofrece, sino los trajes de las damas de la corte, brillantes algunos por su riqueza y buen gusto. La Reina y la Princesa Real, que cautiva la atención aun más por sus gracias que por sus adornos, ocupan el primer banco que el Monarca les ha cedido con noble galantería, colocándose en el segundo. Ni un viva, ni una voz se oyen; pero cuando S. M. entra ó sale, todos los circunstantes se ponen en pie con el mayor respeto y en silencio profundo.

La concurrencia pasa al salón de la cena, donde la mesa del Rey y de la real familia ocupa el centro. A ella son admitidas algunas personas, entre otras lord Pálmerston y su esposa: los demás tomán asiento indistintamente en las que se ven alrededor de la cámara. La cena concluye, y Federico Guillermo, la Reina, los Príncipes y Princesas con más despacio que la vez primera recorren nuevamente el numeroso cuadro de sus convidados, dirigiéndoles palabras de bondad. Los ministros del interior y de la Guerra se acercan contigo al príncipe de Vitgensein, íntimo amigo del difunto monarca, para que te presente á S. M. en concepto de literato; pero no habiéndose ofrecido ocasión oportuna, se aplaza tan señalada honra para otro

día <sup>1</sup>. El salón va quedando desierto, y los que hace un momento lo poblaban, regresan á Berlín después de media noche en el mismo orden que de allí salieron.

Desnudos de verdor comienza á mostrar sus árboles el *Thiergarten* <sup>2</sup>: marchitas las hojas se arrastran por el suelo á impulso de los vientos septentrionales que anuncian la llegada del invierno. A pesar de sus rigores y del profundo estudio á que consagras las horas, tu salud no se ha alterado todavía. ¿Permitirá la misericordia de Dios que la planta del Mediodía se aclimate entre las nieves del Septentrión? ¿Escuchará los ardientes votos que por tu existencia van derechos á su trono? Esta esperanza debiera alentar mi pecho, y sin embargo, ¿por qué me parecen tan tristes las galas de esa nueva primavera? ¿Por qué los perfumes que deben exhalar esas flores que estoy viendo, no llegan hasta mí, ni los rayos de ese sol que las vivifica, penetran en las tinieblas de mi corazón? Las flores se agostan: las mieses de los campos van adquiriendo su color dorado, y pronto caerán bajo la hoz del segador, como las generaciones de la tierra vienen cayendo una tras otra bajo la guadaña de la muerte. . . . .

---

<sup>1</sup> La presentación del autor de estas obras á las princesas de Prusia se verificó por el barón de Humboldt al poco tiempo, en un baile que dió el ministro de Negocios Extranjeros, barón de Bulow. La conversación giró en los diez ó doce minutos de su duración, sobre España, el clima de Berlín y el viaje del autor. Algunas noches después, en otro concierto dado por el conde de Arnim, ministro del Interior, sus altezas reales se dignaron dirigirle la palabra algunas veces. Convidado á comer el día de Reyes del siguiente año por el príncipe Carlos de Prusia, llevó éste su bondad hasta el punto de convidar igualmente al marqués de Lucchesini, como amigo del difunto Gil. En varias ocasiones tuvo después la misma honra.

<sup>2</sup> El parque de Berlín.

¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! Ella te escoge ahora por blanco de sus tiros! Un torrente de sangre brota de tu pecho y enrojece tus descoloridos labios. ¡Qué horrible sepulcral silencio reina en ese aposento del dolor, interrumpido únicamente por tu respiración anhelosa! He aquí el segundo aviso del ángel de los sepulcros, y de esta vez ¡ay de mí! no te salvarán las auras de la Silesia, adonde acabas de llegar con el germen de una enfermedad incurable. ¡Oh cuán pronto las profecías de tu corazón <sup>1</sup> se cambiarán en espantosa realidad!

Un segundo ataque, más terrible que el primero, te postra nuevamente moribundo. El doctor Velzel <sup>2</sup> tiene que dejar sin sangre tus venas para prolongar algunos meses

<sup>1</sup> Véase lo que decía en el artículo primero de su *Bosquejo de un viaje á una provincia del interior*, inserto en *El Sol*, correspondiente al 2 de Febrero de 1843:

«Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará á una playa extranjera dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora. ¡Extraña manía la del pobre entendimiento humano, que á toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!»

Ocho años antes de su muerte ya había simbolizado la alegoría del cisne en algunas de sus poesías.

<sup>2</sup> He aquí la traducción de la última carta que con tal motivo escribió al íntimo amigo del enfermo.

«Al Sr. D. Joaquín del Pino, el doctor Carlos Welzel, médico de los baños de Reinerz.

»Nuestro amigo Enrique Gil, de cuyo estado enteré á usted en mis cartas del 6 y del 13 de este mes, salió de aquí para Berlín el día 18.

»¡Oh dolor! Una emotisis pertinaz que recorriendo las cavernas pulmonales desarrolla y excita los tubérculos, siempre es un signo fatal y peligroso á la vida, áun cuando de una manera leve se reproduzca.

»Por esta y otras razones traté de impedir la salida del enfermo; pero temiendo el frío de nuestras montañas y llevado de su deseo de regresar á su otra patria (Berlín), no quiso permanecer aquí más tiempo.

tu existencia. La voz de tu próximo fin se esparce por Reinerz, y multitud de personas desconocidas se agolpan á las puertas de tu casa para informarse de tu situación con interés profundo. En Berlín, en París y más allá de los Pirineos, tus amigos te lloran por muerto, para cambiar su aflicción en alegría al saber al poco tiempo que aun existes si existir se llama llegar á la capital de Prusia en el deplorable estado en que te veo. La enfermedad hace rápidos progresos, y el médico de cámara del príncipe Carlos y el doctor Heim que te asisten con celoso esmero, reconocen la inutilidad de sus esfuerzos para salvarte. Tampoco para ti es un misterio ¡pobre hermano mío!, y no obstante, seis días antes de tu muerte escribes entre congojas profundas y con mano trémula á nuestra madre, ocultando la gravedad del mal é infundiéndola esperanzas que tu no abrigas. ¡Oh! ¡Hasta en el borde del sepulcro no se desmiente la sublime abnegación de tu alma!..... El valor abandona á la mía para continuar mirando por este enlutado cristal, según se acerca la catástrofe. Deja que descanse, hermano mío, si no quieres verme morir á tus pies.

—Pues bien; yo concluiré por ti—respondió la sombra amada.—Contados son los momentos que puedo permanecer á tu lado, y quiero que apures hasta la última gota del cáliz, para que tu alma se eleve después sobre los dolores que aun habrás de atravesar.

---

«No en balde temo que fallezca en el viaje de otro ataque repentino, como sucede con frecuencia.

«Por lo demás, crónica ya su enfermedad y declarada tisis pulmonal sin duda alguna, es de todo punto incurable, y por consiguiente conviene ir preparando con prudencia á la madre del enfermo para su próxima muerte. ¡Quiera el cielo que al menos pueda llegar á Berlín el desgraciado!—Reinerz, reino de Prusia, provincia de Silesia, á 20 de Setiembre de 1845.»

—Cúmplase tu voluntad, hermano mío.

—En la mañana del 21 de Febrero conocí que mis padecimientos tocaban á su término. Una terrible angustia me oprimía el pecho; los objetos todos, confusos é informes, se movían á mi rededor: en mis oídos resonaban incessantemente ecos de lúgubres campanas, y el cerebro trastornado con la próxima disolución de mi ser, apenas podía coordinar una sola idea.

Aquella mañana vino, como de costumbre, á verme mi generoso amigo Urbistondo. Triste y en un silencio sepulcral pasó la hora que estuvo á mi cabecera: al marcharse estreché su mano como quien se despide para las desconocidas regiones de la muerte, y recuerdo que la convulsiva carcajada que entonces me arrancó el delirio, heló la sangre en el corazón del noble joven.

Las últimas sombras de la tarde fueron invadiendo mi triste y solitaria habitación, y los síntomas empezaron á declararse mortales en el más alto grado: á media noche hice entender por señas á mi leal From que rodase el lecho hasta el medio de la sala, pues cada vez me ahogaba más la falta de aire. ¡Dios mío! balbuceé: ¡bendita sea tu misericordia! He aquí los precursores de la agonía final; pero *si caro infirma, spiritus quidem promptus*. De repente el pensamiento, rompiendo las redes que le envolvían y recobrando su postrer destello, á la manera de una antorcha que antes de apagarse despide más vivo resplandor, se lanzó hacia vosotros, ó más bien vinisteis á su llamamiento, porque en torno de mi lecho de dolor se me figuró ver á nuestra madre contigo y sus tres hijas llorando de rodillas. Mis ojos estaban secos, pero el corazón también vertía lágrimas que se mezclaban á las vuestras; porque el alma, aunque

ya en los umbrales de su patria, apegada todavía á las afecciones terrenales, sondeaba con inefable mirada el pasado y el porvenir de los seres sin ventura que venían á darme el último adiós ¡ay! ¡cuánto sufrí en aquellos momentos! ¿Qué iba á ser de la que me llevó en sus entrañas, muerto el hijo que tanto idolatraba? ¿Qué de aquellas criaturas huérfanas que compartían su desesperación? Vi que la indigencia amenazaba inexorable sus breves días, porque no hallarían compasión en sus semejantes, á pesar de haberse llamado amigos míos: vi la no lejana muerte de nuestra hermana mayor, mártir en su padecer, santa en su resignación, cuya vida hubiera podido prolongarse á no haber carecido de los cuidados que, por mezquinos, desprecian los nombrados poderosos de la tierra: vi el abandono de todos por doquiera y las lágrimas diarias de vuestros ojos que en vano intentarían enjugar algunas manos generosas. La lucha era demasiado cruel para que pudiera sostenerse muchas horas: recogí, pues, mis fuerzas moribundas para enviaros un beso de amor á cada uno: llevé la mano al corazón y en aquel instante el alma dejó de ser su compañera <sup>1</sup>.

Tu no podrías comprender, hermano mío, los goces del espíritu que desde el valle de las tinieblas y del llanto se lanza á las fuentes de luz, y de pronto se encuentra entre los escogidos del Señor, en medio de su gloria infinita, oyendo los himnos de amor y de ventura de los ángeles y recorriendo aquellos paraísos sin límites y embalsamados con el aliento de Dios; pero al saber que yo soy uno de esos bienaventurados, ¿te atreverás todavía á exhalar una

---

<sup>1</sup> Eran las siete de la mañana del domingo 22 de Febrero de 1846.

queja sacrílega? ¿Podrá justificar tus lágrimas mi ausencia? ¡Oh! Bien haces en caer de rodillas sobre esta tumba, que pronto volverá á encerrar el cuerpo en que te habla mi espíritu: bien haces en implorar el perdón del Criador y agradecerle que yo haya bajado á rasgar los velos de tu entendimiento. Acabas de ver el cuadro sinóptico de mi primera existencia: ¡arroyo miserable y de aguas turbias que corrió presuroso á hundirse en el gran mar de la eternidad! ¡Y esto es lo que vosotros llamáis vida! Reposar la cabeza en la almohada de la cuna, para dejarla caer en la del féretro después de un sueño más ó menos largo, pero siempre corto! Alza del suelo, hermano, y prosigue mirando hacia vuestro mundo: ¡vasto teatro decorado con las ruinas del paraíso, en que, desde la caída del primer hombre, la humanidad representa sus miserias y dolores, sus delezna- bles alegrías, sus crímenes nefandos! Ya no verás sobre su faz más que un cadáver y el desamparo de los tuyos; pero no olvides que la mano del Redentor ha grabado en la bóveda del cielo estas palabras: *Si tus hermanos te rechazan, ¿por qué lloras? Llegarás á mí purificado con tus sufrimientos y tuyo será el reino de mi Padre.* No olvides que las lágrimas de resignación caen en las flores que *arriba* nos esperan, como en las flores de *aquí abajo* cae el rocío de los cielos. Y ahora continúa, que ya te escucho.

—Tu cadáver es, en efecto, lo primero que á mi vista se aparece: tu cadáver, que, después de tres días, conducen en este momento al cementerio católico en que nos hallamos. Varios coches del cuerpo diplomático y de algunas personas distinguidas siguen el convoy fúnebre, mientras en la casa mortuoria se hallan el barón de Humboldt, el mayordomo del príncipe Carlos de Prusia, el banquero

Mendelssohn y el ministro del Brasil. Las últimas lágrimas de tus amigos Urbistondo y D. Mateo Ballenilla, oficial de la república de Venezuela, caen sobre tu rostro helado. ¡Ay de mí! También yo miro por la vez postrera esas facciones dulces, melancólicas, que nada se han alterado durante esos tres días. ¡Oh desventura! ¿Qué queda en la tierra de tantas esperanzas, de tan rica juventud? ¡Un sepulcro á cuatrocientas leguas de tu cuna!

Un empleado civil del gobierno prusiano y el canciller de la Embajada de Francia han extendido el acta de tu fallecimiento, autorizándola como testigos Urbistondo y Ballenilla. Los sellos se ponen en seguida sobre todos tus efectos: ¡reliquias preciosas que los tuyos no llevarán nunca á sus labios, porque la Providencia ha decretado que el dolor sea completo! Dos mil setecientos cuarenta y un francos importan las deudas liquidadas por gastos de tu enfermedad, entierro, derechos de justicia <sup>1</sup> y otros varios, y como tus créditos no alcanzan á cubrirlas, *justo es que judicialmente se vendan en pública subasta y á precio ínfimo tus ropas, tus libros, los muebles de tu casa, para que el decoro del nombre español no padezca*. Pero ¡ay pobre hermano! Todo ello no alcanza aun para pagar á tus acreedores, y es preciso que á los ocho meses de tu muerte, el Embajador de España en París se obligue á hacerlo en nombre del go-

---

<sup>1</sup> En la liquidación remitida por la Legación de Francia al ministerio de Negocios Extranjeros figura una partida de 787 francos por gastos de justicia; efecto, sin duda, de la competencia suscitada entre aquella y el Tribunal prusiano, y de los procedimientos á que dió lugar el abandono en que se dejó la testamentaria de aquel joven por espacio de ocho meses con sorpresa de sus numerosos amigos en aquella corte. ¡Fatal estrella la de algunas familias, que aun al través de las nieblas del sepulcro, sigue alumbrando sus pasos por los más ásperos senderos de la suerte!

bierno, si no han de correr la misma suerte la medalla de oro que debiste al rey de Prusia y otras alhajas de corto valor. ¡Oh! ¡gracias, gracias, ministros de mi patria, por haberlas salvado del naufragio! Verdad es que llegará el día en que haya necesidad de ofreceros esas mismas alhajas<sup>1</sup>: los acreedores no hicieron más que mudar de nombre, y el tesoro de España *para salir de sus apuros, reclamará los tres mil cuatrocientos doce reales que anticipó generosamente*<sup>1</sup>; pero siquiera no volverán los extranjeros á admirarse con el espectáculo de una almoneda española, y aun cuando la desvalida anciana que más adelante se acercará á pedirnos una limosna, tuviera que desprenderse de aquellos recuerdos, no os maldeciría por eso. ¡Una madre tiene bastantes con los de su propio corazón!

#### IV.

¿Por qué da la vuelta este cristal por sí mismo, hermano mío? ¡Ah! ya comprendo: este lado representa sin duda el porvenir de tu familia. Más de cuatrocientas leguas me apartan de tu sepulcro apenas cerrado todavía, y con planta vacilante recorro de nuevo los sitios en que se meció tu cuna. Allí está la Aguiana, desde cuyo elevado pico tu vista de Aguila desentrañaba un tiempo las bellezas del país que domina: allí la fértil ribera de Bembibre, el lago de Carucedo con sus tranquilas aguas, el Sil con sus bulli-

---

<sup>1</sup> Histórico.

<sup>i</sup> Amargas palabras de un alma lacerada por el dolor. El Ministerio de Estado no reclamó nunca el reintegro de aquella cantidad.

ciosas ondas y la gradería de frondosos sotos que arrancan de Corullón hasta la cumbre del monte.... ¡Oh cuán desolados y tristes debieron parecer á *María* los campos de Jerusalén después que *Jesús* hubo dado su último suspiro en la cruz de redención! ¡Tristes se fijan también los ojos de una madre en esos campos del Bierzo adonde me transporta esta óptica del cielo!

¿Quién es esa anciana que de rodillas ante la imagen de la *Virgen de los Dolores* está rezando el rosario de cada noche? ¿Por qué espira en la garganta su voz al querer articular un *Pater noster*, y á su acento, tembloroso por la emoción y los años, responden los ahogados sollozos de sus hijas, arrodilladas á su lado? Es nuestra madre, Enrique, que reza por el descanso de tu alma; nuestras hermanas son, que lloran tu pérdida y su desamparo. Una de ellas, según pronosticaste, irá pronto á reunírsete en los cielos; pero á las demás aun las reserva el Omnipotente largas horas de lágrimas y privaciones.

He ahí á esa misma anciana que, obligada por la imperiosa ley del vivir, se acerca por segunda vez con el corazón partido al congreso de los diputados, diciendo: *Si de algo valen los méritos del hijo que me robó la muerte, dadme un pedazo de pan, porque yo soy pobre y no tengo á quién volver los ojos: hacedme el bien que yo hacía á mis semejantes cuando Dios me daba medios para ello.* Magníficos discursos se pronuncian á tu memoria, hermano mío. Oigamos á uno de tus amigos, de ardiente corazón y sublime inteligencia.

«Muy breves palabras voy á decir al Congreso. Unido con vínculos de cordial amistad al distinguido cuanto malogrado joven D. Enrique Gil, y habiéndoseme hecho instancias para que apoye esta petición, así en el Congreso

como cerca del Gobierno de S. M., me levanto á abogar por una causa afortunadamente bastante justa para no necesitar defensor. Según deberá constar de un documento de que no se hace mérito en el dictamen, hace ya dos años que la desgraciada madre de D. Enrique Gil presentó al Congreso otra petición igual á esta. Yo no tenía entonces el honor de ser diputado; pero recuerdo que fué calorosamente apoyada, y que esta idea fué acogida por la comisión y por el Congreso con visibles muestras de simpatía. Ni podía ser de otra manera, señores. Todos los hombres que han pertenecido á la generación literaria á que perteneció Enrique Gil, á esa generación que tiene dignos y nobles representantes en este sitio, han pronunciado alguna vez aquel nombre con encomio y alabanza. Yo no haré su elogio: baste decir que, nombrado por el Gobierno para desempeñar una comisión científica y literaria en Alemania, el rigor del clima y su constancia en el estudio le acarrearon una enfermedad que le condujo en breve tiempo al sepulcro, dejando en la orfandad á una madre anciana y pobre. ¿Y no es justo, señores, que á esta anciana le demos nosotros un pedazo del pan que ha perdido al perder á su hijo? Yo de mí sé decir, que cuando se presenta un proyecto pidiendo una pensión para la madre ó para la hija de un soldado que ha muerto en el campo de batalla, tengo una satisfacción en votar ese proyecto. Ahora bien, los hombres de la ciencia son también una especie de milicia que da gloria á su patria. El Sr. Gil era un noble soldado de esa noble milicia de la inteligencia, y ha muerto sirviendo á su país. No insistiré más. Estoy seguro que si esta cuestión pudiera presentarse bajo su verdadera forma, el Congreso la votaría por unanimidad. Pero ya que esto no pue-

da se le desearía que algún individuo de la comisión se sirviera apoyar esta petición en el mismo sentido que he tenido el honor de hacerlo».

«Pocas veces (se le contesta) la comisión ha tenido que sujetarse al reglamento con más disgusto que en la ocasión presente. Trátase de una recompensa merecida á la madre de un joven ilustre por sus talentos y por sus servicios, y la comisión, que no puede más que proponer resoluciones de puro trámite de las tres á que está limitada, ha adoptado la más satisfactoria, la que puede producir más resultado. El Congreso no puede entrar en actos de gobierno, ni conceder nada, si no viene por medio de un expediente promovido y sustanciado por el Gobierno. La comisión, pues, ha propuesto lo que creía más favorable, y siente mucho que el reglamento no le permita proponer algo sobre el fondo de la cuestión».

«Igual petición, señores (añade otro de tus buenos amigos), fué hecha en la legislatura pasada, y los señores de aquellos bancos y de estos la apoyaron igualmente. Don Enrique Gil cuenta en unos y otros muchos apasionados. Era el apoyo y sostén de su familia: ella miraba en él su porvenir. El Gobierno le destinó de secretario de legación á la corte de Berlín, y aquel clima no le convenía; sin embargo, aceptó el cargo honroso que se le confería, y en él sucumbió. ¿Negará el Ministerio la pensión que su familia desolada reclama? Seguramente que no; pensiones tan justas honran á los congresos que las piden y á los Ministros que las otorgan».

«El Sr. Ministro de Estado (replica uno de los Consejeros de la corona), no se halla presente por estar indispuesto: yo le transmitiré los votos del Congreso, y no dudo

que, acogiéndolos como deben ser acogidos, propondrá la resolución conveniente».

¡Oh ser bienaventurado! ¿Asoma á tus labios una sonrisa de amargura? ¿Conoces que esos arranques de un entusiasmo generoso, esas hermosas frases darán por resultado, como en la vez primera otras no menos bellas, una compasión estéril y pasajera? ¿Conoces que la promesa que acabamos de escuchar no pasará más allá del recinto en que se ha pronunciado, y que en el camino de la caridad el hombre se cansa pronto? Pero ¡cuán injusto soy en quejar me de su abandono! Olvido que esa pensión de gracia sería una usurpación al Estado, harto pobre también para poder soportar tan inmenso sacrificio. ¿En qué meritos se fundaría por otra parte? Es cierto que tú, hermano mío, falleciste víctima de tu aplicación y del rigoroso clima de Alemania; es cierto que tú preparaste en Berlín la opinión pública para el reconocimiento de mi Reina, destruyendo prevenciones desfavorables que abrigaban elevadas personas, augustas algunas de ellas, y aceleraste el ansiado día en que dos naciones abriesen recíprocamente las puertas á su industria y comercio; pero ¿son servicios bastantes para recompensa tan grande como se pide? Resérvense éstas para otros seres más dignos. No muy lejano contemplo el día en que mi triste patria se verá invadida por una epidemia devastadora: habrá entre sus víctimas hombres mártires, ante quienes yo inclino mi frente desde ahora con santo respeto: habrá otros que perecerán sin hacer abnegación de su vida. Unos y otros dejarán viudas, huérfanos, cuyo porvenir será preciso asegurar de una manera espléndida. ¡Ay! las migajas de ese pan que les alargará la patria, bastarían, sin embargo, para nuestra indigente madre!

¿No podrías, hermano mío, hacerme un hueco en tu sepulcro?

—Y ¿crees tú que en las tumbas de los amados del Señor caben acaso los que así se rebelan contra sus decretos? ¡Ay de ti, mísero hermano, si dejas que avasallen tu pensamiento los terrores de un infortunio pasajero ¡Ay de ti, si no comprendes que las lágrimas aquí derramadas se convierten en cristalino río, por cuya apacible corriente boga el alma hasta los cielos! ¿Estarían estos tan poblados sin las catacumbas de Roma? ¡Los que tú acusas de inhumanos, son los sin ventura, que en la hora de su tránsito final no verán las blancas apariciones del bien! Compadéceles sin odiarles, porque al fin la Providencia que vela sobre el egoísmo de los hombres, no os ha negado *el pan de cada día* hasta el presente, ni abrigo á vuestros cuerpos, ni un techo que de la intemperie os guarezca. Enmudezcan vuestros dolores ante el dolor futuro de un pueblo que Dios inscribe en el libro de los desastres expiatorios. ¡Ay! Tú lo has dicho: llegará por desgracia un día en que un azote cruel diezmará hasta por tercera vez los habitantes de tu patria: vendrá en pos otra guerra fratricida que regará con sangre los frutos de sus campos y acaso la mano del Eterno derrumbará los tronos viejos para erigir otros nuevos<sup>1</sup>. Lloro, sí; pero lloro como el profeta la ruina de Jerusalén, y reconociendo tu obcecación, torna á la senda de que así te apartas. Prométeme ser resignado y fuerte en lo que vosotros llamáis desgracia y *arriba* nombramos fuente del bien; prométeme ser compasivo con el triste, generoso con quien te ofenda y humilde en las dichas que

---

<sup>1</sup> ¡Extraña profecía!

Dios pueda enviarte para probar tu corazón. ¡Es tan fugaz vuestra vida, que sus dolores y alegrías ¿merecen acaso que aparte un solo instante el alma sus miradas de la patria que la espera? Yo volveré á bajar en tus noches de delirio para acabar de fortalecer la tuya; pero ahora es forzoso separarnos, porque la luz del alba se acerca. Ya oyes las campanas de Berlín que la anuncian, excepto las de Santa Eduvigis que doblan á muerto. Adios, pues, hermano mío. Yo, habitante de estas sombras en que te dejo, me despediría diciéndote: *hasta dentro de unos años*. Espíritu de las alturas, me alejo de ti diciéndote: *hasta luego*.

¡Ay! Extendí los brazos, porque la adorada visión desaparecía de mis ojos en serena ascensión á la morada del Eterno. Ya á una distancia inmensa, me pareció ver que un ángel en la primera infancia, radiante de felicidad, de hermosura y de inocencia, le salía al encuentro y le asía de la mano. Después ya no vi más, y caí de rodillas sobre el helado granito del sepulcro.

.....

.....

## V.

Había llegado el momento de despertar; mas fué para continuar creyéndome aun bajo el dominio del ensueño que en aquel instante terminaba. Las primeras vislumbres de la aurora penetraban, en efecto, por los cristales de los balcones: las campanas de San Martín de Salamanca anunciaban á los fieles con sus lenguas de bronce que en el templo iba á celebrarse misa de ángel, y una pobre madre

sin hijos sollozaba convulsivamente á la cabecera de mi lecho. Aquellos sollozos profundos, desgarradores, me volvieron la conciencia de mi situación. Acababan de llevar de mi desierta casa el cadáver de un niño: ¡También se llamaba Enrique! ¡También en el cielo estaba!

¡Perdón, Dios mío, si á pesar de tu profético aviso, corrieron mis lágrimas nuevamente!

EUGENIO GIL Y CARRASCO.

## A MI HIJO.

---

Tu corazón, hijo mío,  
No comprende el egoismo  
Del mundo, ni el hondo abismo  
Que á veces se encuentra en él;

Mas pasarán harto pronto  
Los años de tu inocencia,  
Y en pos vendrá otra existencia  
De desventura cruel;

¡Que hay de lágrimas legados  
Y el triste da vida al triste!  
Por eso sé que naciste  
Para sufrir y llorar;

Mas recuerda, hijo del alma,  
Cuando comience tu llanto,  
Que también entre quebranto  
Vi mis días resbalar.

Y recuerda que al Eterno  
Siempre ofrecí mis dolores,  
Porque en ellos vía flores  
Para otra vida mejor.

Así, los tuyos ofrece,  
Pobre lirio, cuando vengan,  
Y ¡los cielos te sostengan  
En la virtud y el honor!

Al bajar á la tumba el ser que lloro,  
Tú, serafín del cielo, aún no vivías:  
Años después, á iluminar venías  
Mis noches de tinieblas y aflicción.

Iris de luz y de esperanza fuiste,  
Resurrección feliz de otros amores:  
Y el bien que me trajiste ¿con dolores  
Ha de pagar mi amante corazón?

¿He de rasgar la venturosa venda  
Con que hoy cubres tus ojos infantiles,  
Las rosas deshojar de tus pensiles,  
Donde juegan los ángeles del bien?

No obstante es fuerza; que la voz de un padre  
Que reclama la tumba es cariñosa,  
Y encierra profecía misteriosa  
Que puede ser del huérfano sostén.

¡Huérfano, sí, que al espirar tu infancia  
Y al nacer otra edad brillante y pura,  
Este valle de sombras y amargura  
Habré dejado para siempre yo!

Y ¿qué fuera de ti, pobre hijo mío,  
A la vida lanzándote inexperto?  
¿No ves que entonces estará ya muerto  
El padre que hasta aquí te protegió?

Esas lúgubres páginas que he escrito,  
Regadas con el llanto de mis ojos,  
Te mostrarán del mundo los abrojos,  
Ofreciéndote al par una lección.

Aprende en ella lo que el mundo vale,  
Y sin buscar sus dichas engañosas,  
Tus ojos vuelve á las fragantes rosas  
Que al triste aguardan en la azul mansión.

Flor como tú, de mágicos colores,  
Fué otro Enrique también, ¡pobre hijo mío!  
Quizá la más feliz entre las flores,  
Amada por el sol, por el rocío.

Sereno el cielo de su frente pura,  
Claras las fuentes de su virgen alma,  
No duraba su llanto más que dura  
El rocío en las hojas de la palma.

Unos tras otros sus primeros años  
En un espejo seductor veía,  
A los embates del dolor extraños,  
Reflejar de los cielos la alegría.

Breve, hijo mío, fué tan bella aurora,  
(Aun menos ¡ay de mí! duró la mía)  
Que dichas de la tierra engañadora  
Nacen y mueren en un solo día.

Cambiáronse las de *él* en triste suerte,  
Y aunque después le sonrió la gloria,  
Estando herido el corazón de muerte,  
¿Cómo no ser su luz, luz ilusoria?

¡Ya ves lo que quedó de dicha tanta!  
¡Un sepulcro en Berlín, lágrimas, duelo!  
Pero no olvides que con leve planta  
Hoy recorre los ámbitos del cielo.

No olvides que al vivir que aquí arrastramos,  
Debiéramos más bien nombrarle muerte,  
Pues que á vivir tan solo comenzamos  
Cuando en la tumba somos polvo inerte.

No olvides que las lágrimas han sido  
Siempre sendero que á los cielos guió:  
El que lloró *aquí abajo* escarnecido,  
Dichas y luz sin fin *arriba* halló.

Sé resignado en la desgracia y fuerte,  
Modesto y generoso como él fué,  
Y humilde en los favores de la suerte  
Y cariñoso con el triste sé.

Perdona al que te ofenda; á todos ama,  
Que Dios por todos espiró en la cruz,  
Y de sublime caridad la llama  
Ilumine tu dulce juventud.

Sigue, hijo mío, sigue mis consejos  
Cuando al alcance estén de tu razón,  
Que del amor de un padre son reflejos,  
E intérpretes de Dios los padres son.

Diciembre de 1854.

## LA PRIMAVERA DE 1846.

---

(Á LA MEMORIA DE MI HERMANO).

---

Corre otra vez la savia de los árboles  
En transparentes lágrimas de vida  
Y en las florestas óyese sentida  
Vaga canción de amante ruiñeñor.

Visten de nuevo los flotantes prados  
Su manto de amapolas y esmeralda,  
Y de los montes la pendiente falda  
Vistosa cubre la retama en flor.

Y el sonoro torrente á desatarse  
En caprichosas trenzas de alba espuma,  
Besando de los pájaros la pluma  
Que beben en su límpido caudal;

Y la luna su luz dando á las flores,  
Con sus rayos el sol borrando nieves,  
Y las auras balsámicas y leves  
Rizando de las fuentes el cristal,

Otra vez tornan; pero en vano ¡ay mísero!  
Con los ojos del alma gozar quiero  
Panorama tan dulce y hechicero  
Que en otro tiempo mi deleite fué.

Si hay en los campos el verdor de siempre,  
Si igual murmurio la cascada arroja  
Y el ruiseñor renueva su congoja  
Entre las ramas de su nido al pie;

Sirven no más para evocar recuerdos  
Que acrecientan del alma los dolores:  
¡Ya para mí no hay sol, torrentes, flores,  
Bosques, praderas, luna, claridad!  
¡Doloroso contraste! ¡doble pena!  
La primavera allí con sus alfombras,  
En mí el invierno con sus negras sombras,  
Con sus noches de insomnio y soledad!

¡Ay del que joven la esperanza pierde  
Y el no existir espera con afán!  
¡Miseró aquel que como yo recuerde  
Ensueños que ya nunca volverán!  
¡Qué fué mi corazón! Corona verde  
Un tiempo de jazmines y arrayán:  
Blanca y fragante rosa sin espinas.  
¿Qué eres hoy, corazón? ¡Lágrimas, ruinas!

Busco en el mundo el ser que lo ha dejado  
Por decretos de Dios, que yo bendigo,  
Y de buscarle en balde fatigado,  
¡Cuántas veces en tierra doy conmigo!  
Peregrino sin fe, desalentado,  
Lo que los hombres aman yo maldigo;  
Pero quiere el Señor que en mi agonía  
Siga esta cruz llevando todavía.

¡Vivir, vivir con la esperanza muerta,  
Marchita el alma, el corazón partido,  
Al borde de una tumba, siempre abierta,  
Mansión postrera de un amor perdido!  
Tal es mi porvenir: noche cubierta  
De horrible soledad, luto y olvido!  
¡Noche sin luz, de lágrimas sembrada,  
Imagen espantosa de la nada!

No extrañes, no, primavera,  
Que tus magníficas galas  
Indiferentes hoy miren  
Ojos que llanto derraman.  
Bien sabes que en otro tiempo,  
Pasada apenas mi infancia,  
Era un hijo cariñoso  
Que en tu regazo soñaba  
Juveniles ilusiones  
Con tus flores ataviadas:  
Bien sabes que por tus campos,  
Cual mariposa esmaltada  
Que liba de flor en flor  
De los céfiros en alas,  
Enagenado corría  
Al primer fulgor del alba  
Por gozar en los misterios  
Que á mi vista desplegabas.

¡Cuántas veces en tus fuentes  
Mis labios ¡ay! reposaban,  
Contándoles mis amores,  
Pidiéndoles esperanzas!

¡Cuántas veces sus cristales  
Dieron sepulcro á mis lágrimas  
Con armónicos suspiros  
Que, llevados por las auras,  
A su vez entre las flores  
Hallaron muerte temprana!  
¡Cuántas veces escuché  
De tus invisibles hadas  
El dulcísimo concierto  
Con todo el fervor de un alma,  
Virgen, inocente, pura  
Y á los dolores extraña!  
Al sueño entonces mis ojos,  
Acuérdate, se cerraban,  
Y en tanto que yo dormía,  
Con tristes notas pausadas  
Cantaban los ruiseñores,  
Los rosales sus guirnaldas  
Y su cáliz la azucena  
Sobre mi frente doblaban  
En blandas ondulaciones,  
Temiendo que despertara,  
Como la madre que al hijo  
Enfermo el sueño le guarda.

Hoy como entonces ¡ay mísero  
Tienes campos de esmeralda,  
Torrentes, árboles, flores,  
Y ruiseñores que cantan:  
Hoy como entonces murmuran  
Tus fuentes, y embalsamadas,  
Las brisas de las florestas  
Sentidos ayes exhalan;

¡Mas para mí todo en vano!  
Si tus encantos resaltan  
Como siempre, por un prisma  
Enlutado los ve el alma,  
Y alma que en llanto rebosa,  
La tumba solo con ansia  
Mirar puede y deleitarse  
Del no ser en la esperanza.

¡Ay alma! ¿Lloras,  
Porque tu primavera  
Pasa tan pronta?

También esos rosales  
Que el viento mece,  
En espinas los hielos  
Después convierten.

También los ruisiñores  
Que hoy trinan tanto,  
En los meses de invierno  
Quedan callados.

¡Ay! ¿Lloras, alma,  
Porque tu primavera  
Tan pronto pasa?

También esos collados  
Que cubre el césped,  
En llegando el estío  
Su verdor pierden.

También esos arroyos  
Que así murmuran,  
En los mares encuentran  
Inmensa tumba,

Donde principia  
Otra vida para ellos,  
Grande, infinita.  
Y ¿lloras, alma mía,  
Viendo esa esfera,  
Que es el mar de las almas,  
La vida eterna?

Abril de 1846.

## UN LIBRO POR CORONA.

---

Flores busqué para en la tumba aislada  
¡Ay, hermano infeliz! donde reposas  
*Una corona* de brillantes rosas  
Suspende con mis lágrimas regada.

Tu memoria en las sombras de la nada,  
Las emociones tiernas, generosas,  
Muertas hallé. ¡Las nieblas silenciosas  
Del norte sean tu *corona* helada!

Solo una cruz y rosas naturales,  
Ofrenda pura de amistad sincera,  
En derredor de tu sepulcro veo.

¿Quién ha puesto esa cruz, quién los rosales?  
*Urbistondo* la cruz, las flores *Vera*.  
¡Oh! perdón, amistad! Aun en ti creo.

Octubre de 1855.

EUGENIO GIL Y CARRASCO

## EN LA TUMBA DE D. ENRIQUE <sup>k</sup>.

---

No de altivo laurel rama frondosa  
Colgaré yo con mano temeraria  
Donde tu tierno corazón reposa  
Bajo tumba modesta y solitaria;  
Blanca azucena y encendida rosa,  
Llanto afectuoso y sincera plegaria  
Serán los dones, que mi amor te ofrece,  
Y que el recuerdo de tu amor merece.

Que tu existencia como el aura suave  
Pasó sin ruido por el triste suelo,  
Como la blanca estela de la nave,  
Cual la línea que forma con su vuelo  
Sobre el tendido firmamento el ave:  
Así pasaste de la tierra al cielo,  
Dejándola bañada en armonía  
Los ecos de tu dulce poesía.

Ni á los aplausos de guerrera gloria,  
Ni al rumor de tumultos populares  
Mezcló tu nombre nuestra triste historia,

---

<sup>k</sup> El autor de estas bellas octavas, que se hallaba en Berlín como Encargado de Negocios pocos años después de la muerte de Gil, hizo plantar flores en la tierra que cubre los restos de su infeliz amigo, y sobre la cual D. José de Urbistondo había hecho levantar, á sus expensas, un sencillo y elegante monumento.

Ni la ambición lo guarda en sus altares.  
Pura, como tu vida, tu memoria  
Quedará en tus dulcísimos cantares,  
Como queda en el vaso cristalino  
La rica esencia de licor divino.

Adios, dulce poeta, tierno amigo,  
Que en los helados brazos de la muerte  
Hallaste al fin impenetrable abrigo  
Contra los tiros de envidiosa suerte.  
Si tu espíritu baja á ser testigo  
Del llanto acerbo que mi pecho vierte,  
Huelle á lo menos tu querida sombra  
De frescas flores olorosa alfombra.

¡Ay! esas flores, que mi amor te envía,  
Regadas con el llanto de mis ojos,  
Eran ayer emblema de alegría;  
Hoy lo son de la muerte y los enojos.  
Al esparcirlas en la tumba fría,  
Que guarda para siempre tus despojos,  
Imagen son á mi angustiada mente  
Del bien pasado y del dolor presente.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

## EPÍSTOLA Á PEDRO

---

Berlín 1.º de Febrero de 1856.

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,  
Que á orillas del Sprée (ya que del río  
Se hace mención en circunstancias graves)

Mora un semi-alemán, muy señor mío,  
Que, entre los rudos tímpanos del Norte,  
Recuerda la amistad y olvida el frío.

Lejos de mi Madrid, la villa y corte,  
Ni de ella falta yo porque esté lejos,  
Ni hay una piedra allí que no me importe.

Pues sueña con la patria, á los reflejos  
De su distante sol, el desterrado,  
Como con su niñez sueñan los viejos.

Ver quisiera un momento, y á tu lado,  
Cuál por ese aire azul nuestra Cibeles  
En carroza triunfal rompe hacia el Prado!.....

¿Ríes?..... Juzga el volar, cuando no vuelas.....  
Átomo harás del mundo que poseas,  
Y mundo harás del átomo que anheles!

---

<sup>1</sup> Esta magnífica composición, dirigida por el Sr. Sanz, siendo secretario de nuestra legación en Berlín, al renombrado Sr. Calvo Asensio, fundador de *La Iberia*, salió á luz en este diario y fué reproducida con elogio por otros periódicos.

Al sentir *Coram vulgo*, no te creas.....  
 Al pensar *Coram vulgo* no te olvides  
 De compulsar á solas tus ideas.

Como dejes la España en que resides,  
 Donde quiera que estés, ya echarás menos  
 Esa patria de Dolfos y de Cides;

Que obeliscos y pórticos ajenos  
 Nunca valdrán los patrios palomares  
 Con las memorias de la infancia llenos.

Por eso, aunque dan son á mis cantares  
 Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido  
 Recordando á mi pobre Manzanares.

¡Allí mi juventud!..... ¡ay! ¿quién no ha oído  
 Desde cualquier región, ecos de aquella  
 Donde niñez y juventud han sido!.....

Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella,  
 Múltiple se repite en mis memorias,  
 Como en lágrimas n.íl única estrella.....

Que quedan en el alma las historias  
 De dolor ó placer, y allí se hacinan,  
 Del fundido metal muertas escorias.

Y, aunque ya no calientan ni iluminan,  
 Si al soplo de un suspiro se estremecen,  
 ¡Aun consuelan al alma!..... ¡ó la asesinan!

*Cuando al partir del sol las sombras crecen,*  
 Y, entre sombras y sol, tibios instantes  
 En torno del horario se adormecen;

El dolor y el placer, férvidos antes,  
 Se pierden ya en el alma indefinidos,  
 A la luz y á la sombra semejantes.

Y en esta languidez de los sentidos,  
Crepúsculo moral, en que indolente  
Se arrulla el corazón con sus latidos,

Pláceme contemplar indiferente  
Cual del dormido Sprée sobre la espalda  
Y en lúbrico chapín sesga la gente:

O recordar el toldo de esmeralda  
Que antes bordó el Abril, en donde ahora  
Nieve septentrional tiende su falda:

Mientras la luz del Héspero incolora  
Baña el campo sin fin, que el Norte rudo  
Salpicó de brillantes á la aurora!

.....

¡Hijo de otra región, trémulo y mudo  
Con la mirada que por ti paseo,  
Nieve septentrional, yo te saludo!

Una tarde de Mayo (casi creo  
Que salta á mi memoria su hermosura  
De este cuadro invernal, como un deseo),

Una tarde de flores, y verdura,  
Rica de cielo azul sin un celaje,  
Y empapada en aromas y frescura;

En que, al son de las auras, el ramaje  
Trémulo de los tilos repetía  
De otros lejanos bosques el mensaje;

Yo, con mi propio afán por compañía,  
Del recinto salí que nombró el mundo  
Corte del rey filósofo algún día.

A su verdor del Norte sin segundo,  
De un frondoso jardín los laberintos  
Atrajeron mi paso vagamundo.....

En armoniosa confusión distintos,  
Cándidos nardos y claveles rojos,  
Tulipanes, violas y jacintos,

De admirar el vergel diéronme antojos;  
Y perdíme en sus vueltas, rebuscando,  
Ya que no al corazón, pasto á los ojos.

Y una viola, que al favonio blando  
Columpiaba su tímida corola,  
Quise arrancar..... — Mas súbito, clavando

Mis ojos en el césped, donde sola  
Daba al favonio sus esencias puras,  
Respeté, por el césped, la viola.....

¡Guirnalda funeral, de desventuras  
Y lágrimas nacida, eran las flores  
De aquel vasto jardín de sepulturas!

Pero jardín. Allí, cuando los llores,  
Aun te hablarán la amante ó el amigo  
Con aromas y jugos y colores.....

¡Y de tu santo afán mudo testigo,  
Algo en aquellas flores sepulcrales,  
Algo del muerto bien será contigo!

Dentro de nuestros muros funerales  
Jamás brota una flor..... Mal brotaría  
De ese alcázar de cal y mechinales,

Índice de la nada en simetría,  
Que á la madre común roba los muertos  
Para henchir su profana estantería;

Ruin estación de huéspedes inciertos  
Que ofreciera á los vivos sus moradas,  
Por alquilar los túmulos abiertos!

De tierra sobre tierra fabricadas,  
 Más solemnes quizá, por más sencillas,  
 Las del santo jardín tumbas aisladas,  
 Con su césped de flores amarillas,  
 Se elevan..... no muy altas..... á la altura  
 Del que llore, al besarlas, de rodillas.

¡Mas sola allí..... sin flores..... sin verdura.....  
 Bajo su cruz de hierro se levanta  
 De un hispano cantor la sepultura!.....

Delante de su cruz tuve mi planta.....  
 —Y soñé que en su rótulo leía:

«¡Nunca duerme entre flores quien las canta!»

¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría  
 Que el cantor de las flores en tu seno  
 Durmiera tan sin flores algún día!

Mas, ¡ay del ruiseñor que, en aire ajeno,  
 Por atmósfera extraña sofocado,  
 Sobre extraña región cayó en el cieno!

¡Ay del vate infeliz que, amortajado  
 Con su negro ropón de peregrino,  
 Yace en su propia tumba desterrado! <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Entre los epitafios alemanes del cementerio católico de esta ciudad, se lee sobre una cruz de hierro la siguiente inscripción castellana:

A DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO,  
 FALLECIDO EN BERLÍN EL 22 DE FEBRERO DE 1846,  
 SU AMIGO  
 JOSÉ DE URBISTONDO.

Contemplando su tumba se vienen dolorosamente á la memoria estos tristísimos versos del malogrado poeta:

Yo, al encontrar su cruz en mi camino,  
 Como enjendra el dolor supersticiones,  
 Llamé tres veces al cantor divino.

Y de su lira desperté los sonos,  
 Y turbé los sepulcros murmurando  
 La más triste canción de sus canciones.....

Y á la viola, que al favonio blando  
 Columpiaba allí cerca su corola,  
 Volví turbios los ojos..... Y clavando

La rodilla en el césped (donde sola,  
 Era airón sepulcral de una doncella)  
 Desprendí de su césped la viola.—

Y al lado del cantor volví con ella;  
 Y así lloré, sobre su cruz mi mano,  
 La del pobre cantor mísera estrella:

Bien te dice mi voz que soy tu hermano.....  
 ¿Quién saludara tus despojos fríos,  
 Sin el ¡ay! de mi acento castellano?

Diéronte ajena tumba hados impíos.....  
 ¡Si ojos extraños la contemplan secos,  
 Hoy la riegan de lágrimas los míos!

Sólo suena mi voz entre sus huecos,  
 Para que en ella, si la escuchas, halles  
 Los de tu propia voz póstumos ecos.....

---

«¡Quizá al pasar la virgen de los valles,  
 Enamorada y rica en juventud,  
 Por las sombrías y desiertas calles  
 Do yacerá escondido mi ataud,  
 Irá á coger la humilde violeta  
 Y la pondrá en su seno con dolor!  
 Y llorando dirá: ¡pobre poeta!  
 ¡Ya está callada el arpa del amor!»

¡Por las desiertas y sombrías calles,  
 Donde duerme tu féretro escondido  
 No pasa, no, la virgen de los valles!

Una vez que ha pasado..... no ha venido.....  
 Trajéronla con rosas..... á tu lado,  
 La virgen, desde entonces, ha dormido.....

Si su pálida sombra, al compasado  
 Son de la media noche inoportuna,  
 Flores entre tu césped ha buscado,

Bien habrá visto á la menguante luna,  
 Que en el santo jardín, rico de flores,  
 Sólo yace tu césped sin ninguna <sup>11</sup>.

¡No tienes una flor!.....—¿Ni á qué dolores  
 Una flor de tu césped respondiera  
 Con aromas y jugos y colores?.....

Sólo al riego de lágrimas naciera.....  
 Y de tu fosa en el terrón ajeno  
 ¿Quién derrama una lágrima siquiera!

¡Ay, sí, del ruiseñor, de vida lleno,  
 Que en atmósfera extraña sofocado,  
 Sobre extraña región cayó en el cieno!

Cantor en el sepulcro desterrado,  
 Descansa en paz..... ¡Adios!.....—Y si á deshora  
 Un viajero del Sur pasa á tu lado;

Si al contemplar tu cruz, como yo ahora,  
 Con su idioma español el viajero  
 Te llama aquí tres veces, y aquí llora;

---

<sup>11</sup> Sin duda, al escribirse estos versos se habrían marchitado ya las plantadas por el Sr. de la Vera é Isla.

Dígale el son del aura lastimero  
 Cuál en los brazos de tu cruz escueta,  
 Peregrino del Sur lloré primero.....

Recibe con mi adios *tu violeta!*  
 La tumba de la Virgen te la envía.....

.....

Y al unirse la flor con su poeta,  
 Ya en el ocaso agonizaba el día!.....

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

## EL SEÑOR DE BEMBIBRE



# EL SEÑOR DE BEMBIBRE.

---

## CAPÍTULO I.

---

En una tarde de Mayo de uno de los primeros años del siglo XIV, volvían de la feria de San Marcos de Cacabelos tres, al parecer, criados de alguno de los grandes señores, que entonces se repartían el dominio del Bierzo. El uno de ellos, como de cincuenta y seis años de edad, montaba una haca gallega de estampa poco aventajada, pero que á tiro de ballesta descubría la robustez y resistencia propias para los ejercicios venatorios, y en el puño izquierdo cubierto con su guante llevaba un neblí encaperuzado. Registrando ambas orillas del camino, pero atento á su voz y señales, iba un sabueso de hermosa raza. Este hombre tenía un cuerpo enjuto y flexible, una fisonomía viva y atezada, y en todo su porte y movimientos revelaba su ocupación y oficio de montero.

Frisaba el segundo en los treinta y seis años, y era el reverso de la medalla, pues á una fisonomía abultada y de poquísima expresión, reunía un cuerpo macizo y pesado, cuyos contornos, de suyo poco airosos, comenzaba á borrar la obesidad. El aire de presunción con que manejaba un soberbio potro andaluz en que iba caballero, y la precisión con que le obligaba á todo género de movimientos, le da-

ban á conocer como picador ó palafrenero; y el tercero, por último, que montaba un buen caballo de guerra, é iba un poco más lujosamente ataviado, era un mozo de presencia muy agradable, de gran soltura y despejo, de fisonomía un tanto maliciosa y en la flor de sus años. Cualquiera le hubiera señalado sin dudar porque era el escudero ó paje de lanza de algún señor principal.

Llevaban los tres conversación muy tirada, y, como era natural, hablaban de las cosas de sus respectivos amos, elogiándolos á menudo y entreverando las alabanzas con su capa correspondiente de murmuración.

—Dígote, Nuño, decía el palafrenero, que nuestro amo obra como un hombre, porque eso de dar la hija única y heredera de la casa de Arganza á un hidalguillo de tres al cuarto, pudiendo casarla con un señor tan poderoso como el conde de Lemus, sería peor que asar la manteca. ¡Miren que era acomodo un señor de Bembibre!!

—Pero hombre, replicó el escudero con sorna, aunque no fuesen encaminadas á él las palabras del palafrenero: ¿qué culpa tiene mi dueño de que la doncella de tu joven señora me ponga mejor cara que á ti para que le trates como á real de enemigo? Hubiérasle pedido á Dios que te diese algo más de entendimiento, y te dejase un poco menos de carne, que entonces Martina te miraría con otros ojos, y no vendría á pagar el amo los pecados del mozo.

Encendióse en ira la espaciosa cara del buen palafrenero, que, revolviendo el potro, se puso á mirar de hito en hito al escudero. Éste por su parte le pagaba en la misma moneda, y además se le reía en las barbas, de manera que sin la mediación del montero Nuño, no sabemos en qué hubiera venido á parar aquel coloquio en mal hora comenzado.

—Mendo, le dijo al picador, has andado poco comedido al hablar del señor de Bembibre, que es un caballero principal, á quien todo el mundo quiere y estima en el país por su nobleza y valor, y te has expuesto á las burlas algo demasiadamente pesadas de Millán, que sin duda cuida más

de la honra de su señor que de la caridad á que estamos obligados los cristianos.

—Lo que yo digo es que nuestro amo hace muy bien en no dar su hija á don Alvaro Yáñez, y en que *velis nolis* venga á ser condesa de Lemus y señora de media Galicia.

—No hace bien tal, repuso el juicioso montero, porque, sobre no tener Doña Beatriz en más estima al tal conde que yo á un alcón viejo y ciego, si algo le lleva de ventaja al señor de Bembibre en lo tocante á bienes, también se le queda muy atrás en virtudes y buenas prendas, y sobre todo en la voluntad de nuestra joven señora, que por cierto ha mostrado en la elección algo más discernimiento que tú.

—El señor de Arganza, nuestro dueño, á nada se ha obligado, replicó Mendo, y así que don Alvaro se vuelva por donde ha venido y toque soleta en busca de su madre gallega.

—Cierto es que nuestro amo no ha empeñado palabra, ni soltado prenda, á lo que tengo entendido; pero en ese caso, mal ha hecho en recibir á don Alvaro del mismo modo que si hubiese de ser su yerno, y en permitir que su hija tratase á una persona, que á todo el mundo cautiva con su trato y gallardía, y de quien por fuerza se había de enamorar una doncella de tanta discreción y hermosura como doña Beatriz.

—Pues si se enamoró que se desenamore; contestó el terco palafrenero, además que no dejará de hacerlo en cuanto su padre levante la voz, porque ella es humilde como la tierra, y cariñosa como un ángel la cuitada.

—Muy descaminado vas en tus juicios, respondió el montero; yo la conozco mejor que tú, porque la he visto nacer: y aunque por bien dará la vida, si la violentan y tratan mal, solo Dios puede con ella.

—Pero hablando ahora sin pasión y sin enojo, dijo Millán metiendo baza: ¿qué te ha hecho mi amo, Mendo, que tan enemigo suyo te muestras? Nadie que yo sepa habla así de él en esta tierra sino tú.

—Yo no le tengo tan mala voluntad, contestó Mendo, y si no hubiera parecido por acá el de Lemus, le hubiera visto con gusto hacerse dueño del cotarro en nuestra casa; pero ¿qué quieres, amigo? Cada uno arrima el ascua á su sardina, y conde por señor nadie lo trueca.

—Pero mi amo, aunque no sea conde, es noble y rico, y lo que es más, sobrino del maestre de los templarios, y aliado de la orden.

—Valientes herejes y hechiceros, exclamó entre dientes Mendo.

—¿Quieres callar, desventurado? le dijo Nuño en voz baja, tirándole del brazo con ira. Si te lo llegasen á oír, serían capaces de asparte, como á San Andrés.

—No hay cuidado, replicó Millán, á cuyo listo oído no se había escapado una sola palabra, aunque dichas en voz baja. Los criados de don Alvaro nunca fueron espías, ni mal intencionados, á Dios gracias, que al cabo, los que andan al rededor de los caballeros siempre procuran parecéseles.

—Caballero es también el de Lemus, y más de una buena acción ha hecho.

—Sí, respondió Millán, con tal que haya sido delante de gente para que la pregonen en seguida. ¿Pero sería capaz tu ponderado conde de hacer por su mismo padre lo que don Alvaro hizo por mí?

—¿Qué fué ello, preguntaron á la vez los dos compañeros?

Una cosa que no se me caerá á dos tirones de la memoria. Pasábamos el puente viejo de Ponferrada, que como sabéis no tiene barandillas, con una tempestad desecha, y el río iba de monte á monte bramando como el mar: de repente revienta una nube, pasa una centella por delante de mi palafrén; encabrítese éste, ciego con el resplandor, y sin saber cómo ni cómo no, ¡paf! ambos vamos al río de cabeza. ¿Qué os figuráis que hizo don Alvaro? Pues señor, sin encomendarse á Dios ni al diablo, metió las espuelas á su caballo y se tiró al río tras de mí. En poco estuvo que los

dos no nos ahogáramos. Por fin mi jaco se fué por el río abajo, y yo medio atolondrado salí á la orilla, porque él tuvo buen cuidado de llevarme agarrado de los pelos. Cuando me recobré á la verdad, no sabía cómo darle las gracias, porque se me puso un nudo en la garganta, y no podía hablar; pero él que lo conoció, se sonrió y me dijo: vamos, hombre, bien está: todo ello no vale nada: sosiégate y calla lo que ha pasado, porque si no puede que te tengan por mal ginete.

—Gallardo lance, por vida mía, exclamó Mendo con un entusiasmo que apenas podía esperarse de sus anteriores prevenciones y de su linfático temperamento: y sin perder los estribos: ¡ah, buen caballero! Lléveme el diablo, si una acción como esta no vale casi tanto como el mejor condado de España. Pero á bien, continuó como reportándose, que si no hubiera sido por su soberbio Almanzor Dios sabe lo que le hubiera sucedido..... ¡Son muchos animales! continuó, acariciando el cuello de su potro con una satisfacción casi paternal: y dí, Millán, ¿qué fué del tuyo por último? ¿se ahogó el pobrecillo?

—No, respondió Millán, fué á salir un buen trozo más abajo, y allí le cogió un esclavo moro del Temple que había ido á Pajariel por leña, pero el pobre animal había dado tantos golpes y encontrones, que en más de tres meses no fué bueno.

Con estas y otras llegaron al pueblo de Arganza, y se apearon en la casa solariega de su señor, el ilustre don Alonso Ossorio.

## CAPÍTULO II.

---

Algo habrán columbrado ya nuestros lectores, de la situación en que á la sazón se encontraban la familia de Arganza y el señor de Bembibre, merced á la locuacidad de sus respectivos criados. Sin embargo, por más que las noticias que les deben no se aparten en el fondo de la verdad,

son tan incompletas, que nos obligan á entrar en nuevos pormenores, esenciales en nuestro entender, para explicar los sucesos de esta lamentable historia:

Don Alonso Ossorio, señor de Arganza, había tenido dos hijos y una hija; pero de los primeros murió uno antes de salir de la infancia, y el otro, peleando como bueno, en su primer campaña contra los moros de Andalucía. Así pues, todas sus esperanzas habían venido á cifrarse en su hija doña Beatriz, que entonces tenía pocos años; pero que ya prometía tanta belleza como talento y generosa índole. Había en su carácter una mezcla de la energía que distinguía á su padre, y de la dulzura y melancolía de doña Blanca de Balboa su madre, santa señora cuya vida había sido un vivo y constante ejemplo de bondad, de resignación y de piedad cristiana. Aunque con la pérdida temprana de sus dos hijos, su complexión, harto delicada por desgracia, se había arruinado enteramente, no fué esto obstáculo para que en la crianza esmerada de su hija emplease su instrucción poco común en aquella época, y fecundase las felices disposiciones de que la había dotado pródigamente la naturaleza. Sin más esperanza que aquella criatura tan querida y hermosa, sobre ella amontonaba su ternura todas las ilusiones del deseo y los sueños del porvenir. Así crecía doña Beatriz como una azucena gentil y fragante al calor del cariño maternal, defendida por el nombre y poder de su padre, y cercada por todas partes del respeto y amor de sus vasallos, que contemplaban en ella una medianera segura para aliviar sus males y una constante dispensadora de beneficios.

Los años en tanto pasaban rápidos como suelen, y con ellos voló la infancia de aquella joven tan noble, agraciada y rica: á quien por lo mismo pensó buscar su padre un esposo digno de su clase y elevadas prendas. En el Bierzo entonces no había más que dos casas cuyos estados y vasallos estuviesen al nivel: una la de Arganza, otra la de la antigua familia de los Yáñez, cuyos dominios comprendían la fértil ribera de Bembibre y la mayor parte de las mon-

tañas comarcanas. Este linaje había dado dos maestros á la orden del Temple, y era muy honrado y acatado en el país. Por una rara coincidencia, á la manera que el apellido Osorio pendía de la frágil existencia de una mujer, el de Yáñez estaba vinculado en la de un solo hombre no menos frágil y deleznable en aquellos tiempos de desdichas y turbulencias. Don Alvaro Yáñez y su tío don Rodrigo, maestro del Temple en Castilla, eran los dos únicos miembros que quedaban de aquella raza ilustre y numerosa; rama seca y estéril, el uno por su edad y sus votos; y vástago el otro lleno de savia y lozanía, que prometía larga vida y sazonados frutos. Don Alvaro había perdido de niño á sus padres, y su tío, á la sazón comendador de la orden, le había criado como cumplía á un caballero tan principal, teniendo la satisfacción de ver coronados sus trabajos y solicitud con el éxito más brillante. Había hecho su primer campaña en Andalucía, bajo las órdenes de don Alonso Pérez de Guzmán, y á su vuelta trajo una reputación distinguida, principalmente á causa de los esfuerzos que hizo para salvar al infante don Enrique de manos de la morisma. Por lo demás la opinión en que según nuestros conocidos del capítulo anterior le tenía el país, y el rasgo contado por su escudero, darán á conocer mejor que nuestras palabras, su carácter caballeresco y generoso.

El influjo superior de los astros parecía por todas estas razones confundir el destino de estos dos jóvenes, y sin embargo, debemos confesar que don Alonso tuvo que vencer una poderosa repugnancia para entrar en semejante plan. La estrecha alianza, que los Yáñez tuvieron siempre asentada con la orden del Temple, estuvo mil veces para desbaratar este proyecto de que iba á resultar el engrandecimiento de dos casas esclarecidas y la felicidad de dos personas universalmente estimadas.

Los templarios habían llegado á su período de riqueza y decadencia, y su orgullo era verdaderamente insoportable á la mayor parte de los señores independientes. El de Arganza lo había experimentado más de una vez, y devo-

rado su cólera en silencio, porque la orden, dueña de los castillos del país, podía burlarse de todos; pero su despecho se había convertido en odio hacia aquella milicia tan valerosa como sin ventura. Afortunadamente ascendió á maestre provincial de Castilla don Rodrigo Yáñez, y su carácter templado y prudente enfrenó las demasías de varios caballeros, y logró conciliarse la amistad de muchos señores vecinos descontentos. De este número fué el primero don Alonso, que no pudo resistirse á la cortés y delicada conducta del maestre, y sin reconciliarse por entero con la orden, acabó por trabar con él sincera amistad. En ella se cimentó el proyecto de entronque de ambas casas, si bien el señor de Arganza no pudo acallar el desasosiego que le causaba la idea de que algún día sus deberes de vasallo podrían obligarle á pelear contra una orden, objeto ya de celos y de envidia, pero de cuya alianza no permitía apartarse el honor á su futuro yerno. Como quiera, el poder de los templarios y la poca fortaleza de la corona parecían alejar indefinidamente semejante contingencia, y no parecía cordura sacrificar á estos temores la honra de su casa y la ventura de su hija.

Bien hubiera deseado don Alonso y aun el maestre, que semejante enlace se hubiese llevado á cabo prontamente; pero doña Blanca, cuyo corazón era todo ternura y bondad, no quería abandonar á su hija única en brazos de un hombre desconocido hasta cierto punto para ella; porque creía, y con harta razón, que el conocimiento recíproco de los caracteres y la consonancia de los sentimientos son fiadores más seguros de la paz y dicha doméstica que la razón de estado y los cálculos de la conveniencia. Doña Blanca había penado mucho con el carácter duro y violento de su esposo, y deseaba ardientemente excusar á su hija los pesares, que habían acibarado su vida. Así pues, tanto importunó y rogó, que al fin hubo de recabar de su noble esposo que ambos jóvenes se tratasen y conociesen sin saber el destino que les guardaban. ¡Solicitud funesta, que tan amargas horas preparaba para todos!

Este fué el principio de aquellos amores, cuya espléndida aurora debía muy en breve convertirse en un día de duelo y de tinieblas. Al poco tiempo comenzó à formarse en Francia aquella tempestad, en medio de la cual desapareció por último la famosa caballería del Temple. Iguales nubarrones asomaron en el horizonte de España, y entonces los temores del señor de Arganza se despertaron con increíble ansiedad, pues harto conocía que don Alvaro era incapaz de abandonar en la desgracia á los que habían sido sus amigos en la fortuna, y según el giro que parecía tomar aquel ruidoso proceso, no era imposible que su familia llegase á presentar el doloroso espectáculo que siempre afea las luchas civiles. A este motivo, que en el fondo no estaba desnudo de razón ni de cordura, se había agregado otro por desgracia más poderoso, pero de todo punto contrario á la nobleza que hasta allí no había dejado de resplandecer en las menores acciones de don Alonso. El conde de Lemus había solicitado la mano de doña Beatriz, por medio del infante don Juan, tío del rey don Fernando el IV con quien unían á don Alonso relaciones de obligación y amistad desde su efímero reinado en León; y atento solo á la ambición de entroncar su linaje con uno tan rico y poderoso, olvidó sus pactos con el maestre del Temple, y no vaciló en el propósito de violentar à su hija, si necesario fuese para el logro de sus deseos.

Tal era el estado de las cosas en la tarde que los criados de don Alonso y el escudero de don Alvaro volvían de la feria de Cacabelos. El señor de Bemibre y doña Beatriz, en tanto estaban sentados en el hueco de una ventana de forma apuntada, abierta por lo delicioso del tiempo, y que alumbraba á un aposento espléndidamente amueblado y ahajado. Era ella de estatura aventajada, de proporciones esbeltas y regulares, blanca de color, con ojos y cabello negros y un perfil griego de extraordinaria pureza. La expresión habitual de su fisonomía manifestaba una dulzura angelical, pero en su boca y en su frente cualquier observador mediano hubiera podido descubrir indicios de un carácter

apasionado y enérgico. Aunque sentada, se conocía que en su andar y movimientos debían reinar á la vez el garbo, la majestad y el decoro, y el rico vestido bordado de flores con colores muy vivos que la cubría, realizaba su presencia llena de naturales atractivos.

Don Alvaro era alto, gallardo y vigoroso, de un moreno claro, ojos y cabello castaños, fisonomía abierta y noble, y sus facciones de una regularidad admirable. Tenía la mirada penetrante, y en sus modales se notaba gran despejo y dignidad al mismo tiempo. Traía calzadas unas grandes espuelas de oro, ceñida espada de rica empuñadura, y pendiente del cuello un cuerno de caza primorosamente embutido de plata, que resaltaba sobre su exquisita ropilla oscura, guarnecida de finas pieles. En una palabra, era uno de aquellos hombres que en todo descubren las altas prendas que los adornan, y que involuntariamente cautivan la atención y simpatía de quien los mira.

Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre el Bierzo y Galicia, y las revestía de una especie de aureola luminosa, que contrastaba peregrinamente con sus puntos oscuros. Algunas nubes de formas caprichosas y mudables, sembradas acá y acullá por un cielo hermoso y purísimo, se teñían de diversos colores, según las herían los rayos del sol. En los sotos y huertas de la casa estaban floridos todos los rosales y la mayor parte de los frutales, y el viento, que los movía mansamente, venía como embriagado de perfumes. Una porción de ruiseñores y gilguerrillos cantaban melodiosamente, y era difícil imaginar una tarde más deliciosa. Nadie pudiera creer, en verdad, que en semejante teatro iba á representarse una escena tan dolorosa.

Doña Beatriz clavaba sus ojos errantes y empañados de lágrimas, ora en los celages del ocaso, ora en los árboles del soto, ora en el suelo; y don Alvaro, fijos los suyos en ella de hito en hito, seguía con ansia todos sus movimientos. Ambos jóvenes estaban en un embarazo doloroso, sin atreverse á romper el silencio. Se amaban con toda la

profundidad de un sentimiento nuevo, generoso y delicado, pero nunca se lo habían confesado. Los afectos verdaderos tienen un pudor y reserva característicos, como si el lenguaje hubiera de quitarles su brillo y limpieza. Esto cabalmente es lo que había sucedido con don Alvaro y doña Beatriz, que embebecidos en su dicha jamás habían pensado en darle nombre, ni habían pronunciado la palabra amor. Y sin embargo, esta dicha parecía irse con el sol que se ocultaba detrás del horizonte, y era preciso apartar de delante de los ojos aquel prisma falaz, que hasta entonces les había presentado la vida como un delicioso jardín.

Don Alvaro, como era natural, fué el primero que habló.

—¿No me diréis, señora, preguntó con voz grave y melancólica, qué da á entender el retraimiento de vuestro padre y mi señor para conmigo? ¿Será verdad lo que mi corazón me está presagiando desde que han empezado á correr ciertos ponzoñosos rumores sobre el conde de Lemus? ¿De cierto, de cierto pensarían en apartarme de vos? continuó, poniéndose en pie con un movimiento muy rápido.

Doña Beatriz bajó los ojos, y no respondió.

—¡Ah! ¿con qué es verdad? continuó el apesorado caballero; y lo será también, añadió con voz trémula, que han elegido vuestra mano para descargarme el golpe?

Hubo entonces otro momento de silencio, al cabo del cual doña Beatriz levantó sus hermosos ojos bañados en lágrimas, y dijo con una voz tan dulce como dolorida?

—También es cierto.

—Escuchadme, doña Beatriz, repuso él, procurando serenarse. Vos no sabéis todavía cómo os amo, ni hasta qué punto sojuzgáis y avasalláis mi alma. Nunca hasta ahora os lo había dicho..... ¿para qué había de hacer una declaración que el tono de mi voz, mis ojos y el menor de mis ademanes estaban revelando sin cesar? Yo he vivido en el mundo solo y sin familia, y este corazón impetuoso no ha conocido las caricias de una madre, ni las dulzuras del hogar doméstico. Como un peregrino he cruzado hasta aquí

el desierto de mi vida: pero, cuando he visto que vos erais el santuario á donde se dirigían mis pasos inciertos, hubiera deseado que mis penalidades fuesen mil veces mayores para llegar á vos purificado y lleno de merecimientos. Era en mí demasiada soberbia querer subir hasta vos, que sois un ángel de luz, ahora lo veo; ¿pero quién, quién, Beatriz, os amaré en el mundo más que yo?

—¡Ah! ninguno, ninguno, exclamó doña Beatriz retorciéndose las manos, y con un acento que partía las entrañas.

—¡Y sin embargo me apartan de vos! continuó don Alvaro. Yo respetaré siempre á quien es vuestro padre; nadie daría más honra á su casa que yo, porque desde que os amo se han desenvuelto nuevas fuerzas en mi alma, y toda la gloria, todo el poder de la tierra me parece poco para ponerlo á vuestros pies. ¡Oh Beatriz, Beatriz! cuando volví del Andalucía, honrado y alabado de los más nobles caballeros, yo amaba la gloria, porque una voz secreta parecía decirme que algún día os adornaríais con sus rayos; pero sin vos, que sois la luz de mi camino, me despeñaré en el abismo de la desesperación, y me volveré contra el mismo cielo!

—¡Oh Dios mío! murmuró doña Beatriz, ¿en esto habían de venir á parar tantos sueños de ventura y tan dulces alegrías?

—Beatriz, exclamó don Alvaro, si me amáis, si por vuestro reposo mismo miráis, es imposible que os conforméis en llevar una cadena, que sería mi perdición y acaso la vuestra.

—Tenéis razón, contestó ella haciendo esfuerzos para serenarse. No seré yo quien arrastre esa cadena, pero ahora que por ventura os hablo por la última vez, y que Dios lee en mi corazón, yo os revelaré su secreto. Si no os doy el nombre de esposa al pie de los altares y delante de mi padre, moriré con el velo de las vírgenes; pero nunca se dirá que la única hija de la casa de Arganza mancha con una desobediencia el nombre que ha heredado.

—¿Y si vuestro padre os obligase á darle la mano?

—Mal le conocéis: mi padre nunca ha usado conmigo de violencia.

—¡Alma pura y candorosa, que no conocéis hasta dónde lleva á los hombres la ambición! Y si vuestro padre os hiciese violencia, ¿qué resistencia le opondrías?

—Delante del mundo entero, diría: no.

—¿Y tendrías valor para resistir la idea del escándalo y el bochorno de vuestra familia?

Doña Beatriz rodeó la cámara con unos ojos vagorosos y terribles, como si padeciese una violenta convulsión, pero luego se recobró casi repentinamente, y respondió.

—Entonces pediría auxilio al Todopoderoso, y él me daría fuerzas; pero lo repito, ó vuestra ó suya.

El acento, con que fueron pronunciadas aquellas cortas palabras, descubría una resolución que no había fuerzas humanas para torcer. Quedóse don Alvaro contemplándola como arrobado algunos instantes, al cabo de los cuales le dijo con profunda emoción.

—Siempre os he reverenciado y adorado, señora, como á una criatura sobrehumana, pero hasta hoy no había conocido el tesoro celestial, que en vos se encierra. Perderos ahora sería como caer del cielo para arrastrarse entre las miserias de los hombres. La fe y la confianza que en vos pongo es ciega y sin límites, como la que ponemos en Dios en la hora de la desdicha.

—Mirad, respondió ella señalando el ocaso, el sol se ha puesto, y es hora ya de que nos despedamos. Id en paz y seguro, noble don Alvaro, que si pueden alejaros de mi vista, no les será tan llano avasallar mi albedrío.

Con esto el caballero se inclinó, le besó la mano con mudo ademán, y salió de la cámara á paso lento. Al llegar á la puerta volvió la cabeza, y sus ojos se encontraron con los de doña Beatriz para trocar una larga y dolorosa mirada, que no parecía sino que había de ser la última. En seguida se encaminó aceleradamente al patio donde su fiel Millán tenía del diestro al famoso Almanzor, y subiendo so-

bre él, salió como un rayo de aquella casa, donde ya solo pensaba en él una desdichada doncella, que en aquel momento, á pesar de su esfuerzo, se deshacía en lágrimas amargas.

### CAPÍTULO III.

---

Cuando don Alvaro dejó el palacio de Arganza entre el tumulto de sentimientos, que se disputaban su alma, había uno que cuadraba muy bien con su despecho y amargura, y que de consiguiente á todos se sobreponía. Era este, retar á combate mortal al conde Lemus, y apartar de este modo el obstáculo más poderoso de cuantos mediaban entre él y doña Beatriz á la sazón. Aquel mismo día le había dejado en Cacabelos, con ánimo al parecer de pasar allí la noche, y de consiguiente este fué el camino que tomó: pero su escudero, que en lo inflamado de sus ojos, en sus ademanes prontos y violentos, y en su habla dura y precipitada, conocía cual podía ser su determinación después de la anterior entrevista, cuyo sentido no se ocultaba á su penetración, le dijo en voz bastante alta:

—Señor, el conde no está ya en Cacabelos, porque esta tarde, antes de salir yo, llegó un correo del rey, y le entregó un pliego que le determinó á salir con la mayor diligencia la vuelta de Lemus.

Don Alvaro, en medio de la agitación en que se encontraba, no pudo ver sin enojo que el buen Millán se entrometiese de aquella suerte en sus secretos pensamientos: así es que le dijo con rostro torcido:

—¿Quién le mete al señor villano en el ánimo de su señor?

Millán aguantó la descarga, y don Alvaro, como hablando consigo propio, continuó.

—Sí, sí, un correo de la córte..... y salir después con tanta priesa para Galicia..... Sin duda camina adelante la trama infernal..... Millán, dijo en seguida con un tono de

voz enteramente distinto del primero: acércate y camina á mi lado. Ya nada tengo que hacer en Cacabelos, y esta noche la pasaremos en el castillo de Ponferrada, dijo, torciendo el caballo y mudando de camino; pero mientras que allí llegamos quiero que me digas qué rumores han corrido por la feria acerca de los caballeros templarios.

—¡Extraños por vida mía, señor! le replicó el escudero: dicen que hacen cosas terribles y ceremonias de gentiles, y que el Papa los ha descomulgado allá en Francia, y que los tienen presos y piensan castigarlos; y en verdad, que si es cierto lo que cuentan, sería muy bien hecho, porque más son proezas de judíos y gentiles que de caballeros cristianos.

—¿Pero qué cosas y que proezas son esas?

—Dicen que adoran un gato y le rinden culto como á Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos; pero todo esto lo dicen mirando á los lados y muy calladito, porque todos tienen más miedo al Temple que al enemigo malo.—Tras de esto el buen escudero comenzó á ensartar todas las groseras calumnias, que en aquella época de credulidad y de ignorancia se inventaban para minar el poder del Temple, y que ya habían comenzado á producir en Francia tan tremendos y atroces resultados. Don Alvaro que, pensando descubrir algo de nuevo en tan espinoso asunto, había escuchado al principio con viva atención, cayó al cabo de poco tiempo en las cavilaciones propias de su situación, y dejó charlar á Millán, que no por su agudeza y rico ingenio estaba exento de la común ignorancia y superstición. Solo si al llegar al puente sobre el Sil, que por las muchas barras de hierro que tenía, dió á la villa el nombre de Ponsferrata, con que en las antiguas escrituras se la distingue, le advirtió severamente que en adelante no solo hablase con más comedimiento, sino que pensase mejor de una orden con quien tenía asentadas alianza y amistad, y no acogiese las hablillas de un vulgo necio y malicioso. El escudero se apresuró á decir que él

contaba lo que había oído, pero que nada de ello creía, en lo cual no daba por cierto un testimonio muy relevante de veracidad; y con esto llegaron á la barbacana del castillo. Tocó allí don Alvaro su cuerno, y después de las formalidades de costumbre, porque en la milicia del Temple se hacía el servicio con la más rigurosa disciplina, se abrió la puerta, cayó en seguida el puente levadizo, y amo y escudero entraron en la plaza de armas.

Todavía se conserva esta hermosa fortaleza, aunque en el día solo sea ya el cadáver de su grandeza antigua. Su estructura tiene poco de regular, porque á un fuerte antiguo de formas macizas y pesadas, se añadió por los templarios un cuerpo de fortificaciones más moderno, en que la solidez y la gallardía corrían parejas; con lo cual quedó privada de armonía, pero su conjunto todavía ofrece una masa atrevida y pintoresca. Está situado sobre un hermoso altzano, desde el cual se registra todo el Bierzo bajo con la infinita variedad de sus accidentes, y el Sil, que corre á sus pies para juntarse con el Boeza un poco más abajo, parece rendirle homenaje.

Ahora ya no queda más del poderío de los templarios que algunos versículos sagrados inscritos en lápidas, tal cual símbolo de sus ritos y ceremonias, y la cruz famosa, terror de los infieles; sembrado todo aquí y acullá en aquellas fortísimas murallas; pero en la época de que hablamos era este castillo buena muestra del poder de sus poseedores. Don Alvaro dejó su caballo en manos de unos esclavos africanos, y acompañado de dos aspirantes subió á la sala maestral, habitación magnífica con el techo y paredes escaqueados de encarnado y oro, con ventanas arabescas, entapizada de alfombras orientales y toda ella como pieza de aparato, adornada con todo el esplendor correspondiente al jefe temporal y espiritual de una orden tan famosa y opulenta. Los aspirantes dejaron al caballero á la puerta después del acostumbrado *benedicite*, y uno, que hacía la guardia en la antecámara, le introdujo al aposento de su tío. Era este un anciano venerable, alto y flaco de cuerpo, con

barba y cabellos blancos, y una expresión ascética y recogida, si bien templada por una benignidad grandísima. Comenzaba á encorvarse bajo el peso de los años, pero bien se echaba de ver que el vigor no había abandonado aún aquellos miembros acostumbrados á las fatigas de la guerra, y endurecidos en los ayunos y vigiliass. Vestía el hábito blanco de la orden, y exteriormente apenas se distinguía de un simple caballero. El golpe que parecía amagar al Temple, y por otra parte los disgustos que, según de algún tiempo atrás iba viendo claramente, debían abrumar á aquel sobrino querido, último retoño de su linaje, esparcían en su frente una nube de tristeza, y daban á su fisonomía un aspecto todavía más grave.

El maestro, que había salido al encuentro de don Alvaro, después de haberle abrazado con un poco más de emoción de la acostumbrada, le llevó á una especie de celda en que de ordinario estaba, y cuyos muebles y atavíos revelaban aquella primitiva severidad y pobreza, en cuyos brazos habían dejado á la orden Hugo de Paganis y sus compañeros, y de que eran elocuente emblema los dos caballeros montados en un mismo caballo. Don Rodrigo así por el puesto que ocupaba, como por la austeridad peculiar á su carácter, quería dar este ejemplo de humildad y modestia. Sentáronse entrambos en taburetes de madera, á una tosca mesa de nogal, sobre la cual ardía una lámpara enorme de cobre, y don Alvaro hizo al anciano una prolija relación de todo lo acaecido, que este escuchó con la mayor atención.

—En todo eso, respondió por último, estoy viendo la mano del que degolló al niño Guzmán delante de los adarves de Tarifa, y á la vista de su padre. El conde de Lemus está ligado con él y otros señores que sueñan la ruina del Temple para adornarse con sus despojos, y temiendo que tu enlace con una señora tan poderosa en tierras y vasallos aumente nuestras fuerzas harto temibles ya para ellos en este país, han adulado la ambición de don Alonso, y puesto en ejecución todas sus malas artes para separaros. ¡Pobre doña

Beatriz! añadió con melancolía, ¿quién le dijera á su piadosa madre cuando con tanto afán y solicitud la criaba, que su hija había de ser el premio de una cábala tan ruin?

—Pero señor, repuso don Alvaro, creéis que el señor de Arganza se hará sordo á la voz del honor y de la naturaleza?

—A todo, hijo mío, contestó el templario. La vanidad y la ambición secan las fuentes del alma, y con ellas se aparta el hombre de Dios, de quien viene la virtud y la verdadera nobleza.

—¿Pero no hay entre vos y él algún pacto formal?

—Ninguno. Menguado fué tu sino desde la cuna, don Alvaro, pues de otra suerte no sucedería que doña Blanca, que en tan alta estima te tiene, fuese causa ahora de tu pesar. Ella se opuso al principio á vuestra unión, porque quiso que su hija te conociese antes de darte su mano, y don Alonso, doblegando por la primera vez su carácter altanero, cedió á las solicitudes de su esposa. Así pues, aunque su conciencia le condene, á nada podemos obligarle por nuestra parte.

—Con que es decir, exclamó don Alvaro, que no me queda más camino que el que la desesperación me señale?

—Te queda la confianza en Dios y en tu propio honor, de que á nadie le es dado despojarte, respondió el maestre con voz grave entre severa y cariñosa. Además, continuó con más sosiego, todavía hay medios humanos que tal vez sean poderosos á desviar á don Alonso de la senda de perdición por donde quiere llevar á su hija. Yo no le hablaré sino como postrer recurso, porque, á pesar de mi prudencia, tal vez se encontraría el odio de que nuestra noble orden va siendo objeto, pero mañana irás á Carracedo, y entregarás una carta al abad de mi parte. Su carácter espiritual podrá darle alguna influencia sobre el orgulloso señor de Arganza, y espero que, si yo se lo pido, no se lo negará á un hermano suyo. Su orden y la mía nacieron en el seno de San Bernardo, y de la santidad de su corazón recibieron sus primeros preceptos. Dichosos tiempos en que seguíamos la bandera

del capitán invisible en demanda de un reino que no era de este mundo.

Don Alvaro al oírle se abochornó un poco, viendo que en el egoísmo de su dolor se había olvidado de los pesares y zozobras que, como una corona de espinas, rodeaban aquella cana y respetable cabeza. Comenzó entonces á hablarle de los rumores que circulaban, y el anciano, apoyándose en su hombro, bajó la escalera y le llevó al extremo de la gran plaza de armas cuyos muros dan al río.

La noche estaba sosegada, y la luna brillaba en mitad de los cielos azules y transparentes. Las armas de los centinelas relumbraban á sus rayos despidiendo vivos reflejos al moverse, y el río, semejante á una franja de plata, corría al pie de la colina con un rumor apagado y sordo. Los bosques y montañas estaban revestidos de aquellas formas vagas y suaves con que suele envolver la luna semejantes objetos, y todo concurría á desenvolver aquel germen de melancolía, que las almas generosas encuentran siempre en el fondo de sus sentimientos. El maestro se sentó en un asiento de piedra que había á cada lado de las almenas, y su sobrino ocupó el de enfrente.

—Tu crearás tal vez, hijo mío, le dijo, que el poder de los templarios que en Castilla poseen más de veinticuatro encomiendas, sin contar otros muchos fuertes de menos importancia; en Aragón ciudades enteras, y en toda la Europa más de nueve mil casas y castillos es incontrastable, y que harto tiene la orden en que fundar el orgullo y altanería con que generalmente se le dá en rostro.

—Así lo creo, respondió su sobrino.

—Así lo creen los más de los nuestros, contestó el maestro, y por eso el orgullo se ha apoderado de nosotros; el orgullo que perdió al primer hombre y perderá á tantos de sus hijos. En Palestina hemos respondido con el desdén y la soberbia á las quejas y envidia de los demás, y el resultado ha sido perder la Palestina, nuestra patria, nuestra única y verdadera patria. ¡Oh Jerusalén, Jerusalén, ciudad de perfecto decoro, alegría de toda la tierra! exclamó con

voz solemne: en ti se quedó la fuerza de nuestros brazos, y al dejar á San Juan de Acre, exhalamos el último suspiro! Desde entonces, peregrinos en Europa, rodeados de rivales poderosos que codician nuestros bienes, corrompidas nuestras humildes y modestas costumbres primitivas, el mundo todo se va concitando en daño nuestro, y hasta la tiara, que siempre nos ha servido de escudo, parece inclinarse del lado de nuestros enemigos. Nuestros hermanos gimen ya en Francia en los calabozos de Felipe, y Dios sabe el fin que les espera; pero que se guarden, exclamó con voz de trueno; allí nos han sorprendido, pero aquí y en otras partes aprestados nos encontrarán á la pelea. El Papa podrá disolver nuestra hermandad, y esparcirnos por la haz de la tierra, como al pueblo de Israel; pero para condenarnos nos tendrá que oír, y el Temple no irá al suplicio bajo la vara de ninguna potestad temporal, como un rebaño de carneros.

Los ojos del maestro parecían lanzar relámpagos, y su fisonomía estaba animada de un fuego y energía que nadie hubiera creído compatible con sus cansados años.

El Temple tenía un imán irresistible para todas las imaginaciones ardientes por su misteriosa organización, y por el espíritu vigoroso y compacto, que vigorizaba á un tiempo el cuerpo y los miembros de por sí. Tras de aquella hermandad tan poderosa y unida, difícil era, y sobre todo á la inexperiencia de la juventud, divisar más que robustez y fortaleza indestructible, porque en semejante edad nada se cree negado al valor y á la energía de la voluntad: así es que don Alvaro no pudo menos de replicar.

—Tío y señor, ¿ese creéis que sea el premio reservado por el Altísimo á la batalla de dos siglos que habéis sostenido por el honor de su nombre? ¿Tan apartado le imagináis de vuestra casa?

—Nosotros somos, contestó el anciano, los que nos hemos desviado de él, y por eso nos vamos convirtiendo en piedra de escándalo y de reprobación. Y yo, continuó con la mayor amargura, moriré lejos de los míos, sin ampararlos con el escudo de mi autoridad, y la corona de mis can-

sados días será la soledad y el destierro. Hágase la voluntad de Dios, pero cualquiera que sea el destino reservado á los templarios, morirán como han vivido fieles al valor y ajenos á toda indigna flaqueza.

A esta sazón la campana del castillo anunció la hora del recogimiento con lúgubres y melancólicos tañidos, que derramándose por aquellas soledades y quebrándose entre los peñascos del río, morían á lo lejos mezclados á su murmullo con un rumor prolongado y extraño.

—La hora de la última oración y del silencio, dijo el maestro; vete á recoger, hijo mío, y prepárate para el viaje de mañana. Acaso te he dejado ver demasiado las flaquezas que abriga este anciano corazón, pero el Señor también estuvo triste hasta la muerte, y dijo: «Padre, si puede ser, pase de mí este cáliz». Por lo demás, no en vano soy el maestro y padre del Temple en Castilla, y en la hora de la prueba, nada en el mundo debilitará mi ánimo.

Don Alvaro acompañó á su tío hasta su aposento, y después de haberle besado la mano, se encaminó al suyo, donde al cabo de mucho desasosiego se rindió al sueño postrado por las extrañas escenas y sensaciones de aquel día.

#### CAPÍTULO IV.

---

La caballería del templo de Salomón había nacido en el mayor fervor de las cruzadas, y los sacrificios y austeridades que le imponía su regla, dictada por el entusiasmo y celo ardiente de San Bernardo, le habían grangeado el respeto y aplauso universal. Los templarios, con efecto, eran el símbolo vivo y eterno de aquella generosa idea, que convertía hacia el sepulcro de Cristo los ojos y el corazón de toda la cristiandad. En su guerra con los infieles, nunca daban ni admitían tregua, ni les era lícito volver las espaldas aun delante de un número de enemigos conocidamente superior: así es que eran infinitos los caballeros que mo-

rían en los campos de batalla. Al desembarcar en el Asia los peregrinos y guerreros bisoños encontraban la bandera del Temple, á cuya sombra llegaban á Jerusalén sin experimentar ninguna de las zozobras de aquel peligroso viaje. El descanso del monje y la gloria y pompa mundana del soldado les estaban igualmente vedados, y su vida toda era un tejido de fatigas y abnegación. La Europa se había apresurado, como era natural, á galardonar una orden, que contaba en su principio tantos héroes como soldados, y las honras, privilegios y riquezas que sobre ella comenzaron á llover la hicieron en poco tiempo temible y poderosa, en términos de poseer, como decía don Rodrigo, nueve mil casas, y los correspondientes soldados y hombres de armas.

Como quiera, el tiempo que todo lo mina, la riqueza que ensoberbece aun á los humildes, la fragilidad de la naturaleza humana, que al cabo se cansa de los esfuerzos sobrenaturales, y sobre todo la exasperación causada en los templarios por los desastres de la Tierra Santa, y las rencillas y desavenencias con los hospitalarios de San Juan, llegaron á manchar las páginas de la historia del Temple, limpias y resplandecientes al principio. Desde la altura, á que los habían encumbrado sus hazañas y virtudes, su caída fué grande y lastimosa. Por fin perdieron á San Juan de Acre, y apagado ya el fuego de las cruzadas, á cuyo calor habían crecido y prosperado, su estrella comenzó á amortiguarse, y la memoria de sus faltas, la envidia que ocasionaban sus riquezas, y los celos que inspiraba su poder, fué lo único que trajeron de la Palestina, su patria de adopción y de gloria, á la antigua Europa, verdadero campo de soledad y destierro para unos espíritus acostumbrados al estruendo de la guerra y á la incesante actividad de los campamentos.

A decir verdad, los temores de los monarcas no dejaban de tener su fundamento, porque los caballeros teutónicos acababan de arrojarse sobre la Prusia con fuerzas menores y más escaso poder que los templarios, fundando un estado, cuyo esplendor y fuerza han ido aumentándose hasta

nuestros días. Su número era indudablemente reducido, pero su espíritu altivo y resuelto, su organización fuerte y compacta, su experiencia en las armas y su temible caballería, contrabalanceaban ventajosamente las fuerzas inertes y pesadas, que podía oponerles en aquella época la Europa feudal.

Para conjurar todos estos riesgos, imaginó Felipe el Hermoso, rey de Francia, la medida política, sin duda, de aspirar al maestrazgo general de la orden, que todavía llevaba el nombre de ultramarino; pero el desaire que recibió, junto con la codicia que le inspiró la vista del tesoro del Temple en los días en que le dió amparo contra una conmoción popular, acabó de determinar su alma vengativa á aquella atroz persecución que tiznaré eternamente su memoria. El Papa, que, como único juez de una corporación eclesiástica, debía oponerse á las ilegales invasiones de un poder temporal, no se atrevía á contrariar al rey de Francia, temeroso de ver sujeta á la residencia de un concilio general la vida y memoria de su antecesor Bonifacio, como Felipe con toda vehemencia pretendía. De aquí resultaba que muchas gentes, y en especial los eclesiásticos, que veían la tibieza con que defendía la cabeza de la Iglesia la causa de los templarios, se inclinaban á lo peor, como generalmente sucede, y de este modo las viles y monstruosas calumnias de Felipe cada día adquirían más popularidad y consistencia entre una plebe supersticiosa y feroz.

Aunque entre los templarios españoles la continua guerra con los sarracenos conservaba costumbres más puras y acendradas, y daba á su existencia un noble y glorioso objeto de que estaban privados en Francia, también es cierto que los vicios consiguientes á la constitución de la orden no dejaban de notarse en nuestra patria. Por otra parte, el Temple, en último resultado, era una orden extranjera cuya cabeza residía en lejanos climas, al paso que á su lado crecían en nombre y reputación las de Calatrava, Alcántara y Santiago, plantas indígenas y espontáneas en el suelo de la caballería española, y capaces de llenar el

vacío que dejaran sus hermanos en los escuadrones cristianos. Toda comparación, pues, entre unas órdenes y la otra debía perjudicar á la larga á los caballeros del Temple, y por otra parte, conociendo los estrechos vínculos de su hermandad, difícil era separarlos de la responsabilidad en las acusaciones de la corte de Francia. De manera que los templarios españoles, algo más respetados y un poco menos aborrecidos que los de otros países, no por eso dejaban de ser objeto de envidia y codicia para los grandes, y de aversión para los pequeños, perdiendo sus fuerzas y prestigio en medio de la especie de pestilencia moral que consumía sus entrañas.

Estas reflexiones, que á riesgo de cansar á nuestros lectores, hemos querido hacer para explicar la rápida grandeza y súbita ruina de la orden del Temple, se habían presentado muchas veces al carácter meditabundo y grave del maestre de Castilla, y sido causa de la melancolía y abstraimiento que en él se notaba de mucho tiempo atrás; pero la mayor parte de sus súbditos lo achacaban á la piedad un poco austera que había distinguido siempre su vida. Don Alvaro, como ya hemos indicado, más ardiente y menos reflexivo, no acertaba á explicarse el desaliento de una persona tan valerosa y cuerda como su tío, y así es que al día siguiente caminaba la vuelta de Carracedo, algo más divertido en sus propias tristezas y zozobras, que preocupado de los riesgos que amenazaban á sus nobles aliados. De la plática, que iba á tener con el abad de Carracedo, pendían tal vez las más dulces esperanzas de su vida, porque aquel prelado, como confesor de la familia de Arganza, ejercía grande influjo en el ánimo de su jefe. Por otra parte, su poder temporal le daba no poca consideración y preponderancia, porque después de la bailía de Ponferrada, nadie gozaba de más riqueza ni regía mayor número de vasallos, que aquel famoso monasterio.

Don Rodrigo caminaba, pues, combatido de mil opuestos sentimientos, silencioso y recogido, sin hacer caso, ora por esto, ora por la poca novedad que á sus ojos tenía, del

risueño paisaje que se desplegaba al rededor, á los primeros rayos del sol de Mayo. A su espalda quedaba la fortaleza de Ponferrada; por la derecha se extendía la dehesa de Fuentes Nuevas con sus hermosos collados plantados de viñas que se empinaban por detrás de sus robles; por la izquierda corría el río entre los sotos, pueblos y praderas que esmaltan su bendecida orilla y adornan la falda de las sierras de la Aguiana, y al frente descollaba por entre castaños y nogales casi cubierta con sus copas y en vergel perpetuo de verdura, la majestuosa mole del monasterio fundado á la margen del Cua por don Bernardo el Gotoso, y reedificado y ensanchado por la piedad de don Alonso el emperador, y de su hermana doña Sancha. Cantaban los pájaros alegremente, y el aire fresco de la mañana venía cargado de aromas con las muchas flores silvestres que se abrían para recibir las primeras miradas del padre del día.

—¡Delicioso espectáculo, en que un alma descargada de pesares no hubiese dejado de hallar goces secretos y vivos!

Gracias á la velocidad de Almanzor que don Alvaro había ganado en la campaña de Andalucía de un moro principal á quien venció, pronto se halló á la puerta del convento. Guardábanla dos como maceros, más por decoro de la casa, que no por custodia ó defensa, y que hicieron al señor de Bemibre el homenaje correspondiente á su alcurnia: tirando uno de ellos del cordel de una campaua, avisó la llegada de tan ilustre huésped. Don Alvaro se apeó en el patio, y acompañado de dos monjes que bajaron á su encuentro, y de los cuales el más entrado en años le dió el ósculo de paz pronunciando un versículo de la Sagrada Escritura, se encaminó á la cámara de respeto, en que solía recibir el abad á los forasteros de distinción. Era esta la misma donde la infanta doña Sancha, hermana del emperador don Alonso había administrado justicia á los pueblos del Bierzo, derramando sobre sus infortunios los tesoros de su corazón misericordioso: gracioso aposento con ligeras columnas y arcos arabescos con un techo de primorosos embutidos, y al cual se subía por una escalera de piedra

adornada de un frágil pasamano. Una reducida pero elegante galería le daba entrada y recibía luz de una cúpula bastante elevada y de algunos calados rosetones, todo lo cual, junto con los muebles ricos pero severos que la decoraban, le daba un aspecto majestuoso y grave.

Los religiosos dejaron en esta sala á don Alvaro por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales entró el abad. Era este un monje como de cincuenta años, calvo, de facciones muy marcadas, pero en que se descubría más austeridad y rigor que no mansedumbre evangélica: enflaquecido por los ayunos y penitencias, pero vigoroso aun en sus movimientos. Se conocía á primera vista que su condición austera y sombría, aunque recta y sana, le inclinaba más bien á empuñar los rayos de la religión, que no á cubrir con las alas de la clemencia las miserias humanas. Apesar de todo recibió á don Alvaro con bondad, y aun pudiéramos decir con efusión, atendido su carácter, porque le tenía en gran estima, y después de los indispensables comedimientos se puso á leer la carta del maestro. A medida que la recorría iban amontonándose nubarrones en su frente dura y arrugada, tristes presagios para don Alvaro; hasta que concluída, por último, le dijo con su voz enérgica y sonora.

—Siempre he estimado á vuestra casa: vuestro padre fué uno de los pocos amigos que Dios me concedió en mi juventud, y vuestro tío es un justo á pesar del hábito que le cubre; pero ¿cómo queréis que yo me mezcle ahora en negocios mundanos, ajenos á mis años y carácter, ni que vaya á desconcertar un proyecto en que el señor de Arganza piensa cobrar tanta honra para su linaje?

—Pero, padre mío, contestó don Alvaro, la paz de vuestra hija de penitencia, el amor que la tenéis, la delicadeza de mi proceder, y tal vez el sosiego de esta comarca, son asuntos dignos de vuestro augusto ministerio y del sello de santidad que ponéis en cuanto tocáis. ¿Imagináis que doña Beatriz encontrará gran ventura en brazos del conde?

—Pobre paloma sin mancilla, repuso el abad con una

voz casi enternecida: su alma es pura como el cristal del lago de Carucedo, cuando en la noche se pintan en su fondo todas las estrellas del cielo, y ese reguero de maldición, acabará por enturbiar y amargar esta agua limpia y serena.

Quedáronse entrambos callados por un buen rato, hasta que el abad, como hombre que adopta una resolución inmutable, le dijo:

—¿Seríais capaz de cualquier empresa, por lograr á doña Beatriz?

—¿Eso dudáis, padre? contestó el caballero; sería capaz de todo lo que no me envileciese á sus ojos.

—Pues entonces, añadió el abad, yo haré desistir á don Alonso de sus ambiciosos planes, con una condición; y es que os habéis de apartar de la alianza de los templarios.

El rostro de don Alvaro se encendió en ira, y en seguida perdió el color hasta quedarse como un difunto, en cuanto oyó semejante proposición. Pudo, sin embargo, contenerse, y se contentó con responder aunque en voz algo trémula y cortada:

—Vuestro corazón está ciego, pues no ve que doña Beatriz sería la primera en despreciar á quien tan mala cuenta daba de su honra; la dicha siempre es menos que el honor. ¿Cómo queríais que faltase en la hora del riesgo á mi buen tío y á sus hermanos? ¡Otra opinión creí mereceros!

—Nunca estuvo la honra, respondió el abad con vehemencia, en contribuir á la obra de tinieblas, ni en hacer causa común con los inicuos.

—Y sois vos, le preguntó el caballero con sentido acento; vos, un hijo de San Bernardo, el que habla en esos términos de sus hermanos? ¿Vos oscurécéis de esa manera la cruz que resplandeció en la Palestina con tan gloriosos rayos, y que ha menguado en España las lunas sarracenas? ¿Vos humilláis vuestra sabiduría hasta recoger las hablillas de un vulgo fiero y maldiciente?

—¡Ah! repuso el monje con el mismo calor aunque con un acento doloroso; ¡pluguiera al cielo que solo en boca de la plebe anduviese el nombre del Temple! pero el Papa ve

los desmanes del rey de Francia sin fulminar sobre él los rayos de su poder, y ¿pensáis que así abandonaría sus hijos no ha mucho tiempo de bendición, si la inocencia no los hubiera abandonado antes? El jefe de la Iglesia, hijo mío, no puede errar, y si hasta ahora no ha recaído ya el castigo sobre los delincuentes, culpa es de su corazón benigno y paternal. ¡Oh dolor! añadió levantando las manos y los ojos al cielo. ¡Oh vanidad de las grandezas humanas! ¿Por qué han seguido los caminos de la perdición y de la soberbia, desviándose de la senda humilde y segura que les señaló nuestro padre común? Por su desenfreno acabamos de perder la Tierra Santa, y ya será preciso pasar el arado sobre aquel alcázar, á cuyo abrigo descansaba alegre la cristiandad entera, porque se ha convertido ya en templo de abominación.

Don Alvaro no pudo menos de sonreirse con algo de desdén y dijo.

—Mucho será que á tanto alcancen vuestras máquinas de guerra.

El abad le miró severamente y sin hablar palabra le asió del brazo y le llevó á una ventana. Desde ella se divisaba una colina muy hermosa, sombreadas sus faldas de viñedo, al pie de la cual corría el Cua, y cuya cumbre remataba no en punta, sino en una hermosa explanada con el azul del cielo por fondo. Un montón confuso de ruinas la adornaba: algunas columnas estaban en pie, aunque las más sin capiteles: en otras partes se alcanzaba á descubrir algún lienzo grande de edificio cubierto de yedra, y todo el recinto estaba rodeado aún de una muralla por donde trepaban las vides y zarzas. Aquel «campo de soledad mustio collado» había sido el *Beldigum* romano.

Bien lo sabía don Alvaro, pero el ademán del abad y la ocasión en que le ponía delante aquel ejemplo de las humanas vanidades y soberbias, le dejó confuso y silencioso.

Miradlo bien, le dijo el monje, mirad bien uno de los grandes y muchos sepulcros, que encierran los esqueletos de aquel pueblo de gigantes. También ellos en su orgullo é

injusticia se volvieron contra Dios como vuestros templarios. Id pues, id como yo he ido en medio del silencio de la noche, y preguntad á aquellas ruinas por la grandeza de sus señores, id, que no dejarán de daros respuesta los silbidos del viento y el aullido del lobo.

El señor de Bembibre, antes confuso, quedó ahora como anonadado y sin contestar palabra.

—Hijo mío, añadió el monje, pensadlo bien y apartaos, que aun es tiempo, apartaos de esos desventurados, sin volver la vista atrás, como el profeta que salía huyendo de Gomorra.

—Cuando vea lo que me decís, respondió don Alvaro con reposada firmeza, entonces tomaré vuestros consejos. Los templarios serán tal vez altaneros y destemplados, pero es porque la injusticia ha agriado su noble carácter. Ellos responderán ante el soberano Pontífice, y su inocencia quedará limpia como el sol.—Pero en suma, padre mío, vos que veis la hidalguía de mis intenciones, ¿no haréis algo por el bien de mi alma y por doña Beatriz á quien tanto amáis?

—Nada, contestó el monje: yo no contribuiré á consolidar el alcázar de la maldad y del orgullo.

El caballero se levantó entonces y le dijo:

—Vos sois testigo de que me cerráis todos los caminos de paz. ¡Quiera Dios que no os lo echéis en cara alguna vez!

—El cielo os guarde, buen caballero, contestó el abad, y os abra los ojos del alma. En seguida le fué acompañando hasta el patio del monasterio, y, después de despedirle, se volvió á su celda donde se entregó á tristes reflexiones.

## CAPÍTULO V.

Aunque don Alvaro no fundase grandes esperanzas en su entrevista con el abad, todavía le causó sorpresa el resultado: flaqueza irremediable del pobre corazón humano, que solo á vista de la realidad inexorable y fría, acierta á separarse del talismán que hermosea y dulcifica la vida: la esperanza. El maestro por su parte conocía hartó bien el fondo de fanatismo, que en el alma del abad de Carracedo sofocaba un sin fin de nobles cualidades, para no prever el éxito; pero así para consuelo de su sobrino, como por obedecer al generoso impulso, que en las almas elevadas inclina siempre á la conciliación y á la dulzura, había dado aquel paso. Iguales motivos le determinaron á visitar al señor de Arganza, aunque la crítica situación en que se encontraba la orden por una parte, y por otra la conocida ambición de don Alonso, parecían deber retraerle de este nuevo esfuerzo; pero la ternura de aquel buen anciano por el único pariente que le quedaba, rayaba en debilidad, aunque exteriormente la dejaba asomar rara vez.

Así pues, un día de los inmediatos al suceso que acabamos de contar, salió de la encomienda de Ponferrada con el séquito acostumbrado, y se encaminó á Arganza. La visita tuvo mucho de embarazosa y violenta, porque don Alonso, deseoso de ahorrarse una explicación cordial y sincera sobre un asunto, en que su conciencia era la primera en condenarle, se encerró en el coto de una cortesía fría y estudiada, y el maestro, por su parte, convencido de que su resolución era irrevocable, y hartó celoso del honor de su orden y de la dignidad de su persona para abatirse á súplicas inútiles, se despidió para siempre de aquellos umbrales, que tantas veces había atravesado con el ánimo ocupado en dulces proyectos.

Como quiera, el señor de Arganza un tanto alarmado con la intención que parecía descubrir el afecto de don Alvaro hacia su hija, resolvió acelerar lo posible su ajustado enlace, á fin de cortar de raíz todo género de zozobras. Poco temía de la resistencia de su esposa, acostumbrado como estaba á verla ceder de continuo á su voluntad; pero el carácter de la joven, que había heredado no poco de su propia firmeza, le causaba alguna inquietud. Sin embargo, como hombre de discreción, á par que de energía, contaba á un tiempo con el prestigio filial, y con la fuerza de su autoridad para el logro de su propósito. Así pues, una tarde en que doña Beatriz, sentada cerca de su madre, trabajaba en bordar un paño de iglesia, que pensaba regalar al monasterio de Villabuena, donde tenía una tía abadesa á la sazón, entró su padre en el aposento, y diciéndole que tenía que hablarla de un asunto de importancia, soltó la labor y se puso á escucharle con la mayor modestia y compostura. Caíanle por ambos lados numerosos rizos negros como el ébano, y la zozobra que apenas podía reprimir la hacía más interesante. Don Alonso no pudo abstenerse de un cierto movimiento de orgullo al verla tan hermosa, en tanto que á doña Blanca por lo contrario, se le arrasaron los ojos de lágrimas pensando que tanta hermosura y riqueza, serían tal vez la causa de su desventura eterna.

—Hija mía, la dijo don Alonso, ya sabes que Dios nos privó de tus hermanos y que tú eres la esperanza única y postrera de nuestra casa.

—Sí, señor, respondió ella con su voz dulce y melodiosa.

—Tu posición, por consiguiente, continuó su padre, te obliga á mirar por la honra de tu linaje.

—Sí, padre mío, y bien sabe Dios que ni por un instante he abrigado un pensamiento que no se aviniese con el honor de vuestras canas y con el sosiego de mi madre.

—No esperaba yo menos de la sangre que corre por tus venas. Quería decirte, pues, que ha llegado el caso de que vea logrado el fruto de mis afanes y coronados mis más ardientes deseos. El conde de Lemus, señor el más noble y

poderoso de Galicia, favorecido del rey y muy especialmente del infante don Juan, ha solicitado tu mano y yo se la he concedido.

—¿No es ese conde el mismo, repuso doña Beatriz, que después de lograr de la noble reina doña María el lugar de Monforte en Galicia, abandonó sus banderas para unirse á las del infante don Juan?

—El mismo, contestó don Alonso poco satisfecho de la pregunta de su hija, ¿y qué tenéis que decir de él?

—Que es imposible que mi padre me dé por esposo un hombre á quien no podría amar, ni respetar tan siquiera.

—Hija mía, contestó don Alonso con moderación, porque conocía el enemigo con quien se las iba á ver, y no quería usar de violencia sino en el último extremo, en tiempo de discordias civiles no es fácil caminar sin caer alguna vez, porque el camino está lleno de escollos y barrancos.

—Sí, replicó ella, el camino de la ambición está sembrado de dificultades y tropiezos, pero la senda del honor y la caballería es lisa y apacible como una pradera. El conde de Lemus sin duda es poderoso, pero aunque sé de muchos que le temen y odian, no he oído hablar de uno que le venere y estime.

Aquel tiro dirigido á la desalmada ambición del de Lemus, que, sin saberlo su hija, venía á herir á su padre de rechazo, excitó su cólera en tales términos, que se olvidó de su anterior propósito, y contestó con la mayor dureza.

—Vuestro deber es obedecer y callar y recibir el esposo que vuestro padre os destine.

—Vuestra es mi vida, dijo doña Beatriz, y si me lo mandáis, mañana mismo tomaré el velo en un convento; pero no puedo ser esposa del conde de Lemus.

—Alguna pasión tenéis en el pecho, doña Beatriz, contestó su padre dirigiéndola escrutadoras miradas. ¿Amáis al señor de Bembibre? le pregunto de repente.

—Sí, padre mío, respondió ella con el mayor candor.

—Y no os dije que le despidierais.

—Y ya le despedí.

—¿Y cómo no despedisteis también de vuestro corazón esa pasión insensata? Preciso será que la ahoguéis entonces.

—Si tal es vuestra voluntad, yo la ahogaré al pie de los altares; yo trocaré por el amor del esposo celeste el amor de don Alvaro, que por su fe y su pureza era más digno de Dios que no de mí, desdichada mujer. Yo renunciaré á todos mis sueños de ventura; pero no le olvidaré en brazos de ningún hombre.

—Al claustro iréis, respondió don Alonso, fuera de sí de despecho, no á cumplir vuestros locos antojos, no á tomar el velo de que os hace indigna vuestro carácter rebelde, sino á aprender en la soledad, lejos de mi vista, y de la de vuestra madre, la obediencia y el respeto que me debéis.

Diciendo esto salió del aposento, airado, y cerrando tras sí la puerta con enojo, dejó solas á madre y á hija, que por un impulso natural y espontáneo se precipitaron una en brazos de la otra; doña Blanca desecha en lágrimas, y doña Beatriz comprimiendo las suyas con trabajo, pero llena interiormente de valor. En las almas generosas despierta la injusticia fuerzas cuya existencia se ignoraba, y la doncella lo sentía entonces. Había tenido bastante desprendimiento y respeto para no representar á su padre que, si amaba á don Alvaro, era porque todo en un principio parecía indicarle que era el esposo escogido por su familia; pero este silencio mismo contribuía á hacerle sentir más vivamente su agravio. Lo que quebrantaba su valor era el desconuelo de su madre, que no cesaba un punto en sus sollozos, teniéndola estrechamente abrazada.

—Hija mía, hija mía, dijo por fin, en cuanto su congoja la dejó hablar, ¿cómo te has atrevido á irritarle de esa manera, cuando nadie tiene valor para resistir sus miradas?

—En eso verá que soy su hija, y que heredo el esfuerzo de su ánimo.

—¡Y yo, miserable mujer, exclamó doña Blanca haciendo los mayores extremos de dolor, que con mi necia prudencia te he alejado del puerto de la dicha, pudiendo ahora gozar te segura en la ribera!

—Madre mía, dijo la joven enjugando los ojos de su madre; vos habéis sido toda bondad y cariño para mí, y el día de mañana solo está en la mano de Dios; sosegaos, pues, y mirad por vuestra salud. El Señor nos dará fuerzas para sobrellevar una separación, á mí sobre todo, que soy joven y robusta.

La idea de la falta de su hija, que ni un solo día se había apartado de su lado, hizo volver á la triste madre á todos sus extremos de amargura, en términos que, doña Beatriz hubo de emplear todos los recursos de su corazón y de su ingenio en apaciguarla. La anciana, que por su carácter suave y bondadoso estaba acostumbrada á ceder en todas ocasiones, y cuyo matrimonio había comenzado por un sacrificio algo semejante, aunque infinitamente menor que el que exigían de su hija, bien quisiera indicarle algo, pero no se atrevía. Por último al despedirse le dijo.—Pero, hija de mi vida, ¿no sería mejor ceder?

Doña Beatriz hizo un gesto muy expresivo, pero no respondió á su madre, sino abrazándola y deseándole un buen sueño.

## CAPÍTULO VI.

---

La escena que acabamos de describir causó mucho desasosiego en el ánimo del señor de Arganza, porque harto claro veía ahora cuán hondas raíces había echado en el ánimo de su hija, aquella malhadada pasión, que así trastornaba todos sus planes de engrandecimiento. Poco acostumbrado á la contradicción, y mucho menos de parte de aquella hija, dechado hasta entonces de sumisión y respeto, su orgullo se irritó sobremanera, si bien en el fondo y como á despecho suyo, parecía á veces alegrarse de encontrar en una persona que tan de cerca le tocaba, aquel valor noble y sereno, y aquella elevación de sentimientos. Sin embargo, atento antes que todo á conservar ilesa su autoridad pater-

nal, resolvió al cabo de dos días llevar á doña Beatriz al convento de Villabuena, donde esperaba que el recogimiento del lugar, el ejemplo vivo de obediencia que á cada paso presenciaria, y sobre todo, el ejemplo de su piadosa tía, contribuirían á mudar las disposiciones de su ánimo.

Por secreto que procuró tener don Alonso el motivo de su determinación, se traslució sobradamente en su familia y aun en el lugar, y como todos adoraban á aquella criatura tan llena de gracias y de bondad, el día de su partida fué uno de llanto y de consternación general. El mismo Mendo, el palefrenero que tan inclinado se mostraba á favorecer los proyectos de su amo, y á llevar las armas de un conde, apenas podía contener las lágrimas. Don Alonso daba á entender con la mayor serenidad posible, en medio del pesar que experimentaba, que era ausencia de pocos días, y no llevaba más objeto que satisfacer el deseo que siempre había manifestado la abadesa de Villabuena de tener unos días en su compañía á su sobrina. A todo el mundo decía lo contrario su corazón, y era trabajo en balde el que el anciano señor se tomaba.

Doña Beatriz se despidió de su madre á solas y en los aposentos más escondidos de la casa, y por esta vez ya no pudo sostenerla su aliento: así fué que rompió en ayes y en gemidos tanto más violentos cuanto más comprimidos habían estado hasta entonces. El corazón de una madre suele tener en las ocasiones fuerzas sobrehumanas, y bien lo mostró doña Blanca que entonces fué la consoladora de su hija, y la que supo prestarle ánimo. Por fin doña Beatriz se desprendió de sus brazos, y enjugándose las lágrimas, bajó al patio donde casi todos los vasallos de su padre la aguardaban: sus hermosos ojos humedecidos todavía, despedían unos rayos semejantes á los del sol, cuando después de una tormenta atraviesa las mojudas ramas de los árboles, y su talla majestuosa y elevada, realzada por un vestido oscuro, la presentaba en todo el esplendor de su belleza. La mayor parte de aquellas pobres gentes á quienes Doña Beatriz había asistido en sus enfermedades y socorrido en sus mise-

rias, que siempre la habían visto aparecer en sus hogares como un ángel de consuelo y de paz, se precipitaron á su encuentro con voces y alaridos lamentables, besándole unos las manos y otros la falda de su vestido. La doncella como pudo se desasíó suavemente de ellos, y subiendo en su hacanea blanca con ayuda del enternecido Mendo, salió del palacio extendiendo las manos hacia sus vasallos y sin hablar palabra, porque desde el principio se le había puesto un nudo en la garganta.

El aire del campo y su natural valor le restituyeron por fin un poco de serenidad. Componían la comitiva su padre, que caminaba un poco delante como en muestra de su enojo, aunque realmente por ocultar su emoción; el viejo Nuño, caballero en su haca de caza, pero sin alcón ni perro, el rollizo Mendo que aquel día andaba desatentado, y Martina su criada, joven aldeana, rubia viva y linda, de ojos azules y de semblante risueño y lleno de agudeza. Como con gran placer suyo, iba destinada á servir y acompañar á su señora durante su reclusión, no sabemos decir á punto fijo, si era esto lo que más influía en el mal humor del caballero, que á pesar de los celos y disgustos que le daba con Millán el paje de don Alvaro, tenía la debilidad de quererla. Viendo pues doña Beatriz, que habían entrado en conversación, dijo al montero, que por respeto caminaba un poco detrás.

—Acércate, buen Nuño, porque tengo que hablarte. Tu eres el criado más antiguo de nuestra casa, y como á tal sabes cuánto te he apreciado siempre.

—Sí, señora, contestó él con voz no muy segura: ¿quién me dijera á mí, cuando os llevaba á jugar con misalcones y perros, que habían de venir días como estos?

—Otros peores vendrán, pobre Nuño, si los que me quieren bien no me ayudan. Ya sabes de lo que se trata, y mucho me temo que la indiscreta ternura de mi padre, no me fuerce á tomar por esposo, un hombre de todos detestado. Si yo tuviera parientes á quienes dirigirme, solo de ellos solicitaría amparo; pero por desgracia, soy la última de mi

linaje. Preciso será, pues, que él me proteja, me entiendes, ¿te atreverías á llevarle una carta mía?

Nuño calló.

—Piensa, añadió doña Beatriz, que se trata de mi felicidad en esta vida, y quizá en la otra. ¿También tú, serías capaz de abandonarme?

—No, señora, respondió el criado con resolución, venga la carta que yo se la llevaré, aunque hubiera que atravesar por medio de toda la morería. Si el amo lo llega á saber, me mandará azotar y poner en la picota, y me echará de casa, que es lo peor; pero don Alvaro, que es el mismo pundonor y la misma bondad, no me negará un nicho en su castillo para cuidar de susalcones y gerifaltes. Y sobre todo, sea lo que Dios quiera, que yo á buen hacer lo hago, y él bien lo ve.

Doña Beatriz enternecida, le entregó la carta, y casi no tuvo tiempo para darle las gracias, porque Mendo y Martina se le incorporaron en aquel punto. Así pues, continuaron en silencio su camino por las orillas del Cua, en las cuales estaba situado el convento de monjas de San Bernardo, hermano en su fundación del de Carracedo, y en el cual habían sido religiosas dos princesas de sangre real. El convento ha desaparecido, pero el pueblo de Villabuena, junto al cual estaba, todavía subsiste y ocupa una alegre y risueña situación al pie de unas colinas plantadas de viñedo. Rodéanlo praderas y huertas llenas las más de higueras y toda clase de frutales, y las otras cercadas de frescos chopos y álamos blancos. El río le proporciona riego abundante y fertiliza aquella tierra, en que la naturaleza parece haber derramado una de sus más dulces sonrisas.

Al cabo de un viaje de hora y media, se apeó la cabalgata delante del monasterio, á cuya portería salió la abadesa acompañada de la mayor parte de la comunidad, á recibir á su sobrina. Las religiosas todas la acogieron con gran amor, prendadas de su modestia y hermosura, y don Alonso, después de una larga conversación con su cuñada, se partió á escondidas de su hija, desconfiando de su energía y resolución, harto quebrantada con las escenas de

aquel día. Nuño y Mendo, se despidieron de su joven ama, con más enternecimiento del que pudiera esperarse de su sexo y educación. Aquellos fieles criados acostumbrados á la presencia de doña Beatriz, que como una luz de alegría y contento parecía iluminar todos los rincones más oscuros de la casa, conocían que con su ausencia, la tristeza y el desabrimiento iban á asentar en ella sus reales. Conocían que don Alonso se entregaría más frecuentemente á los accesos de su mal humor, sin el suave contrapeso y mediación de su hija; y por otra parte, no se les ocultaba que los achaques, ya habituales de Doña Blanca, agravados con el nuevo golpe, acabarían de oscurecer el horizonte doméstico. Así pues, entrambos caminaron sin hablar palabra detrás de su amo no menos adusto y silencioso que ellos, y al llegar á Arganza, Mendo se fué á las caballerizas con el caballo de su señor y el suyo, y Nuño, después de pensar su jaca y cenar, salió cerca de media noche con pretexto de aguardar una liebre en un sitio algo lejano, y de amaestrar un galgo nuevo de excelente traza, pero en realidad, para llegar á Bembibre á deshora, y entregar con el mayor recato la carta de doña Beatriz que poco más ó menos decía así:

«Mi padre me destierra de su presencia por vuestro amor, y yo sufro contenta este destierro; pero ni vos ni yo debemos olvidar que es mi padre, y por lo tanto, si en algo tenéis mi cariño y alguna fe ponéis en mis promesas, espero que no adoptaréis ninguna determinación violenta. El primer domingo después del inmediato, procurad quedaros de noche en la iglesia del convento, y os diré lo que ahora no puedo deciros. Dios os guarde y os dé fuerzas para sufrir.»

Nuño desempeñó con tanto tino como felicidad su delicado mensaje, y solo pudo hacerle aceptar don Alvaro una cadena de plata de que colgar el cuerno de caza en los días de lujo para memoria suya. Por lo demás, el buen montero todavía tuvo tiempo para volver á su aguardo y coger la liebre, que trajo triunfante á casa muy temprano, deshaciéndose en elogios de su galgo.

## CAPÍTULO VII.

El medio de que el señor de Arganza se había valido para arrancar del corazón de su hija el amor, que tan firmes raíces había echado, no era, á la verdad, el más apropiado. Aquella alma pura y generosa, pero altiva, mal podía regirse con el freno del temor ni del castigo. Tal vez la templanza y la dulzura hubieran recabado de ella cuanto la ambición de su padre podía apetecer, porque la idea del sacrificio suele ser instintiva en semejantes caracteres, y con más gusto la acogen á medida que se presenta con más atavíos de dolor y de grandeza; pero doña Beatriz, que según la exacta comparación del abad de Carracedo, se asemejaba á las aguas quietas y transparentes del lago azul y sosegado de Carucedo, fácilmente se embravecía cuando azotaba su superficie el viento de la injusticia y de la dureza. La idea sola de pertenecer á un tan mal caballero como el conde Lemus, y de ser el juguete de una villana intriga, la humillaba en términos de arrojarse á cualquier violento extremo, por apartar de sí semejante mengua.

Por otra parte la soledad, la ausencia y la contrariedad, que bastan para apagar inclinaciones pasajeras, ó culpables afectos, solo sirven de alimento y vida á las pasiones profundas y verdaderas. Un amor inocente y puro acrisola el alma que le recibe, y por su abnegación insensiblemente llega á eslabonarse con aquellos sublimes sentimientos religiosos, que en su esencia no son sino amor limpio del polvo y fragilidades de la tierra. Si por casualidad viene la persecución á adornarle con la aureola del martirio, entonces el dolor mismo le graba profundamente en el pecho, y aquella idea querida llega á ser inseparable de todos los pensamientos, á la manera que una madre suele mostrar predilección decidida al hijo doliente y enfermo que no la deja ni un instante de reposo.

Esto era cabalmente lo que sucedía con doña Beatriz. En el silencio que la rodeaba se alzaba más alta y sonora la voz de su corazón, y cuando su pensamiento volaba al que tiene en su mano la voluntad de todos, y escudriña con su vista lo más oscuro de la conciencia, sus labios murmuraban sin saber aquel nombre querido. Tal vez pensaba que sus oraciones se encontraban con las suyas en el cielo, mientras sus corazones volaban uno en busca de otro en esta tierra de desventuras, y entonces su imaginación se exaltaba hasta mirar sus lágrimas y tribulaciones como otras tantas coronas que la adornarían á los ojos de su amado.

Su tía, que también había amado y visto deshojarse en flor sus esperanzas bajo la mano de la muerte, respetaba los sentimientos de su sobrina, y procuraba hacerle llevadero su cautiverio, dándole la posible libertad y tratándola con el más extremado cariño, porque su femenil agudeza le daba á entender claramente que solo este proceder podía emplearse con aquella naturaleza á un tiempo de león y de paloma. La prudente señora quería dejar obrar la lenta medicina del tiempo antes de arriesgar ninguna otra tentativa.

El día que doña Beatriz había señalado á don Alvaro en su carta, estaba elegido con gran discreción, porque en él se celebraban después de las vísperas los funerales de los regios patronos de aquella santa casa, que comúnmente solían atraer numeroso concurso, á causa de la limosna que se repartía, y de ordinario duraban hasta de noche. Fácil le fué por lo tanto al caballero deslizarse á favor de un disfraz de aldeano por entre el gentío, y meterse en un confesonario, donde se escondió como pudo, mientras los paisanos del pueblo oían el sermón con la mayor atención. En las iglesias de aquel país había, y hay aún en algunas, confesonarios cerrados por delante, con unas puertas de celosía, y más de una vez han sucedido ocultaciones semejantes á la de nuestro caballero. Por fin, después de acabados los oficios, la iglesia se fué desocupando, las monjas rezaron sus sublimes oraciones, y el sacristán apagó las

luces, y salió de la iglesia cerrando las puertas con sus enormes llaves.

Quedóse el templo en un silencio sepulcral y alumbrado por una sola lámpara, cuya llama débil y oscilante más que aclaraba los objetos, los confundía. Algunas cabezas de animales y hombres, que adornaban los capiteles de las columnas lombardas, parecían hacer extraños gestos y visajes, y las figuras doradas de los santos de los altares, en cuyos ojos reflejaban los rayos vagos y trémulos de aquella luz mortuoria, parecían lanzar centellantes miradas sobre el atrevido que traía á la mansión de la religión y de la paz otros cuidados que los del cielo. El coro estaba oscuro y tenebroso, y el ruido del viento entre los árboles, y el murmullo de los arroyos que venían de fuera, junto con algún chillido de las aves nocturnas, tenían un eco particular y temeroso debajo de aquellas bóvedas augustas.

Don Alvaro no era superior á su siglo, y en cualquiera otra ocasión semejantes circunstancias no hubiesen dejado de hacer impresión profunda en su ánimo; pero los peligros reales que le cercaban, si era descubierto, el riesgo que corría en igual caso doña Beatriz, el deseo de aclarar el enigma oscuro de su suerte, y sobre todo la esperanza de oír aquella voz tan dulce, se sobreponían á toda clase de temores imaginarios. Oyó por fin la campana interior del claustro que tocaba á recogerse, luego voces lejanas como de gentes que se despedían, pasos por aquí y acullá, abrir y cerrar puertas, hasta que al último todo quedó en un silencio tan profundo como el que le envolvía.

Salió entonces del confesonario y se acercó á la reja del coro bajo aplicando el oído con indecible ansiedad, y engañándose á cada instante creyendo percibir el leve sonido de los pasos y el crugido de los vestidos de doña Beatriz. Por fin una forma blanca y ligera apareció en el fondo oscuro del coro, y adelantándose rápida y silenciosamente, presentó á los ojos de don Alvaro, ya un poco habituados á las tinieblas, los contornos puros y airosos de la hija de Ossorio.

Más fácil le fué á ella distinguirle, porque el bulto de su cuerpo se dibujaba claramente en medio de los rayos desmayados de la lámpara, que por detrás le herían. Adelantóse, pues, hasta llegar á la verja con el dedo en los labios como una estatua del silencio, que hubiese cobrado vida de repente, y volviendo la cabeza, como para dirigir una postrera mirada al coro, preguntó con voz trémula:

—¿Sois vos, don Alvaro?

—¿Y quién sino yo, respondió él, vendría á buscar vuestra mirada en medio del silencio de los sepulcros? Me han dicho que habéis sufrido mucho con la separación de vuestra madre, y aunque en esta oscuridad no distingo bien vuestro semblante, me parece ver en él la huella del insomnio y de las lágrimas. ¿No se ha resentido vuestra salud?

—No, á Dios gracias, respondió ella casi con alegría, porque como penaba por vos, el cielo me ha dado fuerzas. No sé si el llanto habrá enturbiado mis ojos, ni si el pesar habrá robado el color de mis mejillas, pero mi corazón siempre es el mismo.—Pero somos unos locos, añadió como recobrándose, en gastar así estos pocos momentos que la suerte nos concede, y que sin gran peligro nuestro tal vez no volverán en mucho tiempo. ¿Qué imagináis, don Alvaro, de haberos yo llamado de esta suerte?

—He imaginado, respondió él, que leíais en mi alma, y que con vuestra piedad divina os compadecíais de mí.

—¿Y no habéis meditado algún proyecto temerario y violento? ¿No habéis pensado en romper mis cadenas con vuestras manos atropellando por todo?

Don Alvaro no respondió, y doña Beatriz continuó con un tono que se parecía al de la reconvención.—Ya veis que vuestro corazón no os engañaba, y que yo leía en él como en un libro abierto; pero sabed que no basta que me améis, sino que me creáis, y aguardéis noblemente. No quiero que os volváis contra el cielo, cuya autoridad ejerce mi padre, porque ya os dije que yo jamás mancharía mi nombre con una desobediencia.

—¡Oh Beatriz! contestó don Alvaro con precipitación,

no me condenéis sin oirme. Vos no sabéis lo que es vivir desterrado de vuestra presencia; vos no sabéis sobre todo, cómo despedaza mis entrañas la idea de vuestros pesares, que yo, miserable de mí, he causado sin tener fuerzas para ponerles fin. Cuando os veía dichosa en vuestra casa, de todos acatada y querida, el mundo entero no me parecía sino una fiesta sin término, una alegre romería á donde todos iban á rendir gracias á Dios por el bien que su mano les vertía. Cuando los pájaros cantaban por la tarde, solo de vos me hablaban con su música; la voz del torrente me deleitaba, porque vuestra voz era la que escuchaba en ella; y la soledad misma parecía recogerse en religioso silencio, solo para escuchar de mis labios vuestro nombre. Pero ahora, la naturaleza entera se ha oscurecido, las gentes pasan junto á mí silenciosas y tristes, en mis ensueños os veo pasar por un claustro tenebroso, con el semblante descompuesto y lleno de lágrimas, y el cabello tendido, y el eco de la soledad, que antes me repetía vuestro nombre, solo me devuelve ahora mis gemidos. ¿Qué queréis? la desesperación me ha hecho acordar entonces de que era noble, de que penabais por mí, de que tenía una espada, y de que con ella cortaríais vuestras ligaduras.

—Gracias, don Alvaro, respondió ella enternecida, veo que me amáis demasiado; pero es preciso que me juréis, aquí delante de Dios, que á nada os arrojaréis sin consentimiento mío. Sois capaz de sacrificarme hasta vuestra fama, pero ya os lo he dicho, yo no desobedeceré á mi padre.

—No puedo jurároslo, señora, respondió el caballero, porque ya lo estáis viendo; la persecución y la violencia han empezado por otra parte, y tal vez solo las armas podrán salvaros. Mirad que os pueden arrastrar al pie del altar, y allí arrancaros vuestro consentimiento.

—No creáis á mi padre capaz de tamaña villanía.

—Vuestro padre, replicó don Alvaro con cólera, tiene empeñada su palabra, según dice, y además cree honraros á vos y á su casa.

—Entonces yo solicitaré una entrevista con el conde, y le descubriré mi pecho, y cederá.

—Quién, él, ¿ceder él? contestó don Alvaro fuera de sí, y con una voz que retumbó en la iglesia; ceder cuando justamente en vos estriban todos sus planes! ¡Por vida de mi padre, señora, que sin duda estáis loca!

La doncella se sobrepuso al susto que aquella voz le había causado, y le dijo con dulzura pero con resolución:

—En ese caso yo os avisaré, pero hasta entonces, juradme lo que os he pedido. Ya sabéis que nunca, nunca seré suya.

—¡Doña Beatriz! exclamó de repente una voz detrás de ella.

—Jesús mil veces, exclamó acercándose involuntariamente á la reja, mientras don Alvaro maquinalmente echaba mano á su puñal. Ah, ¿eres tú, Martina? añadió reconociendo á su fiel criada que había quedado de acecho, pero de la cual se había olvidado por entero.

—Sí, señora, respondió la muchacha, y venía á deciros que las monjas comenzarán á levantarse muy pronto, porque ya está amaneciendo.

—Preciso será, pues, que nos separemos, dijo doña Beatriz con un suspiro, pero nos separaremos para siempre, si no me juráis por vuestro honor, lo que os he pedido.

—Por mi honor lo juro, respondió don Alvaro.

—Id, pues, con Dios, noble caballero, yo recurriré á vos si fuere menester, y estad seguro, de que nunca maldeciréis la hora en que os confiasteis á mí.

Ama y criada se apartaron entonces con precipitación, y don Alvaro, después de haberlas seguido con los ojos, se escondió de nuevo. A poco rato las campanas del monasterio tocaron á la oración matutina con regocijados sonidos, y el sacristán abrió las puertas de la iglesia dirigiéndose á la sacristía, de manera que don Alvaro, pudo salir sin ser visto. Encaminóse luego precipitadamente al monte, donde Millán había pasado la noche con los caballos, y montando en ellos, por sendas y veredas excusadas, llegaron prontamente á Bembibre.

## CAPÍTULO VIII.

Los días que siguieron al encierro de doña Beatriz fueron efectivamente para el señor de Bembibre, todo lo penosos y desabridos que le hemos oído decir, y aun algo más. Sin embargo, su natural, violento é impetuoso, mal podía avenirse con un pesar desmayado y apático, y día y noche había estado trazando proyectos á qual más desesperados. Unas veces pensaba en forzar á mano armada el asilo pacífico de Villabuena al frente de sus hombres de armas en mitad del día, y con la enseña de su casa desplegada. Otras resolvía enviar un cartel al conde de Lemus. Ya imaginaba pedir auxilio á algunos caballeros templarios y sobre todo al comendador Saldaña, alcaide de Cornatel, que sin duda se lo hubieran prestado en odio del enemigo común, y ya, finalmente, aunque como relámpago fugaz, parto de la tempestad que estremecía su alma, llegó á aparecersele la idea de una alianza con un jefe de bandidos y proscriptos, llamado el Herrero, que de cuándo en cuándo se presentaba en aquellas montañas á la cabeza de una cuadrilla de gentes, restos de las disensiones domésticas, que habían agitado hasta entonces la corona de Castilla.

Como quiera, á cada una de estas quimeras salía al paso prontamente ya la noble figura de doña Beatriz indignada de su audacia, ya el venerable semblante de su tío el maestre, que le daba en rostro con los peligros que acarreaba á la orden, ya, finalmente, la voz inexorable de su propio honor, que le vedaba otros caminos; y entonces el caballero volvía á su lucha y á sus angustias, temblando por su única esperanza, y entregado á todos los vaivenes de la incertidumbre. En tal estado sucedió la escena de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, y don Alvaro hubo de ceder en sus desmandados propósitos, por ventura

avergonzado de que la elevación de ánimo de una sola y desamparada doncella así aleccionase su impaciencia. De todas maneras aquella conversación, que había descornado enteramente el velo y manifestado el corazón de su amante en el lleno de su virtud y belleza, contribuyó no poco á sosegar su espíritu, rodeado hasta allí de sombras y espantos.

Así se pasó algún tiempo sin que don Alonso hostigase á su hija, siguiendo en esto los consejos de su mujer y de la piadosa abadesa; y doña Beatriz por su parte, sin quejarse de su situación y convertida en un objeto de simpatía y de ternura para aquellas buenas religiosas, que se hacían lenguas de su hermosura y apacible condición, gozaba, como hemos dicho, de bastante libertad, y paseaba por las huertas y sotos que encerraba la cerca del monasterio, y su corazón llagado se entregaba con inefable placer á aquellos indefinibles goces del espíritu, que ofrece el espectáculo de una naturaleza frondosa y apacible. Su alma se fortificaba en la soledad, y aquella pasión pura en su esencia se purificaba y acendrabá más y más en el crisol del sufrimiento, ahondando sus raíces á manera de un árbol místico en el campo del destierro, y levantando sus ramas marchitas en busca del rocío bienhechor de los cielos.

Esta calma, sin embargo, duró muy poco. El conde de Lemus volvió á presentarse reclamando sus derechos, y don Alonso entonces intimó á su hija su última é irrevocable resolución. Como este era un suceso que forzosamente había de llegar, la joven no manifestó sorpresa ni disgusto alguno, y se contentó con rogar á su padre que le dejase hablar á solas con el conde, demanda á que no pudo menos de acceder.

Como nuestros lectores habrán de tratar un poco más de cerca á este personaje en el curso de esta historia, no llevarán á mal que les demos una ligera idea de él. Don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemus, y señor el más poderoso de toda Galicia, era un hombre á quien venía por juro de heredad la turbulencia, el desasosiego y la

rebelión, pues sus antecesores, á trueque de engrandecer su casa, no habían desperdiciado ocasión entre las muchas que se les presentaron, cuando el trono glorioso de San Fernando se deslustró en manos de su hijo, y de su nieto con la sangre de las revueltas intestinas. Don Pedro por su parte, como venido al mundo en época más acomodada á estos designios, pues alcanzó la minoría turbulenta de don Fernando el Emplazado, aumentó copiosamente sus haciendas y vasallos con la ayuda del infante don Juan, que entonces estaba apoderado del reino de León, y sin escrupulizar en ninguna clase de medios. Por aquel tiempo fué cuando, con amenaza de pasarse al usurpador, arrancó á la reina doña María la dádiva del rico lugar de Monforte con todos sus términos, abandonándola enseguida y engrosando las filas de su enemigo. Esta ruindad, que por su carácter público y ruidoso de todos era conocida, tal vez no equivalía á los desafueros de que eran teatro entonces sus extendidos dominios. Frío de corazón como la mayor parte de los ambiciosos, sediento de poder y riquezas con que allanar el camino de sus deseos, de muchos temido, de algunos solicitado, y odiado del mayor número, su nombre había llegado á ser un objeto de repugnancia para todas las gentes dotadas de algún pundonor y bondad. A vueltas de tantos y tan capitales vicios, no dejaba de poseer cualidades de brillo: su orgullo desmedido se convertía en valor siempre que la ocasión lo requería: sus modales eran nobles y desembarazados, y no faltaba á los deberes de la liberalidad en muchas circunstancias, aunque la vanidad y el cálculo fuesen el móvil secreto de sus acciones.

Este era el hombre con quien debía unir su suerte doña Beatriz. Cuando llegó el día de la entrevista, se adornó uno de los locutorios del convento con esmero, para recibir á un señor tan poderoso, y presunto esposo de una parienta inmediata de la superiora. La comitiva del conde con don Alonso, y algún otro hidalguillo del país, ocupaban una pieza algo apartada, mientras él, sentado en un sillón

á la orilla de la reja, aguardaba, con cierta impaciencia y aun zozobra, la aparición de doña Beatriz.

Llegó por fin esta acompañada de su tía, y ataviada como aquel caso lo pedía, y haciendo una ligera reverencia al conde, se sentó en otro sillón destinado para ella, en la parte de adentro de la reja. La abadesa, después de corresponder al cortés saludo y cumplimientos del caballero, se retiró dejándolos solos. Doña Beatriz entretanto, observó con cuidado, el aire y facciones de aquel hombre, que tantos disgustos le había acarreado, y que tantos otros podía acarrearle todavía. Pasaba de treinta años, y su estatura era mediana; su semblante de cierta regularidad, carecía sin embargo, de atractivo, ó por mejor decir, repulsaba, por la expresión de ironía que había en sus labios delgados revestidos de cierto gesto sardónico, por el fuego incierto y vagoroso de sus miradas, en que no asomaba ningún vislumbre de franqueza y lealtad, y finalmente, por su frente altanera y ligeramente surcada de arrugas, rastro de pasiones interesadas y rencorosas, no de la meditación ni de los pesares. Venía cubierto de un rico vestido, y traía al cuello pendiente de una cadena de oro, la cruz de Santiago. Habíase quedado en pie y con los ojos fijos en aquella hermosa aparición, que sin duda encontraba superior á los encantamientos que le habían hecho. Doña Beatriz le hizo un ademán lleno de nobleza para que se sentase.

—No haré tal, hermosa señora, respondió él cortésmente, porque vuestro vasallo nunca querría igualarse con vos, que en todos los torneos del mundo seríais la reina de la hermosura. ¡Ojalá fuerais igualmente la de los amores!

—Galán sois, respondió doña Beatriz, y no esperaba yo menos de un caballero tal; pero ya sabéis que las reinas gustamos de ser obedecidas, y así espero que os sentéis. Tengo además que deciros cosas en que á entrambos nos va mucho, añadió con la mayor seriedad.

El conde se sentó no poco cuidadoso, viendo el rumbo que parecía tomar la conversación, y doña Beatriz continuó:

—Excusado es que yo os hable de los deberes de la caballería, y os diga que os abro mi pecho sin reserva. Cuando habéis solicitado mi mano sin haberme visto, y sin averiguar si mis sentimientos me hacían digna de semejante honor, me habéis mostrado una confianza que solo con otra igual puedo pagaros. Vos no me conocéis, y por lo mismo no me amáis.

—Por esta vez habéis de perdonar, repuso el conde. Cierto es que no habían visto mis ojos el milagro de vuestra hermosura, pero todos se han conjurado á ponderarla, y vuestras prendas, de nadie ignoradas en Castilla, son el mayor fiador de la pasión que me inspiráis.

—Doña Beatriz, disgustada de encontrar la galantería estudiada del mundo, donde quisiera que solo apareciese la sinceridad más absoluta, respondió con firmeza y decoro:

—Pero yo no os amo, señor conde, y creo bastante hidalga vuestra determinación, para suponer que sin el alma no aceptaríais la dádiva de mi mano.

—Y porqué no, doña Beatriz, repuso él con su fría y resuelta urbanidad; cuando os llaméis mi esposa, comprenderéis el dominio que ejercéis en mi corazón, me perdonaréis esta solicitud tal vez harto viva, con que pretendo ganar la dicha de nombraros mía, y acabaréis sin duda por amar á un hombre, cuya vida se consagrará por entero á preveniros por todas partes deleites y regocijos, y que encontrará sobradamente pagados sus afanes, con una sola mirada de sus ojos.

Doña Beatriz comparaba en su interior este lenguaje artificioso en que no vibraba ni un solo acento del alma, con la apasionada sencillez y arrebató de las palabras de su don Alvaro. Conoció que su suerte estaba echada irrevocablemente, y entonces con una resolución digna de su noble energía, respondió:

—Yo nunca podré amaros, porque mi corazón ya no es mío.

Tal era en aquel tiempo el rigor de la disciplina doméstica, y tal la sumisión de las hijas á la voluntad de los pa-

dres, que el conde se pasmó al ver lo profundo de aquel sentimiento, que así traspasaba los límites del uso, en una doncella tan compuesta y recatada. Algo sabía de los desdichados amores que ahora empezaban á servir de estorbo en su ambiciosa carrera, pero acostumbrado á ver ceder todas las voluntades delante de la suya, se sorprendía de hallar un enemigo tan poderoso, en una mujer tan suave y delicada en la apariencia. Con todo, su perseverancia nunca había retrocedido delante de ningún género de obstáculos; así es que recobrándose prontamente, respondió no sin un ligero acento sardónico que toda su disimulación no fué capaz de ocultar.

—Algo había oído decir de esa extraña inclinación hacia un hidalgo de esta tierra: pero nunca pude creer, que no cediese á la voz de vuestro padre, y á los deberes de vuestro nacimiento.

—Ese á quien llamáis con tanto énfasis hidalgo, respondió doña Beatriz sin inmutarse, es un señor no menos ilustre que vos. La nobleza de su estirpe solo tiene por igual la de sus acciones, y si mi padre juzga que tan reprehensible es mi comportamiento, no creo que os haya delegado á vos su autoridad, que solo en él acato.

Quedóse pensativo el conde un rato, como si en su alma luchasen encontrados afectos, hasta que en fin sobreponiéndose á todo, según suele suceder, la pasión dominante, respondió con templanza y con un acento de fingido pesar.

—Mucho me pesa, señora, de no haber conocido más á fondo el estado de vuestro corazón, pero bien veis que habiendo llevado tan adelante este empeño, no fuera honra de vuestro padre ni mía, exponernos á las malicias del vulgo.

—¿Quiere decir, replicó doña Beatriz con amargura, que yo habré de sacrificarme á vuestro orgullo? ¿De ese modo amparáis á una dama afligida y menesterosa? ¿Para eso traéis pendiente del cuello ese símbolo de la caballería española? Pues sabed, añadió con una mirada propia de una

reina ofendida, que no es así como se gana mi corazón. Id con Dios, y que el cielo os guarde, porque jamás nos volveremos á ver.

El conde quiso replicar; pero le despidió con un ademán altivo que le cerró los labios, y levantándose se retiró paso á paso, y como desconcertado, más que con el justo arranque de doña Beatriz, con la voz de su propia conciencia. Sin embargo, la presencia de don Alonso y de los demás caballeros, restituyó bien presto su espíritu á sus habituales disposiciones, y declaró que por su parte, ningún género de obstáculo se oponía á la dicha que se imaginaba entre los brazos de una señora, dechado de discreción y de hermosura. El señor de Arganza al oirlo, y creyendo tal vez, que las disposiciones de su hija hubiesen variado, entró en el locutorio apresuradamente.

Estaba la joven todavía al lado de la reja con el semblante encendido y palpitante de cólera; pero al ver entrar á su padre, que á pesar de sus rigores era en todo extremo querido á su corazón, tan terribles disposiciones se trocaron en un enternecimiento increíble, y con toda la violencia de semejantes transiciones, se precipitó de rodillas delante de él, y extendiendo las manos por entre las barras de la reja, y vertiendo un diluvio de lágrimas, le dijo con la mayor angustia:

—¡Padre mío, padre mío! ¡no me entreguéis á ese hombre indigno! ¡no me arrojéis en brazos de la desesperación y del infierno! ¡Mirad que seréis responsable delante de Dios de mi vida y de la salvación de mi alma!

Don Alonso, cuyo natural franco y sin doblez no comprendía el disimulo del conde, llegó á pensar que su discreción y tino cortesano, habían dado la última mano á la conversación de su hija, y aunque no se atrevía á creerlo, semejante idea se había apoderado de su espíritu, mucho más de lo que podía esperarse de tan corto tiempo. Así, pues, fué muy desagradable su sorpresa viendo el llanto y desolación de doña Beatriz. Sin embargo, le dijo con dulzura:

—Hija mía, ya es imposible volver atrás: si este es un sacrificio para vos, coronadlo con el valor propio de vuestra sangre, y resignaos. Dentro de tres días os casaréis en la capilla de nuestra casa con toda la pompa necesaria.

—¡Oh, señor! ¡pensadlo bien! dadme más tiempo tan siquiera....!

Pensado está, respondió don Alonso, y el término es suficiente para que cumpláis las órdenes de vuestro padre.

Doña Beatriz se levantó entonces, y apartándose los cabellos con ambas manos de aquel rostro divino, clavó en su padre una mirada de extraordinaria intención, y le dijo con voz ronca:

—Yo no puedo obedeceros en eso, y diré «no» al pie de los altares.

—¡Atrévete, hija vil! respondió el señor de Arganza fuera de sí de cólera y de despecho, y mi maldición caerá sobre tu rebelde cabeza, y te consumirá como fuego del cielo. Tú saldrás del techo paterno bajo su peso, y andarás, como Caín, errante por la tierra.

Al acabar estas tremendas palabras se salió del locutorio sin volver la vista atrás, y doña Beatriz, después de dar dos ó tres vueltas como una loca, vino al suelo con un profundo gemido. Su tía y las demás monjas acudieron muy azoradas al ruido, y ayudadas de su fiel criada la trasportaron á su celda.

## CAPÍTULO IX.

---

El parasismo de la infeliz señora fué largo, y dió mucho cuidado á sus diligentes enfermeras, pero al cabo cedió á los remedios, y sobre todo á su robusta naturaleza. Un rato estuvo mirando al rededor con ojos espantados, hasta que poco á poco y á costa de un grande esfuerzo, manifestó la necesaria serenidad para rogar que la dejaran sola con su criada por si algo se la ofrecía. La abadesa, que conocía

muy bien la índole de su sobrina, enemiga de mostrar ninguna clase de flaqueza á los ojos de los demás, se apresuró á complacerla, diciéndole algunas palabras de consuelo, y abrazándola con ternura.

A poco de haber salido las monjas, doña Beatriz se levantó de la cama, en que la habían reclinado, con la agilidad de un corzo y cerrando la puerta por dentro, se volvió á su asombrada doncella, y la dijo atropelladamente:

—Quieren llevarme arrastrando al templo de Dios, á que mienta delante de él y de los hombres! ¿no lo sabes, Martina? Y mi padre me ha amenazado con su maldición si me resisto..... ¡todos, todos me abandonan! ¿Oyes? es menester salir, es menester que él lo sepa, y ojalá que él me abandone también, y así Dios solo me amparará en su gloria.

—Sosegaos por Dios, señora, respondió la doncella consternada: ¿cómo queréis salir con tantas rejas y murallas?

—No, yo no, respondió doña Beatriz, porque me buscarían y me cogerían, pero tú puedes salir y decirle á qué estado me reducen. Inventa un recurso cualquiera..... aunque sea mentira, porque ya lo estás viendo, los hombres se burlan de la justicia y de la verdad. ¿Qué haces? añadió con la mayor impaciencia, viendo que Martina seguía callada: ¿dónde está tu viveza y tu ingenio? Tú no tienes motivos para volverte loca como yo.

En tanto que esto decía medía la estancia con pasos desatentados y murmurando otras palabras que apenas se le entendían. Por fin el semblante de la muchacha se animó como con alguna idea nueva, y le dijo alborozada:

—Albricias, señora, que en esta misma noche estaré fuera del convento y todo se remediará; pero por Dios y la Virgen de la Encina que os soseguéis, porque si de ese modo os echáis á morir, á fe que vamos á hacer un pan como unas hostias.

—Pero ¿qué es lo que intentas? preguntó su ama admirada no menos de aquella súbita mudanza, que del aire de seguridad de la muchacha.

—Ahora es, respondió ésta, cuando la madre tornera va á preparar la lámpara del claustro: yo me quedaré un poco de tiempo en su lugar, y lo demás corre de mi cuenta; pero cuenta con asustaros aunque me oigáis gritar y hacer locuras.

Diciendo esto salió de la celda brincando como un cabrito, no sin dar antes un apretón de manos á su señora. La prevención que le dejaba hecha no era ciertamente ociosa, porque á poco tiempo comenzaron á oirse por aquellos claustros tales y tan descompasados gritos y lamentos, que todas las monjas se alborotaron y salieron á ver quién fuese la causadora de tal ruido. Era ni más ni menos que nuestra Martina que, con gestos y ademanes propios de una consumada actriz, iba gritando á voz en cuello:

—¡Ay padre de mi alma! ¡pobrecita de mí que me voy á quedar sin padre! ¿dónde está la madre abadesa que me dé licencia para ir á ver á mi padre antes de que se muera?

La pobre tornera seguía detrás como atortolada de ver la tormenta que se había formado no bien se había apartado del torno.

—Pero muchacha, le dijo por fin; ¿quién ha sido el corredor de esa mala nueva? que cuando yo volví ya no oí la voz de nadie detrás del torno, ni pude verle.

—¿Quién había de ser, respondió ella con la mayor congoja, sino Tirso el pastor de mi cuñado, que iba el pobre sin aliento á Carracedo á ver si el padre boticario le daba algún remedio. ¡Buen lugar tenía él de pararse! Pero ¿dónde está la madre abadesa?

—Aquí, respondió ésta, que había acudido al alboroto: ¿pero á estas horas te quieres ir cuando se va á poner el sol?

—Sí, señora, á estas horas, replicó ella siempre con el mismo apuro, porque mañana ya será tarde.

—¿Y dejando á tu señora en este estado? repuso la abadesa.

Doña Beatriz que también estaba allí contestó con los

ojos bajos y con el rostro encendido por la primera mentira de toda su vida.

—Dejadla ir, señora tía, porque amas puede Dios depa-  
rarle muchas, y padre no le ha dado sino uno.

La abadesa accedió entonces, pero en vista de la hora insistió en que la acompañase el cobrador de las rentas del convento. Martina bien hubiera querido librarse de un testigo de vista importuno, pero conoció con su claro discernimiento que el empeñarse en ir sola sería dar que pensar, y exponerse á perder la última áncoa de salvación que quedaba á su señora. Así, pues, dió las gracias á la prelada, y mientras avisaban al cobrador, se retiró con su señora á su celda como para prepararse á su impensada partida. Doña Beatriz trazó atropelladamente estos renglones:

«Don Alvaro: dentro de tres días me casan si vos ó Dios no lo impedís. Ved lo que cumple á vuestra honra y á la mía, pues ese día será para mí el de la muerte.»

No bien acababa de cerrar aquella carta, cuando vinieron á decir que el escudero de Martina estaba ya aguardando, porque como los criados del monasterio vivían en casas pegadas á la fábrica, siempre se les encontraba á mano y prontos. Doña Beatriz dió algunas monedas de oro y plata á su criada, y solo le encargó la pronta vuelta, porque si podía acomodarse al arbitrio inventado, su noble alma era incapaz de contribuir gustosa á ningún género de farsa ni engaño. La muchacha, que ciertamente tenía más de malicia y travesura que no de escrúpulo, salió del convento fingiendo la misma priesa y pesadumbre que antes, oyendo las buenas razones y consuelos del cobrador, como si realmente las hubiese menester. El lugar á donde se dirigían era Valtuille, muy poco distante del monasterio, porque de allí era Martina y allí tenía á su familia; pero, sin embargo, ya comenzaba á anochecer cuando llegaron á las eras. Allí se volvió Martina al cobrador, y dándole una moneda de plata le despidió socolor de no necesitarle ya, y de sacar de cuidado á las buenas madres. Dió él por muy valederas las razones en vista del agasajo, y repitiéndole

alguno de sus más sesudos consejos, dió la vuelta más que de paso á Villabuena. Ocurriósele por el camino que las monjas le preguntarían por el estado del supuesto enfermo, y aun estuvo por deshacer lo andado para informarse, en cuyo caso toda la maraña se desenredaba y el embuste venía al suelo con su propio peso: pero afortunadamente se echó la cuenta de que con cuatro palabras, algún gesto significativo y tal cual meneo de cabeza, saldría del paso airosamente, y se ahorraba además tiempo y trabajo, y de consiguiente se atuvo á tan cuerda determinación.

Martina por su parte, queriendo recatarse de todo el mundo, fué rodeando las huertas del lugar, y saltando la cerca de la de su cuñado, se entró en la casa cuando menos lo esperaban. Tanto su hermana como su marido la acogieron con toda la cordialidad que nuestros lectores pueden suponer, y que sin duda se merecía por su carácter alegre y bondadoso. Pasados los primeros agasajos y cariños, Martina preguntó á su cuñado si tenía en casa la yegua torda.

—En casa está, respondió Bruno, así se llamaba el aldeano, por cierto que como ha sido año de pastos, parece una panera de gorda. Capaz está de llevarse encima el mismo pilón de la fuente de Carracedo.

—No está de sobra, replicó Martina, porque esta noche tiene que llevarnos á los dos á Bembibre.

—¿A Bembibre? respondió el aldeano: tú estás loca, muchacha.

—No, sino en mi cabal juicio, contestó ella: y enseguida, como estaba segura de la discreción de sus hermanos, se puso á contarles los sucesos de aquel día. Marido y mujer escuchaban la relación con el mayor interés, porque siendo renteros hereditarios de la casa de Arganza, y teniendo además á su servicio una persona tan allegada, parecían en cierto modo de la familia. No faltó en medio del relato aquello de: ¡pobre señora! ¡maldita vanidad! ¡despreciar á un hombre como don Alvaro! ¡pícaro conde! y otras por el estilo con que aquellas gentes sencillas, y poco due-

ñas por lo tanto de los primeros movimientos, significaban su afición á doña Beatriz y al señor de Bembibre, cosa en que tantos compañeros tenían. Por fin, concluído el relato, la hermana de Martina se quedó como pensativa, y dijo á su marido con aire muy desalentado.

—¿Sabes que una hazaña como esa puede muy bien costarnos los prados y tierras que llevamos en renta, y á más de esto la malquerencia de un gran señor?

—Mujer, respondió el intrépido Bruno: ¿qué estás ahí diciendo de tierras y de prados? ¡No parece sino que doña Beatriz es ahí una extraña ó una cualquiera! Y sobre todo, más fincas hay que las del señor de Arganza, y no es cosa de tantas cavilaciones eso de hacer el bien. Conque así, muchacha, añadió dando un pellizco á Martina, voy ahora mismo á aparejar la torda, y ya verás qué paso llevamos los dos por esos caminos.

—Anda, que no te pesará; respondió la súpil doncella, moviendo el bolsillo que le había dado su ama; que doña Beatriz no tiene pizca de desagradecida. Hay aquí más maravedís de oro que los que ganas en todo el año con el arado.

—Pues por ahora, respondió el labriego, tu ama habrá de perdonar, que alguna vez han de poder hacer los pobres el bien sin codicia, y solo por el gusto de hacerlo. Conque sea madrina del primer hijo que nos dé Dios, me doy por pagado y contento.

Dicho esto se encaminó á la cuadra silbando una tonada del país, y se puso á enalbardar la yegua con toda diligencia, en tanto que la mujer, contagiada enteramente de la resolución de su marido, decía á su hermana con cierto aire de vanidad.

—¡Es mucho hombre este Bruno! Por hacer bien se echaría á volar desde el pico de la Aguiana.

En esto ya volvía él con la yegua aderezada, y sacándola por la puerta trasera de la huerta para meter menos ruido, montó en ella poniendo á Martina delante, y después de decir á su mujer que antes de amanecer estarían ya

de vuelta, se alejaron á paso acelerado. Era la torda animal muy valiente; y así es que, á pesar de la carga, tardaron poco en verse en la fértil ribera de Bembibre, bañada entonces por los rayos melancólicos de la luna, que rielaba en las aguas del Boeza y en los muchos arroyos que, como otras tantas venas suyas, derraman la fertilidad y alegría por el llano. Como la noche estaba ya adelantada, por no despertar á la ya recogida gente del pueblo, torcieron á la izquierda, y por las afueras se encaminaron al castillo, sito en una pequeña eminencia, y cuyos destruidos paredones y murallas tienen todavía una apariencia pintoresca en medio del fresco paisaje que enseñorean. A la sazón todo parecía en él muerto y silencioso; pero los pasos del centinela en la plataforma del puente levadizo, una luz que alumbraba un aposento de la torre de enmedio, y esmaltaba sus vidrieras de colores, y una sombra que de cuándo en cuándo se pintaba en ellos, daban á entender que el sueño no había cerrado los ojos de todos. Aquella luz era la del aposento de don Alvaro, y su sombra la que aparecía de cuándo en cuándo en la vidriera. El pobre caballero hacía días que apenas podía conciliar el sueño á menos de haberse entregado á violentas fatigas en la caza.

Llegaron nuestros aventureros al foso, y llamando al centinela, dijeron que tenían que dar á don Alvaro un mensaje importante. El comandante de la guardia, viendo que solo era un hombre y una mujer, mandó bajar el puente y dar parte al señor de la visita. Millán, que como paje andaba más cerca de su amo, bajó al punto á recibir á los huéspedes, á quienes no conoció hasta que Martina le dió un buen pellizco, diciéndole:

—Ola, señor bribón, ¡cómo se conoce que piensa su merced poco en las pobres reclusas, y que al que se muere le entierran!

—Enterrada tengo yo el alma en los ojuelos de esa cara, reina mía, contestó él con un tono entre chancero y apasionado: ¿pero qué diablos te trae á estas horas por esta tierra?

--Vamos, señor burlón, respondió ella, enséñenos el ca-

mino, y no quiera dar á su amo las sobras de su curiosidad.

No fué menor la sorpresa de don Alvaro, que la de su escudero, aunque su corazón, présago y leal, le dió un vuelco terrible. Cabalmente el día antes había recibido nuevas de la guerra civil que amagaba en Castilla y de la cual mal podía excusarse; y la idea de una ausencia en aquella ocasión agravaba no poco sus angustias. Martina le entregó silenciosamente el papel de su señora, que leyó con una palidez mortal. Sin embargo, como hemos dicho más de una vez, no era de los que en las ocasiones de obrar se dejan abrumar por el infortunio. Repúsose, pues, lo mejor que pudo, y empezó por preguntar á Martina, si creía que hubiese algún medio de penetrar en el convento.

—Sí, señor, respondió ella, porque como más de una vez me ha ocurrido, que con un señor tan testarudo como mi amo, algún día tendríamos que hacer nuestra voluntad y no la suya, me he puesto á mirar todos los agujeros y resquicios, y he encontrado, que los barrotes de la reja por donde sale el agua de la huerta, están casi podridos, y que con un mediano esfuerzo podrían romperse.

—Sí, pero si tu señora ha de estarse encerrada en el monasterio mientras tanto, nada adelantamos con eso.

—¡Qué! no señor, repuso la astuta aldeana, porque como mi ama gusta de pasearse por la huerta hasta después de anochecer, muchas veces cojo yo la llave y se la llevo á la hortelana; pero como siempre me manda colgarla de un clavo, cualquiera día puedo dejar otra en su lugar, y quedarme con ella para salir á la huerta á la hora que nos acomode.

—En ese caso, repuso don Alvaro, dí á tu señora, que mañana á media noche me aguarde junto á la reja del agua. Tiempo es ya de salir de este infierno en que vivimos.

—Dios lo haga, respondió la muchacha con un acento tal de sinceridad, que se conocía la gran parte que le alcanzaba en las penas de su señora, y un poco además del

tedio de la clausura. Despidióse en seguida, porque ningún tiempo le sobraba para estar al amanecer en Villabuena, según lo reclamaba así su plan, como la urgencia del recado que llevaba de don Alvaro. Así que volvió á subir en la torda con el honrado Bruno, pero en brazos de Millán, y volvieron á correr por aquellos desiertos campos, hasta que al rayar el alba, se encontraron en las frescas orillas del Cua. Cabalmente tocaban entonces á las primeras oraciones, de consiguiente, no pudo llegar más á tiempo. Al punto la rodearon las monjas, preguntándole con su natural curiosidad qué era lo que había ocurrido.

—¿Qué había de ser, pecadora de mí, respondió ella con el mayor enojo, sino una sandez de las muchas de Tirso? Vió caer á mi padre con el accidente que le da de tarde en tarde, y sin más ni más vino á alborotarnos aquí y hasta á Carracedo fué sin que nadie se lo mandase. No, pues si otra vez no escogen mejor mensajero, á buen seguro que yo me mueva, aunque de cierto se muera todo el mundo.

Diciendo esto, se dirigió á la celda de su señora, dejando á las buenas monjas entregadas á sus reflexiones sobre la torpeza del pastor y lo pesado del chasco. El remiendo de Martina, aunque del mismo paño, como suele decirse, no estaba tan curiosamente echado que al cabo de algún tiempo no pudiesen verse las puntadas; pero contaba con que tanto ella como su señora, estuviesen ya por entonces al abrigo de los resultados.

## CAPÍTULO X.

---

Don Alvaro salió de su castillo muy poco después de Martina, y encaminándose á Ponferrada, subió el monte de Arenas, torció á la izquierda, cruzó el Boeza, y sin entrar en la bailia, tomó la vuelta de Cornatel. Caminaba orillas del Sil, ya entonces junto con el Boeza, y con la pura luz del alba é iba cruzando aquellos pueblos y valles, que el

viajero no se cansa de mirar, y que á semejante hora estaban poblados con los cantares de infinitas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales, ora un linar, cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna; ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso, y de cuándo en cuándo, solía encontrar un trozo de camino cubierto á manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subían en un declive, manso á veces y á veces rápido, las montañas que forman la cordillera de la Aguiana, con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el río, huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo; las pomposas orpéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados jilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salían con sus cencerros, y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño, una tonada apacible y suave.

Si don Alvaro llevara el ánimo desembarazado de las angustias y sinsabores que de algún tiempo atrás acibaraban sus horas, hubiera admirado sin duda aquel paisaje, que tantas veces había cautivado dulcemente sus sentidos en días más alegres; pero ahora, su único deseo era llegar pronto al castillo de Cornatel, y hablar con el comendador Saldaña su alcaide.

Por fin, torciendo á la izquierda, y entrando en una encañada profunda y barrancosa por cuyo fondo corría un riachuelo, se le presentó en la cresta de la montaña la mole del castillo iluminada ya por los rayos del sol, mientras los precipicios de alrededor estaban todavía oscuros y cubiertos de vapores. Paseábase un centinela por entre las almenas, y sus armas despedían á cada paso vivos resplandores. Difícilmente se puede imaginar mudanza más repentina, que la que experimenta el viajero entrando en esta profunda garganta; la naturaleza de este sitio es áspera y montaraz, y el castillo mismo, cuyas murallas se recortan sobre el fondo del cielo, parece una estrecha atalaya entre los enormes pe-

ñascos que le cercan y al lado de los cerros que le dominan. Aunque el foso se ha cegado, y los aposentos interiores se han desplomado con el peso de los años, el esqueleto del castillo todavía se mantiene en pie y ofrece el mismo espectáculo que entonces ofrecía visto de lejos.

Don Alvaro cruzó el arroyo y comenzó á trepar la empinada cuesta en que serpenteaba el camino, que después de numerosas curvas y prolongaciones, acababa en las obras exteriores del castillo. Iba su ánimo combatido de deseos y esperanzas á cual más inciertas, pero determinado á aceptar las numerosas ofertas del comendador Saldaña y ponerlas á prueba en aquella ocasión, en que se trataba de algo más que su propia vida. Resuelto á esconder su plan y los resultados de él á los ojos de todo el mundo, y seguro de que la templanza y austeridad de su tío no le permitirían prestarle su ayuda; sus imaginaciones y esperanzas solo descansaban en el alcaide de Cornatel. Su castillo de Bembibre no le ofrecía el sigilo necesario para la empresa que meditaba, sopena de encender la guerra en aquella pacífica comarca, y por otra parte ningún velo pudiera encontrar tan tupido y espeso, como el misterio temeroso y profundo, que cercaba todas las cosas de aquella orden.

El comendador que, según su inveterada costumbre, estaba en pie al romper el día, viendo un caballero que subía la cuesta, y conociéndole cuando ya estuvo más cerca, salió á recibir con un afecto casi paternal á tan ilustre huésped, mirado entre todos los templarios como el apoyo más fuerte de su orden en aquella tierra. Era don Gutierre de Saldaña hombre ya entrado en días; de regular estatura, pelo y barba como de plata; pero ágil y fuerte en sus movimientos como un mancebo. Su semblante hubiera infundido solo veneración, á no ser por la inquietud y desasosiego de alma, que privaba á aquel noble busto romano del reposo y calma, que tan naturales adornos son de la ancianidad. Eran sus ojos vivos y rasgados de increíble fuerza, y en su frente elevada y espaciosa, se pintaban como en un fiel espejo

pensamientos semejantes á las nubes tormentosas que coronan las montañas, que unas veces se disipan azotadas del viento, y otras veces descargan sobre la atemorizada llanura. Cualquiera al verle hubiera dicho que las pasiones habían ejecutado su estrago en aquel natural poderoso y enérgico, pero de cuantas habían agitado su juventud, para todos desconocida y enigmática, solo una había quedado por señora de aquel alma profunda é insondable como un abismo. Esta pasión era el amor á su orden, y el deseo de acrecentar su honra y su opulencia, término cuyo logro no encontraba en él diferencia en los caminos. Su vida se había pasado en la Tierra Santa en continuas batallas con los infieles, y en medio de los odios de los caballeros de San Juan y de los príncipes que tan fieros golpes dieron al poder de los cristianos en la Siria, y por último había asistido á la ruina de San Juan de Acre ó Tolemaida, postrer baluarte de la cruz en aquellas regiones apartadas. Entonces dió la vuelta á España, su patria, herida su alma activa y rebelde en lo más vivo, pensando en la Tierra Santa que perdían para siempre sus hermanos, y cargado, en fin, con todos los vicios que legítimamente podían atribuirse á la milicia del Temple. Parecióle que en vista de la tibieza con que la Europa comenzaba á mirar la conquista de ultramar, solo para los templarios estaba guardada tamaña empresa, y en el desvarío de su despecho y de su orgullo llegó á imaginar la Europa entera convertida en una monarquía regida por el gran maestro, y que al son de las trompetas de la orden, y al rededor del Balzá se movía de nuevo y como animada de una sola voluntad en demanda del Santo sepulcro. El ejemplo de los caballeros teutónicos en Alemania acabó de encender su fantasía volcánica, y vueltos sus ojos á Jerusalén, trabajando sin cesar por el engrandecimiento de su hermandad, y codiciando para ella alianzas y apoyos en todas partes, sus amigos se habían convertido para él en hijos queridos, y sus contrarios en criaturas odiosas, como si el mismo infierno las vomitara. Aquel alma sombría y

tremenda exacerbada con la desgracia y lejos de la abnegación y la humildad, fuentes puras de la institución, se había amargado con las aguas del orgullo y de la venganza, móvil entonces el más poderoso de sus acciones. Como quiera, la fe iluminaba todavía aquel abismo, si bien su luz hacía resaltar más sus tinieblas.

Este hombre extraordinario quería á don Alvaro con pasión, no solo á causa de su confederación con la orden, sino por sus prendas hidalgas y elevado ingenio. No parecía sino que un reflejo de sus días juveniles se pintaba en aquella figura de tan noble y varonil belleza. Hasta le habían oído hablar con una mal disimulada emoción de la desdichada pasión del noble mancebo, cosa extraña en su austeridad y adusto carácter. Los recientes sucesos de Francia acababan de dar la última mano á sus extraños proyectos, porque una vez arrojado el guante por los príncipes, la poderosa orden del Temple tendría que presentar la gran batalla, de la cual, en su entender, debía resultar la total sumisión de la Europa, y tras de ella la reconquista de Jerusalén. Sin embargo, por muchas que fueran las tinieblas con que el orgullo y el error cegaban su entendimiento, de cuándo en cuándo la verdad le mostraba algún vislumbre, que si no bastaba para disiparlas, sobraba para introducir en su alma la inquietud y el recelo. Con esto se había llegado á hacer más ceñudo y menos tratable que de costumbre, y fuese por respeto á sus meditaciones, ó por motivo menos piadoso, los caballeros y aspirantes esquivaban su conversación.

Paseábase, pues, solo en uno de los torreones que miran hacia Poniente, cuando divisó con su vista de aguila y acostumbrada á distinguir los objetos á largas distancias en los vastos desiertos de la Siria, á nuestro caballero que con su paje de lanza iban subiendo á buen paso el agrio repecho que conducía y conduce al castillo. Bajó, pues, á la puerta misma á recibirle, no solo con la cortesía propia de su clase, sino también con la sincera cordialidad que siempre le inspiraba aquel gallardo mancebo.

—¿De dónde bueno tan temprano? le dijo abrazándole estrechamente.

—De mi castillo de Bembibre, respondió el caballero.

—¡De Bembibre! contestó el comendador como admirado. Quiere decir que habéis andado de noche, y que vuestra prisa debe ser muy grande y ejecutiva.

Don Alvaro hizo una señal de afirmación con la cabeza, y el anciano, después de examinarle atentamente, le dijo:

—Por el Santo sepulcro que tenéis el mismo semblante que teníamos los templarios el día que nos embarcamos para Europa. ¿Qué os ha pasado en este mes en que no hemos podido echaros la vista encima?

—Ni yo mismo sabría decíroslo, respondió don Alvaro, y sobre todo aquí, añadió echando una mirada al rededor.

—Sí, sí, tenéis razón, contestó Saldaña, y asiéndose de su brazo subió con él al mismo torreón en que antes estaba.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó de nuevo el comendador? El joven por única respuesta sacó del seno la carta de doña Beatriz y se la entregó. Como era tan breve, el comendador la recorrió de una sola ojeada, y dijo frunciendo el entrecejo de una manera casi feroz, aunque en voz baja:

—¡Ira de Dios, señores villanos! ¿Con que queréis acorralarnos y destrozarnos además el pecho de gentes, que valen algo más que vosotros? ¿Y qué habéis pensado? repuso volviéndose á don Alvaro.

—He pensado arrancarla de su convento, aunque hubiese de romper por medio de todas las lanzas de Castilla; pero llevarla á mi castillo ofrece muchos riesgos para ella, y venía á pedirnos ayuda y consejo.

—Ni uno ni otro os faltarán. Habéis obrado como discreto, porque si á vuestro castillo os la llevaseis, ó tendríais que abrir de grado sus puertas á quien fuese á buscarla, ó se encendería al punto la guerra, cosa que daría gran pesar á vuestro tío, y á nadie traería ventaja por ahora.

—Si yo pudiera esconderla en las cercanías, repuso don Alvaro, hasta que pasase el primer alboroto, la pondría después en un convento de la Puebla de Sanabria, donde es abadesa una parienta mía.

—Pues en ese caso, replicó Saldaña, traedla á Cornatel, porque si á buscarla vinieren, á fe que no la encontrarán. Junto al arroyo, y cubierta con malezas al lado de una cruz de piedra, está la mina del castillo, y por allí podéis introducirla. En mis aposentos no entra nadie, y nadie de consiguiente la verá. Pero á lo que dice la carta mucha diligencia habéis menester para impedir un suceso, que ha de quedar concluído pasado mañana.

—Y tanta, respondió don Alvaro, que esta misma noche pienso dar cima á la empresa.—Y en seguida le contó la visita de Martina y la traza concertada, que al comendador le pareció muy bien.

Quedáronse entonces entrambos en silencio como embebecidos en la contemplación del soberbio punto de vista que ofrecía aquel alcázar reducido y estrecho, pero que, semejante al nido de las águilas, dominaba la llanura. Por la parte de oriente y norte le cercaban los precipicios y derrumbaderos horribles, por cuyo fondo corría el riachuelo, que acababa de pasar don Alvaro, con un ruido sordo y lejano, que parecía un continuo gemido. Entre norte y ocaso se divisaba un trozo de la cercana ribera del Sil lleno de árboles y verdura, más allá del cual, se extendía el gran llano del Bierzo poblado entonces de monte y dehesas, y terminado por las montañas que forman aquel hermoso y feraz anfiteatro. El Cua, encubierto por las interminables arboledas y sotos de sus orillas, corría por la izquierda al pie de la cordillera, besando la falda de la antigua *Belgidum*, y bañando el monasterio de Carucedo. Y hacia el poniente por fin, el lago azul y trasparente de Carracedo, harto más extendido que en el día, parecía servir de espejo á los lugares que adornan sus orillas, y á los montes de suavísimo declive que le encierran. Crecían al borde mismo del agua, encinas corpulentas y de ramas pendientes parecidas á los

saucos que aun hoy se conservan, chopos altos y doblegazos como mimbrés, que se mecían al menor soplo del viento, y castaños robustos y de redonda copa. De cuándo en cuándo una bandada de lavancos y gallinetas de agua, revolaba por encima describiendo espaciosos círculos, y luego se precipitaba en los espadañales de la orilla ó levantando el vuelo, desaparecía detrás de los encarnados picachos de las Médulas.

Saldaña tenía clavados los ojos en el lago, mientras don Alvaro, siguiendo con la vista las orillas del Cua, procuraba en vano descubrir el monasterio de Villabuena oculto por un recodo de los montes.

—¡Dichosas orillas del mar Muerto! prorrumpió por fin con un suspiro el anciano comendador. ¡Cuánto más agradables y benditas eran para mí sus arenas, que la fresca y lozanía que engalana esas orillas!

Aquella repentina exclamación, que revelaba el sentido de sus largas meditaciones, arrancó de su distracción á don Alvaro.

Acercóse entonces al templario, y le dijo:

—¿No confiáis en que los caballos del Temple, vuelvan á beber las aguas del Cedrón?

—¡Que si no confío! exclamó el caballero con una voz semejante á la de una trompeta. ¿Y quién sino esta confianza mantiene la hoguera de mi juventud bajo la nieve de estas canas? ¿Por qué conservo á mi lado esta espada, sino es por la esperanza de lavarla en el Jordán del orín de la mengua y del vencimiento?

—Os confieso, contestó don Alvaro, que al ver la tormenta que parece formarse contra vuestra orden, algunas veces he llegado á dudar de vuestras glorias futuras y hasta de vuestra existencia.

—Sí: replicó el templario con amargura, ese es el premio que da Felipe en Francia á los que le salvaron de las garras de un populacho amotinado. Ese sin duda el que nos prepara el rey don Jaime, por haber criado en nuestro nido el águila, que con un vuelo glorioso fué á posarse en las

mezquitas de Valencia y en las montañas de Mallorca. Ese es tal vez el que don Fernando el IV guarda á los únicos caballeros, que entre los lobos hambrientos de Castilla no han embestido su mal guardado rebaño. Pero nosotros saldremos de las sombras de la calumnia, como el sol de las tinieblas de la noche: nosotros abatiremos á los soberbios y levantaremos á los humildes; nosotros reuniremos el mundo al pie del Calvario, y allí comenzará para él la era nueva.

—¿Habéis oído alguna vez las reflexiones de mi tío?

—Vuestro tío es una estrella limpia y sin mancha en el cielo de nuestra orden, replicó el comendador, y tal vez dice verdad; pero vuestro tío se olvida, añadió con orgulloso entusiasmo, que el primer don del cielo es el valor que todavía habita en el corazón de los templarios como en su tabernáculo sagrado. Acaso es cierto que el orgullo nos ha corrompido; ¿pero quién ha vertido más sangre por la causa de Dios? ¿Dónde estaban para nosotros el cariñoso calor del hogar doméstico, el noble ardor de la ciencia, y el reposo del claustro? ¿Qué nos quedaba sino el poder y la gloria? Cualquiera que sea nuestra culpa, con nuestra sangre la volveremos á lavar, y con nuestras lágrimas, en las ruinas del palacio de David. Pero ¿quiénes son esos gusanos viles, que han dejado el sepulcro de Cristo en poder de los perros de Mahoma para juzgarnos á nosotros, á quien todo el poder del cielo y del infierno, apenas fué bastante á arrojar de aquellas riberas.

Calló entonces por un rato, y después tomando la mano de su compañero, le dijo con un acento casi enternecido.

—Don Alvaro, vuestra alma es noble y no hay cosa que no comprenda; pero vos no sabéis lo que es haber sido dueños de aquella tierra milagrosa y haberla perdido. Vos no podéis imaginaros á Jerusalén en medio de su gloria y majestad. Y ahora, continuó con los ojos casi bañados de lágrimas, ahora está sentada en la soledad, llorando hilo á hilo en la noche, y sus lágrimas en sus megillas. El laud de los trovadores ha callado como el harpa de los profetas, y ambos gimen al son del viento, colgados de los sauces de

Babilonia. Pero nosotros volveremos del destierro, añadió con un tono casi triunfante, y levantaremos otra vez sus murallas con la espada en una mano y la llana en la otra, y entonaremos en sus muros el cántico de Moisés al pie de la cruz en que murió el hijo del hombre.

Aquel rostro sulcado por los años se había encendido, y su noble figura, animada por el fuego que inspiran todas las pasiones verdaderas, y vestida con aquel hermoso ropaje blanco que tan bien decía con su edad, asomada á los precipicios de Cornatel que por su hondura y oscuridad pudieran compararse al valle de la muerte, parecía la del profeta Ezequiel evocando los muertos de sus sepulcros para el juicio final. Don Alvaro, que tan fácilmente se dejaba subyugar por todas las emociones generosas, apretó fuertemente la mano del anciano, y le dijo conmovido:

—Dichoso el que pudiera contribuir á la santa obra. No será mi brazo el que os falte.

—Mucho podéis hacer, contestó Saldaña. ¡Quiera Dios coronar nuestros nobles intentos!

Bajaron entonces á los aposentos del comendador, que eran unas cuantas cámaras de tosca estructura, una de las cuales tenía una escalera que descendía á la mina. Saldaña entregó á don Alvaro la llave de la puerta ó trampa exterior, y bajando con él le hizo notar todos los anditos y pasadizos subterráneos. Volvieron otra vez á los aposentos, donde hicieron una frugal comida, y al caer el sol salió de nuevo don Alvaro con su escudero. Hábiale ofrecido Saldaña algunas buenas lanzas, por si quería escolta con que mejor asegurar su intento; pero el joven la rehusó prudentemente, haciéndole ver que el golpe era de astucia y no de fuerza, y que cuanto pudiese llamar la atención perjudicaría su éxito. Encaminóse, pues, solo con su escudero á la orilla del Sil, que cruzó por la barca de Villadepalos. Después se internó en la dehesa que ocupaba entonces la mayor parte del fondo del Bierzo, y dando un gran rodeo para evitar el paso por Carracedo, tomó, ya muy entrada la noche, la vuelta de Villabuena.

## CAPÍTULO XI.

Tiempo es ya de que volvamos á doña Beatriz, cuya situación era sin duda la más violenta y terrible de todas. La agitación nerviosa y calenturienta, que le había causado la terrible escena con su padre, y la inminencia del riesgo, le habían dado fuerzas para arrojarse á cualquier extremo, á trueque de huir de los peligros que la amagaban; pero cuando Martina desapareció para llevar su mensaje y aquella violenta agitación se fué calmando para venir á parar por último en una especie de postración, comenzó á ver su conducta bajo diverso aspecto, á temblar por lo que iba á suceder como había temblado por lo pasado, y á encontrar mil dudas y tropiezos, donde su pasión solo había visto antes resolución y caminos llanos. Ningún empacho había tenido el día de su encierro en solicitar la entrevista de la iglesia, porque semejante paso solo iba encaminado á contener á su amante en los límites del deber, é inclinarle al respeto en todo lo que emanase de su padre. La paz de aquella tierra y la propia opinión la habían determinado á semejante paso; pero ahora tal vez para encender esta guerra, para confiarse á la protección de su amante, para arrojarse á las playas de lo futuro sin el apoyo de su padre, sin las bendiciones de su madre, era para lo que llamaba á don Alvaro. Aquel era su primer acto de rebelión, aquel el primer paso fuera del sendero trillado y hasta allí fácil de sus deberes, y la propensión al sacrificio que descansa en el fondo de todas las almas generosas, no dejó también de levantarse para echarle en cara que atenta únicamente á su ventura, no pensaba en la soledad y aflicción, que envenenarían los últimos días de sus ancianos padres. Su pobre madre en particular, tan enferma y lastimada se le representaba, sucumbiendo bajo el peso de su falta, y exten-

diendo sus brazos á su hija, que no estaba allí para cerrarle los ojos y recoger su último suspiro.

Si tales reflexiones se hubieran representado solas á su imaginación, claro es que hubiesen dado en el suelo con todos sus propósitos; pero el vivo resentimiento que la violencia de su padre le causaba, y la frialdad de alma del conde, cuyos ruines propósitos ni aun bajo el velo de la cortesía habían llegado á encubrirse, le restituían toda la presencia de ánimo que era menester en tan apurado trance. Y como entonces no dejaba de aparecerse á su imaginación la noble y dolorida figura de don Alvaro, que venía á pedirle cuenta de sus juramentos y á preguntarle con risa sardónica qué había hecho de su pasión, de aquella adoración profunda, culto verdadero con que siempre la había acatado, sus anteriores sentimientos al punto cedían á los que más fácil y natural cabida habían hallado en su corazón. De esta manera dudas, temores, resolución y arrepentimientos, se disputaban aquel combatido y atribulado espíritu.

La vuelta de Martina, que con tanta prontitud como ingenio había desempeñado su ardua comisión, la asustó más que la alegró, porque era señal de que aquella tremenda crisis tocaba á su término. Contóle con alegría y viveza la muchacha todas las menudencias de su correría, y concluyó con la noticia de que aquella misma noche á las doce, don Alvaro entraría por la reja del agua en la huerta, y que entrambas se marcharían á donde Dios se la deparase con sus amantes, porque, como decía el señor de Bembibre, era aquel demasiado infierno para tres personas solas.

Doña Beatriz, que había estado paseando á pasos desiguales por la habitación, cruzando las manos sobre el pecho de cuándo en cuándo, y levantando los ojos al cielo, se volvió entonces á Martina, y le dijo con ceño.

—¿Y cómo, loca aturdida, le sugeriste semejante traza? ¿Te parece á ti que son estos juegos de niño?

—A mí no, contestó con despejo la aldeana: á quien se

lo parece es al testarudo de vuestro padre y al otro danzante de Galicia. Esos si que miran como juego de niños echaros el lazo al pescuezo y llevaros arrastrando por ahí adelante. ¡Miren qué aliño de casa estaría, la mujer llorando por los rincones, y el marido por ahí urdiéndolas y luego regañando si le salen mal!

Doña Beatriz, al oír esta pintura tan viva como exacta de la suerte que le destinaban, levantó los ojos al cielo retorciéndose las manos, y Martina entre enternecida y enojada, le dijo:

—¡Vamos, vamos, que ese caso no llegará, Dios mediante! ¡Con tantos pesares ya habéis perdido el color, ni más ni menos que el otro que parece que le han desenterrado! Esta noche salimos de penas, y veréis qué corrida damos por esos campos de Dios. Una libra de cera he ofrecido á la Virgen de la Encina si salimos con bien.

Todas estas cosas, que á manera de torbellino salían de la rosada boca de aquella muchacha, no bastaron á sacar á doña Beatriz de su distracción inquieta y dolorida. Llegó por fin la tarde, y como no se dispusiese á salir de la celda, su criada le hizo advertir que mal podían ejecutar su intento si no iban á la huerta. Entonces la señora se levantó como si un resorte la hubiere movido, y como para desecher toda reflexión inoportuna, se encaminó precipitadamente al sitio de sus acostumbrados paseos.

Era la tarde purísima y templada, y la brisa, que discurría perezosamente entre los árboles, apenas arrancaba un leve susurro de sus hojas. El sol se acercaba al ocaso por entre nubes de variados matices, y bañaba las colinas cercanas, las copas de los árboles, y la severa fábrica del monasterio de una luz cuyas tintas variaban, pero de un tono general siempre suave y apacible. Las tórtolas arrullaban entre los castaños y el murmullo del Cua tenía un no sé qué de vago y adormecido, que inclinaba el alma á la meditación. Difícil era mirar sin enternecimiento aquella escena sosegada y melancólica, y el alma de doña Beatriz, tan predis puesta de continuo á esta clase de emo-

ciones, se entregaba á ellas con toda el ansia que sienten los corazones llagados.

Cierto era que con pocas alegrías podía señalar los días que había pasado en aquel asilo de paz, pero al cabo el cariño con que había sido acogida, y el encanto que derramaba en su pecho la santa calma del claustro, tenían natural atractivo á sus ojos. ¿Quién sabe lo que le guardaba el porvenir en sus regiones apartadas?.... Doña Beatriz se sentó al pie de un álamo, y desde allí como por despedida tendía dolorosas miradas á todos aquellos sitios, testigos y compañeros de sus pesares, á las flores que había cuidado con su mano, á los pájaros para quienes había traído cebo más de una vez, y á los arroyos, en fin, que tan dulce y sonoramente murmuraban. Embebecida en estos tristes pensamientos, no echó de ver que el sol se había puesto y callado las tórtolas y pajarillos, hasta que la campana del convento tocó á las oraciones. Aquel son, que se prolongaba por las soledades y se perdía entre las sombras del crepúsculo, asustó á doña Beatriz, que lo escuchó como si recibiera un aviso del cielo, y volviéndose á su criada, le dijo:

—¿Lo oyes, Martina? Esa es la voz de Dios que me dice: «Obedece á tu padre» ¿Cómo he podido abrigar la loca idea de apelar á la ayuda de don Alvaro?

—¿Sabéis lo que yo oigo? replicó la muchacha con algo de enfado; pues es ni más ni menos que un aviso para que os recojáis á vuestra celda y tengáis más juicio y resolución, procurando dormir un poco.

—Te digo, la interrumpió doña Beatriz, que no huiré con don Alvaro.

—Bien está, bien está, repuso la doncella, pero andad y decídselo vos, porque al que le vaya con la nueva buenas albricias le mando. Lo que yo siento, es haberme dado semejante priesa por esos caminos, que no hay hueso que bien me quiera, y á mí me parece que tengo calentura. ¡Trabajo de provecho, así Dios me salve!

En esto entraron en el convento, y Martina se fué á la

celda de la hortelana, donde, contra las órdenes de su ama, hizo el trueque de llaves proyectado.

Las noches postreras de mayo duran poco, y así no tardaron en oír las doce en el reloj del convento. Ya antes que dieran, había hecho su reconocimiento por los tenebrosos claustros la diligente Martina, y entonces volviéndose á su ama, le dijo:

—Vamos, señora, porque estoy segura de que ya ha limado ó quebrado los barrotes, y nos aguarda como los padres del Limbo aguardaban el santo advenimiento.

—Yo no tengo fuerzas, Martina, replicó doña Beatriz acongojada; mejor es que vayas tu sola, y le digas mi determinación.

—¿Yo, eh? respondió ella con malicia. ¡Pues no era mala embajada! Mujer soy y él un caballero de los más cumplidos, pero mucho sería que no me arrancase la lengua. Vamos, señora, añadió con impaciencia; poco conocéis el león con quien jugáis. Si tardáis, es capaz de venir á vuestra misma celda y atropellarlo todo. Sin duda queréis perdernos á los tres.

Doña Beatriz no menos atemorizada que subyugada por su pasión salió apoyada en su doncella, y entrambas llegaron á tuestas á la puerta del jardín. Abriéronla con mucho cuidado y volviendo á cerrarla de nuevo, se encaminaron apresuradamente hacia el sitio de la cerca por donde salía el agua del riego. Como la reja contemporánea de don Bernardo el Gotoso, estaba toda carcomida de orín, no había sido difícil á un hombre vigoroso como don Alvaro, arrancar las barras necesarias para facilitar el paso desahogado de una persona, de manera que cuando llegaron, ya el caballero estaba de la parte de adentro. Tomó silenciosamente la mano de doña Beatriz que parecía de hielo, y le dijo:

Todo está dispuesto, señora; no en vano habéis puesto en mí vuestra confianza.

Doña Beatriz no contestó, y don Alvaro repuso con impaciencia,

—¿Qué hacéis? ¿Tanto tiempo os parece que nos sobra?

—Pero don Alvaro, preguntó ella, con sola la mira de ganar tiempo, ¿á dónde queréis llevarme?

El caballero le explicó entonces rápida, pero claramente, todo su plan tan juicioso como bien concertado, y al acabar su relación, doña Beatriz volvió á guardar silencio. Entonces la zozobra y la angustia comenzaron á apoderarse del corazón de don Alvaro, que también se mantuvo un rato sin hablar palabra, fijos los ojos en los de doña Beatriz, que no se alzaban del suelo. Por fin, acallando en lo posible sus recelos, le dijo con voz algo trémula.

—Doña Beatriz, habladme con vuestra sinceridad acostumbrada. ¿Habéis mudado por ventura de resolución?

—Sí, don Alvaro, contestó ella con acento apagado y sin atreverse á alzar la vista; yo no puedo huir con vos sin deshonrar á mi padre.

Soltó él entonces la mano, como si de repente se hubiera convertido entre las suyas en una víbora ponzoñosa, y clavando en ella una mirada casi feroz, le dijo con tono duro y casi sardónico.

—¿Y qué quiere decir entonces vuestro dolorido y extraño mensaje?

—¡Ah! contestó ella con voz dulce y sentida, ¿de ese modo me dais en rostro con mi flaqueza?

—Perdonadme, respondió él, porque, cuando pienso que puedo perderos, mi razón se extravía y el dolor llega á hacerme olvidar hasta de la generosidad. Pero decidme, ¡ah! decidme, continuó arrojándose á sus pies, que vuestros labios han mentido cuando así queríais apartarme de vos. ¿No vais con vuestro esposo, con el esposo de vuestro corazón? Esto no puede ser más que una fascinación pasajera.

—No es sino verdadera resolución.

—Pero ¿lo habéis pensado bien? repuso don Alvaro. ¿No sabéis que mañana vendrán por vos, para llevaros á la Iglesia y arrancaros la palabra fatal?

Doña Beatriz se retorció las manos lanzando sordos gemidos, y dijo:

—Yo no obedeceré á mi padre.

—Y vuestro padre os maldecirá, ¿no lo oísteis ayer de su misma boca?

—¡Es verdad, es verdad! exclamó ella espantada y revolviendo los ojos; él mismo lo dijo.—¡Ah! añadió en seguida con el mayor abatimiento, hágase entonces la voluntad de Dios y la suya.

Don Alvaro al oirla se levantó del suelo donde todavía estaba arrodillado, como si se hubiese convertido en una barra de hierro ardiendo, y se plantó en pie delante de ella con un ademán salvaje y sombrío, midiéndola de alto abajo con sus fulminantes miradas. Ambas mujeres se sintieron sobrecogidas de terror, y Martina no pudo menos de decir á su ama casi al oído.—¿Qué habéis hecho, señora? Por fin don Alvaro hizo uno de aquellos esfuerzos que solo á las naturalezas extremadamente enérgicas y altivas son permitidos, y dijo con una frialdad irónica y desdeñosa que atravesaba como una espada el corazón de la infeliz:

—En ese caso, solo me resta pedir os perdón de las muchas molestias que con mis importunidades os he causado, y rendir aquí un respetuoso y cortés homenaje á la ilustre condesa de Lemus, cuya vida colme el cielo de prosperidad.

Y con una profunda reverencia se dispuso á volver las espaldas; pero doña Beatriz, asiéndole del brazo con desesperada violencia, le dijo con voz ronca.

—¡Oh no así, no así, don Alvaro! Cosedme á puñaladas si queréis, que aquí estamos solos y nadie os imputará mi muerte, pero no me tratéis de esa manera, mil veces peor que todos los tormentos del infierno!

—Doña Beatriz, ¿queréis confiaros á mí?

—Oídme, don Alvaro, yo os amo, yo os amo más que á mi alma, jamás seré del conde..... pero, escuchadme, y no me lancéis esas miradas.

—¿Queréis confiaros á mí y ser mi esposa, la esposa de un hombre, que no encontrará en el mundo más mujer que vos?

—¡Ah! contestó ella congojosamente y como sin sentido sí, con vos, con vos hasta la muerte; y entonces cayó desmayada entre los brazos de Martina y del caballero.

—¿Y qué haremos ahora? preguntó este.

—¿Qué hemos de hacer? contestó la criada, sino acomodarla delante de vos en vuestro caballo, y marcharnos lo más aprisa que podamos. Vamos, vamos, ¿no habéis oído sus últimas palabras? Algo más suelta tenéis la lengua que mañosas las manos.

Don Alvaro juzgó lo más prudente seguir los consejos de Martina, y acomodándola en su caballo con ayuda de Martina y Millán, salió á galope por aquellas solitarias campiñas, mientras escudero y criada hacían lo propio. El generoso Almanzor, como si conociese el valor de su carga, parece que había doblado sus fuerzas y corría orgulloso y engreído, dando de cuándo en cuándo gozosos relinchos. En minutos llegaron como un torbellino al puente del Cua, y atravesándolo, comenzaron á correr por la opuesta orilla con la misma velocidad.

El viento fresco de la noche y la impetuosidad de la carrera, habían comenzado á desvanecer el desmayo de doña Beatriz, que asida por aquel brazo á un tiempo cariñoso y fuerte, parecía trasportada á otras regiones. Sus cabellos sueltos por la agitación y el movimiento ondeaban al rededor de la cabeza de don Alvaro como una nube perfumada, y de cuándo en cuándo rozaban su semblante. Como su vestido blanco y ligero resaltaba á la luz de la luna, más que la oscura armadura de don Alvaro, y semejante á una exhalación celeste entre nubes, parecía y desaparecía instantáneamente entre los árboles, se asemejaba á una sílfide cabalgando en el hipógrifo de un encantador. Don Alvaro, embebido en su dicha, no reparaba que estaban cerca del monasterio de Carracedo, cuando de repente una sombra blanca y negra se atravesó rápidamente en medio del camino, y con una voz imperiosa y terrible, gritó:

—¿A dónde vas, robador de doncellas? El caballo á pesar de su valentía se paró, y doña Beatriz y su criada por un

común impulso, restituida la primera al uso de sus sentidos por aquel terrible grito, y la segunda, casi perdido el de los suyos de puro miedo, se tiraron inmediatamente al suelo. Don Alvaro, bramando de ira, metió mano á la espada, y picando con entrambas espuelas, se lanzó contra el fantasma, en quien reconoció con gran sorpresa suya al abad de Carracedo.

—¡Cómo así! le dijo en tono áspero: ¡un señor de Bembibre trocado en salteador nocturno!

—Padre, le interrumpió don Alvaro, ya sabéis que os respeto á vos y á vuestro santo hábito, pero, por amor de Dios y de la paz, dejadnos ir nuestro camino. No queráis que manche mi alma con la sangre de un sacerdote del Altísimo.

—Mozo atropellado, respondió el monje, que no respetas ni la santidad de la casa del Señor, ¿cómo pudiste creer que yo no temería tus desafueros y procurarías salirte al paso?

—Pues habéis hecho mal, replicó don Alvaro rechinando los dientes. ¿Qué derecho tenéis vos sobre esa dama ni sobre mí?

—Doña Beatriz, respondió el abad con reposo, estaba en una casa en que ejerzo autoridad legítima, y de donde fraudulentamente la habéis arrancado. En cuanto á vos, esta cabeza calva os dirá más que mis palabras.

Don Alvaro entonces se apeó, y envainando su espada y procurando serenarse, le dijo:

—Ya veis, padre abad, que todos los caminos de conciliación y buena avenencia estaban cerrados. Nadiemejor que vos puede juzgar de mis intenciones, pues que no ha muchos días os descubrí mi alma como si os hablara en el tribunal de la penitencia; así, pues, sed generoso, amparad al afligido y socorred al fugitivo, y no apartéis del sendero de la virtud y la esperanza dos almas á quienes sin duda en la patria común unió un mismo sentimiento antes de llegar á la patria del destierro.

—Vos habéis arrebatado con violencia á una principal

doncella del asilo que la guardaba, y este es un feo borrón á los ojos de Dios y de los hombres.

Doña Beatriz entonces, se adelantó con su acostumbrada y hechicera modestia, y le dijo con su dulce voz:

—No, padre mío, yo he solicitado su ayuda, yo he acudido á su valor, yo me he arrojado en sus brazos, y heme aquí.

Entonces le contó rápidamente y en medio del arrebatado de la pasión, las escenas del locutorio, su desesperación, sus dudas y combates, y exaltándose con la narración, concluyó asiendo el escapulario del monje con el mayor extremo del desconsuelo, y exclamando:

—¡Oh padre mío! libradme de mi padre, libradme de este desgraciado á quien he robado su sosiego, y sobre todo, libradme de mí misma, porque mi razón está rodeada de tinieblas, y mi alma se extravía en los despeñaderos de la angustia que hace tanto tiempo me cercan.

Quedóse todo entonces en un profundo silencio, que el abad interrumpió por fin con su voz bronca y desapacible, pero trémulo á causa del involuntario enternecimiento que sentía.

—Don Alvaro, dijo, doña Beatriz se quedará conmigo para volver á su convento, y vos tornaréis á Bembibre.

—Ya que tratáis de arrancarla de mis manos, debierais antes arrancarme la vida. Dejadnos ir nuestro camino, y ya que no queráis contribuir á la obra de amor, no provoquéis la cólera de quien os ha respetado aun en vuestras injusticias. Apartaos os digo, ó por quien soy que todo lo atropello, aun la santidad misma de vuestra persona.

—¡Infeliz! contestó el anciano; los ojos de tu alma están ciegos con tu loca idolatría por esta criatura. Hiéreme, y mi sangre irá en pos de ti gritando venganza como la de Abel.

Don Alvaro fuera de sí de enojo, se acercó para arrancar á doña Beatriz de manos del abad, usando si preciso fuese de la última violencia, cuando ésta se interpuso y le dijo con calma:

—Deteneos, don Alvaro, todo esto no ha sido más que un sueño de que despierto ahora, y yo quiero volverme á Villabuena, de donde nunca debí salir.

Quedóse don Alvaro yerto de espanto y como petrificado en medio de su colérico arranque, y solo acertó á replicar con voz sorda.

—¿A tanto os resolvéis?

—A tanto me resuelvo, contestó ella.

Doña Beatriz, exclamó don Alvaro con una voz que parecía querer significar á un tiempo las mil ideas que se cruzaban y chocaban en su espíritu; pero como si desconfiase de sus fuerzas, se contentó con decir.—Doña Beatriz..... ¡adios! Y se dirigió adonde estaba su caballo con precipitados pasos.

La desdichada señora rompió en llanto y sollozos amarguísimos, como si el único eslabón que la unía á la dicha se acabase de romper en aquel instante. El abad entonces, penetrado de misericordia, se acercó rápidamente á don Alvaro, y asiéndole del brazo le trajo como á pesar suyo delante de doña Beatriz.

—No os partiréis de ese modo, le dijo entonces, no quiero que salgáis de aquí con el corazón lleno de odio. ¿No tenéis confianza ni en mis canas, ni en la fe de vuestra dama?

—Yo solo tengo confianza en las lanzas moras y en que Dios me concederá una muerte de cristiano y de caballero.

—Escúchame, hijo mío, añadió el monje con más ternura de la que podía esperarse en su carácter adusto y desabrido; tú eres digno de suerte más dichosa y solo Dios sabe cómo me atribulan tus penas. Gran cuenta darán á su justicia los que así destruyen su obra: yo, que soy su delegado aquí y ejerzo jurisdicción espiritual, no consentiré en ese malhadado consorcio, manantial de vuestra desventura. He visto qué premio dan á tu hidalguía, y en mí encontrarás siempre un amparo. Tú eres la oveja sola y extraviada, pero yo te pondré sobre mis hombros y te traeré al redil del consuelo.

—Y yo, repuso doña Beatriz, renuevo aquí delante de un ministro del altar el juramento que tengo ya hecho, y de que no me hará perjurar ni la maldición misma de mi padre. ¡Oh don Alvaro! ¿por qué queréis separaros de mí en medio de vuestra cólera? ¿Nada os merecen las persecuciones que he sufrido y sufro por vuestro amor? ¿Es esa la confianza que ponéis en mi ternura? ¿Cómo no veis que si mi resolución parece vacilar es que mis fuerzas flaquean y mi cabeza se turba en medio de la agonía que sufro sin cesar, yo, desdichada mujer, abandonada de los míos, sin más amparo que el de Dios y el vuestro?

El despecho de don Alvaro se convirtió en enternecimiento cuando vió que el desabrimiento del abad y el inesperado cambio de doña Beatriz se trocaban en bondad paternal y en tiernas protestas. Su índole natural era dulce y templada, y aquella propensión á la cólera y á la dureza, que en él se notaba hacía algún tiempo, provenía de las contrariedades y sinsabores que por todas partes le cercaban.

—Bien veis, venerable señor, le dijo al abad, que mi corazón no se ha salido del sendero de la sumisión, sino cuando la iniquidad de los hombres me ha lanzado de él. Han querido arrebátarmela, y eso es imposible; pero si vos queréis mediar, y me ofrecéis que no se llevará á cabo ese casamiento abominable, yo me apartaré de aquí como si hubiera oído la palabra del mismo Dios.

—Toca esta mano á que todos los días baja la majestad del cielo, replicó el monje, y vete seguro de que mientras vivas y doña Beatriz abrigue los mismos sentimientos, no pasará á los brazos de nadie, ni aunque fueran los de un rey.

—Doña Beatriz, dijo acercándose á ella y haciendo lo posible por dominar su emoción; yo he sido injusto con vos y os ruego que me perdonéis. No dudo de vos ni he dudado jamás; pero la desdicha amarga y trueca las índoles mejores. Nada tengo ya que deciros, porque ni las lágrimas, ni los lamentos, ni las palabras os revelarían lo que está

pasando en mi pecho. Dentro de pocos días partiré á la guerra que vuelve á encenderse en Castilla. A Dios, pues, os quedad, y rogadle que nos conceda días más felices.

Doña Beatriz reunió las pocas fuerzas que le quedaban para tan doloroso momento, y acercándose al caballero, se quitó del dedo una sortija, y la puso en el suyo diciéndole:

—Tomad ese anillo, prenda y símbolo de mi fe pura y acendrada como el oro; y en seguida, cogiendo el puñal de don Alvaro, se cortó una trenza de sus negros y largos cabellos que todavía caían deshechos por sus hombros y cuello, y se la dió igualmente. Don Alvaro besó entrambas cosas y le dijo:

—La trenza la pondré dentro de la coraza al lado del corazón, y el anillo no se apartará de mi dedo; pero si mi escudero os devolviese algún día entrambas cosas, rogad por mi eterno descanso.

—Aunque así fuera os aguardaré un año, y pasado él, me retiraré á un convento.

—Acepto vuestra promesa, porque si vos murieseis igualmente, ninguna mujer se llamaría mi esposa.

—El cielo os guarde, noble don Alvaro; pero no os entreguéis á la amargura. Cuidad que la esperanza es una virtud divina.

Estas parece que debían ser sus últimas palabras; pero lejos de moverse, parecían clavados en la tierra, y sujetos por su recíproca y dolorosa mirada, hasta que por fin movidos de un irresistible impulso, se arrojaron uno en brazos de otro, diciendo doña Beatriz en medio de un torrente de lágrimas:

—Sí, sí, en mis brazos aquí, junto á mi corazón..... qué importa que este santo hombre lo vea..... antes ha visto Dios la pureza de nuestro amor.

Así estuvieron algunos instantes, como dos puros y cristalinos ríos que mezclan sus aguas, al cabo de los cuales se separaron, y don Alvaro, montando á caballo, después de recibir un abrazo del abad, se alejó lentamente volviendo la cabeza atrás, hasta que los árboles lo ocultaron. Millán

se quedó por disposición de su amo, para acompañar á doña Beatriz y á su criada á Villabuena. El anciano entonces dió un corto silbido, y un monje lego, que estaba escondido tras de unas tapias, se presentó al momento. Díjole algunas palabras en voz baja, y al cabo de poco tiempo volvió con la litera del convento, conducida por dos poderosas mulas. Entraron en ella ama y criada: retiróse el lego: asió Millán de la mula delantera, montó el abad en su caballo, y emprendieron de esta suerte el camino de Villabuena, adonde llegaron todavía de noche. Por la brecha de la reja volvieron á entrar las fugitivas, y Martina casi en brazos condujo á su señora á la habitación, en tanto que el abad daba la vuelta á Carracedo, más satisfecho de su prudencia, con la cual todo se había remediado sin que nada se supiese, que su pedrestre acompañante del término de su aventura nocturna.

Al día siguiente, cuando los criados del conde y del señor de Arganza fueron al convento llevando los presentes de boda, encontraron á doña Beatriz atacada de una calentura abrasadora, perdido el conocimiento, y en medio de un delirio espantoso.

## CAPÍTULO XII.

---

Extraño parecerá tal vez á nuestros lectores, que tan á punto estuviese el abad de Carracedo, para destruir los planes de felicidad de don Alvaro y doña Beatriz, por quien suponemos que no habrá dejado de interesarse un poco su buen corazón, y sin embargo, es una cosa natural. Cuando el señor de Bembibre se despidió de él en su primera entrevista, su resolución y sus mismas palabras le dieron á entender, que su energía natural, estimulada por la violenta pasión que le dominaba, no retrocedería delante de ningún obstáculo, ni se cansaría de inventar planes y ardidés. Era doña Beatriz su hija de confesión, y todas las cosas á

ella pertenecientes excitaban su cuidado y solicitud; pero desde su huída á Villabuena, por honor de una casa de su orden y que estaba bajo su autoridad, su vigilancia se había redoblado y no sin fruto. Un criado de Carracedo había visto á un aldeano montar en un soberbio caballo en los montes cercanos á Villabuena y salir con uno al parecer escudero, por trochas y veredas, como apartándose de poblado. Lo extraño del caso le movió á contárselo al abad, y éste, por las señas y la dirección que llevaba, conoció que don Alvaro rondada los alrededores, y que, en vista de la insistencia del conde de Lemus, trataría tal vez de robar á su amante. Comunicó, pues, sus órdenes á todos los guarda-bosques del monasterio, y al barquero de Villadepalos (pues la barca era del monasterio también), para que acechasen todo con vigilancia, y le diesen parte inmediatamente de cuanto observasen. La escapatoria de la discreta y aguda Martina, sin embargo, no llegó á sus oídos; pero la venida de don Alvaro á Cornatel, el estudiado rodeo que le vieron tomar los guardas para apartarse del convento, y sobre todo, la idea de que al siguiente día espiraba el plazo señalado á doña Beatriz, fueron otros tantos rayos de luz, que le indicaron aquella noche como la señalada para la ejecución del atrevido plan. Suponiendo con razón que Cornatel fuese el punto destinado para la fuga, hizo retirar la barca al otro lado, y como el Sil iba crecido con las nieves de la montaña que se derretían y no se podía vadear, desde luego se aseguró de que su plan no saldría fallido. Cierto es que don Alvaro podía llevarse á doña Beatriz á Bembibre, ó cruzar el río por el puente de Ponferrada, en cuyo caso burlaría sus afanes; pero ambas cosas ofrecían tales inconvenientes, que sin duda debían arredrar á don Alvaro. El puente estaba fortificado, y sin orden del maestro nadie hubiera pasado por él á hora tan desusada, cosa que nuestro caballero deseaba sobre todo evitar. Así pues, las redes del prelado estaban bien tendidas, y el resultado de la tentativa de don Alvaro fué el que por su desdicha debiera de ser necesariamente.

Como quiera no creía el buen religioso que la pasión de doña Beatriz hubiese echado en su alma tan hondas raíces, ni que á tales extremos la impeliese el deseo de huir un matrimonio aborrecido. Acostumbrado á ver doblegarse á todas las doncellas de alto y bajo nacimiento delante de la autoridad paterna, imaginaba que solo una fascinación pasajera podía mover á doña Beatriz á semejante resolución, y cabalmente las consecuencias de esta falta, fueron las que se propuso atajar. Pero, cuando por sus ojos vió la violencia de aquel contrariado afecto, y el manantial de desdichas que podía abrir la obstinación del señor de Arganza, determinó oponerse resueltamente á sus miras. Su corazón, aunque arrebatado de fanático celo, no había desechado, sin embargo, ninguno de aquellos generosos impulsos, propios de su clase y estado, y además quería á doña Beatriz con ternura casi paternal. En el secreto de la penitencia, aquella alma pura y sin mancha, se le había presentado en su divina desnudez y cautivado su cariño, como era inevitable. Por otra parte, bien veía que don Alvaro, caballero y pundonoroso, si en aquella época los había, solo acosado por la desesperación y la injusticia, se lanzaba á tan violentos partidos. Así pues, al día siguiente muy temprano, salió á poner en ejecución su noble propósito, cosa de que, con gran pesadumbre suya, le excusó la enfermedad de doña Beatriz, que todo lo retardó por sí sola. No le pareció justo entonces amargar la zozobra del señor de Arganza, que ya empezaba á recoger el fruto de sus injusticias, pero no cejó ni un punto de lo que tenía determinado.

Don Alvaro por su parte desde Carracedo se fué en derecha á Ponferrada, donde llegó antes de amanecer, pero no queriendo alborotar á nadie á hora tan intempestiva, y con el objeto de recobrarle antes de presentarse á su tío, estuvo vagando por las orillas del río, hasta que los primeros albos del día trocaron en su natural color las pálidas tintas de que revestía la luna las almenas y torreones de aquella majestuosa fortaleza. Entró entonces en ella, y con la franqueza propia de su carácter, aunque exigiéndole an-

tes su palabra de caballero de guardar su declaración en el secreto de su pecho, y no tomar sobre lo que iba á saber providencia alguna, contó á su tío todos los sucesos del día anterior. Escuchóle el anciano con vivo interés, y al acabar le dijo:

—Buen valedor has encontrado en el abad de Carracedo, y la desgracia te ha traído al mismo punto en que yo quise ponerte, cuando aun no se había desencadenado esta tormenta. Yo conozco al abad, y por mucha que sea la enemiga y el rencor con que mira á nuestra caballería, su alma es recta, y no se apartará de la senda de la verdad.— ¡Pero Saldaña!.... añadió con pesadumbre; uno de los ancianos de nuestro pueblo, encanecido en los combates, prestar su ayuda, y lo que es más, el castillo que gobierna á semejantes propósitos! ¡Consentir que atravesase una mujer los umbrales del Temple, cuando hasta el beso de nuestras madres y hermanas nos está vedado!

Don Alvaro intentó disculparle.

—No, hijo mío, contestó el maestro, esto que contigo ha hecho por el cariño que te tiene, hubiera él hecho igualmente por un desconocido, con tal que de ello resultase crecimiento á nuestro poder y menoscabo al de nuestros enemigos. Harto conocido le tengo: su alma iracunda y soberbia se ha exasperado con nuestras desdichas, y solo sueña en propósitos de ambición y en medios puramente humanos para restaurar nuestro decoro. Á sus ojos todos son buenos si conducen á este fin. En él se ofrece viva y de manifiesto la decadencia de nuestra orden.

Don Alvaro dijo entonces á su tío que pensaba partir al punto á Castilla, y el anciano se lo aprobó, no solo porque como señor mesnadero estaba obligado á servir al rey en la ocasión que se ofrecía, sino también con el deseo de que los peligros y azares de la guerra, que también cuadraban á su carácter, le divirtiesen de sus sinsabores y pesares. Por esta vez su bandera, compañera inseparable de la del Temple, tenía que ir sola en busca del enemigo; pues los caballeros, recelosos con sobrado fundamento de la potestad

real, y pendientes del giro que tomasen en el vecino reino de Francia los atropellos cometidos en la persona de su maestro ultramarino y demás caballeros, juzgaron prudente mantenerse neutrales en la guerra intestina de que iba á ser teatro la desventurada Castilla.

Al día siguiente salió don Alvaro de Bembibre, camino de Carrión con parte de su mesnada, dejando el cuidado de conducir la otra parte á Melchor Robledo, uno de sus oficiales; y su castillo, en manos de los caballeros templarios de Ponferrada. En tanto que allá llega y se junta la hueste del rey don Fernando IV, forzoso será que demos á nuestros lectores alguna idea de las nuevas turbulencias que en diversos sentidos llamaban á los pueblos y á los ricos hombres á las armas.

La familia de los Laras, poderosísima en Castilla, tenía vinculados en su casa la turbulencia y el desasosiego, no menos que la nobleza y la opulencia. El jefe actual de este linaje, don Juan Núñez de Lara, había estado largo tiempo desnaturalizado de Castilla, y entrado en ella á mano armada cuando la gloriosa reina doña María tenía las riendas del gobierno; pero desbaratado su escuadrón por don Juan de Haro, cayó en poder de la reina prisionero. Despojáronle entonces de todos sus castillos y heredades, pero poco tardaron en volvérselas, y para sellar más fuertemente esta avenencia, le hicieron mayordomo del rey, puesto el más aventajado y codiciado de su casa. Corrían, empero, los tiempos tan turbios y alterados, y el carácter del Núñez de Lara era tan enojadizo y revoltoso, que todas estas mercedes no fueron bastantes á corregir sus malas propensiones. El infante don Juan, que tan funesto nombre ha dejado en nuestra historia para servir de sombra y de contraste á la resplandeciente figura de Guzmán el Bueno, mal hallado con la pérdida de su soñado reino de León, tardó poco en trabar con él amistad y alianza, deseoso de fundar en ella sus pretensiones al señorío de Vizcaya, que pertenecía á su mujer doña María Díaz de Haro, como heredera de su padre el conde don Lope, pero que sin embargo no había

salido de las manos de don Diego su tío, poseedor de él á la sazón. Era este pleito muy añejo y difícil de componer, y pocos señores además lo deseaban sinceramente, porque con semejantes bandos y desavenencias, el poder de la corona se enflaquecía al compás de sus usurpaciones y desafueros, y no llegaba el caso de poner coto á este germen de debilidad que atacaba el corazón del estado. Las revueltas de la menor edad del rey habían enseñado á los señores el camino de la rebelión, y así el brazo como el discurso del rey eran ambos flojos en demasía para atacar tan grave daño.

A pesar de todo, por la discreción y habilidad de la reina doña María, llegó á sosegar la diferencia de don Diego de Haro y del infante don Juan, entregando aquel el señorío de Vizcaya á su sobrina doña María Díaz, y recibiendo éste en trueque las villas de Villalba y Miranda; pero el rey, cuyo natural ligero y poco asentado fué causa gran número de veces de que se desgraciasen muy sabias combinaciones políticas, excluyó de esta avenencia y concierto, en que mediaron los principales señores de su corona, á su mayordomo don Juan Núñez de Lara, con quien comenzaba á disgustarse y desabrirse. Según era de esperar de sus fueros y altanería, mirólo Lara como un ultraje sangriento, y despidiéndose del rey con palabras ásperas y descomedidas, fué á encerrar en Tordehumos, lugar fuerte. Repartió su gente por Iscar, Montejo y otros lugares, y proveyéndose de armas, víveres y pertrechos, se preparó á arrostrar la cólera del rey.

Éste por su parte, no menos resentido de las demasías de don Juan Núñez, después de tener consejo con los suyos, envió á requerirle con un caballero que pues tan mal sabía agradecer sus mercedes, saliese al punto de la tierra y le entregase las villas de Moya y Cañete, en que le heredara poco antes. Contestóle don Juan Núñez con su acostumbrada insolencia, que no saldría de una tierra donde era tan natural como el más natural de ella, y que en cuanto á las villas harto bien ganadas las tenía. Con

esto el rey juntó sus tropas y se preparó á cercarle en Tordehumos.

A pesar de estas disensiones, tanto el monarca como los señores del partido de Lara, estaban acordes en un punto en el odio á los templarios, y sobre todo en el deseo de repartirse sus despojos. Cierto es que el rey no había recibido daño de la orden en las pasadas turbulencias, y que los caballeros se habían mantenido neutrales, cuando menos, durante aquella época azarosa, pero no lo es menos que un miembro de ella, el comendador Martín Martínez, había entregado al infante don Juan el castillo y plaza del puente de Alcántara. El rey, sin embargo, tuvo más en cuenta este hecho aislado que el comportamiento decoroso de toda la orden, y por otra parte el deseo de reparar con sus bienes los descabros de la corona, y de acallar con ellos la codicia de sus ricos hombres, acabaron de inclinar la balanza de su ánimo en contra de tan ilustre milicia. No obstante, como el Papa Clemente IV no acababa de fulminar sus anatemas, ni se atrevía á tomar bajo su protección á aquella tan perseguida caballería, estaban los ánimos en suspenso, y con la espada á medio sacar de la vaina. De todas maneras no se cesaba un punto de minar en la opinión los cimientos del Temple, y de urdir sordas cábalas para el día en que hubiesen de romperse las hostilidades. El infante don Juan, centro de todas ellas, no reposaba un momento, y como dejamos ya indicado, los proyectos del conde de Lemus y las amarguras de doña Beatriz y de don Alvaro eran obra de aquellas manos, que así asesinaban en la cuna los niños inocentes, como las esperanzas más santas y legítimas. Los templarios eran dueños de las entradas de Galicia por la parte del puerto de Piedrafita, y Valdeorras con los castillos de Cornatel y del Valcarce. Las fortalezas de Corullón, Ponferrada, Bembibre, dominaban las llanuras más pingües del país, y por otra parte, si las casas de Yáñez y Ossorio llegaban á enlazarse, sus numerosos vasallos montañeses de las fuentes del Boeza y del Burbia cerrarían gran porción de entradas y desfiladeros, y

harían casi inexpugnable la posición de la orden en aquella comarca. Harto claro veían esto el infante y los suyos, y de ahí nacían las persecuciones del conde, que lejos de venir á la jornada de Tordehumos, se quedó en los confines de Galicia y en el Bierzo, así para llevar adelante su particular propósito, como para juntar fuerzas contra los templarios, con quienes parecía inevitable un rompimiento.

Encontróse, pues, solo don Alvaro en medio de la hueste de Castilla, ó por mejor decir, acompañado de la natural ojeriza y recelo que inspiraba su alianza estrecha y sincera con el Temple, su valor, su destreza en las armas, y la nombradía que había sabido alcanzarse de antemano. Por fin, junto el ejército real, y completa ya la gente del señor de Bembibre, que con el segundo tercio acaudillado por Robledo se le había incorporado, moviéronse de Carrión y fueron á ponerse sobre Tordehumos con grandes aprestos, bagajes y máquinas de guerra.

### CAPÍTULO XIII.

---

Justamente el señor de Bembibre se alejaba del Bierzo, cuando la fiebre se cebaba en doña Beatriz con terrible saña, y la infeliz le llamaba á gritos en medio de su delirio. ¿Quién le dijera á él, cuando en lo más alto de la sierra que divide al Bierzo de los llanos de Castilla, volvió su caballo para mirar otra vez aquella tierra cuyos recuerdos llenaban su corazón, quién le dijera que aquella doncella angelical, su único amor y su única esperanza para el porvenir, yacía en el lecho del dolor, mirando con ojos encendidos y extraviados á cuantos la rodeaban, y consumidos sus delicados miembros por el ardor de la calentura? Tal era, sin embargo, la tremenda realidad, y mientras la cuchilla de la muerte amagaba á la una, corría el otro por su parte á innumerables riesgos y peligros. Así, de dos hojas nacidas en el mismo ramo y mecidas por el mismo viento,

cae la una al pie del árbol paterno, en tanto que la compañera vuela con las ráfagas del otoño á un campo desconocido y lejano.

Figúrense nuestros lectores la consternación que causaría en Arganza la triste noticia de la enfermedad de su única heredera. Doña Blanca, por la primera vez de su vida, soltó la compresa á su dolor y á sus quejas, y se desató en reproches é invectivas contra la obstinación de su esposo y contra los planes que así amenazaban aquella criatura tan querida, en términos que, aun al conde, á pesar de la hospitalidad, le alcanzó parte de su cólera. Inmediatamente declaró su resolución de ir á Villabuena, á pesar de sus dolencias, y de asistir á su hija, y don Alonso, temeroso de causar una nueva desgracia contrariándola en medio de su agitación, ordenó que en una especie de silla de manos la trasladasen al monasterio. En cuanto llegó, sus miembros casi paralíticos parecieron desatarse, y sus dolores habituales cesaron, por manera que todos estaban maravillados de verla. ¡Admirable energía la del amor maternal, santo destello del amor divino, que para todo encuentra fuerzas y jamás se cansa de los sacrificios y fatigas más insoportables!

Doña Beatriz no conoció ya á su madre, aunque sus miradas se clavaban incesantemente en ella, y parecía poner atención á todas las palabras de ternura que de sus labios salían; pero era aquella especie de atención á un tiempo intensa y distraída que se advierte en los locos. Su delirio tenía fases muy raras y diversas: á veces era tranquilo y melancólico, y otras lleno de convulsiones y de angustias. El nombre de su padre y el de su amante, eran los que más frecuentemente se le escapaban, y aunque el del conde se le escuchaba alguna vez, siempre era tapándose la cara con las sábanas, ó haciendo algún gesto de repugnancia.

Un monje anciano de Carracedo, muy versado en la física, y que conocía casi todas las plantas medicinales que se crían por aquellos montes, estaba constantemente á su cabecera observando los progresos del mal, y había ya

propinado á la enferma varias bebidas y cordiales; pero el mal, lejos de ceder, parecía complicarse y acercarse á una crisis temible. Una noche en que su tía, su madre y el buen religioso estaban sentados alrededor de su lecho, se incorporó, y mirando á todas partes con atención, se fijó en la escasa luz de una lámpara, que en lo más apartado de la pieza, lanzaba trémulos y desiguales resplandores. Estuvo un rato contemplándola, y luego preguntó con una voz débil, pero que nada había perdido de su armonioso metal:

—¿Es la luz de la luna?... pero yo no la veo en las ondas del río..... ¡tampoco la dicha baja del cielo para regocijar nuestros corazones!—Aquí dió un profundo suspiro, y luego exclamó vivamente.—¡No importa, no importa! desde el firmamento nos alumbrará..... sí, sí, ¡venga tu caballo moro!.... ¡ay! me parece que he perdido la vida y que un espíritu me lleva por el aire, pero los latidos de tu corazón han despertado el mío! voy á perder el juicio de alegría, déjame cantar el salmo del contento. «Al salir Israel de Egipto»..... pero mi madre, mi pobre madre: exclamó con pesadumbre; ¡ah! yo la escribiré, y cuando sepa que soy feliz, se alegrará también!

Sonrióse entonces melancólicamente, pero cambiando al punto de ideas, gritó [desafortadamente con espanto y arrojándose fuera de la cama con una violencia tal, que la abadesa y su madre apenas podían sujetarla.—¡La sombra! ¡la sombra! ¡ay! ¡yo he caído del cielo!.... ¿quién me levantará?... ¡adios!.... no vuelvas la cabeza atrás para mirarme, que me partes el corazón. ¡Ya se ha perdido entre los árboles!.... ahora es cuando debo morirme..... alma cristiana, prepara tu ropa de boda, y ve á encontrar tu celestial esposo!

Entonces fatigada cayó otra vez sobre las almohadas en medio de las lágrimas de las dos señoras, y comenzó á respirar con mucha congoja y anhelo. El monje le tomó entonces el pulso, y mirándole á los ojos con mucha atención, se fué á sentar á un extremo de la celda con aire abatido y meneando la cabeza. Doña Blanca que lo vió, se

arrojó de rodillas en un reclinatorio que allí había, y asiendo un crucifijo que sobre él estaba y abrazándolo estrechamente, exclamaba con una voz ronca y ahogada:

—¡Oh Dios mío; no á ella, no á ella, sino á mí! es mi hija única, ¡yo no tengo otra hija! ¡vedla, señor, tan joven, tan buena y tan hermosa! ¡tomad mi vida! ved que no son mis lágrimas las solas que correrán por ella, porque es un vaso de bendición, en quien se paran los ojos de todos; ¡oh señor! ¡oh señor! ¡misericordia!

La abadesa, que á pesar de que más necesidad tenía de consuelos que poder para darlos, acudió á sosegar á su hermana diciéndole, que si así se abandonaba á su dolor, mal podía aprovechar las pocas fuerzas que le quedaban para asistir á su hija. Surtió este consejo el efecto deseado; pues doña Blanca con esta idea se serenó muy pronto; tal era el miedo que tenía á verse separada de su hija.

En tal estado se pasaron algunos días, durante los cuales, no cesaron las monjas de rogar á Dios por la salud de doña Beatriz. Hubo que establecer una especie de turno para la asistencia, pues todas á la vez querían quedarse para velarla y asistirle. El luto parecía haber entrado en aquella casa, sin aguardar á que la muerte le abriese camino. Sin embargo, después de doña Blanca, nadie estaba tan atribulada como Martina, de cuyo lindo y alegre semblante habían desaparecido los colores tan frescos y animados, que eran la ponderación de todos. Por lo que hace al señor de Arganza, que apesar de sus rigores, amaba con verdadera pasión á su hija, oprimido por el doble peso del pesar y del remordimiento, apenas se atrevía á presentarse por Villabuena, pero pasaba días y noches sin gozar un instante de verdadero reposo, y á cada paso estaba enviando expresos que volvían siempre con nuevas algo peores.

Por fin el médico declaró que su ciencia estaba agotada y que solo el celestial podría curar á doña Beatriz. Entonces se le administró la Extremaunción, porque como no había recobrado el conocimiento, no pudo dársele el viático. La comunidad toda, desecha en lágrimas, acudió á la

ceremonia, y cada una se despidió en su interior de aquella tan cariñosa y dulce compañera, que en medio de los sinsabores que la habían cercado de continuo, mientras había vivido en el convento, no había dado á nadie el más leve disgusto.

No hubo fuerzas humanas que arrancasen á doña Blanca del lado de su hija la noche que debía morir; así pues, hubieron de consentir en que presenciase el doloroso trance. Hacia media noche, sin embargo, doña Beatriz pareció volver en sí del letargo que había sucedido á la agitación del delirio, y clavando los ojos en su fiel criada, le dijo en voz casi imperceptible:

—¿Eres tú, pobre Martina? ¿Dónde está mi madre? ¡Me pareció oír su voz entre sueños!

—Bien os parecía, señora, replicó la muchacha reprimiéndose por no dejar traslucir la alegría tal vez infundada y loca, que con aquellas palabras había recibido: mirad al otro lado, que ahí la tenéis.

Doña Beatriz volvió entonces la cabeza, y sacando ambos brazos tan puros y bien formados no hacía mucho, y entonces tan descarnados y flacos, se los echó al cuello, y apretándola contra su pecho con más fuerza de la que podía suponerse, exclamó prorrumpiendo en llanto:

—¡Madre mía de mi alma! ¡madre querida!

Doña Blanca fuera de sí de gozo, pero procurando reprimirse, le respondió:

—Sí, hija de mi vida, aquí estoy: pero serénate que todavía estás muy mala, y eso puede hacerte daño.

—No lo creáis, replicó ella, no sabéis cuánto me alivian estas lágrimas, únicas dulces que he vertido hace tanto tiempo. Pero vos estáis más flaca que nunca..... ¡ah sí, es verdad! ¡todos hemos sufrido tanto! ¡Y vos también, tía mía! ¿Y mi padre dónde está?

—Pronto vendrá, replicó doña Blanca; pero vamos, sosiégate, amor mío, y procura descansar.

Doña Beatriz, sin embargo, siguió llorando y sollozando largo rato: tantas eran las lágrimas que se habían hela-

do en sus ojos y oprimían su pecho. Por fin, rendida del todo, cayó en un sueño profundo y sosegado, durante el cual rompió en un abundante sudor. El anciano se acercó entonces á ella, y reconociendo cuidadosamente su respiración igual y sosegada y su pulso, levantó los ojos y las manos al cielo, y dijo:—Gracias te sean dadas á ti, Señor, que has suplido la ignorancia de tu siervo y la has salvado.

Y cogiendo á doña Blanca, atónita y turbada, de la mano, la llevó delante de una imagen de la Virgen y arrodillándose con ella, empezó á rezar la salve en voz baja pero con el mayor fervor. La abadesa y Martina imitaron su ejemplo, y cuando acabaron, entrambas hermanas se arrojaron una en los brazos de otra, y doña Blanca pudo también desahogar su corazón oprimido.

El sueño de la enferma duró hasta muy entrada la mañana siguiente, y en cuanto se despertó, el médico volvió á asegurar que ya había pasado el peligro, las campanas del convento comenzaron á tocar á vuelo, y en el monasterio fué un día de gran fiesta. Don Alonso volvió á ver á su hija, pero aunque no había renunciado á su plan, tanto por la palabra empeñada, cuanto por lo mucho que lisonjeaba su ambición, resolvió no violentar su voluntad siguiendo en esto los impulsos de su propio corazón y los consejos del prelado de Carracedo. El conde por su parte, aunque momentáneamente, se alejó del país, y de todas maneras doña Beatriz no experimentó al salir de la enfermedad ningún género de contrariedad ni persecución. Sin embargo, la convalecencia parecía ir larga, y como el monasterio podía traerle á la imaginación más fácilmente las desagradables escenas de que había sido teatro, por orden del monje de Carracedo que con tan paternal solicitud la había asistido, la trasladaron á Arganza, donde todos los recuerdos eran más apacibles y consoladores. El pueblo entero que la había contado por muerta, la recibió como nuestros lectores pueden figurarse con fiestas, bailoteos y algazaras que la esplendidez del señor hacía más alegres y animados. Hubo

su danza y loa correspondiente, un mayo más alto que una torre, y por añadidura una especie de farsa medio guerrera, medio venatoria, dispuesta y acaudillada por nuestro amigo Nuño el montero, que aquel día parecía haberse quitado veinte años de encima. Por lo que toca al rollizo Mendo, se alegró tanto de la vuelta de Martina, que no parecía sino que la taimada aldeana le correspondía decididamente. Muchos fueron los tragos y tajadas con que la celebró, pero si hubiera tenido noticia de sus escapatorias nocturnas, y sobre todo de la última, probablemente no se libra de una indigestión. De todas maneras, la ignorancia le hacía dichoso como á tantos otros, y como él convertía en sustancia todas las burlas y aun bufidos de la linda doncella, estaba que no cabía en su pellejo, harto estirado ya por su gordura. Añádase á esto, que la mala sombra de Millán, andaba lejos rompiéndose la crisma contra las murallas de Tordehumos, y que Martina volvía más interesante con la ligera palidez que le habían causado sus vigi-lias y congojas, y tendremos completamente explicado el regocijo del buen palafrenero.

#### CAPÍTULO XIV.

---

Volvamos ahora á don Alvaro, que bien ajeno de semejantes sucesos, había llegado á Tordehumos con la hueste del rey. Este pueblo, que don Juan Núñez había provisto y reparado con la mayor diligencia, está en la pendiente de una colina dominada por un castillo, y no lejos pasa el río llamado Rioseco. La posición es buena: las murallas estaban entonces en el mejor estado: la guarnición era valerosa y suficiente, y su jefe diestro, experimentado, y valiente. Ya en otro tiempo le había sitiado el rey en Aranda, de donde se salió á despecho de su cólera, y esta memoria le daba aliento para desafiarle desde Tordehumos, lugar más acomodado á la defensa. Tenía además la funda-

da esperanza de que nunca llegarían á estrecharle hasta el extremo, porque conservaba en el campo enemigo inteligencias y valimiento de que fiaba, no menos que de su valor, el éxito de la empresa. El infante don Juan, aunque servía bajo las banderas de su sobrino, no por eso había desatado los antiguos vínculos de amistad que le unían con el de Lara, antes entre sus enemigos era donde pensaba servirle mejor; ruin manejo que solo cabía en la doblez de aquel alma villana. Hernán Ruiz de Saldaña, Pero Ponce de León y algunos otros principales señores, también estaban en el plan, si bien no encubrían sus pensamientos y conducta bajo el manto de celo hipócrita por los intereses del rey, en que se cobijaba el infante don Juan. Así es, que el cerco emprendido con gran calor, iba aflojándose y entibiándose de día en día con gran pesadumbre del rey, que no tardó mucho en caer en la cuenta de su daño.

Como quiera, los caballeros más afectos á su persona, ó más leales, no dejaban de pelear con ardor en las frecuentes salidas que hacían los sitiados, y don Alvaro, que por su aislamiento ignoraba parte de estas tramas, y que por la rectitud de sus sentimientos era incapaz de entrar en ellas, andaba entre los que más se distinguían. Sucedió, pues, que una noche, saliendo los cercados con gran sigilo, dieron impensadamente sobre el real enemigo, cuya mayor parte estaba descuidada, cayendo con más furia sobre el ala del señor de Bembibre y demás caballeros fieles al rey. Don Alvaro, que no solía prescindir de las precauciones y vigilancia propias de la guerra, salió al punto con la mitad de su prevenida gente á rechazar la imprevista embestida, enviando aviso inmediatamente al cuartel del rey para que le sostuviesen en el ataque que emprendía. En el desorden introducido y en la dañada intención del infante, consistió sin duda que el refuerzo pedido no llegase. La noche estaba muy oscura, los enemigos se aumentaban sin cesar, los gritos de rabia, de temor y de dolor, se mezclaban con las órdenes de los cabos: las armas y escudos despedían chispas en la oscuridad con el incesante martilleo,

y la escena llegó á hacerse temerosa y horrible de veras. Por fin los enemigos comenzaron á extenderse por las alas del reducido y abandonado escuadrón, y don Alvaro, estrechado entonces, comenzó á retirarse ordenadamente, resistiendo con su acostumbrado valor el empuje contrario. Su gente, por último, comenzó á desbandarse, y don Alvaro, herido ya en el pecho, recibió otra herida en la cabeza, con lo cual vino al suelo debajo de su noble caballo, que herido también hacía rato, parecía haber conservado su brío, solo para ayudar á su ginete. Entonces sobrevino nueva pelea al rededor del caído caballero, pues sus soldados hacían desesperados esfuerzos por arrancarle del poder de los enemigos; pero el número de éstos era ya tan grande, y el aliento que recibían de don Juan Núñez, que mandaba en persona esta encamisada era tal, que por último, ensangrentados y rotos hubieron de tomar la huída, dejándole en sus manos. Lara, que le reconoció y que ya de antemano le estimaba, hizo vendar sus heridas y trasportarle con gran cuidado á su castillo. Por último, como los refuerzos del rey iban llegando, él mismo se retiró en buen orden sin experimentar daño ni escarmiento. Sus soldados, alegres con el botín recogido, dieron también la vuelta muy animosos, formando vivo contraste con las tropas del rey, mustias y descontentas de lo que había pasado.

El fiel Millán, que había peleado como correspondía al lado de su amo en aquella noche fatal, separado de él por el tropel de los fugitivos en el momento crítico, por la mañana muy temprano se presentó á las puertas de Tordehumos, pidiendo que le tomasen por prisionero con su amo, de quien venía á cuidar, durante sus heridas. Lara mandó recibirle al punto, y llamándole á su presencia le alabó mucho su fidelidad y le regaló una cadena de plata, encargándole encarecidamente la asistencia de un caballero tan cumplido como su amo. Por lo que hace á la mesnada de éste, reducida casi á la mitad por la tremenda refriega de la noche, y heridos la mayor parte de los que sobrevivieron, se reunieron bajo el mando de Melchor Robledo, y se pusieron

á retaguardia del campo para curarse y restablecerse lo posible.

El rey, por su parte, aunque don Alvaro no fuese muy de su devoción por su alianza con los templarios, no por eso dejó de sentir su prisión y heridas, porque sobrado conocía que una lanza tan buena y un corazón tan noble, le hacían infinita falta en medio de las voluntades, cuando menos tibias, que le rodeaban.

Don Alvaro tardó bastantes horas en volver á su conocimiento por el aturdimiento de su caída, y por la mucha sangre que con sus heridas había perdido. Lo primero que vieron sus ojos al abrirse, fué á su fiel Millán, que de pie al lado de su cama estaba observando con particular solitud todos sus movimientos. A los pies estaba también en pie un caballero de aspecto noble, aunque algo ceñudo habitualmente, cubierto con una rica armadura azul, llena de perfiles y dibujos de oro de exquisito trabajo. Finalmente, á la cabecera se descubría un personaje de ruin aspecto, con ropa talar oscura y una especie de turbante ó tocado blanco en la cabeza. El caballero era don Juan Núñez de Lara, y el otro sujeto el rabino Ben Simuel, su físico, hombre muy versado en los secretos de las ciencias naturales, y á quien el vulgo ponía por lo tanto sus ribetes de nigromante y hechicero. Su raza y creencia le hacían odioso, y su exterior tampoco era á propósito para granjearse el cariño de nadie.

Don Alvaro extendió sus miradas al rededor, y encontrando las paredes de un aposento en lugar de los lienzos y colgaduras de su tienda, y aquellas personas para él desconocidas, comprendió cuál era su suerte, y no pudo reprimir un suspiro. Lara se acercó entonces á él, y tomándole la mano le aseguró que no estaba sino en poder de un caballero que admiraba su valor y sus prendas; que se sosegase y cobrase ánimo para sanar en breve de sus heridas que, aunque graves, daban esperanzas de curación no muy lejana.

—Finalmente, añadió apretándole la mano, no veáis en

don Juan Núñez de Lara vuestro carcelero, sino vuestro enfermero, servidor y amigo.

Don Alvaro quiso responder, pero Ben Simuel se opuso, encargándole mucho el silencio y el reposo; y haciéndole beber una poción calmante, se salió con don Juan de la habitación, dejando al herido caballero en compañía de Millán. En cuanto se fueron, don Alvaro le preguntó con voz muy débil:

—¿Me oyes, Millán?

—Sí, señor, respondió éste: ¿qué me queréis?

—Si muero, toma de mi dedo el anillo, y del lado izquierdo de mi coraza la trenza que me dió doña Beatriz aquella noche fatal, y se la llevarás de mi parte diciéndola..... no, nada le digas.

—Está bien, señor: si Dios os llama, así se hará como decís, pero por ahora sosegaos y mirad por vos.

Don Alvaro procuró descansar, pero á pesar de la medicina, solo logró algún reposo interrumpido y desigual; tales eran los dolores que sus heridas le causaban.

## CAPÍTULO XV.

---

A los pocos días de haber caído don Alvaro prisionero, ocurrió por fin una novedad que todos esperaban con ansia grandísima en el campamento del rey. Vinieron cartas del Papa Clemente IV con la orden de proceder al arresto y enjuiciamiento de todos los templarios de Europa y secuestro de sus bienes, y con ellas noticias de los horribles suplicios de algunos caballeros de la orden en Francia. Aquel Pontífice débil y cobarde, había consentido que los sacasen de su fuero, entregándolos en manos de una comisión especial, que equivalió á ponerlos en las del verdugo. Clemente temblaba de que Felipe el Hermoso quisiese poner en juicio la majestad del pontificado en la persona, ó por

mejor decir en la memoria de su antecesor Bonifacio, y á trueque de evitarlo, le dejaba bañarse en la sangre de los templarios, y cebarse en sus bienes. En Francia, sin embargo, la audacia del rey y el desconcierto de lo imprevisto del golpe, y la desatinada conducta del maestre general ultramarino, Jacobo de Molay, habían allanado el camino de una empresa tan escabrosa y difícil; pero en España, donde la orden estaba sobre sí, y donde era quizás más poderosa que en ninguna otra nación, menester era emplear infinita destreza y valor. Cierto es que ni en Portugal, ni en Aragón, ni en Castilla, se les desaforaba, antes se les sujetaba á concilios provinciales; pero, después de lo que había pasado en el reino vecino, parecía natural que desconfiasen de la potestad civil, y que no quisiesen soltar las armas. Por otra parte, nada tenía de extraño que quisiesen vengar las afrentas de su orden, por cuyo honor y crecimiento estaban obligados á sacrificar hasta su propia vida. Preciso era desconcertar su acción en lo posible, y apercibirse al combate al mismo tiempo.

El rey don Fernando á pesar de suceso de tanto bulto, para el cual parecía necesitar el auxilio de todos sus ricos hombres, no por eso desistía de su saña contra don Juan Núñez de Lara, resuelto sin duda á volver á su corona el brillo que en las pasadas revueltas había perdido. El infante don Juan mediaba entre el rey y su rebelde vasallo, y como este carácter le daba facilidad para pasar muchas veces á Tordehumos, poco tardó en concertar con su dueño el plan que hacía tanto tiempo estaba madurando. Don Alvaro era el apoyo más firme de los templarios en el reino de León, y el más ardiente y poderoso de sus aliados. Aunque su castillo de Bembibre estaba guarnecido por soldados de la orden, claro estaba que si moría su dueño, habrían de desocuparlo, y de todos modos los vasallos de la casa de Yáñez no tardarían en apartarse de sus banderas. No era el infante hombre que delante de la sangre retrocediese; el rival de su valido estaba en manos de don Juan Núñez de Lara; con él venía al suelo una de las principales barreras,

que apartaban la rica herencia del Temple de sus manos codiciosas, ¿qué más podía desear?

No bien llegaron las Bulas del Papa Clemente, al punto pasó á Tordehumos, y allí subiendo con su castellano á una torre solitaria del castillo, comenzaron una plática muy viva y acalorada.

Con gran sorpresa y aun susto de los que desde abajo los miraban, don Juan Núñez con ademanes descompuestos echó mano á la espada, como si de su huésped recibiese alguna ofensa; pero sin duda se hubo de arrepentir, porque á poco rato volvió el acero á la vaina con muestras de gran cortesía, y entrambos caballeros se dieron las manos. El infante bajó poco después, y tomó el camino real con muestras de gran satisfacción y contento.

La sangre perdida y la gravedad de sus heridas, habían reducido á don Alvaro á una postración grandísima; pero la ciencia de Ben Simuel y los cuidados de Millán, junto con las atenciones de don Juan Núñez, habían logrado arrancarle de la jurisdicción de la muerte, y volverle, aunque con pasos muy perezosos, al camino de la vida. La calentura había ido cediendo, y los dolores eran mucho menos vivos, de manera que sin los cuidados que acibaraban su pensamiento, fácil era calcular que su convalecencia hubiera sido más rápida.

Una tarde entró don Juan de Lara en su aposento, y tomando asiento á su cabecera, mientras Millán los dejaba solos para que hablasen con más libertad, le preguntó asiéndole de la mano:

—¿Cómo os sentís, noble don Alvaro? ¿Estáis contento de mi carcelería?

—Me encuentro ya muy aliviado, señor don Juan, respondió el herido, gracias á vuestros obsequios y atenciones, que casi me harían dar gracias al cielo de mi prisión.

—Según eso, bien podréis escucharme una cosa de gran cuantía que tengo que deciros.

—Podéis comenzar, si gustáis.

Don Juan entonces principió á contarle por extenso las

noticias recibidas de Francia, y la prisión, embargo de bienes y encausamiento de los templarios ordenados en las cartas del Papa Clemente, recibidas poco había en los reales de Castilla.

—Bien conozco, concluyó diciendo, que en la hidalguía de vuestra alma, no cabe abandonar una alianza que hubieseis asentado con caballeros como vos, pero ya veis que asistir á los templarios abandonados del Vicario de Jesucristo, y cargados con el grave peso de una acusación tan fundada en la criminal demanda que acaso van á intentar, sería hacer traición á un mismo tiempo á vuestros deberes de cristiano y bien nacido. Si en algo estimáis, pues, la fina voluntad que de asistiros y serviros he mostrado, ruégoos, que desde ahora rompáis la confederación que tenéis con esa orden, objeto del odio universal, y no os apartéis de vuestros amigos y aliados naturales.

Don Alvaro, que estaba intimamente convencido de la iniquidad de la acusación dirigida contra el Temple, y que nunca hubiera creído en el Jefe supremo de la Iglesia tan culpable debilidad, escuchó la relación de don Juan con una emoción violenta y profunda, cambiando muchas veces de color, y apretando involuntariamente los puños y los dientes con muestras de dolor y de cólera. Por fin, enfrenando como mejor pudo los tumultuosos movimientos de su espíritu, respondió:

—Los templarios se sujetarán al juicio que les abren, en justa obediencia al mandato del Sumo Pontífice, única autoridad de ellos reconocida, aunque tan ruinmente se prostra delante del rey de Francia; pero ni dejarán las armas, ni se darán á prisión, ni soltarán sus bienes y castillos, sino caso de ser á ello sentenciados por los concilios. Por lo que á mí toca, don Juan de Lara, os perdono el juicio que de mí habéis formado, en gracia de tantos obsequios y cuidados como os debo; pero os suplico, que aprendáis á conocerme mejor.

La legítima humillación que don Juan sufría, despertó su ira y despecho; pero deseoso de que la cuestión mejora-

se de terreno, y al mismo tiempo de apurar todos los medios de conciliación y templanza, replicó:

—¡Pero qué! ¿no teméis manchar la limpieza de vuestra fama, ligándoos con un cuerpo agangrenado con tantas infamias y abominaciones, á quien toda la cristiandad rechaza como á un leproso?

—Señor don Juan, os matáis en balde, queriendo persuadirme á mí lo que tal vez vos mismo no creéis. Por lo demás, no toda la cristiandad rechaza al Temple, pues no se os esconde que el sabio rey de Portugal ha enviado sus embajadores al Papa para protestar de las tropelías y maldades de que está siendo objeto esta ilustre milicia:

—¡Mal aconsejado rey! dijo el de Lara.

—El mal aconsejado sois vos, repuso don Alvaro con impaciencia, en menguar así vuestro propio decoro. Id con Dios, que ni mi corazón ni mi brazo, faltarán nunca á esos perseguidos caballeros.

Lara frunció el ceño y le preguntó con voz altanera.

—¿Olvidáis que sois mi prisionero?

—Sí, á fe que lo había olvidado, porque vos me habéis dicho que erais mi amigo y no mi carcelero; pero ya que volvéis á vuestro natural papel, sabed que aunque me tengáis á vuestra merced, mi corazón y mi espíritu se ríen de vuestras amenazas.

Don Juan se mordió los labios y guardó silencio por un buen rato, durante el cual sin duda, su alma naturalmente noble y recta, le estuvo haciendo grandes reproches por su proceder; pero con su genial obstinación se aferró más y más en el partido adoptado. Por fin levantándose dijo á su prisionero:

—Don Alvaro, ya conocéis de oídas mi índole arrebatada y violenta; los primeros movimientos no están en nuestra mano. Olvidad cuanto os he dicho, y no me juzguéis sino como hasta aquí me habéis juzgado.

Dicho esto se salió de la cámara, y don Alvaro, con el descuido propio de los hombres esforzados, cuando solo de su vida se trata, se entregó á sus habituales reflexiones. El

de Lara estuvo paseando en la plataforma de uno de los torreones el resto de la tarde con pasos desiguales, hablando consigo propio en ocasiones, gesticulando con vehemencia, y sentándose de cuándo en cuándo arrobado en profundas distracciones. Por fin, largo rato después de puesto el sol, cuando los áridos campos circunvecinos iban desapareciendo entre los velos de la noche, bajó por la angosta escalera de caracol, y encaminándose á la sala principal del castillo, mandó á llamar por un paje á su físico Ben Simuel. Poco tardó en asomar por la puerta la cara de zorro del astuto judío, y sentándose al lado de su señor, entablaron en voz muy baja una viva conversación, de que el paje no pudo percibir nada, sin embargo de estar en la puerta, hasta que por fin Ben Simuel levantándose, y después de escuchar las últimas palabras de don Juan, que las acompañó con un gesto muy expresivo y semblante casi amenazador, se salió de la sala con bastante diligencia.

Cerca de las diez de la noche serían, cuando el mismo judío se presentó en el encierro de don Alvaro con una copa en una salvilla, y después de reconocer sus vendajes, le hizo tomar aquella poción, con que le dijo que reconciliaría el sueño. Despidióse en seguida, y don Alvaro comenzó á sentir cierta pesadez, que después de tantos insomnios, parecía pronóstico de un sueño sosegado. Apenas tuvo tiempo de decir á Millán que le dejase solo, y que cerrase la puerta por fuera sin entrar hasta que llamase, y al punto se quedó profundamente adormecido. El buen escudero, no menos necesitado de descanso que su amo, hizo cuanto se le mandaba, y echando la llave y guardándosela en el bolsillo, se tendió cuan largo era en una cama que para él habían puesto en un caramanchón vecino, y no despertó hasta el día siguiente, cuando ya el sol estaba bastante alto. Acercóse entonces á la puerta por ver si su señor se rebullía ó quejaba; pero nada oyó.—Vamos, dijo para sí, de esta vez sus melancolías han podido menos que el sueño, y cuando despierte, Dios mediante, se ha de encontrar otro.—Aguardó, pues, otro rato bueno, durante el

cual comenzó á inquietarse, pensando que tanto dormir podría hacer daño á su señor; pero pasada una hora y media ya no pudo contener su impaciencia, y metiendo la llave en la cerradura y dándole vuelta con mucho tiento, entró de puntillas hasta la cama de don Alvaro, y después de vacilar todavía un poco, por fin se decidió á llamarle meneándole suavemente al mismo tiempo. Don Alvaro ni se movió ni dió respuesta alguna, y Millán de veras asustado acudió á abrir una ventana: pero ¡cuál no debió de ser su asombro y consternación, cuando vió el cuerpo de su señor inanimado y frío, apartados los vendajes, desgarradas las heridas, y toda la cama inundada en sangre!

Al principio se quedó como de una pieza, agarrotado por el espanto, la sorpresa y el dolor; pero en cuanto pudo moverse, salió dando gritos y con los cabellos erizados todavía, por los corredores del castillo. Al ruido acudieron algunos hombres de armas y criados, y por último, el mismo Lara, seguido de Ben Simuel. Millán, ahogado por los sollozos, que por fin habían podido abrirse paso por medio de su estupor y asombro, les condujo hasta el lecho de su malogrado amo, y cayó sobre él abrazándole estrechamente. Don Juan no pudo contener una mirada errante y tremenda que dirigió á su médico; pero, recobrándose al punto y revolviendo fieramente al rededor, y fijándola alternativamente entre sus soldados y Millán, mandó á éste con voz imperiosa que contase lo que había sucedido. Así lo hizo con toda la sencillez é ingenuidad de su dolor, hasta que, llegando á decir como había dejado solo á don Alvaro, el judío, que había estado registrando el cuerpo, se volvió á él con ojos airados, y le dijo:

—¡Mira, desgraciado, mira tu obra! Tu amo, en un ensueño ó en un acceso de delirio, ha roto sus vendajes y se ha desangrado. ¡Cómo dejar solo á un caballero tan mal herido!

El desdichado escudero empezó á mesarse los cabellos, hasta que empleando Lara su autoridad logró que acabase su relación, y entonces, condolido de su pena, le dijo:

—Tú no has hecho sino obedecer á tu señor, y en nada eres culpable. Además todos nos hemos engañado: ¿quién no creía á este noble mancebo libre ya de todo riesgo? Dios ha querido afligirme, permitiendo que un castillo mío fuese testigo de semejante desgracia. Mañana se dará sepultura á este ilustre caballero en el panteón de este castillo.

—No ha de ser así por vida vuestra, señor, le interrumpió Millán; antes entregádmelo á mí para que le lleve á Bembibre y le entierre con sus mayores. ¡Válgame Dios! exclamó en voz imperceptible; ¡y qué responderé á su tío el maestro y á doña Beatriz cuando me pregunten por él?

—El cuerpo de don Alvaro, replicó don Juan, descansará en este castillo hasta que, restablecida la paz y acabadas estas funestas disensiones, pueda yo mismo con todos los caballeros de mi casa y mis aliados trasladarlo al panteón de su familia, con la pompa correspondiente á su estirpe y alto valor.

Como esto parecía redundar en honra de su malogrado señor, y por otra parte, como sabía que don Juan Núñez era absoluto en sus voluntades, hubo de conformarse con lo dispuesto. El cuerpo de don Alvaro estuvo todo aquel día de manifiesto en la capilla del castillo, acompañado del inconsolable escudero, y escoltado por cuatro hombres de armas que de cuándo en cuándo se relevaban. El capellán extendió la fe de muerto correspondiente, y aquella misma noche depositó en la bóveda del castillo en un sepulcro nuevo los restos de aquel joven desdichado.

Al día siguiente, Millán se presentó á don Juan para que le diese permiso de volver al Bierzo, y después de alabar mucho su fidelidad, se lo otorgó acompañándolo de un bolsillo lleno de oro.

—Muchas gracias, noble señor, respondió él rehusándolo. Don Alvaro dejó hecho su testamento al venir á esta desventurada guerra, y estoy seguro de que habrá mirado por su pobre escudero, de cuya fidelidad estaba él bien seguro.

—Eso no importa, replicó don Juan haciéndole tomar la

bolsa: tú eres un buen muchacho, y además el único placer de que disfrutamos los poderosos, es el de dar.

Millán salió entonces del castillo, y yendo á encontrarse con Robledo, le contó la tragedia acaecida. La noticia, que al instante corrió por el campo, llenó de disgusto á todos, porque si bien no miraban á don Alvaro con cariño, no por eso dejaban de estimar su brillante valor de que tan fresca memoria dejaba. La mesnada volvió á sus prados y montañas nativas, llena de luto y de tristeza por la muerte de su señor, verdadero padre de sus vasallos, y por la de tantos otros hermanos de armas, cuyos huesos blanqueaban ya á la luna en los áridos campos de Castilla. Millán los dejó atrás, y se adelantó á llevar á Arganza y á Ponferrada la fatal nueva.

## CAPÍTULO XVI.

---

Doña Beatriz como dejamos dicho, volvió á la casa paterna en medio del regocijo de los suyos, que tantas razones tenían para estimarla. Su padre, como deseoso de borrar las pasadas violencias, ó bien convencido de que poco valían para sojuzgar un ánimo tan esforzado, la trataba con la antigua bondad, sin mentarle siquiera sus proyectos favoritos. El conde de Lemus que frecuentemente era huésped de la casa, penetrado sin duda de los mismos sentimientos, ó por mejor decir, convencido de que otro era el camino que llevaba al logro de sus afanes, escaseaba sus visitas á doña Beatriz, y había trocado sus importunidades en un respeto profundo y en una deferencia siempre cortés y delicada. La urbanidad de sus modales, y la profunda simulación de su carácter acostumbrado á los más tortuosos caminos, le ayudaron eficazmente en la difícil tarea de cambiar la opinión, que acerca de su persona y sentimientos, había formado doña Blanca. Doña Beatriz, sin embargo, nunca podía acallar la voz que repetía en su memoria

las frías y altaneras palabras de aquel hombre en el locutorio de Villabuena. Harto bien lo conocía él, y por eso todos sus conatos se dirigían á lavar esta mancha, que sin duda le afeaba á los ojos de la joven. Y por último, fuerza es confesarlo, á pesar de la dureza y frialdad de aquel alma, el candor y la belleza de doña Beatriz, habían llegado á penetrar en ella por intervalos y con un vislumbre nuevo y desconocido, que á veces suavizaba su natural aspereza.

Como suele acontecer á personas arrastradas por una pasión, la señora de Arganza se había sostenido con particular entereza á pesar de sus achaques, mientras duró la enfermedad y convalecencia de su hija. El dolor y la alegría sucesivamente le habían dado fuerzas, y solo cuando ambos extremos fueron cediendo, la naturaleza recobró su curso con todo el ímpetu consiguiente á tan larga compresión. Así pues, cuando doña Beatriz volvió, no ya á su natural robustez, porque esto no llegó á suceder, sino en sí; su madre comenzó á flaquear, y al poco tiempo se postró enteramente al rigor de sus dolencias. De esta suerte el vivo rayo de contento, que había iluminado aquella noble familia, tardó poco en oscurecerse del todo, y de nuevo comenzaron las torturas y congojas de la incertidumbre.

Tenían los males de doña Blanca intervalos frecuentes y lucidos, en que su razón se despejaba; pero entonces una melancolía profunda se derramaba en todos sus discursos y pensamientos. Su alma apasionada y tierna, pero humilde y apacible, no había conocido más camino que la resignación, ni más norte que la obediencia. Habíase inclinado vivamente á don Alvaro, mientras su voluntad había caminado de acuerdo con la de su noble esposo, y aun le conservaba una afición involuntaria á pesar de las desavenencias ocurridas; pero últimamente, la fuerza que toda su vida había preponderado en su espíritu, acabó de ladearla hacia la voluntad manifiesta de su esposo. En un carácter tímido y sosegado como el suyo, la idea de nuevas discor- días entre el padre y la hija era una especie de pesadilla

que continuamente la estaba oprimiendo. También en su juventud habían violentado su inclinación, y al cabo los cuidados domésticos, la conformidad religiosa, y el amor de sus hijos le habían proporcionado momentos de reposo y aun de felicidad. ¿Quién puede adivinar lo que pasa en el corazón, ni quién sería bastante audaz para asegurar, que apagadas las terribles llamaradas de la juventud, su hija no acabase por agradecer la solitud de su padre, consolándose como ella se había consolado, y regocijándose por último de dejar á sus descendientes un nombre ilustre y las riquezas que siempre lo realzan? El mal concepto que en un principio había formado del conde, se había ido desvaneciendo, gracias á la perseverancia, artificio y destreza de su conducta, y la buena señora juzgaba que lo mismo debería acontecer á su hija.

Por desgracia, todos estos argumentos que tanto peso tenían en una índole como la suya, nada tenían que ver con la elevación de sentimientos y energía de resolución que distinguían á su hija. Doña Beatriz jamás se hubiera contentado con obedecer á su esposo, porque necesitaba respetarle y estimarle, y por otra parte su condición era de aquellas que nunca aciertan á transigir con la injusticia, y luchan sin tregua hasta el último momento. Los bienes de la tierra, los incentivos de la vanidad, nunca habían fascinado sus ojos; pero estas disposiciones se habían fortificado en la soledad del claustro y en medio de su atmósfera religiosa, donde todos los impulsos de aquel alma generosa habían recibido un muy subido y frío temple. No parecía sino que en el borde de la eternidad, al cual estuvo asomada, su alma se había iniciado en los misterios de la nada que forma las entrañas de las cosas terrenas, y se había adherido con más ahinco á la pasión que la llenaba, fiel trasunto del amor celeste por su pureza y sinceridad. Sin embargo, la mudanza de ideas, y el nuevo giro que al parecer tomaban los pensamientos de aquella madre tan cariñosa y con tanto extremo querida, afectaban su corazón, no atreviéndose á contradecirla en medio de sus padeci-

mientos, y no cabiendo en su memoria por otra parte más imagen que la del ausente don Alvaro, este enemigo de nueva especie con quien tenía que combatir, era ciertamente harto más temible que los atropellos y desafueros anteriormente empleados.

Tal era la situación de la familia de Arganza, cuando una tarde de verano estaban sentadas entrambas señoras en la misma sala, y á la misma ventana en que vimos por la primera vez á don Alvaro despedirse de la señora de sus pensamientos. Doña Blanca parecía sumida en la dolorosa distracción que experimentaba después de sus accesos, recostada sin fuerzas en un gran sillón de brazos. Su hija acababa de dejar y tenía á un lado el harpa con que había procurado divertir sus pesares, y sus ojos se fijaban en aquel sol que iba á ponerse, que había alumbrado la salida de don Alvaro de aquellos umbrales, y que todavía no había traído el día del consuelo. Sus pensamientos naturalmente volaban á los tendidos llanos de Castilla, en busca de aquel joven digno de más benigno destino, cuando de repente el galope de un caballo, que pasaba por debajo de la ventana, las sacó de sus meditaciones. Doña Beatriz se asomó rápidamente á la ventana, pero ginete y caballo doblaban la esquina en busca de la puerta principal, y solo pudo percibir un vislumbre que parecía traerle á la memoria una figura conocida. Al punto las herraduras sonaron en el patio, y las pisadas de un hombre armado se oyeron en la escalera, poco distante del aposento. A poco rato entró Martina precipitada, y con el semblante de un difunto, dijo como sin saber lo que decía.

—Señora, es Millán.....

La misma palidez de la criada se difundió instantáneamente por las facciones de su ama, que sin embargo respondió:

—Ya sé lo que me trae: mi corazón me lo acaba de decir; que entre al instante. La doncella salió, y á poco rato entró Millán por la puerta en que doña Beatriz tenía clavados los ojos, que parecían saltársele de las órbitas. Doña

Blanca toda alarmada se levantó aunque con mucho trabajo, y fué á ponerse al lado de su hija, y Martina se quedó á la puerta enjugándose los ojos con una punta de su delantal, mientras Millán se adelantaba con pasos inciertos y turbados hasta ponerse delante de doña Beatriz. Allí quiso hablar, pero se le anudó la voz en la garganta, y así alargó sin decir una palabra anillo y trenza. Toda explicación era inútil, porque ambas prendas venían manchadas de sangre. Martina entonces rompió en sollozos, y Millán tardó poco en acompañarla. Doña Beatriz tenía fija la misma mirada desencajada y terrible en el anillo y en la trenza, hasta que por último, bajando los ojos y exhalando un suspiro histérico, dijo con voz casi tranquila:

—Dios me lo dió, Dios me lo quitó, sea por siempre bendito.

Doña Blanca entonces se colgó del cuello de su hija, y desecha en lágrimas le decía:

—No, hija querida, no manifiestes esa tranquilidad que me asusta más que la misma muerte. ¡Llora, llora en los brazos de tu madre! ¡Grande es tu pérdida! Mira, yo también lloro, porque yo también le amaba. ¡Ay! ¡quién no amaba aquella alma divina encerrada en tan hermoso cuerpo!

—Sí, sí, tenéis razón, exclamó ella apartándola; pero dejadme; ¿y cómo murió, Millán? ¿Cómo murió, te digo?

—Murió desangrado en su cama, abandonado de todos, y aun de mí, respondió el escudero con una voz apenas articulada.

Entonces fué cuando los miembros de doña Beatriz comenzaron á temblar con una convulsión dolorosa, que por último la privó de sentido. Largo rato tardó en volver en sí, pero los sacudimientos de su naturaleza ya quebrantada por la anterior enfermedad, fueron menos violentos. Por fin, cuando volvió en sí, los muchos lamentos que su madre empleaba adrede para excitar sus lágrimas, y sobre todo los consuelos religiosos del abad de Carracedo que acababa de llegar, desataron el manantial de su llanto. Esta

crisis, sin embargo, no fué menos violenta que la otra, porque eran tales su congoja y sus sollozos, que muchas veces creyeron que se ahogaba. En este fatal estado pasó la noche entera y la mañana siguiente, hasta que por la tarde se levantó por fin una voraz calentura. Como quiera, á los pocos días sintió mejoría y pudo ya levantarse. Su semblante, sin embargo, comenzó á perder su frescura y á notarse en su mirada un no sé qué de encendido é inquieto. Su carácter se hizo así mismo pensativo y recogido más que nunca: su devoción tomó un giro más ardiente y apasionado: sus palabras salían bañadas de un tono particular de unción y melancolía, y aunque las escaseaba en gran manera, eran más dulces, cariñosas y consoladoras que nunca. Jamás se oía en sus labios el nombre de aquel amante adorado, ni se quejaba de su desdicha: solo Martina creía percibirle entre sueños, y en el movimiento de sus labios cuando rezaba. Por lo demás, cuidaba y asistía á los enfermos del pueblo con sin igual solicitud y esmero, hacía limosnas continuas, y su caridad era verdaderamente inagotable. Finalmente, la aureola que la rodeaba á los ojos de aquellas gentes sencillas, pareció santificarse é iluminarse más vivamente, y su hermosura misma, aunque ajada por la mano del dolor, parecía desprenderse de sus atractivos terrenos para adornarse con galas puramente místicas y espirituales.

El conde de Lemus con su natural discreción y tino, se ausentó de Arganza en aquella época á Galicia, donde le llamaban sus cábalas y manejos, y cuando volvió al cabo de algún tiempo, su conducta fué más reservada, circunspecta y decorosa que nunca.

Cualquiera puede figurarse la acogida triste y sentida que haría el anciano maestro al escudero de su sobrino, portador de aquella dolorosísima nueva. Acababa de recibir las terribles noticias de Francia, tras de las cuales veía venir irremediablemente la ruina de su gloriosa orden, cuando introdujeron á Millán en su aposento. Este golpe acabó con su valor, porque como noble, era amante de la

gloria de un linaje extinguido ya á la sazón por la muerte de aquel joven que sus manos y consejos habían formado, hasta convertirle en un dechado de nobleza y en un espejo de caballería. Aquel venerable viejo encanecido en la guerra, y famoso en la orden por su valor y austeridad, se abandonó á los mismos extremos que pudiera una mujer, y solo al cabo de un largo rato, y como avergonzado de su debilidad, recobró su superioridad sobre sí propio.

Millán continuando en su amarga peregrinación, subió por fin al castillo de Cornatel, y dió parte al comendador Saldaña de lo ocurrido. El caballero recibió la noticia con valor, pero sintió en su corazón una pena agudísima. Don Alvaro era la única persona que había logrado insinuarse hacía mucho tiempo en aquel corazón de todo punto ocupado por el celo de su orden y los planes de su engrandecimiento. Descansaban además en aquel mancebo bizarro y generoso, gran número de sus más floridas esperanzas, y tanto en su pecho como en su entendimiento, dejaba un grandísimo vacío. Quedóse pensativo por algún tiempo y por fin, como herido de una idea súbita, dijo á Millán.

—¿No has traído el cuerpo de tu señor? Millán le contó entonces las razones y pretextos de don Juan de Lara, á los cuales no hizo Saldaña sino mover la cabeza, y por último dijo:—Aquí hay algún misterio.

El escudero que atentamente le escuchaba le dijo entonces.—Cómo, señor, ¡pensaríais que no fuese cierto!— ¡Cómo! ¡cómo! repuso el comendador, recobrándose; y luego añadió con tristeza.— ¡Y tan cierto como es, pobre mozo!

Millán que había querido entrever una esperanza en las palabras del comendador, se convenció entonces de su locura, y despidiéndose del caballero, se volvió á Bemibre. A los pocos días hizo abrir judicialmente el testamento de su señor, en que se encontró heredado en pingües tierras, viñas y prados, y asegurada su fortuna. El resto de sus bienes debía pasar al orden del Temple, después de infinitas mandas y limosnas.

## CAPÍTULO XVII.

Algunos meses se pasaron en este estado, hasta que una mañana al volver de la capilla donde largo tiempo habían estado orando, declaró doña Beatriz á su madre con voz muy serena y entera su voluntad de tomar el velo de las esposas del Señor en Villabuena.—Ya veis, madre mía, le dije, que no es esto una determinación tomada en el arrebatado de un justo dolor. Adrede he dejado pasar tantos días, durante los cuales se ha arraigado más y más en mi alma esta resolución, que por lo invariable parece venida de otro mundo mejor, ajeno á las vicisitudes y miserias del nuestro. La soledad del claustro es lo único que podrá responder á la profunda soledad que rodea mi corazón, y la inmensidad del amor divino, lo único que puede llenar el vacío inconmensurable de mi alma.

Doña Blanca se quedó como herida de un rayo con una declaración, que nunca había previsto, aunque no era sino muy natural, y que así daba en tierra con todas las esperanzas de su esposo y aun con las suyas propias. No obstante, disipado en parte su asombro, tuvo fuerzas bastantes para responder.

—Hija mía, los días de mi vida están contados, y no creo pienses en privarme de tus cuidados, único bálsamo que los alarga. Después de mi muerte, tu consultarás con tu conciencia, y si tienes valor para acabar así con tu linaje, y dejar morir en la soledad á tu anciano padre, el Señor te perdone y bendiga, como te perdono y bendigo yo.

El alma de doña Beatriz naturalmente generosa y desprendida, y á fuer de tal, tanto más inclinada al sacrificio, cuanto más doloroso se le presentaba, se conmovió profundamente con estas palabras á un mismo tiempo cariñosas y sentidas. No era fácil cambiar un propósito en tantas ra-

zones fundado, pero la idea de los pesares de su madre que en ningún tiempo había tenido para ella sino consuelos y ternura, socavaba los cimientos de su enérgica voluntad. Poco trabajo de consiguiente costó á doña Blanca arrancarle la promesa de que nunca durante su vida volvería á mentarle semejante resolución; no atreviéndose á pedirle que desistiese de ella absolutamente, tanto porque fiaba del tiempo y de sus esfuerzos sucesivos, cuanto porque bien se le alcanzaban los miramientos y pulso que necesitaba el carácter de su hija.

Como quiera, á poco se había obligado esta, porque tan tasados estaban ciertamente los días de la enferma y postrada doña Blanca, que inmediatamente cayó en cama, convertidas sus habituales dolencias en una agudísima y ejecutiva. La edad, su complexión no muy robusta, la pérdida de sus hijos, y sobre todo la enfermedad y pesares de doña Beatriz, junto con la incertidumbre fatal en que la tenía sumida su anunciada vocación, habían concurrido á cortar los últimos hilos de su vida. La joven en el extravío de su dolor, no pudo menos de atribuirse gran parte de la culpa de aquel desdichado suceso, y por primera vez comenzó á atormentar su alma el torcedor del remordimiento. Hasta el dolor de su padre parecía oprimirla con su peso: cargos desacertados sin duda, pues el término de aquella vida estaba irrevocablemente marcado, y solo la exaltación de su sensibilidad, podía pintarle como reprehensible, una conducta tan desinteresada y amante como la suya.

Doña Blanca, durante su enfermedad, no cesaba de dirigir á su hija miradas muy significativas y penetrantes, y de estrechar su mano. No parecía sino que, deseosa de declararle su pensamiento, se contenía por no hacer más amarga la hora de la separación, de suyo tan amarga y lastimosa. Por fin llegando el mal á su extremidad, el abad de Carracedo, que como amigo y confesor de la familia, no se había apartado de su cabecera, le administró todos los auxilios y consuelos de la religión.

Con ellos pareció cobrar ánimos la enferma, y salió por

fin de la noche en que todos creyeron recoger su postrer suspiro; pero su ansiedad parecía mayor. El alba de un día lluvioso y triste comenzaba ya á colorear los vidrios de colores de las ventanas, cuando doña Blanca, asiendo la mano de su hija, le dijo con voz apagada.

—Hace muchos días que está pesando sobre mí una idea, de la cual podrías tu librarne, y darme una muerte descansada y dulce.

—¡Madre mía! respondió con efusión doña Beatriz, mi vida, mi alma entera son vuestras. ¿Qué no haré yo porque lleguéis al trono del eterno contenta de vuestra hija?

—Ya sabes, continuó la enferma; que nunca he querido violentar tus inclinaciones..... ¿cómo había de intentarlo en esta hora suprema, en que la terrible eternidad me abre sus puertas? Tu voluntad es libre, libre como la de los pájaros del aire; pero tu no sabes los recelos que llevo al sepulcro sobre tu porvenir y sobre la suerte de nuestro linaje.....

—Acabad, señora, contestó doña Beatriz con dolorosa resignación, que á todo estoy dispuesta.

—Sí, respondió la madre, pero de tu pleno y entero consentimiento..... Sin embargo, si el noble conde de Lemus no fuese ya tan desagradable á tus ojos, si hubiese desarmado tu severidad, como ha desarmado la mía..... El cielo sabe que mi fin sería muy sosegado y dichoso.

Doña Beatriz arrancó entonces un doloroso suspiro de lo íntimo de sus entrañas, y dijo: «Venga el conde ahora mismo y le daré mi mano en el instante delante de vos».

—¡No, no! exclamaron á un tiempo, aunque con distintos acentos, la enferma y el abad de Carracedo que estaba sentado al otro lado de la cama. ¡Eso no puede ser!

Doña Beatriz sosegó á entrambos con un gesto lleno de dignidad, y en seguida replicó con calma y tranquilidad.—Así será porque tal es la voluntad de mis padres, en un todo acorde con la mía propia. ¿Dónde está el conde?

Don Alonso hizo seña á un paje, que inmediatamente trajo al noble huésped. El abad mientras tanto, había es-

tado hablando vivamente y con enérgicos ademanes al señor de Arganza, y por los de este, se podía venir en conocimiento de que se excusaba con el enardecido monje. El conde de Lemus se llegó mesuradamente á la presencia de doña Beatriz y de su madre.

—Una palabra, señor caballero, dijo la joven apartándole á un extremo del aposento donde habló con él un breve instante, al cabo del cual, el conde se inclinó profundamente puesta la mano en el pecho, como en señal de asentimiento. Entonces volvieron delante del lecho de doña Blanca, y la doncella dirigiéndose al abad le dijo:

—¿Qué dudáis, padre mío? mi voluntad es invariable, y solo nos falta que pronunciéis las sagradas palabras.

El abad, oyendo esto, aunque con repugnancia y con el corazón traspasado de amargura á vista de aquel tremendo sacrificio, pronunció con voz ronca la fórmula del sacramento, y ambos esposos quedaron ligados con aquel tremendo vínculo, que solo desata la mano de la muerte.

Tales fueron las bodas de doña Beatriz, en que sirvió de altar un lecho mortuorio, y de antorchas nupciales los blandones de los sepulcros. Doña Blanca murió por fin aquella misma tarde, de manera que las lágrimas, los lamentos y los cánticos funerales venían á ser los himnos de regocijo de aquel día. ¡Raro y discordante contraste en cualquier otra ocasión semejante, consonancia íntima y perfecta de aquel desposorio, cuyos frutos, de amargura y desdicha debían de ser!

Doña Beatriz, en cuanto espiró su madre, se aferró á su cuerpo con tan estrecho y convulsivo abrazo, que hubo necesidad de emplear la fuerza para separarla de aquel sitio de dolor. El abad y don Alonso se quedaron solos por un momento delante del cadáver todavía caliente.

—¡Pobre y angelical señora! tu ciega solicitud y extremada ternura han labrado la desdicha de tu hija única. ¡La paz sea sobre tus restos! Pero vos, añadió, volviéndose al señor de Arganza con el ademán de un profeta, vos habéis herido el árbol en la raíz, y sus ramas no abrigarán vuestra

casa, ni vos os sentaréis á su sombra, ni veréis sus renuevos florecer y verdeguear en vuestros campos. La soledad os cercará en la hora de la muerte, y los sueños que ahora os fascinan, serán vuestro más doloroso torcedor. Diciendo esto, se salió de la sala dejando como aniquilado á don Alonso, que cayó sobre un sitial, hasta que el de Lemus echándole de menos, vino á sacarle de su abatimiento. Llevóselo en seguida, y dos ó tres doncellas y un sacerdote entraron á velar el cadáver de aquella, cuya grandeza y riquezas cabían ya en la estrechez y miseria del sepulcro.

## CAPÍTULO XVIII.

---

Por tan extraños caminos, el alma generosa y esforzada de doña Beatriz, vino á sucumbir bajo el peso de su misma abnegación, y á sacrificar el corto reposo que le brindaba el porvenir á una expiación soñada. Con tan raro concierto y eslabonamiento de circunstancias, á cual más desdichadas, uno por uno se disiparon tantos sueños de ventura como habían mecido su florida primavera, y al despertar se encontró la esposa de un hombre, cuya perversidad y vileza todavía estaban por manifestarse en su infernal desnudez. Los días de su gloria habían pasado, y la corona se había caído de su cabeza, pero todavía le quedaba un consuelo en medio de tantos males, y era la esperanza de bajar temprano al sepulcro á reunirse con el verdadero esposo que había elegido en su juventud, y cuyos recuerdos por donde quiera la acompañaban, como la columna de fuego que guiaba á los israelitas por el desierto en mitad de la noche. Nadie mejor que ella sabía que las fuentes de la vida comenzaban á cegarse en su pecho con las arenas de la soledad y del desconsuelo, y que aquel alma impetuosa y ardiente, que sin cesar luchaba por romper su cárcel, acabaría no muy tarde por levantar el vuelo desde ella. Sus noches, desde la enfermedad de Vi-

llabuena, eran inquietas, y los sucesos posteriores habían aumentado su ansiedad y desasosiego. La muerte de su madre acababa de cerrar el círculo de soledad y desamparo en que empezaba á verse aprisionada, y estremecida su complexión con tantos golpes y trastornos, su respiración comenzaba á ser anhelosa; palpitava á veces con violencia su corazón, y solo un torrente de lágrimas podía hacer cesar la opresión que sentía en aquellos momentos: otras veces sentía correr un fuego abrasador por sus venas, y latir con violencia y por largo tiempo el pulso, exaltándose al propio tiempo su imaginación, ó cayendo en una especie de estupor que duraba á menudo muchas horas. Aquel cuerpo noble y bien formado, dechado de tantas gracias y cifra de tantas perfecciones, hacía tiempo que iba perdiendo la morbidez de sus formas, y las alegres tintas de la salud. Las facciones se adelgazaban insensiblemente: el color pálido de la cara se hacía más notable por el subido carmín, que coloreaba una pequeña parte de las mejillas: los ojos aumentaban en aquella clase de brillantez que pinta aun á los menos conocedores, que padecen el cuerpo y el espíritu á un tiempo mismo; y á estas señales físicas de un profundo padecimiento interior, se agregaban aquel paso rápido de la exaltación en las ideas y sentimientos, el desaliento y la melancolía, que indican tan claramente la unión íntima del cuerpo y del espíritu.

El otoño había sucedido á las galas de la primavera y á las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban á volar las hojas de los árboles: las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigüeñas, describiendo círculos el rededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas, por medio de las cuales se abría paso de cuándo en cuándo un rayo de sol tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación que ya habían caído, amontonaban en el horizonte celajes espesos y pesados,

que adelgazados á veces por el viento y esparcidos por entre las grietas de los peñascos y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios é hinchados, los pajarillos volaban de un árbol á otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados recién despojados de su yerba, balando ronca y tristemente. La naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre, y prepararse para los largos y oscuros lutos del invierno.

Las tres de la tarde serían, cuando en uno de estos días, dos caballeros armados de punta en blanco, descendían del puerto de Manzanal y entraban en la ribera frondosa de Bembibre. Llevaban calada entrambos la celada, y solo les seguía un escudero de facciones atezadas y cabello ensortijado. El uno de ellos, que parecía el más joven, llevaba una armadura negra, el escudo sin divisa, y casco negro también coronado de un penacho muy hermoso del mismo color, cuyas plumas tremolaban airosamente á merced del viento. Mucho debía importarle que no le conociesen, cuando bajo semejante disfraz se encubría. El otro, que por su cuerpo ligeramente encorvado, y por la menor soltura de sus movimientos parecía un poco más anciano, era sin duda un templario, pues llevaba la cruz encarnada en el manto blanco, y en el escudo los dos caballeros montados en un mismo caballo, que eran las armas de la orden. A bastante distancia de estos dos personajes caminaban como hasta quince ó veinte hombres de armas, también con las divisas del Temple.

Era aquel día el que la Iglesia destina para la conmemoración de los difuntos, y las campanas de todos los pueblos llamaban á vísperas á sus moradores para orar por las almas de los suyos. Las mujeres acudían á la iglesia cubiertas con sus mantillas de bayeta negra, llevando cada una en su canasto de mimbres la acostumbrada ofrenda del pan y las velas de cera amarilla. Los hombres, envuel-

tos en sendas y cumplidas capas, acudían también silenciosos y graves á la religiosa ceremonia.

Como en el Bierzo está y estuvo siempre muy diseminada la población, la proximidad de las aldeas hace que sus campanas se oigan distintamente de unas á otras. La hora de la oración, que sorprende al cazador en algún pico elevado y solitario, tiene un encanto y solemnidad indefinibles, porque los diversos sonidos, cercanos y vivos los unos, confusos y apagados los otros, imperceptibles y vagos los más remotos, derramándose por entre las sombras del crepúsculo, y por el silencio de los valles, recorren un diapasón infinito y melancólico, y llenan el alma de emociones desconocidas.

Caminaban nuestros dos viajeros de día muy claro, y de consiguiente carecían el paisaje y la música de las campanas de aquel misterio, que la proximidad de la noche comunica á toda clase de escenas y sensaciones, pero según el profundo silencio que guardaban, no parecía sino que aquellos lentos y agudos tañidos, que semejantes á una sinfonía fúnebre y general por la ruina del mundo, venían de todos los collados, de las llanuras y de los precipicios, embargaban profundamente sus almas. ¿Quién sabe de dónde venían aquellos dos forasteros, y si eran nativos de aquella tierra? ¿Quién sabe si aquellas voces de metal, que ahora solo hablaban de la muerte, habían entonado un himno de alegría el día de su nacimiento, les habían despertado en los días de fiesta con sus repiques, y les traían entonces al pensamiento mil pasadas historias y recuerdos? Tal vez eran estas las ideas que en ellos se despertaban, pero no se las comunicaban uno á otro; y callados y absortos en sus meditaciones, caminaban á largo y tendido paso, sin reparar en las miradas de aquellos sencillos campesinos. Por fin doblaron la cuesta de Congosto, y siguieron el camino del Bierzo abajo.

Aquella misma tarde doña Beatriz, acompañada de todos sus criados y vasallos del pueblo de Arganza, había acudido á las exequias comunes de la gran familia de Cris-

to, y orado fervorosamente sobre la sepultura apenas cerrada de aquella madre que tanto había querido, y quería aún. También había rogado al Ser supremo por el eterno descanso de aquel que la adoraba con fe tan profunda, y cuyos huesos descansaban en tierra extraña, lejos de los de sus padres y hermanos. En aquel día de común tristeza, se le representaban como en un animado panorama las cortas alegrías de su vida, las escenas de dolor que las habían seguido, el sepulcro que había devorado silenciosamente sus esperanzas terrenas, y la prisión de sus fatales lazos que sin cesar elevaban sus pensamientos en alas de la religión, hacia las regiones de lo futuro. Con semejantes impresiones, su corazón se había oprimido más que de costumbre, y acabados los oficios, había sentido la necesidad de respirar el aire libre, necesidad que por su violencia, probaba muy bien el trastorno que su constitución iba sufriendo. Echó, pues, con su fiel Martina por una calle de árboles de las muchas que cruzaban el soto y huertas de la antigua y noble casa, y fatigada de su corto paseo, sentóse al pie de un nogal frondoso y acopado, por cuyo pie corría un arroyuelo manso y limpio, con sus orillas coronadas de trebol y yerbabuena. Allí con el codo en las rodillas, y la mejilla apoyada en la mano, seguían sus ojos aquellas diáfanas aguas con el aire abatido y desmayado, que de continuo solía seguir á sus accesos más vivos. La fiel y cariñosa doncella, única tal vez que conocía á fondo los pesares de su señora, y concebía serios temores sobre el fin de aquella fatal melancolía, se había apartado un poco, acostumbrada á respetar estos momentos de distracción y abandono, que en medio de la sorda é interna agitación de doña Beatriz, podían pasar por un verdadero descanso. La pobre muchacha no había querido separarse de su ama en la hora de la amargura, porque habiéndose criado en la casa, tenía por ella toda la ternura de una hermana junto con el respeto y sumisión completa, propios de su estado. Millán establecido ya, y deseoso de coronar con el matrimonio sus sinceros amores, siempre había encontrado aplazamientos y dificult-

tades, que si bien no eran muy de su gusto, siempre encontraban sin embargo disculpa á sus ojos, porque se hacía cargo de que si su amo viviese y hubiese menester su ayuda ó compañía, bien podían esperar todas las Martinas del mundo hasta el día mismo del juicio. Solo una cosa le affligía, y era ver que el alegre y vivo natural de la aldeana se había trocado un poco con tantos sustos y tristezas, y que las rosas mismas de sus mejillas, habían perdido sus vivos matices. Como quiera, todavía conservaba su gracia y donaire, y sobre todo, aquel excelente corazón con que de todos se daba á querer.

—Por fin hoy, decía para sí contemplando á su ama, estará un poco más á sus anchas la pobrecilla, porque el viejo y el otro pájaro andan por las montañas en no sé qué manejos. Dios me perdone, ya es mi amo y me ha regalado las arracadas y cadena que guardo en mi cofre, y sin embargo, ni con esas me pasa de los dientes para adentro. Es verdad, que el que conoció á don Alvaro, por maldito que fuese su genio en ocasiones, bien creerá que este señor con todo su condado y su fachenda, no le llega á la suela del zapato. Así me hubiera yo casado con él, como volar. No sé qué mal espíritu le metió á nuestra santa ama semejante terquedad en la cabeza en la hora de la muerte. ¡Dios la tenga en su gloria! pero lo que es el amo, que no se moría y tenía el uso cabal de sus sentidos y potencias, no sé yo qué bien le salgan sus soberbias y fantasías. Bien oí yo lo que le dijo el abad de Carracedo, que por cierto no ha vuelto á poner aquí los pies desde entonces. En verdad, en verdad, que muchas veces he pensado en aquellas palabras, y que cuando veo cómo pasa las noches en claro mi señora y las congojas que le dan, no sé qué me da á mí también el corazón. ¡Válgame Dios; y tan contentos como hubiéramos podido estar todos! No se lo demanden á quien tiene la culpa en el día del juicio.

Aquí llegaba la buena Martina en sus reflexiones, cuando sintiendo pasos detrás de sí, volvió la cabeza y vió la abultada persona de Mendo, que echando los bofes por an-

dar de prisa, venía hacia ella con toda la idea de una novedad muy grande, pintada en su espacioso y saludable semblante.

—¿Qué ocurre, Mendo? preguntó la muchacha, que nunca desaprovechaba la ocasión de dispararle alguna pulla; ¿qué traéis con esa cara de palomino asustado, que no parece sino que veis la mala visión de siempre?

Esta alusión á la inquietud y comezón que le causaban las visitas un poco frecuentes de Millán, no fué muy del agrado del buen palafrenero que de seguro hubiera respondido, si se le hubiera ocurrido algo de pronto, pero como no era la prontitud del ingenio la cualidad que más campeaba en él, y como por otra parte el recado que traía era urgente, se contentó con responder:

—En cuanto á la visión, puede que la espante yo haciéndole la señal de la cruz en los lomos; pero no es ese el caso. Has de saber que al meter yo el caballo Reduan por la reja del cercado, de repente se me acercaron dos caballos, el uno de esos nigrománticos de templarios y el otro no, y preguntándome por doña Beatriz, dijeron que querían hablarla dos palabras. Por cierto que el caballo del uno me parece que le conozco.

—Más valía que conocieses al ginete: dime ¿qué señas tiene?

—Ambos traen baja la visera, y el que no es templario, viene con armas negras, que parece el mesmo enemigo malo.

—¿Sabes, hombre, que me da en qué pensar la tal visita, y no sé si decírselo al ama?

—Decírselo, eso sí, porque yo tengo que volver con el recado, y aunque ellos me lo dijeron con mucho aquel y buen modo, si no les llevo la respuesta, Dios sabe lo que vendrá, porque ni uno ni otro me han dado buena espina.

Doña Beatriz que había oído las últimas palabras de la conversación, les ahorró sus dudas y escrúpulos preguntándoles de qué se trataba, á lo cual Mendo repuso, contestando palabra por palabra como á Martina.

—¡Un caballero del Temple! dijo ella como hablando entre sí. ¡Ah! Tal vez querrán proponer á mi padre ó al conde algún partido honroso para la guerra que amenaza, y me elegirán á mí por medianera. Que vengan al punto, dijo á Mendo. También la hora de la desgracia ha llegado para esta noble orden! ¡Quiera Dios que no sea el maestre!

—Pero, señora, ¿aquí en este sitio y sola los queréis recibir.

—Necio eres, Mendo, repuso doña Beatriz, ¿qué temores puede causar á una dama la presencia de dos caballeros? Anda, y que no tengan motivo para quejarse de nuestra cortesía.

—El diablo es esta nuestra ama, iba diciendo entre dientes el caballero; ella no tiene miedo ni aunque sea á un vestiglo: cuidado con fiarse de los templarios que son unos brujos declarados, y serán capaces de convertirla en rata. No, pues yo en cuanto les dé el recado, por sí ó por no, voy á avisar á la gente de casa por lo que pueda suceder.

Los encubiertos caballeros, en cuanto recibieron el permiso, se entraron á caballo en el cercado y se encaminaron por las señas que les dió el palafrenero hacia donde quedaba su señora.—Pues, dijo este poco satisfecho de semejante llaneza: ¡como si fuera por su casa se meten! No, pues como se salgan un punto de lo regular, yo les prometo que les pese de la burla.—Y diciendo esto, se encaminó á la casa.

Echaron pie á tierra los desconocidos poco antes de llegar á doña Beatriz, y el caballero de las armas negras, con un paso no muy seguro, se fué acercando á ella seguido del templario. La señora con ojos espantados y clavados en él, seguía con ademán atónito todos sus movimientos, como colgada de un suceso extraordinario y sobrenatural. Si el sepulcro rompiese alguna vez sus cadenas, sin duda creería que la sombra de don Alvaro era lo que así se le aparecía. El caballero se alzó lentamente la celada, y dijo con una voz sepulcral.—¡Soy yo, doña Beatriz!

Martina dió entonces un tremendo grito y cayó al suelo

sin fuerzas, cerrando los ojos por no ver el espectro de don Alvaro, pues por tal le descubrían la palidez de sus facciones y su voz trémula y hueca. Su ama al contrario, aunque sujeta á la misma engañosa ilusión, lejos de temer la imagen de su amante, se arrojó hacia ella con los brazos abiertos temiendo que entre ellos se le deshiciese, y exclamando con un acento que salía de lo más hondo del corazón.

—¡Ah! eres tú, sombra querida, eres tú? ¿Quién te envía otra vez á este valle de lágrimas y delitos que no te merecía? Mis ojos, desde tu muerte, no han hecho más que seguir el rastro de luz que tu alma dejó en los aires al encumbrarse al empíreo, no he abrigado más deseo sino el de juntarme contigo.

—Tened, doña Beatriz, repuso el caballero (porque como presumirán nuestros lectores, menos preocupados que aquella desventurada mujer, él mismo y no su espíritu era el que se aparecía), porque todavía no sé si debo bendecir ó maldecir este instante que nos reúne.

—¡Ah! replicó doña Beatriz sin poner atención en lo que le decía, y palpando sus manos y sus armados brazos, ¿pero eres tú?, ¿pero estás vivo?

—Vivo, sí, respondió él, aunque bien puede decirse que acabo de salir de la huesa.

—¡Justicia divina! exclamó ella con el acento de la desesperación, cuando ya no le cupo ninguna duda; ¡es él, el mismo! ¡Miserable de mí! ¿qué es lo que he hecho?

Diciendo esto se retiró unos cuantos pasos hasta apoyarse en el tronco de un árbol, retorciéndose los brazos.

Don Alvaro echó una ojeada al templario que también había levantado su visera y no era otro sino el comendador Saldaña, al que parecía pedirle perdón. En seguida se acercó á doña Beatriz y le dijo con un acento al parecer respetuoso y sosegado, pero en realidad iracundo y fiero.

—Señora, el comendador que veis ahí presente me ha asegurado que sois la esposa del conde de Lemus, y aun cuando no ha mucho que le debí la libertad y la vida, y sus años le aseguran el respeto de todos, no sé en qué estuvo

que no le arrancase la lengua con que me lo dijo y el corazón por las espaldas. Voy viendo que no mintió, pero aún me quedan tantas dudas, que si vos no me las desvanecéis, nunca llegaré á creerlo.

—Cuanto os ha dicho es la pura verdad, respondió doña Beatriz: id con Dios y abreviad esta conversación, que sin duda será la postrera.

—La postrera será sin duda alguna, repuso él con el mismo acento, pero fuerza será que me oigáis. ¿Qué es verdad decís? Lo siento por vos más que por mí, porque habéis caído de un modo lamentable, y me habéis engañado ruin y bajamente.

—¡Ah! no; exclamó doña Beatriz juntando las manos, nunca.....

—Escuchadme todavía, dijo don Alvaro interrumpiéndola con un gesto duro é imperioso. Vos no sabéis todavía hasta dónde ha llegado el amor que os he tenido. Yo no había conocido familia ni más padre que mi buen tío, y vos lo erais todo para mí en la tierra, y en vos se posaban todas mis esperanzas á la manera que las águilas cansadas de volar se posan en las torres de los templos. ¡Ah! templo y muy santo era para mí vuestra alma, y cuando la dicha me abrió sus puertas, procuré despojarme antes de entrar en él de todas las fragilidades y pobreza humanas. Con vos mi vida cambió enteramente: los arrebatos de la imaginación, las ilusiones del deseo, los sueños de gloria, los instintos del valor, todo tenía un blanco, porque todo iba á parar á vos. Mis pensamientos se purificaban con vuestra memoria: en todas partes veía vuestra imagen como un reflejo de la de Dios, procuraba ennoblecerme á mis propios ojos para realzarme á los vuestros, y os adoraba, en fin, como pudiera haber adorado un ángel caído que pensase subir otra vez al cielo por la escala mística del amor. Tenía por divina la fortuna de encontrar gracia en vuestros ojos, é imaginándoos una criatura más perfecta que las de la tierra, sin cesar trabajaba mi espíritu para asemejarme á vos. Saben los cielos, sin embargo, que una sola sonrisa

vuestra, la ventura de llegar mis labios á vuestra mano, eran galardón sobrado de todos mis afanes.

La voz varonil de don Alvaro, destemplada en un principio por la cólera, á despecho de sus esfuerzos, se había ido enterneciendo poco á poco, hasta que por último se asemejaba al arrullo de una tórtola. Doña Beatriz, dominada desde el principio por una profunda emoción, había estado con los ojos bajos, hasta que al fin dos hilos copiosos de lágrimas comenzaron á correr por su semblante marchito ya, pero siempre hermoso. Al escuchar las últimas palabras de don Alvaro, se redobló su pena, y dirigiéndole una tristísima mirada le dijo con voz interrumpida por los sollozos:

—¡Oh, sí! ¡es verdad! ¡hubiéramos sido demasiado felices! No cabía tanta ventura en este angosto valle de lágrimas.

—Ni en vos cabía la sublimidad de que en mi ilusión os adornaba, respondió el sentido caballero. ¿Os acordáis de la noche de Carracedo?

—Sí me acuerdo, respondió ella.

—¿Os acordáis de vuestra promesa?

—Presente está á mi memoria, como si acabase de salir de mis labios.

—Pues bien, aquí me tenéis, que vengo á reclamar vuestra palabra, porque aun no se ha pasado un año; y á pedir os cuenta del amor que en vos puse, y de mi confianza sin límites. ¿Qué habéis hecho de vuestra fe? ¿No me respondéis, y bajáis los ojos? Respondedme..... ved que soy yo quien os pregunta; ved que os lo mando en nombre de mis esperanzas destruídas, de mi desdicha presente y de la soledad y la amargura que habéis amontonado en mi porvenir.

—Todo está por demás entre nosotros, replicó ella. El comendador os ha dicho la verdad: soy la esposa del conde de Lemus.

—Beatriz, exclamó el caballero, por vos, por mí mismo, explicaos. En esto hay algún misterio infernal sin duda al-

guna. Mirad, ¡yo no quisiera despreciaros! yo quiero que os disculpéis, que os justificuéis; ya que os pierdo, no quisiera maldecir vuestra memoria. Decidme que os arrastraron al altar, decidme que os amedrentaron con la muerte, que perturbaron vuestra razón con maquinaciones infernales: decidme, en fin, algo que os restituya la luz que veo en vos oscurecida, y que ha llenado mi pecho de hiel y de tinieblas.

Doña Beatriz volvía á su silencio, cuando Martina recobrada ya de su susto, y viendo que era el señor de Bembibre, no en espíritu sino en cuerpo y alma el que tenía delante, no pudo menos de responder por su ama.

—Si señor, sí que la violentó su madre, y del peor modo posible, porque ella quiso desde luego irse al convento y esperaros allí, aunque todos decían que estabais en el otro mundo, y en seguida quedarse monja tan profesa como la abadesa su tía. Por más señas que.....

—Silencio, Martina, replicó su señora con energía, y vos don Alvaro nada creáis, porque he dispuesto de mi mano libre y voluntariamente delante del abad de Carracedo que me dió la bendición nupcial. Ya veis, pues, que ninguna violencia pudo haber.

—¿Con que según eso, vos sola os habéis apartado del camino de la verdad? Por vos lo siento, otra vez vuelvo á deciroslo, porque envilecéis mi amor, que era la llama más pura de mi vida. ¡Quién me dijera algún día, que os había de tener por más vil y despreciable que el polvo de los caminos!

—¡Don Alvaro! le interrumpió el templario: ¿cómo os olvidáis así de vos mismo, y ultrajáis á una dama?

—Dejadle, noble anciano, repuso doña Beatriz; razón tiene para enojarse, y aun para maldecir el día en que me vió por vez primera. Don Alvaro, prosiguió dirigiéndose á él; Dios juzgará en su día entre los dos, porque El es el único que tiene la llave de mi pecho, y á sus ojos no más están patentes sus arcanos. Solo os ruego que me perdonéis, porque mi vida sin duda será breve, y no quisiera mo-

rir con el peso de vuestro odio encima de mi corazón. A Dios, pues; idos pronto porque vuestra vida, y tal vez mi honra, están peligrando en este punto en que nos despedimos para siempre, y en que de nuevo os ruego que me perdonéis, y os olvidéis de quien tal mal premio supo dar á vuestra acendrada hidalguía.

Estas palabras pronunciadas con tanta modestia y dulzura, pero en que vibraba una entonación particular, parecían revelar á don Alvaro, en medio de su pesadumbre y su cólera, el inmenso sacrificio que aquella dulce y celestial criatura se imponía. El metal de su voz tenía á un mismo tiempo algo de sonoro y desmayado, como si su música fuese un eco del alma, que en vano se esforzaban por repetir en toda su pureza los órganos ya cansados. Don Alvaro notó también el estrago, que los sinsabores y los males habían hecho en aquel semblante modelo de gracia noble, y á la par lozana y florida. Su ira y despecho se trocó de nuevo en un enternecimiento involuntario, y acercándose más á ella con toda la efusión de su corazón le dijo:

—Beatriz, por Dios santo, por cuanto pueda ser de algún precio para vos en esta vida ó en la otra, descifradme este lúgubre enigma, que me oprime y embarga como un manto de hielo. Disipad mis dudas....

—¿Os parece, le contestó ella, interrumpiéndole con el mismo tono patético y grave, que hemos bebido poco del cáliz de aflicción, que tan hidrópica sed os aqueja de nuevos pesares?

—¡Ay señora de mi alma! exclamó Martina acongojada: ¿qué es lo que veo por la calle grande de árboles? ¡Desdichadas de nosotras! ¡es mi señor y el conde y todos los criados de la casa! ¿Qué va á suceder, Dios mío?

Doña Beatriz entonces pasó de su resignada calma á la más tremenda agitación, y agarrando á don Alvaro por el brazo con una mano y señalándole con la otra un sendero encubierto entre los árboles, le decía con los ojos desencajados y con una voz ronca y atropellada:

—¡Por aquí! por aquí, desventurado! este sendero con-

duce á la reja del cercado y llegaréis antes que ellos. ¡Oh, Dios mío! ¿para esto le habéis traído otra vez delante de mis ojos?... ¿Pero qué hacéis? ¡mirad que vienen!

—Dejadlos que vengan, dijo don Alvaro, cuyos ojos al solo nombre del conde habían brillado con singular expresión.

—¡Cielo santo! ¿estáis en vos? ¿No veis que estáis solo y ellos son muchos y vienen armados? ¡Oh no os sonriáis desdenosamente; ¡yo soy una pobre mujer que no sé lo que me digo! ¡bien sé que vuestro valor triunfará de todo, pero pensad en mi honra que vais á arrastrar por el suelo y no me sacrificuéis á vuestro orgullo! ¡Ah! por Dios, noble comendador, lleváosle, lleváosle, porque le matarán, y yo quedaré amancillada!

—Sosegaos, señora, contestó el anciano, la fuga nos deshonraría mucho más á todos, y en cuanto á vuestra honra, nadie dudará de ella cuando ponga por garante estas canas.

El ruido se oía ya más cerca, y las muchas voces y acalorada conversación, parecían indicar alguna resolución enérgica y decidida.

—Bien veis que ya es tarde, dijo entonces don Alvaro, pero sosegaos, añadió con sonrisa irónica, que no es este el lugar, y mucho menos la ocasión de la sangre.

Doña Beatriz, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, rendida y sin ánimo, se había dejado caer al pie del nogal que sombreaba el arroyo.

## CAPÍTULO XIX.

---

Como presumirán nuestros lectores, el necio apuro del caballero era la causa de este desagradable accidente, pues en cuanto se despidió de los forasteros, echó á correr á la casa, esparciendo una alarma que ninguna clase de fundamento tenía. Por casualidad el conde y su suegro, á quienes no se esperaba aquel día, habían dado la vuelta im-

pensadamente, y encontrando sus gentes un poco azoradas y en disposición de acudir al soñado riesgo de su señora, se encaminaron allá con ellos, un poco recelosos por su parte, pues la guerra implacable y poco generosa que hacían á los templarios en la opinión, y los preparativos de todo género en que no cesaban un punto, les daban á temer cualquier venganza, ó represalias.

Cuando don Alvaro y el comendador sintieron ya cerca el tropel, como de común acuerdo se calaron la celada, y como dos estatuas de bronce aguardaron la llegada. El primero que asomó su ancha carota y su cuerpo de costal, fué el buen Mendo que muy pagado de su papel, no quería ceder á nadie la delantera. Venía todo sofocado y sin aliento, y sudando por cada pelo una gota.

—¡Martina, Martina! dijo en cuanto llegó; y el ama, ¿qué han hecho de ella?...

La muchacha le señaló á doña Beatriz con el dedo y le dijo en voz baja con cólera:

—¡Desgraciado y necio de til! ¿qué es lo que has hecho?

En tanto llegaron todos, y mientras don Alonso y su yerno se encaraban con los forasteros, sus criados se fueron extendiendo en corro al rededor de ellos, contenidos y enfrenados por su actitud imponente y reposada. Adelantóse el conde entonces con su altanera cortesía, y dirigiéndose al de las armas negras, le dijo:

—¿Me perdonaréis, caballero, que os pregunte el motivo de tan extraña visita, y os ruegue que me descubráis vuestro nombre y semblante?

—Soy, respondió él levantando la visera, don Alvaro Yáñez, señor de Bembibre, y venía á reclamar de doña Beatriz Ossorio, el cumplimiento de una palabra ya hace algún tiempo empeñada.

—¡Don Alvaro! exclamaron á un tiempo los dos, aunque con distinto acento y expresión, porque la exclamación del de Arganza revelaba el candor y la sinceridad de su asombro, al paso que la del conde, manifestaba á un tiempo des-

pecho, asombro, vergüenza y humillación. Había dado dos pasos atrás, y desconcertado y trémulo añadió: ¡Vos aquí!

—¿Os sobrecoge mi venida? contestó don Alvaro con sarcasmo: no me maravilla á fe: vos contabais con que la muerte ó la vejez por lo menos, me cogiese en el calabozo que me dispuso vuestra solicitud y la de vuestro amigo el generoso infante don Juan, ¿no es verdad?

—¡Ah don Juan Núñez! murmuró el conde en voz baja, víctima todavía de su sorpresa.

—¿Todavía os quejáis de él? contestó don Alvaro con el mismo tono irónico. Ingrato sois por vida mía, porque en los seis meses que ha durado mi sepultura, me han dicho que habíais alcanzado el logro de vuestros afanes, y casádoos con doña Beatriz; de manera que siendo ya tan poderoso y destruídos los templarios, casi podíais coronaros por rey de Galicia. Sin embargo, si he llegado antes de tiempo, y en ello os doy pesar, me volveré á mi deleitoso palacio hasta que para salir me vaya orden vuestra. ¿Qué no haré yo por granjearme la voluntad de un caballero tan cumplido, con los caídos tan generoso, con los fuertes tan franco y tan leal?

Don Alonso y su hija, como si asistiesen á un espectáculo del otro mundo, estaban escuchando mudos y turbados estas palabras con que comenzaban á distinguir el cúmulo de horrores y perfidias que formaban el nudo de aquel lamentable drama. Por fin, don Alonso, dando treguas al tumulto de sensaciones que se levantaba en su pecho, dijo al conde.

—¿Es cierto lo que cuenta don Alvaro? Porque no os habéis asustado de verle, sino de verle aquí: ¿es cierto que yo, mi hija, y todos nosotros somos juguetes de una trama infernal?

El conde irritado ya con la ironía de don Alvaro, sintió renacer su orgullo y altanería, viéndose de esta suerte interrogado:

—De mis acciones á nadie tengo que responder en este mundo, contestó con ceño al señor de Arganza. En cuanto

á vos, señor de Bembibre, declaro que mentís como villano y mal nacido que sois. ¿Quién sale garante de vuestras mal urdidas calumnias?

—En este sitio yo, respondió el comendador descubriendo su venerable y arrugado rostro; en Castilla don Juan de Lara, y en todas partes y delante de los tribunales del rey estos papeles, añadió mostrando unos que se encerraban en una cartera.

—¡Ah traidor! exclamó el conde desenvainando la espada y yéndose para don Alvaro: aquí mismo voy á lavar mi afrenta con tu sangre. Defiéndete.

—Detenéos, conde, le replicó don Alonso metiéndose por medio, estos caballeros están en mi casa y bajo el fuego de la hospitalidad. Además no es esta injuria que se lave con un reto oscuro, sino que debéis pedir campo al rey en presencia de todos los ricos hombres de Castilla, y limpiar vuestra honra harto oscurecida por desgracia.

Debéis pensar también, replicó gravemente don Alvaro, que el presente es caso de menos valer, y que habiendo descendido con vuestro atentado á la clase de pechero, ni sois ya mi igual, ni puedo medirme con vos.

—Está bien, replicó el conde: conozco vuestro ardid, pero eso no os valdrá. ¡Ah valerosos vasallos! continuó volviéndose al grupo, atadme al punto á esos embaidores como rebeldes y traidores al rey don Fernando de Castilla: señor de Bembibre, comendador Saldaña, presos sois en nombre de su autoridad.

—Ninguno de los míos se mueva, repuso don Alonso, ó le mandaré ahorcar del árbol más alto del soto.

Pero era el caso que entre todos los circunstantes, solo tres ó cuatro eran criados del señor de Arganza: los demás pertenecían á la hueste del conde, y avezados á cumplir puntualmente toda clase de órdenes, se preparaban á obedecer también la que ahora recibían. Aunque no pasaban de una docena, parecían gente resuelta y estaban medianamente armados, de manera que guiados y acaudillados por una persona de valor como su señor, no era difícil que diesen

en tierra con dos solos caballeros, anciano el uno, y el otro aunque joven, escaso de fuerzas á juzgar por su semblante. Estaban además en medio de un coto cercado de paredes y á pie, con lo cual toda huída parecía imposible, pero no por eso se mostraban dispuestos á rendirse, sino á emprender una vigorosa defensa. Don Alonso viendo la inutilidad de sus protestas, se había puesto al lado de los recién venidos con ánimo al parecer de ayudarlos, pero desarmado como estaba, fácil hubiera sido á las gentes de su yerno apartarle á viva fuerza del lugar del combate.

Doña Beatriz entonces se levantó, y poniéndose por medio de los encarnizados enemigos, dijo al conde con tranquila severidad.

—Esos caballeros son iguales á vos, y ninguna autoridad podéis ejercer sobre ellos. Además, las leyes de la caballería prohíben hacer uso de la fuerza entre personas cuyos agravios tienen á Dios y á los hombres por jueces. Sed noble y confesad que un arrebato de cólera os ha sacado del camino de la cortesía.

—El rey ha mandado prender á todos los caballeros del Temple y á cuantos les prestaren ayuda, y yo, á fuer de vasallo, solo estoy obligado á obedecerle.

—Como obedecisteis á su noble madre cuando el asunto de Monforte, exclamó el templario con amargura.

—Además, señora, prosiguió el conde como si no hubiese sentido el tiro; sin duda se os olvida que no estáis en vuestro lugar rogando por vuestro amante, con quien os encuentro sola y en sitios desusados.

—No es á mí á quien deshonran esas sospechas, respondió ella con dulzura, porque sabe el cielo que ni con el pensamiento os he ofendido, sino al pecho ruin que las da calor y origen. De todas maneras os perdono solo con que no hostiguéis á esos nobles caballeros.

—No os dé pena de nosotros, generosa doña Beatriz, respondió el comendador; este debate se acabará sin sangre, y nosotros seremos los dueños de ese ruin y mal caballero.

Al acabar estas palabras hizo una señal al paje ó esclavo que le acompañaba, y él, asiendo un cuerno de caza que á la espalda traía pendiente de una bordada bandolera, lo aplicó á los labios y sacó de él tres puntos agudos y sonoros que retumbaron á lo lejos. Al instante mismo, y semejante á un cercano temblor de tierra, se oyó el galope desbocado de varios caballos de guerra, y no tardó en aparecer la guardia que vimos atravesar la ribera de Bembibre detrás de nuestros caballeros. Habíanse quedado cubiertos con unos árboles y setos cerca de la reja del cercado, con orden de impedir que la cerrasen, y de acudir á la primera señal. Mendo en medio de su priesa no pensó en atajarles la entrada, y por consiguiente ninguno de los circunstancias podía prever semejante suceso. Los hombres de armas del Temple, superiores en número, harto mejor armados que sus enemigos, y montados además en arrogantes caballos, se mostraron á los ojos de aquellas gentes tan de súbito, que no se les figuró sino que por una de las diabólicas artes que ejercían los caballeros, la tierra los había vomitado, y una legión de espíritus malignos venía detrás de ellos en su ayuda. Dieron, pues, á correr por el bosque con desaforados gritos, invocando á todos los santos de su devoción; en cuanto al conde, no se movió, porque aunque el peligro que le amenazaba era de los inminentes después del ruin comportamiento que acababa de observar, su orgullo no pudo avenirse á la idea de la fuga. Quedóse por lo tanto mirando con altanería á sus enemigos, como si los papeles estuviesen trocados.

—Y ahora don Villano, le dijo Saldaña con ira, ¿qué merced esperáis de nosotros, sino es que con una cuerda bien recia os ahorquemos de una escarpia del castillo de Ponferrada, para que aprendan los que se os asemejan á respetar las leyes de la caballería?

—Eso hubiera hecho yo con vosotros de haberos tenido entre mis manos, respondió él con frialdad; no me quejaré de que me paguéis en mi moneda.

—Vuestra moneda no pasa entre los nobles; id en paz,

que en algo nos habemos de diferenciar, dijo don Alvaro; pero tened entendido que si como caballero y señor independiente no he aceptado vuestro reto, me encontraréis en la demanda del Temple, porque desde mañana seré templario.

Un relámpago de feroz alegría brilló en las siniestras facciones del conde, que respondió:

—Allí nos encontraremos, y vive Dios que no os escaparéis de entre mis garras como os escapáis ahora, y que los candados que os echaré no se abrirán tan pronto como los de Tordehumos y su traidor castellano.

Con estas palabras se alejó dirigiéndoles una mirada de despecho, y sin encontrar con las de su suegro, ni su esposa, que no fué poca fortuna, porque sin duda aquel alma vil se hubiera gozado en la especie de estupor que les causó la terrible declaración de don Alvaro.

—¿Es un sueño lo que acabo de escuchar? repuso la desdichada, mirándole con ojos extraviados y con el color de la muerte en las mejillas; ¿vos? ¿vos templario?

—¿Eso dudáis? contestó él; ¿no os lo había dicho vuestro corazón?

—¡Ah! ¿y vuestra noble casa, repuso doña Beatriz, y vuestro linage esclarecido que en vos se extingue?

—¿Y no habéis visto extinguirse otras cosas aun más nobles, más esclarecidas y más santas? ¿No habéis visto la estatua de la fe, volcada de su pedestal, apagarse las estrellas y caer despeñadas del cielo, y quedarse el universo en medio de una noche profunda? Tal vez vuestros ojos no hayan sido testigos de estas escenas, pero yo las he presenciado con los de mi alma, y no las puedo apartar de ellos.

—¡Oh! sí, replicó doña Beatriz, despreciadme, escarneckedme, decid que os he engañado traidoramente, arrastradme por el suelo, pero no toméis el hábito del Temple. ¿Sabéis vos las tragedias de Francia? ¿sabéis el odio que se ha encendido contra ellos en toda la cristiandad?

—¿Qué queréis? Eso cabalmente me ha determinado á seguir su bandera. ¿Pensáis que soy yo de los que abandonan á los desgraciados?

—Está bien, heridme, heridme en el corazón con los filos de vuestras palabras; yo no me defenderé: pero sed hombre, luchad con vuestro dolor, y no estanquéis la sangre ilustre que corre por vuestras venas.

—Os cansáis en vano, señora: tengo empeñada mi palabra al comendador.

—Verdad es, repuso el anciano conmovido, pero recordad que yo no la acepté, porque la disteis en un arrebato de dolor.

—Pues ahora la ratifico. ¿Qué poder tienen para apartarme de mi propósito tan especiosos argumentos, ni qué interés puede tomarse en mi destino, la poderosa condesa de Lemus?

Doña Beatriz abrumada por tan terribles golpes, no respondió ya, sino con sordos y ahogados gemidos. Don Alvaro, cuyo pecho lastimado se movía al impulso de encontradas pasiones, como el mar al soplo de contrarios vientos, exclamó entonces fuera de sí con la expresión del dolor más profundo.

—¡Beatriz! ¡Beatriz! justificaos; decidme que no me habéis vendido: ¡mi corazón me está gritando que no habéis menester mi perdón! ¡corred ese velo que os presenta á mis ojos con las tintas de la maldad y la bajeza.

Adelantóse entonces el señor de Arganza con continente grave y dolorido, y preguntó á don Alvaro.

—¿No sabéis nada de las circunstancias que acompañaron las bodas de mi hija?

—No, á fe de caballero, respondió él.

Don Alonso se volvió entonces á su hija, y mirándola con una mezcla inexplicable de tristeza y de ternura, dijo á don Alvaro:

—Todo lo vais á saber.

—¡Oh! no, padre mío: dejadle con sus juicios temerarios; tal vez se curen con el cauterio del orgullo las llagas de su alma: ¡pensad que vais á hacerle más infeliz!

—¡El orgullo, doña Beatriz! replicó el contristado caballero: mi orgullo erais vos, y mi humillación vuestra caída.

—No, hija mía, repuso don Alonso, bien me lo predijo el santo abad de Carracedo, pero la venda no había caído hasta hoy de mis ojos. ¿Qué importa que me cubras con el manto de tu piedad, si no has de acallar por eso la voz de mi conciencia?

Entonces contó por menor á don Alvaro, y pintándole con negros colores, todas las circunstancias del sacrificio de doña Beatriz, y las amenazas del abad de Carracedo que tan tristemente comenzaban á cumplirse aquel día. La conducta del anciano había sido realmente culpable, pero el oro, la gloria y el poder del mundo juntos, no le hubieran movido á entregar su hija única en los brazos de un hombre tan manchado. El noble proceder de la joven, su desinterés en cargar con tan grave culpa como la que su amante le imputaba, solo para que más fácilmente pudiera consolarse de la pérdida de su amor, creyéndola indigna de él; aquella abnegación imponderable, decimos, había acabado de desgarrar las entrañas del anciano, que terminó su relación entre lamentos terribles y golpeándose el pecho. Quedáronse todos en un profundo silencio que duró un gran espacio, hasta que don Alvaro dijo con un profundo suspiro:

—Razón teníais, doña Beatriz, en decir que semejante declaración me haría más desdichado. Dos veces os he amado, y dos os pierdo. ¡Dura es la prueba á que la providencia me sujeta! Sin embargo, el cielo sabe cuán infame es el consuelo que recibo en veros pura y resplandeciente como el sol en mitad de su carrera. No nos volveremos á ver, pero detrás de las murallas del Temple me acordaré de vos.....

Doña Beatriz rompió otra vez en amargo llanto, viéndole persistir tan tenazmente en su resolución, y el añadió:

—No lloréis, porque mi intento se me logrará sin duda. Dicen que amenaza á esta milicia inminente destrucción. No lo creo, pero, si así fuese, ¿cómo podréis extrañar que yo sepulte las ruinas de mi esperanza bajo estas grandes y soberbias ruinas? Y luego ¿no sois vos harto más desgra-

ciada que yo? Pensad en vuestros dolores, no en los míos..... Adios, no os pido que me deis á besar vuestra mano, porque es de otro dueño, pero vuestro recuerdo vivirá en mi memoria, á la manera de aquellas flores misteriosas, que solo abren sus cálices por la noche, sin dejar de ser por eso puras y fragantes. Adios.....

Don Alonso le hizo una señal con la mano, para que acertase tan dolorosa escena.

—Sí, sí; tenéis razón. Adios para siempre, porque jamás ¡oh! jamás volveremos á encontrarnos.

—Sí, sí, respondió ella con religiosa exaltación levantando los ojos y las manos al cielo: ¡allí nos reuniremos sin duda!

Al acabar estas palabras, se arrojó en los brazos de su padre, y don Alvaro sin detenerse á más, montó de un brinco en su caballo, y metiéndole los acicates, desapareció como un relámpago, seguido del comendador y su escasa tropa. Cuando ya se desvaneció el ruido que hacían, doña Beatriz se enjugó los ojos, y apartándose suavemente de los brazos de su padre, se puso á mirar el semblante alterado del anciano, que clavados los ojos en el suelo y pálido como la muerte, parecía haber comprendido de una vez el horror de su obra. Conociólo su generosa hija, y acercándose á él con semblante apacible y casi risueño le dijo:

—Vamos, señor, sosegaos. ¿Quién no ha pasado en el mundo penalidades y trabajos? ¿No sabéis que es tierra de paso y campo de destierro? El tiempo trae muchas cosas buenas consigo, y Dios nos ve sin cesar desde su trono.

—Ojalá que no me viera á mí! repuso el anciano, meneando la cabeza: ¡ojalá que ni sus ojos ni los míos penetrasen en las tinieblas de mi conciencia! ¡Hija mía! hija de mi dolor! Y soy yo el que te ha entregado á ti, ángel de luz, en los brazos de un malvado? Sí, tu puedes estar serena, porque tu sacrificio te ensalzará á tus ojos y te dará fuerzas para todo; pero yo, miserable de mí, ¿con qué me consolaré? Yo, parricida de mi única hija, ¿cómo encontraré perdón en el tribunal del Altísimo?

—¡Qué queréis! le dijo doña Beatriz: vos buscabais mi felicidad, y no la habéis encontrado: os engañaron como á mí!.... ¡resignémonos con nuestra suerte, porque Dios es quien nos la envía!

—No, hija mía, no te esfuerces en consolarme, pero tú no serás de ese indigno: yo iré al rey, yo iré á Roma á pie con el bordón de peregrino en la mano, yo me arrojaré á las plantas del Pontífice, y le pediré que te vuelva tu libertad, que deshaga este nudo abominable.....

—Guardaos bien de poner vuestra honra en lenguas del vulgo, repuso doña Beatriz con seriedad. Además, padre mío, ¿de qué me serviría ya la libertad? ¿No habéis oído que pasado mañana será ya templario?

—¡Ese peso más sobre mi conciencia culpable! exclamó el señor de Arganza, tapándose la cara con ambas manos, ¿también se perderá por mí un caballero tan cumplido? ¡Ay! ¡todas las aguas del Jordán no me lavarían de mi culpa!

Doña Beatrizapuró en vano por un rato todos los recursos de su ingenio y todo el tesoro de su ternura, para distraer á su padre de su pesar. Por fin, ya oscurecido, se volvieron los dos á casa, seguidos de la pensativa Martina, que con las escenas de aquella tarde andaba muy confusa y pesarosa. Al llegar, se encontraron á varios criados que venían en su busca; pues aunque el conde les había dicho que los caballeros venían de paz, y que su cólera había sido injusta, añadiéndoles además, que no perturbasen la plática de su amo, con la tardanza comenzaban á impacientarse y no quisieron aguardar á más.

El conde por su parte, deseoso de evitar las desagradables escenas que no hubieran dejado de ocurrir con su suegro y su esposa, salió precipitadamente para Galicia, dejando al tiempo y á su hipocresía, el cuidado de soldar aquella quiebra, determinación que, como presumirán nuestros lectores, no dejó de servir de infinito descanso á padre y á hija en la angustia suma que los cercaba. ¡Triste consuelo el que consiste en la ausencia de aquellas personas, que debiendo sernos caras por los lazos de la natura-

leza, llegan á convertirse á nuestros ojos, por un juego cruel del destino, en objetos de desvío y de odio!

## CAPÍTULO XX.

---

Nuestros lectores nos perdonarán si les obligamos á deshacer un poco de camino, para que se enteren del modo con que se prepararon y acontecieron los extraños sucesos á que acaban de asistir. Muévenos á ello, no solo el deseo de darles á conocer esta verdadera historia, sino el justo desagravio de un caballero, que sin duda les merecerá mala opinión, y que sin embargo, no estaba tan desnudo de todo buen sentimiento, como tal vez se figuran: este caballero era don Juan Núñez de Lara.

Quien quiera que vea su propensión á la rebelión y desasosiego, su amistad con el infante don Juan, y su desagradecimiento á los favores y mercedes del rey, fácilmente se inclinará á creer que semejantes cualidades serían bastantes para sofocar cuantos buenos gérmenes pudiesen abrigarse en su alma, sin embargo no era así don Juan Núñez; revoltoso, tenaz y desasosegado no había faltado á pesar de todo á las leyes sagradas del honor y de la caballería. Así fué que cuando don Alvaro cayó en sus manos, ya vimos la cortesía con que comenzó á tratarle y el agasajo con que fué recibido en su castillo de Tordehumos: sobrevinieron á poco las pláticas con el infante, sobre las bulas de Bonifacio, á propósito del enjuiciamiento de los templarios, y allí determinó el pérfido y antiguo maquinador á don Juan Núñez á separar de una manera ó de otra á don Alvaro de la alianza de los caballeros, bien persuadidos ambos de que su causa recibiría un doloroso golpe, especialmente en el Bierzo. Bien hubiera querido el infante que el tósigo ó el puñal le desembarazasen de tan terrible enemigo; pero su ligera indicación encontró tal acogida, que ya vimos á don Juan Núñez sacar la espada para

dar la respuesta. Por lo tanto hubo de recoger velas con su astucia acostumbrada, y aun así lo único que alcanzó fué que diesen al señor de Bembibre un narcótico con el cual pasase por muerto, y que por entonces le aprisionase estrecha y cautelosamente hasta que, roto y vencido el enemigo común, pudiese volver á la luz un caballero tan valeroso y afamado.

Buen cuidado tuvo el pérfido don Juan de ocultarle la segunda parte de su trama infernal, pues sobrado conocía que si Lara llegaba á columbrar que se trataba de hacer violencia á una dama como doña Beatriz, al momento mismo, y sin ningún género de rescate, hubiera soltado á don Alvaro para que con su espada cortase los hilos de tan vil intriga. Así, pues, con el color del público bien se decidió don Juan Núñez á una acción que tan amargos resultados debía producirle más adelante; pero sin embargo, no se resolvió del todo, sin intentar antes los medios de la persuasión, más por satisfacerse á sí propio, que con la esperanza de coger fruto. El resultado de sus esfuerzos fué el que vimos; y en la misma noche Ben Simuel preparó un filtro con que todas las funciones vitales de don Alvaro se paralizaron completamente. En tal estado entró por una puerta falsa, y desgarrando los vendajes de don Alvaro, y regando la cama con sangre preparada al intento, facilitó la escena que ya presenciábamos y que tanto afligió al buen Millán, desasosegando también al principio al mismo Lara con la tremenda semejanza de la muerte. Nada, pues, más natural que su resistencia á soltar el supuesto cadáver que, en la noche después de sus exequias, fué trasladado por don Juan y su físico á un calabozo muy hondo que caía bajo uno de los torreones angulares, el menos frecuentado del castillo. Allí le sujetaron fuertemente y le dejaron solo, para que al recobrar el uso de sus sentidos, no recibiese más impresiones que las que menos daño le trajesen en medio de la debilidad producida por un tan largo parasismo.

Don Alvaro volvió en sí muy lentamente, y tardó largo

espacio de tiempo en conocer el estado á que le habían reducido. Vió la oscuridad que le rodeaba; pensó que sería de noche, pero luego, al hacer un movimiento, sintió los grillos y esposas que le sujetaban pies y manos, y al punto cayó en la cuenta de su situación. Sin embargo, con la ayuda de un rayo de luz que penetraba por un angosto y altísimo respiradero abierto oblicuamente en la pared, vió que su cama era muy rica y blanda, y algunos taburetes y siales que había por allí esparcidos, contrastaban extrañamente con la desnudez de las paredes y la lobre-guez del sitio. Sus heridas estaban vendadas con el mayor cuidado, y en un poyo cerca de la cama había preparada una copa de plata con una bebida aromática. La estrechez á que le reducían, junto con unas atenciones tan prolijas, era una especie de contradicción propia para desconcertar una imaginación más entera y reposada que la suya.

Entonces un ruido de pasos que se sentía cerca y que parecían bajar una empinada escalera de caracol, vino á sacarle de sus desvaríos. Abrieron una cerradura, descubrieron dos ó tres cerrojos, y por fin entraron por la puerta dos personas, en quienes á pesar de su debilidad reconoció al instante á Lara y al rabino, su físico. Traía el primero en la mano una lámpara y un manojo de llaves; y el segundo una salvilla con bebidas, refrescos y algunas conservas. Don Juan entonces se acercó al prisionero con visible empacho, y le dijo:

—Don Alvaro, sin duda os maravillará cuanto por vos está pasando; pero la salud de Castilla lo exige así, y no me ha sido dable obrar de otra manera. Sin embargo, una sola palabra vuestra os volverá la libertad: renunciad á la alianza del Temple, y sois dueño de vuestra persona. De otra suerte no saldréis de aquí, porque sabed que estáis muerto para todo el mundo, menos para Ben Simuel y para mí.

Como don Alvaro había perdido la memoria del día anterior á causa de su debilidad, no dejó de recibir sorpresa al ver entrar á Lara y á su físico: pero entonces todo lo

percibió de una sola ojeada, y con aquel sacudimiento recobró parte de su energía y fortaleza. Así, pues, respondió á don Juan:

—No es este el modo de tratar á los caballeros como yo, que en todo son vuestros iguales, menos en la ventura, y mucho menos el de arrancarme un consentimiento que me deshonoraría. De todo ello, don Juan Núñez, me daréis cuenta á pie ó á caballo, en cuanto mi prisión se acabe.

—En eso no hay dudar, respondió Lara con sosiego; pero mientras tanto quisiera proceder como quien soy con vos, y haceros más llevaderos los males de esta prisión, que solo la fuerza de las circunstancias me obliga á imponeros. Dadme, pues, vuestra palabra de caballero de que no intentaréis salir de este encierro, mientras yo no os diere libertad, ó mientras á viva fuerza ó por capitulación mía, no tomasen este castillo.

Don Alvaro se quedó pensativo un rato, al cabo del cual respondió:

—Os la doy.

Lara entonces le soltó grillos y esposas, y además le entregó las llaves del calabozo, diciéndole:

—En caso de asalto tal vez no podría yo librar vuestra vida de los horrores del incendio y del pillaje: por eso pongo vuestra seguridad en vuestras manos. Por lo demás quisiera saber si algo necesitáis para complaceros al punto.

Don Alvaro le dió las gracias, repitiendo no obstante su reto.

A la visita siguiente Lara trajo sus armas al preso, diciéndole que el cerco se iba estrechando, y que si llegaban á dar el asalto, allí le dejaba con qué defenderse de los desmanes enemigos. Esta nueva prueba de confianza dejó muy obligado á don Alvaro, que por otra parte se veía regalado y agasajado de mil modos, restablecido ya de sus heridas.

Cuando se obligó á no intentar su evasión por ningún camino, hízole titubear un poco la memoria de doña Beatriz, que á tantos peligros y maquinaciones dejaba expues-

ta; pero la fe ciega que en ella tenía depositada, disipó todos sus recelos. En cuanto á la ayuda que pudiera proporcionar á su tío el maestre y á sus caballeros, la tenía él en su modestia por de poco valer, y como por otra parte los había dejado dueños de su castillo, no le afligía tanto por este lado el verse aherrojado de aquella suerte. Últimamente, como don Juan había incluido en las condiciones su única esperanza racional, que era la de que el rey echase de Tordehumos á su castellano de grado ó por fuerza, no encontró reparo en ligarse de tan solemne manera.

Como quiera, por más que tuviese á menos la queja, y se desdeñase de pedir merced, no por eso dejaba de suspirar en el hondo de su pecho por los collados del Boeza y las cordilleras de Noceda, donde tan á menudo solía fatigar al colmilludo javalí, al terrible oso y al corzo volador. Acostumbrado al aire puro de sus nativas praderas y montañas, inclinado por índole natural á vagar sin objeto los días enteros á la orilla de los precipicios, en los valles más escondidos y en las cimas más enriscadas; á ver salir el sol, asomar la luna y amortiguarse con el alba las estrellas; el aire de la prisión se le hacía insoportable y fétido, y su juventud se marchitaba como una planta roída por un gusano oculto. Por la noche veía correr en sueños todos los ríos frescos y murmuradores de su pintoresco país, coronados de fresnos, chopos y mimbreras que se mecían graciosamente al soplo de los vientos apacibles; y allá á lo lejos una mujer vestida de blanco, unas veces radiante como un meteoro, pálida y triste otras como el crepúsculo de un día lluvioso, cruzaba por entre las arboledas que rodeaban un solitario monasterio. Aquella mujer joven y hermosa siempre, tenía la semejanza y el suave contorno de doña Beatriz; pero nunca acertaba á distinguir claramente sus facciones. Entonces solía arrojarse de la cama para seguirla, y al tropezar con las paredes de su calabozo, todas sus apariciones de gloria se trocaban en la amarga realidad que le cercaba.

Con semejante lucha que su altivez le obligaba á ocul-

tar, y que por lo mismo se hacía cada vez más penosa, su semblante había ya perdido el vivo colorido de la salud, y Ben Simuel, que conocía la insuficiencia de toda su habilidad para curar esta clase de dolencias, solo se limitaba á consejos y proverbios sacados de la Escritura, que no dejaban de hacer impresión en el ánimo de don Alvaro, naturalmente dado á la contemplación. Don Juan Núñez no parecía sino que empeñado mal su grado en tan odiosa demanda, quería borrar su conducta á fuerza de atenciones y de obsequios, tales por lo menos como eran compatibles con tan violento estado de cosas.

Continuaba el sitio entre tanto con bastante apremio de los sitiados, pues el rey no pensaba en cejar de su empeño, hasta reducir á su rebelde vasallo. A no pocos señores deudos y aliados de Lara, pesábales de tanto tesón, y en los demás, el miedo de ver crecer la autoridad real, á costa de sus fueros y regalías, entibiaba de todo punto la voluntad; pero de todos modos, nadie hasta entonces había desamparado los reales.

Un día, poco antes de amanecer, despertaron á don Alvaro el galope y relincho de los caballos, el clamoreo de trompetas y atambores, la gritería de la guarnición y de la gente de afuera, el crugir de las cadenas de los puentes levadizos, los pasos y carreras de los hombres de armas y ballesteros, y finalmente, un tumulto grandísimo dentro y fuera del castillo. Por último, las voces y la confusión y estruendo, se oyeron en los patios interiores de la fortaleza, y don Alvaro que creyendo trabado el combate, iba ya á echar mano á sus armas, se mantuvo á raya no poco sorprendido de no oír el martilleo de las armas, los lamentos é imprecaciones del combate, y aquella clase de desorden temeroso y terrible que nunca deja de introducirse en un puesto ganado por asalto. Las voces por el contrario, parecían ser de concordia y alegría, y á poco rato ya no se oyó más que aquel sordo murmullo que nunca deja de desprenderse de un gran gentío. De todo esto coligió don Alvaro, que sin duda don Juan había hecho con el rey algún concierto honroso,

y que sus huestes habían entrado amigablemente y de paz en la fortaleza. Causóle gran alegría semejante idea, y con viva impaciencia se puso á aguardar la visita de cualquiera de sus dos alcaides, paseándose por su calabozo apresuradamente. Poco tardó en satisfacerse su anhelo, porque en cuanto fué de día claro, entró don Juan Núñez en la prisión con el rostro radiante de júbilo y orgullo, y el continente de un hombre que triunfa de las dificultades, á fuerza de perseverancia y arrojo.

—No, no es el linaje de los Laras el que sucumbirá delante de un rey de Castilla: no está ya en su mano apretarme en Tordehumos, ni aun parar delante de sus murallas dentro de algún tiempo. Ahora aprenderá á su costa ese rey mozo y mal aconsejado, á no despreciar sus ricos hombres, que valen tanto como él.

Estas fueron las primeras palabras que se vertieron de la plenitud de aquel corazón soberbio, y que al punto dieron en tierra con los vanos pensamientos y esperanzas de don Alvaro. Lara vuelto en sí de aquel arrebatado de gozo, y viendo anublarse la frente de su prisionero, se arrepintió de su ligereza, y le dió mil excusas delicadas y corteses de haberle anunciado de aquella manera una nueva que, naturalmente debía contristarle.

Rogóle entonces don Alvaro que le contase el fundamento de su orgullosa alegría, que era el haberse pasado á sus banderas don Pedro Ponce de León, y don Hernán Ruiz de Saldaña, no menos solicitados de la amistad que tenían con él asentada, que enojados de lo largo del sitio y de la pertinacia del rey. Con esta deserción quedaba tan enflaquecido el ejército real, y tan pujante don Juan Núñez, que por fuerza tendría que avenirse el monarca al rigor de las circunstancias, y aceptar las condiciones de su afortunado vasallo. Don Juan contó también á su prisionero, la mala voluntad y encono que en toda España se iba concitando contra los templarios, y que solo esperaba el rey á salir de aquella empresa, para despojarlos de todas sus haciendas y castillos, que todavía no habían querido entregar.

—Y es posible, exclamó por último, que un caballero como vos se aparte así de sus hermanos, solo por defender una causa de todos deshauciada?

—Ya os lo dije otra vez, respondió don Alvaro con enojo, el mundo entero no me apartará del sendero del honor; pero vos, os lo repito, encontraréis tal vez, algún día en la punta de mi lanza, el premio de esta prisión inicua é injusta, que me hacéis sufrir.

—Si muero á vuestras manos, contestó Lara con templanza, no me deshonorará muerte semejante; pero por extraña que os parezca mi conducta, harto más negra se mostraría á mis ojos, si no atara ese brazo que tanto había de sostener esa causa de indignidad y reprobación.

Diciendo esto cerró la puerta y desapareció. ¿Estaba realmente convencido de la culpabilidad de los templarios, ó no eran sus palabras sino el fruto de la ambición y de la política? Ambas cosas se disputaban el dominio de su entendimiento, pues aunque su ambición era grande, y su educación no le permitía acoger las groseras creencias del vulgo, al cabo tampoco sabía elevarse sobre el nivel de una época ignorante, que acogía las calumnias levantadas al Temple, con tanta mayor facilidad, cuanto mástorpes y monstruosas se presentaban.

Puede decirse que entonces fué cuando deshecha su última esperanza, empezó don Alvaro á sentir todos los rigores de su prisión. El conflicto en que según todas las apariencias iba á verse don Rodrigo su tío, espoleaba los ardientes deseos que de acudir en su socorro siempre tuvo, y últimamente llegó á pensar con cuidado en las asechanzas que durante su incomunicación absoluta con el mundo de afuera, pudieran armarse á doña Beatriz. En su mano estaban las llaves de su prisión; colgadas en la pared su armadura y espada; pero harto más le custodiaban y aprisionaban, que con todos los cerrojos y guardianes del mundo. Sin embargo, más de una vez maldijo la ligereza con que había empuñado su fe, pues á no ser por ella, aun sujeto y aherrojado, tal vez hubiera podido hacer en provecho de su liber-

tad, lo que ahora ni siquiera de lejos se ocurría á su alma pura y caballerosa. Con tantas contrariedades y sinsabores, sus fuerzas cada vez iban á menos, en términos que Ben Simuel llegó á concebir serios temores, caso que aquella reclusión se dilatase por algún tiempo.

## CAPÍTULO XXI.

---

Bien ajeno se hallaba por cierto el desdichado cautivo, que lejos de Tordehumos y en los montes de su país, había un hombre cuyo leal corazón, desechando por un voluntario instinto, la idea de su muerte, solo pensaba en descorrer el velo que semejante suceso encubría, y para ello trabajaba sin cesar. Este hombre era el comendador Saldaña, á quien una voz, sin duda venida del cielo, inspiró desde luego varias dudas sobre la verdadera suerte de don Alvaro. Parecíale y con razón, extraño el empeño de don Juan Núñez, en guardar el cadáver; cuando ningún deudo tenía con el señor de Bembibre, faltando en esto á la establecida práctica de entregar los muertos á los amigos ó parientes, sin dilatarles la honra de la sepultura en los lugares de su postrer descanso. Por otra parte, las circunstancias que precedieron á la tragedia tenían en sí un viso de misterio que le hacía insistir en su idea, porque nunca pudo tiznar á Lara con la sospecha de un asesinato deliberado y frío. Sin embargo, como la fe y declaración que trajo Millán á todo el mundo habían convencido y satisfecho, y como sus barruntos, más tenían de presentimiento que de racional fundamento, apenas se atrevía á comprometer la gravedad de sus años y consejo, dando á conocer un género de pensamientos, que sin duda todos calificarían de desvarío y flaqueza senil.

Así y todo, semejante idea se arraigaba en él un día y otro; hasta que cansado de luchar con ella aun durante el sueño, escribió una carta al maestro, en que le pedía licen-

cia en tono resuelto para partirse á Castilla, y averiguar el paradero de su sobrino. El maestre le contestó, manifestando gran extrañeza de su incertidumbre, y negándole el permiso que demandaba, porque no parecía cordura abandonar la guarda de un puesto tan importante, por correr detrás de una quimera impalpable. El implacable conde de Lemus juntaba ya gentes por la parte de Valdeorras, y no era cosa de que faltasen su brazo y su experiencia, en ocasión de tanto empeño como la que se preparaba.

La contradicción no hizo más que fortalecer su extraño juicio, y dar nuevo estímulo á sus deseos, cosa natural en los caracteres vehementes como el de Saldaña, y cuyas fuerzas y arrojo crecen siempre en proporción de los obstáculos. En la tregua que daban al Temple el rey y los ricos hombres de Castilla, empeñados en la demanda de Tordehumos, aconteció que se metieron dentro de sus muros como ya dejamos contado, don Pero Ponce y don Hernán Ruiz de Saldaña. Ligaban á este caballero y al anciano comendador vínculos muy estrechos de parentesco, y de consiguiente, ninguna más propicia ocasión para apurar todos sus recelos é imaginaciones. Cabalmente por aquellos días visitó el maestre el fuerté de Cornatel para enterarse de sus aprestos y fortalezas, y tantos fueron entonces los ruegos y encarecimientos, que al cabo hubo de darle una especie de mandado para el campo del rey, y desde allí, con un salvo conducto que le envió su deudo, se introdujo en la plaza.

Portador de tan aciagas nuevas era, que más de una vez se le ocurrió el deseo de hallar á don Alvaro en brazos del eterno sueño: tan cierto estaba de la profunda herida que iba á abrir en su corazón el malhadado fin de aquel amor, cuya índole á un tiempo pura y volcánica, no desconocía el comendador. Combatido de semejantes pensamientos, llegó á Tordehumos, donde fué acogido por su pariente con cordialidad cariñosa, por don Juan y los demás caballeros con la cortesía y respeto que les merecía, si no su hábito, su edad y su valor tan conocido desde la guerra de la Palestina. Los templarios excitaban sin duda

grande odio y aversión; pero su denuedo, única de sus primitivas virtudes de que no habían decaído, su poder, los misterios mismos de su asociación, los escudaban de todo desmán y menosprecio. El comendador pidió una plática secreta á don Juan Núñez, con su pariente por testigo, si no tenía reparo en hacerle partícipe de sus secretos. Otorgósela al punto, diciéndole que don Hernando, no solo era su amigo, sino que la gran merced que acababa de hacerle, exigía de él una obligación sin límites. Fuéronse los tres entonces á una cámara más apartada, y allí, tomando asiento al lado de una ventana, Saldaña dirigió su voz á Lara en estos términos:

—Siempre os tuve, don Juan de Lara, por uno de los más cumplidos caballeros de Castilla, no sólo por vuestra alcurnia, sino por vuestra hidalguía; siempre os he defendido contra vuestros enemigos, viendo que no degenerabais de tan ilustre sangre.

—Escusad las alabanzas que no tengo merecidas, le dijo don Juan, atajándole, por más precio que las dé ver que salen de vuestra boca.

—Pocas han salido en verdad de ella, respondió Saldaña; pero sinceras todas como las que acabáis de oirme. ¡Cuál no ha debido ser por lo mismo mi sorpresa, al veros servir de instrumento á inicuos planes, deteniendo á don Alvaro en las entrañas de la tierra, cual si le cubriera la losa del sepulcro!

Todo podía esperarlo Lara menos cargo tan súbito y severo: así fué que sin poderlo remediar, se turbó. Advirtiólo el comendador, y entonces ya se acabaron sus dudas y recelos, porque estaba seguro de que don Juan soltaría á su prisionero, no bien hubiese escuchado la negra historia que iba á contarle. Recobróse, no obstante Lara, y respondió con rostro torcido:

—Por vida de mi padre, que si no os amparasen vuestras canas, no me agraviaríais de esa suerte. Si don Alvaro murió, culpa es de su desdicha, que no de mi mala voluntad. Cuando se acabe este sitio, yo os le entregaré á la puerta

de su castillo, con todo el honor correspondiente, si su tío el maestre os comisiona para recibirlo.

—¡Ah don Juan Núñez! repuso el comendador, ¡y qué mal se os acomodan esos postizos embustes, hijos de un discurso dañado y de todo punto olvidado de las leyes del honor! Os lo repito: vos habéis servido de escalón para los pies de un malvado, y por vos ha quedado atropellada una principal señora. Por vos, Lara, que calzáis espuela de oro; por vos que nacisteis obligado á proteger á todos los desvalidos; por vos, en fin, se ha perdido ya para siempre una doncella de las más nobles, discretas y hermosas del reino de León.

Entonces contó viva y rápidamente los desposorios de doña Beatriz, verdadero objeto de las maquinaciones del infante don Juan, que por este camino llegaba á engrandecer á un privado, en el cual contaba asegurar cumplida ayuda para todos sus propósitos y esperanzas. Saldaña, con aquel razonar inflexible y sólido que se funda en la enseñanza de los años, y el conocimiento del mundo, le puso de manifiesto el deslucido papel á que la astuta y redomada perfidia del infante y del conde le habían reducido para mejor asegurar el logro de sus ruines intentos. Durante este razonamiento, don Juan Núñez iba manifestando la cólera y el resentimiento que poco á poco se apoderaban de su corazón, hasta que por fin, tan intensa y terrible se hizo su expresión, que se le trabó la lengua durante un rato, agitado por un temblor convulsivo y con los ojos vueltos en sangre. Tres veces probó á levantarse de su taburete, y otras tantas sus vacilantes rodillas se negaron á sostenerle. El comendador, conociendo lo que pasaba dentro de su alma, abrió una ventana para que respirase aire más puro, y procuró dar salida á su coraje con palabras acomodadas á su intento, hasta que por fin, pasado el primer arrebato de rabia, rompió don Juan en quejas é imprecaciones contra el infante y el de Lemus.

—¡A mí! decía rechinando los dientes y despidiendo relámpagos por los ojos; ¡á mí tan traidora y perversa cába-

la! ¡A un Núñez de Lara convertirle así en asesino de damas hermosas, mientras se empozan los caballeros! ¡Ah infante don Juan! ¡ah don Pedro de Castro, y cómo habéis de lavar con vuestra sangre esta banda de bastardía con que habéis cruzado el escudo de mis armas! sí, sí, noble Saldaña, don Alvaro está en mi poder; ¿pero cómo presentarme á su vista con el feo borrón de mi conducta? ¡Cómo decirle, yo soy quien os ha robado la dicha! ¡Ah! no importa: yo quiero confesarle mi crimen, quiero presentarle mi cuello. ¡Pluguiera al cielo que semejante paso me humillara, pues eso sería buena prueba de que no estaba mi conciencia tan oscurecida y turbia! ¡Venid, venid! dijo levantándose con tremenda resolución: en sus manos voy á poner mi castigo.

—No, don Juan, respondió el comendador, asiéndole del brazo, vos no conocéis la índole generosa, pero terrible y apasionada de don Alvaro, y á despecho de toda su hidalguía tal vez os arranque la vida.

—Arránquemela en buen hora, repuso Lara desconcertado y fuera de sí, sino me ha de arrancar del corazón este arpón aguzado del remordimiento y de la vergüenza. Vamos al punto á su calabozo.—Y diciendo y haciendo, se llevó á los dos precipitadamente.

Estaba don Alvaro sentado tristemente en un sitial, fijos los ojos en aquel rayo de luz que entraba por la reja, y entregado á reflexiones amargas sobre el remoto término de su encierro, cuando en la guerra con el Temple, que tan inminente le había pintado don Juan, su tío, y aun la misma Beatriz, pudieran haber menester su brazo. Oyó entonces ruido de pasos muy presurosos en la escalera, y el crujir de las armas contra los escalones y paredes, cosa que no poco le maravilló, acostumbrado al cauteloso andar de Lara, y al imperceptible tiento del judío. Abrióse entonces la puerta con gran ímpetu, y entraron tres caballeros, uno de los cuales exclamó al momento:

—¿Dónde estáis, don Alvaro, que con esta luz tan escasa apenas os veo?

Figúrense nuestros lectores cuánta sorpresa causaría al desgraciado y noble preso semejante aparición. Si no le hubiera visto acompañado de Lara, sin duda lo hubiera tenido por cosa de hechicería; pero, pasado aquel pasmo involuntario, se colgó de un brinco al cuello del comendador, que por su parte le apretaba contra su pecho entre sus nervudos brazos como si fuese un hijo milagrosamente resucitado. Enternecido Lara con aquella escena en que la alegría de don Alvaro hacía tan doloroso contraste con la melancólica efusión de Saldaña, procuró descargarse del terrible peso que le abrumaba, y se apresuró á decir á su cautivo:

—Don Alvaro, libre estáis desde ahora; ¡dichoso yo mil veces si mis ojos se hubiesen abierto más á tiempo! pero antes de ausentaros fuerza será que me perdonéis ó que pierda la vida á los filos de vuestro puñal, para lo cual aquí tenéis mi pecho descubierto. Sabe el cielo, gallardo joven, que mi intento al guardaros tan rigurosamente no era más que el que ya conocéis; pero mi necio candor y las tramas de los perversos, junto con vuestro sino malhadado, os han hecho perder á doña Beatriz. El comendador, que veis presente, ha descorrido el velo, y yo vengo á reparar en cuanto alcance, mi culpa, ya con mi vida, ya haciendo voto de desafiar al conde y al infante don Juan en desagravio de mi afrenta.

Acerbo era el golpe que don Juan Núñez descargaba sobre don Alvaro; así fué que perdió el color y estuvo para caer; pero recobrándose prontamente, respondió con comedimiento:

—Señor don Juan, aunque tenía determinado demandaros cuenta de tan injusto encierro, al cabo me soltáis cuando estoy en vuestras manos, y vos más poderoso que nunca; acción sin duda muy digna de vos. En cuanto á lo que de doña Beatriz os han contado, bien se echa de ver que no la conocéis, pues de otra manera no daríais crédito á vulgares habladurías. Cierto es que me tendrá por muerto, porque á estas fechas ya le habrá entregado mi escudero

las prendas que recibí de su amor, pero me prometió aguardarme un año, y me aguardará. Por lo demás, si queréis desengañaros, bien cerca tenéis quien ponga la verdad en su punto, pues viene de aquel país. ¿No es verdad, venerable Saldaña, que semejante nueva es absolutamente falsa?..... ¿No respondéis? Disipad, os suplico, las dudas de nuestro huésped, porque las mías no darán que hacer á nadie.

—Doña Beatriz, respondió Saldaña, ha dado su mano al conde de Lemus, y esta es la verdad.

—¡Mentís vos! gritó don Alvaro con una voz sofocada por la cólera: ¡no sé cómo no os arranco la lengua para escarmiento de impostores! ¿Sabéis á quién estáis ultrajando? Vos no sois digno de poner los labios en la huella que deja su pie en la arena..... ¿quién sois, quién sois para vilipendiarla así?

—Don Alvaro, exclamó Lara interponiéndose: ¿es este el pago que dais á quien ha venido á quitarme la venda de los ojos y á arrancaros á vos de las tinieblas de vuestra mazmorra?

—¡Ah! ¡perdonad, perdonadme noble don Gutierre! repuso don Alvaro, con voz dulce y templada, llevando á sus labios la arrugada mano del anciano: pero ¿cómo conservar la calma y el respeto cuando oigo de vuestros labios esas calumnias, hijas de algún pecho traidor y fermentado? ¿Asististeis vos á esos desposorios? ¿Lo visteis por vuestros propios ojos?

—No, contestó Saldaña con acento antes apesarado que iracundo, porque sin duda de la cólera y apasionado afecto de aquel desgraciado joven esperaba cualquier arrebato; no fuí yo testigo de ellos, pero todo el país lo sabe y.....

—Y todo el país miente, replicó don Alvaro sin dejarle concluir la frase. Decidme que dude del sol, de la naturaleza entera, de mi corazón mismo, pero no empañéis con sospechas ni con el hálito de mentirosos rumores aquel espejo de valor, de inocencia y de ternura.

Entonces se puso á pasear delante de los asombrados

caballeros, que no se atrevían á socavar más en su corazón para arrancar aquella planta tan profundamente arraigada, diciendo en voz baja:

—¡Ah! ¿quién sabe si cansada de persecuciones y sacrificios le habrá parecido muy enojoso el convento, y sobrado largo el plazo de un año que me concedió para aguardarme? Por otra parte, ¿cuándo me ha mecido la buena suerte para esperar ahora su benéfico influjo?

Siguió así paseando un corto espacio, y murmurando palabras confusas, hasta que volviéndose de repente á don Juan de Lara, le dijo con acento alterado:

—¿No decíais que estaba libre hace un momento? ¡Venga, pues, un caballo! ¡un caballo al punto!..... ¡Antes morir que vivir en tan espantosa agonía! ¿No hay quién me ayude á darme las hebillas de mi coraza?

El comendador le ayudó á armarse con gran presteza, mientras don Juan le respondía:

—Vuestro caballo mismo, á quien hice curar por saber la mucha estima en que lo teníais, os está esperando en el patio, enjaezado; pero don Alvaro, pensad en lo que hace poco os he pedido. Tal vez he podido haceros un daño gravísimo, pero si tuve noticia de la ruindad y vileza de que entrambos somos víctimas, no me asista el perdón de Dios en la hora del juicio.

—Don Juan, respondió él, veo que vuestro corazón no está corrompido ni sordo á la voz del honor; pero si vuestros temores son legítimos y me precipitáis así en un abismo de dolores que jamás alcanzaréis á sondear, algo más duro se os hará conseguir el perdón de Dios que el mío, sinceramente otorgado en presencia de estos dos nobles testigos, junto con mi gratitud por la hospitalidad que os he merecido.

Con esto subieron inmediatamente á la plaza de armas del castillo, donde el gallardo Almanzor soltó un largo y sonoro relincho en cuanto conoció á su dueño. Subió éste sobre él después de despedirse de todos los caballeros, y salió del castillo con el comendador y sus hombres de ar-

mas, dejando en el pecho de Lara un disgusto, que solo se podía igualar á la cólera que había despertado en él la negra traición del conde y del infante. Por si algo pudiera valer, había entregado al comendador la correspondencia de entrambos personajes, en que su trama estaba de manifiesto, pero no consiguió por esto dar treguas á su pesar.

Don Alvaro y su compañero pasaron fácilmente los atrincheramientos de los sitiadores á favor del carácter de que iba revestido el templario, y emprendieron con gran diligencia el camino del Bierzo. Dos leguas llevarían andadas, cuando don Alvaro paró de repente su caballo, y dijo á Saldaña con voz profunda:

—Si fuese cierto.....

Don Gutierre no pudo menos de menear tristemente la cabeza, y el joven añadió con impaciencia:

—Bien está, pero no me interrumpáis ni me desesperéis cuando tan cerca tenemos el desengaño. Oidme lo que quería deciros. Si fuese cierto, no tardaré más en pedir el hábito del Temple, que lo que tarde en llegar á Ponferrada. Os doy mi palabra de caballero.

—No os la acepto, replicó Saldaña, porque.....

Don Alvaro le hizo una señal de impaciencia para que no se cansase en balde, precepto que él guardó muy de grado por no irritarle más, y así sin hablar apenas más palabra, llegaron al término de su viaje, no muy dichoso por cierto, según hemos visto ya.

## CAPÍTULO XXII.

---

Un natural menos ardiente, un alma menos impetuosa que la del señor de Bembibre, no hubiera adoptado probablemente tan temeraria determinación, como era la de entrar en el Temple, cuando cielo y tierra parecían conjurados en su daño; pero el vacío insondable que había dejado en su corazón el naufragio de su más dulce y lisonjera es-

peranza, la necesidad de emplear en alguna empresa de crédito la fogosidad y energía de su carácter, y más que todo quizá, el deseo de venganza, fueron móviles bastante poderosos, para allanar toda clase de embarazos. La ocasión no podía brindarse más favorable, porque el triste drama de aquella milicia religiosa á un tiempo y guerrera, tocaba ya á su desenlace. Todos los ánimos sin embargo, estaban suspensos y como colgados de aquel extraño acontecimiento, porque la caballería del Temple contaba en España más elementos de resistencia que en nación alguna, y los sucesos la encontraban no solo aprestada, sino sañuda y encendida en deseo de venganza. Centro y corazón de semejantes disposiciones, era el rey don Dionis de Portugal, príncipe el más sabio y prudente que entonces había en la Península, y que bien penetrado de la persecución injusta de semejante religión, no solo había mandado sus embajadores al Papa, para quejarse y protestar de los atropellos y desmanes cometidos, sino que resuelto á sostenerla en España y Portugal, se había entendido para el caso, con el maestre de Castilla y con el teniente de Aragón, y concertado con ellos los medios de conservar ilesa su existencia, y sobre todo su opinión. Apoyados, pues, en el rey de Portugal, seguros de su inocencia, seguros todavía más de su esfuerzo y pundonor, y ansiosos los unos de venganza, y los otros entregados á quiméricos planes, bien podían tener en balanza la suerte de la España, y hacer vacilar á los monarcas de Castilla y Aragón, antes de comenzar la lucha. Sin embargo, las huestes por todas partes se iban juntando, y de ambas partes, parecían resueltos á poner este gran duelo al trance de una batalla: justamente recelosos y desconfiados los unos para entregarse inermes y desvalidos en manos de sus enemigos declarados; y apoyados los otros en las bulas del Papa, y en los peligros que podían sobrevenir al estado, conservando armados y encastillados unos hombres de tan graves delitos acusados.

Don Rodrigo Yáñez, menos preocupado que sus her-

manos, y convencido íntimamente de que aquella venerable institución había caducado á las destructoras manos del tiempo, no parecía dispuesto á resistir las órdenes del Sumo Pontífice, ni menos recelaba sujetarse á la jurisdicción y juicio de los prelados españoles, dechado entonces de ciencia y evangélicas virtudes. De sentir enteramente opuesto era el capítulo general de los caballeros, exacerbados con tantas iniquidades y malos juicios como personas mal intencionadas derramaban en la plebe; y con los asesinatos jurídicos de Francia. Tanto pues, por no abandonar su familia de adopción y de gloria, como por no producir con su oposición un cisma y desunión lastimosa, que diese en tierra con el poco prestigio que la milicia conservaba á los ojos del vulgo, se conformó con la opinión general. Por otra parte, sus demandas nada tenían de exorbitantes, pues no declinaban la jurisdicción de la Santa Sede, y protestaban de no guardar sus castillos y vasallos sino por vía de legítima defensa. Así pues, nada podía impedir al parecer un rompimiento terrible y desastroso en que á nadie se podía dar la ventaja, porque si de un lado estaban el número, la opinión y la fuerza de las cosas, militaban en el otro el valor, el pundonor caballeresco, el agravio y la fuerza de voluntad sobre todo, que triunfa de los obstáculos y señala su curso á los sucesos.

Tal era el estado de las cosas, cuando don Alvaro con el corazón traspasado y partido, salió, para no volver, de Arganza y de aquellos sitios, dulces y halagüeños cuando Dios quería, tristes ya y poblados de amargos recuerdos. Fiel á su promesa, encaminóse á Ponferrada al punto, firmemente resuelto á no salir de sus murallas, sino con la cruz encarnada en el pecho. Antes de llegar concertó con el comendador, que se adelantase á prevenir á su tío de su ida, medida muy prudente, sin duda, porque tales extremos de dolor había hecho el anciano con la noticia de su muerte, que la súbita alegría que recibiese con su presencia, pudiera muy bien comprometer su salud. Tomó por lo tanto el comendador el camino que mejor le pareció, y

cuando por fin llegó á darle la nueva en toda su verdad, ya don Alvaro cruzaba el puente levadizo. Como si la alegría le hubiese descargado del peso de los años, bajó la escalera con la rapidez de un mancebo, y al pie de ella encontró á su sobrino rodeado de muchos caballeros, que con muestras de infinita satisfacción le acogían y saludaban. Abrazáronse allí en medio de la emoción que á don Alvaro causaba el encuentro de su tío en momentos de tanta amargura para él, y de la no menor que al anciano dominaba, no sabiendo cómo agradecer á Dios este consuelo que en sus cansados días le enviaba. Por fin, pasados los primeros trasportes, y satisfecha la curiosidad de aquel respetable viejo sobre su prisión, sus penas y su libertad, naturalmente vinieron á caer en el desabrido arenal de lo presente, á la manera del aguilucho que antes de tiempo se arroja del nido materno, después de un corto y alborozado vuelo, para finalmente en el fondo de un precipicio. Don Alvaro le contó entonces la dolorosa entrevista que acababa de tener, y el término que había resuelto poner á sus afanes en las filas de sus hermanos de armas. Don Rodrigo, atónito y turbado, apenas supo qué responder en un principio á una declaración en la cual á un tiempo se cifraban la ruina de su prosapia, el riesgo de una vida para él tan preciosa, y el sin fin de males con que estaba amagado el porvenir á la institución. Cuando al cabo de su gran agitación se recobró un poco, dijo á su sobrino con voz sentida:

—¿Con qué no solo derramas el divino licor de la esperanza, sino que quieres arrojar la copa al abismo? ¿No te basta el muro terrible que te separa de ella, que aún quieres poner entre los dos otro mayor? De la vida de un hombre, tan frágil en estos tiempos de discordias, pende ahora tu fortuna: ¿cómo quieres atajarla con un tropiezo que solo le mueve la mano de la muerte?

—Tío y señor, respondió el joven con amargura: ¿y qué es la esperanza? ya sabéis que yo la recibí en mi corazón como un huésped noble, hermoso y bien venido á quien

festejé con todo mi poder y cariño; pero el huésped me asesinó y puso fuego á mi casa: ¿qué ha quedado en lugar suyo y de su dueño? ¡unas gotas de sangre y un montón de cenizas!..... ¡Frágil llamáis la vida de ese hombre! la frágil, deleznable y caduca es la nuestra, que no se ha desviado de la senda estrecha del honor; mas no la suya, tejido de reprobación y de iniquidad! largos días le aguardan, tal vez, de poder y de ambición en este miserable país..... ¡Muévale Dios contra el Temple, y ahora que no soy más que un soldado suyo, nos encontraremos!

Don Rodrigo comprendió la mortal herida que el desengaño acababa de abrir en el alma de su sobrino, y varió de rumbo tratando de presentarle otra clase de obstáculos.

—Hijo mío, le dijo con aparente tranquilidad; tu dolor es justo, y natural tu determinación; pero no alcanza mi poder á coronarla. Nuestra orden está citada á juicio, suspenso nuestros derechos, y sin facultades por consiguiente para admitirte en su seno.

Don Alvaro con su claro ingenio comprendió al punto los intentos de su tío, y respondió resueltamente:

—Tío y señor, si tal es vuestro escrúpulo, y supuesto que el caso es de todo punto nuevo, convocad capítulo y él resolverá. Por lo demás, si el Temple me cierra sus puertas, me pasaré á la isla de Rodas y me alistaré entre vuestros enemigos los caballeros de San Juan. Pensad que mi resolución es invariable, y que todo el poder del mundo conjurado contra ella, no la haría retroceder ni un solo paso.

Don Rodrigo acabó de convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, pero á pesar de ello, juntó capítulo de los caballeros allí presentes para significarles sus dudas. La respuesta le dió á conocer que su negativa no haría sino irritar aquellos ánimos encendidos y comprometer su autoridad, y así se propuso dar el hábito á su sobrino en cuanto estuviese preparado debidamente para ello. Corrió la noticia al punto por la bailía, y los caballeros la recibieron con alborozo extremado, considerando el poderoso brazo

que se consagraba á sostener su poder ya vacilante. Saldaña, que por motivos de delicadeza y rigurosa justicia se había negado á aceptar la palabra de don Alvaro, viéndole ahora persistir en su propósito, no cabía en sí de gozo. Su alma sombría y ambiciosa, más y más exaltada con los riesgos que cercaban á su religión, se regocijaba no solo por los triunfos que le precedía la entrada de un campeón tan valeroso como leal, sino porque en su pasión por aquel joven tan noble y sin ventura, se había propuesto colocarle en un trono de gloria, y hacerle olvidar, si posible fuera, sus pasados sinsabores á fuerza de triunfos, honores y respetos. Aunque es verdad que el deseo de vengarse era uno de los más poderosos motivos que excitaban á don Alvaro para su determinación, el comendador sabía muy bien que los aplausos de la fama, las generosas emociones del valor y los trances de los combates, eran la única ilusión que no había abandonado aquel pecho lastimado y desierto.

Algunos ritos que se observan en las modernas sociedades secretas, sobre todo en la admisión de socios, se dicen derivados de los templarios. Cualquiera que pueda ser su verdadero carácter y procedencia, lo que no admite duda es que aquellos caballeros practicaban algunas ceremonias, cuyo sentido simbólico y misterioso era hijo de una época más poética y entusiasta que la que en sus postreras décadas alcanzaban. En el castillo de Ponferrada se conservan todavía entallados encima de una puerta dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos absolutamente iguales, y al lado derecho tienen una especie de sol con una estrella á la izquierda. La existencia de tan extrañas figuras, de todo punto desusadas en la heráldica, basta para probar que la opinión que en su tiempo se tenía de sus prácticas misteriosas y tremendas, no carecía absolutamente de fundamento. Una entre todas era particularmente chocante, á saber; las injurias que se hacían al crucifijo, y cuya significación no era otra sino la rehabilitación del pecador, á partir de la impiedad y del crimen para subir por los escalones de la purificación y del sacrificio á las santificadas

regiones de la gracia; rito fatal, que sin diferenciarse en la esencia de la *fiesta de los locos*, y algunos otros usos de la antigua Iglesia, fué causa principal de la ruina del Temple, cuando su sentido místico se había perdido ya entre las nieblas de una generación más sensual y grosera. A explicar por lo tanto á su sobrino semejantes enigmas, vedados á los ojos del vulgo, se encaminaron los esfuerzos del maestro en los días que precedieron á su profesión.

Llegó por fin el momento en que aquel ilustre mancebo se despediese de un mundo que si alguna vez esparció flores por su camino, fué para trocárselas al punto en abrojos. Las profesiones en todas las demás órdenes religiosas se hacían á la luz del sol y públicamente, pero los templarios, sin duda para dar más solemnidad á la suya, la hacían de noche y á puertas cerradas. Cuando ya la oscuridad se derramó por la tierra, el comendador Saldaña y otro caballero muy anciano, vinieron á buscar á don Alvaro, que los aguardaba armado con una riquísima armadura negra con veros de oro, un casco adornado de un hermoso penacho de plumas encarnadas, en la cinta una espada y puñal con puño de pedrería, y calzadas unas grandes espuelas de oro. El que aspiraba á entrar en el Temple, se ataviaba con todas las galas del siglo, para dejarlas al pie de los altares. Condujeron, pues, á don Alvaro ambos caballeros á la hermosa capilla del castillo, á cuya puerta se pararon un momento, llamando en seguida con golpes mesurados y acompasados.

—¿Quién llama á la puerta del templo? preguntó desde dentro una voz hueca.

—El que viene poseído de celo hacia su gloria, de humildad y de desengaño, respondió Saldaña como primer padrino.

Entonces abrieron las puertas de par en par y se presentó á su vista la iglesia tendida de negro con un número muy escaso de blandones de cera amarilla y verde, encendidos en el altar. En sus gradas estaba el maestro sentado en una especie de trono rodeado de los comendadores de la

orden, y más abajo en una especie de semicírculo, se extendían los caballeros profesos, únicos que á esta ceremonia se admitían, y que envueltos en sus mantos blancos parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos. Don Alvaro, en cuya imaginación ardiente y exaltada, hacía gran impresión este aparato, atravesó por medio de ellos acompañado de sus dos ancianos padrinos, y fué á arrodillarse ante las gradas del trono del maestre. Extendió este su cetro hacia él y le preguntó sus deseos. Don Alvaro respondió:

—Considerando que el Salvador dijo: «el que quiera ser de mi grey tome su cruz y sígame,» yo, aunque indigno y pecador, he aspirado á tomar la del Templo de Salomón para seguirle.

—Grave es la carga para vuestros hombros jóvenes, respondió el maestre con voz reposada y sonora.

—El Señor me dará fuerzas para llevarla, como me ha dado resolución y valor para pedirla á pesar de mis culpas, respondió el neófito.

—¿Habéis pensado, repuso el maestre, que el mundo acaba en estos umbrales silenciosos y austeros?

—Yo me he despojado á la puerta del hombre viejo para revestirme del hombre nuevo.

—¿Hay alguno entre todos los hermanos presentes, que pueda notar al aspirante de alguna acción ruin, por la que merezca ser degradado de la dignidad de caballero?

Todos guardaron un silencio sepulcral. El comendador pidió entonces que se comenzase el rito, y dos caballeros trajeron un crucifijo de gran altura y toscamente labrado, pero de expresión muy dolorosa en el semblante; y le tendieron en el suelo. Don Alvaro conforme á la ceremonia, le escupió y holló, y luego, alzándole en el aire los dos caballeros, le dirigió las sacrílegas palabras de los judíos:

—¿Si eres rey, cómo no bajas de esa cruz? Cubriéronle al punto con un velo negro y le retiraron: tras de lo cual dijo el maestre:

—Tu crimen es negro como el infierno, y tu caída como

la de los ángeles rebeldes; pero tu Dios te perdonará, y tu sangre correrá en desagravio de su tremenda cólera y justicia.

Arrodillóse entonces don Alvaro sobre un cojín de terciopelo negro con flecos y borlas de oro, y desarrollando un gran pergamino que tenía por cabeza la cruz del Temple en campo de oro, y á la luz de una bujía con que alumbraba Saldaña, leyó su profesión concebida en estos términos:

—Yo, don Alvaro Yáñez, señor de Bembibre y de las montañas del Boeza, prometo obediencia ciega al maestro de la orden del Templo de Salomón y á todos los caballeros constituídos en dignidad: castidad perpetua y pobreza absoluta. Prometo además, guardar riguroso secreto sobre todos los usos, ritos y costumbres de esta religión; procurar su honra y crecimiento por todos los medios que no estén reñidos con la ley de Dios, y sobre todo, trabajar sin tregua en la conquista de la Jerusalén terrena, escalón seguro y senda de luz para la Jerusalén celestial. Prémíeme Dios en proporción de mis obras, y vosotros como delegados suyos.»

Entonces los padrinos comenzaron á desarmarle, y los circunstantes á cantar el Salmo: *Nunc dimitis servum tuum Domine*, con voces vigorosas y solemnes. Calzáronle espuelas de acero, y de acero bruñido también fueron las grebas, peto, espaldar y manoplas con que sustituyeron su armadura: por último, le ciñeron una espada de Damasco, y le pusieron en la cinta un puñal buído de fino temple, pero sin ningún género de adorno. Echáronle por fin el manto blanco de la orden y entonces le vendaron los ojos, en seguida de lo cual se postró en el suelo, mientras la congregación cantaba los salmos penitenciales con que los cristianos se despiden de sus muertos. Acabóse por fin el cántico, cuyas últimas notas quedaron vibrando en las bóvedas de la Iglesia en medio del profundo silencio que reinaba en sus ámbitos, y entonces sus padrinos acudieron á levantarle y le destaparon los ojos, que al punto volvió á

cerrar, porque acostumbrados á las tinieblas, no pudieron sufrir la vivísima luz que como una celeste aureola iluminaba aquel templo, momentos antes tan adusto y sombrío. Las colgaduras negras estaban recogidas, y los altares todos resplandecían con infinitas antorchas: el aire estaba embalsamado con delicado incienso que en vagos é inciertos festones se perdía entre los arcos y columnas; y los caballeros todos tenían en las manos velas blanquísimas de cera encendidas. En cuanto descubrieron á don Alvaro, entonaron todos en voces regocijadas y altísimas el Salmo: *Magnificat anima mea Dominum*, durante el cual conducido por sus padrinos fué abrazando á todos sus hermanos, y recibiendo de ellos el ósculo de paz y fraternidad. Concluído este acto, aproximaron todos en orden sus sitios al trono del maestre, dejando en medio á don Alvaro, que de pie y con los brazos cruzados oyó la plática que el maestre ó su inmediato dignatario solían dirigir al profeso. En tiempos más dichosos versaba sobre las glorias y prosperidad de la orden, la consideración de que gozaba en toda la cristianidad, y por último, sobre los deberes rigurosos y terribles del nuevo caballero; pero entonces que la hora de la prueba había llegado y aquel astro luminoso padecía tan terrible eclipse, las palabras de don Rodrigo tuvieron aquel carácter religioso, profundo y melancólico propio de todas aquellas catástrofes, que pasman y sobrecogen al mundo. Por último vino á recaer el razonamiento sobre los serios y terribles deberes que el soldado de Dios se imponía al entrar en aquella milicia, y entonces levantándose de su trono, alzando el cetro y enderezando su talla majestuosa, concluyó diciendo con acento severo y grave:

—Pero si Dios te deja de su mano para permitir que faltes á tus juramentos, tu vida se apagará al punto como estas candelas, y unas tinieblas más densas todavía, cercarán tu alma por toda una eternidad.

Al decir esto todos los caballeros mataron sus luces por un movimiento unánime, y en el mismo instante bajaron los negros y tupidos velos de los altares, dejando la Iglesia en

una oscuridad pavorosa. Los caballeros entonces murmuraron en voz baja algunos versículos del libro de Job sobre la brevedad de la vida y la vanidad de las alegrías del crimen; y á la luz de los blandones fúnebres que todavía ardían en el altar mayor, fueron dirigiéndose á la puerta en lenta y solemne procesión. Allí se pararon de nuevo, y el maestre se adelantó para rociar con agua bendita la cabeza de su sobrino, como para lavarle y purificarle aun de las heces y vestigios de la culpa, y desde allí todos se dispersaron, encaminándose á sus cámaras respectivas.

A don Alvaro le dejaron también en la suya, y la luz del nuevo día que no tardó en teñir los celages del oriente, le encontró mudado en otro hombre, y ligado con votos que solo al poder de la muerte le parecía dable desatar. ¡Dichoso él si con su poder, su libertad y sus dulces esperanzas, hubiese podido poner de lado su antigua y devoradora pasión! pero solo el tiempo y la ayuda del Todopoderoso eran capaces de limpiar su corazón de sus amargas heces, y borrar de su memoria aquellas imágenes escritas con caracteres de fuego.

Por fin á su valor y energía se le presentaba el ancho campo de la guerra, y el noble empeño de defender una causa justa, pero ¿qué consuelo podía buscarse en el mundo para doña Beatriz, que no tenía más compañía que la soledad, la aflicción y la presencia de un padre ya anciano, lleno de pesares y penetrado de un arrepentimiento tardío? ¡Tristes contradicciones y debilidades las del pobre corazón humano! La heredera de Arganza tenía por esposo un hombre joven todavía, lleno de vigor y robustez; su salud por otra parte de día en día se quebrantaba, el cielo y la tierra de consuno parecían apartarla de su primer amor, que según todas las apariencias, no podía estar más perdido para ella, y sin embargo, la nueva de aquellos votos le causó profundísimo dolor. ¿Qué podía esperar? ¿Qué podían descubrir sus ojos en el nebuloso horizonte del porvenir, sino soledad y pesares sin término y sin cuento? ¡Extraño misterio! La esperanza es una planta que brota en el corazón, y

que si no florece cuando el dolor ha trocado su campo en arenal, todavía conserva su tronco enhiesto como una columna fúnebre, y aun regado por la fuente de las lágrimas, echa tal vez alguna hoja marchita y amarillenta. Doña Beatriz se había visto separada de su amante por escaso arroyo, su matrimonio desgraciado le había convertido en río profundo y caudaloso, ahora la profesión de don Alvaro acababa de trocarle en mar inmenso, y la desventurada sentada en la orilla, veía desaparecer á lo lejos el bajel desarbolado y roto en que, para no volver, se partían sus ilusiones más dulces.

### CAPÍTULO XXIII.

---

A los tres días de los sucesos que acabamos de referir, pareció el buen Millán por Arganza, á dar cuenta á Martina del arreglo, que iba poniendo en las haciendas que su amo le había legado. Venía entonces de las montañas muy satisfecho de sus tierras, y de algunas reses que había comprado, con las cuales pensaba beneficiar sus praderas y juntar un caudal que ofrecer á su futura, en cambio de su blanca mano y de su cara de Pascua. Algo desasosegado le traían los rumores de guerra que comenzaban á correr á propósito de los templarios, pero contaba con el favor de Dios, y sobre todo, se echaba la cuenta de tantos otros que acometiendo empresas descabelladas, creen responder á todo con el refrán: el que no se arriesga no pasa la mar. Así pues, no es maravilla que se presentase contento y alegre en una casa de donde se había huído la poca alegría que quedaba.

—¡Ay Millán de mi alma! exclamó Martina saliéndole al encuentro apresurada, ¡y qué cosas han pasado desde que te fuiste! ¡Vamos! ¡aun no se me ha quitado el temblor del cuerpo, ni he dormido una hora de seguido y doña Beatriz,

la cuitada! ¡No sé que me dá en el corazón cuando pienso en ella!

—Pero, mujer, ¿qué es lo que ha sucedido? preguntó el mozo un poco azorado.

—¡Ahí es nada! contestó ella, no poco satisfecha, en medio de sus recuerdos de pavor, de contar un cuento tan maravilloso: tu amo ha parecido por aquí.

—¡Jesucristo! ¡Virgen santísima de la Encina! exclamó el escudero santiguándose: ¿ha venido á pedir algunas Misas y sufragios? Pues mira, según lo bueno que era no creí yo que fuese al purgatorio, sino al cielo en derechura.

—¿A pedir sufragios y oraciones, eh? contestó la aldeana: ¡que si quieres! ha venido en cuerpo y alma, á reclamar la mano y palabra de doña Beatriz.

—Martina, contestó el escudero, mirándola de hito en hito ¿qué te pasa, muchacha? ¿Te han dado algún bebedizo y estás endiablada? ¿En cuerpo y alma dices, y le dejé yo enterrado en Tordehumos? por cierto que me hubiera traído su cuerpo, si no fuese por aquel testarudo de don Juan Núñez; vaya, vaya, que si me lo dijera Mendo, al instante le preguntara si venía de la bodega.

—Eso no va conmigo, señor galán, respondió la muchacha un poco amostazada, porque no lo cato.

—No, mujer: ¿quién había de decirlo de ti? repuso Millán cortésmente: la lengua le cortarí yo al que lo dijese.

—Sea como quiera, contestó ella: lo que te digo es que yo y Mendo, y mi amo, y el alhaja del conde y todos en fin, hemos visto y oído á don Alvaro junto al nogal del arroyo: por más señas que venía con el comendador Saldaña, el alcaide de Cornatel.

—¡Virgen purísima! exclamó Millán cruzando las manos y mirando al cielo ¡con qué vive mi señor; el mejor de los amos, el caballero más bizarro de España! ¿Dónde está, Martina? ¿dónde está, que aunque sea al cabo del mundo iré en busca suya!

—¡Pues! repuso la muchacha tristemente; y siendo como

eres un señor, vamos al decir, te vas á quedar como antes, y nuestra boda Dios sabe para cuándo será.

—En verdad que tienes razón, contestó él en el mismo tono; y yo que había arrendado tan bien el prado de Igüeña al tío Manolón, y había comprado unas vacas que daba gusto verlas. Pero ¿qué le hemos de hacer? añadió después de un rato de silencio, ¿no me he de alegrar yo por eso de la vuelta de mi amo? Váyanse muy enhoramala todos los prados del Bierzo y todas las vacas del mundo, y viva mi don Alvaro que es primero. Martina, le dijo después con seriedad; ya sabes que primero es la obligación que la devoción, y por eso yo aunque me corría prisa, bien lo sabe Dios, nunca quise que dejaras á doña Beatriz. Pero válgame Dios, exclamó como sorprendido, ¡y yo que no me había acordado de ella! ¿y qué ha dicho la infeliz? ¿qué es de ella?

Martina entonces le contó llorosa todo lo acaecido, narración que dejó confuso y turbado al pobre Millán con la perfidia del conde y lo negro de la trama en que su amo se había visto envuelto.

—Y ahora, concluyó diciendo la muchacha, el viejo anda por los rincones llora que llora y zumba que zumba, y la señora, como es natural, más afligida que nunca; pero como ni uno ni otro quieren darse á entender su sentimiento, andan los dos por ver quién engaña á quién, sin lograrlo ninguno; porque á lo mejor cuando se encuentran sus miradas se echan á llorar como dos perdidos. Si te he de decir la verdad, no sé quién me causa más lástima.

—¡Vaya por Dios! respondió Millán con un suspiro: pero y mi amo, ¿dónde para, porque yo no he oído nada por el camino?

Martina que sabía muy bien lo poco devoto que su amante era del Temple, gracias á la superstición común, había esquivado en la narración el punto de la determinación de don Alvaro, pero como ya no era posible ocultarlo, tuvo que decírselo.

—¡Dios de mi alma! exclamó el mozo consternado, ¿no

valía más que de veras hubiera muerto, que no guardarle para la hoguera con todos esos desdichados descomulgados por el Papa? No, pues en eso permíteme: si él quiere perder su alma, yo estoy bien avenido con la mía, y no será el hijo de mi madre quien se quede á servirle para que después le tengan á uno por nigromante y hechicero.

—¿Sabes lo que digo, Millán? repuso la muchacha, es que debe haber mucha mentira en eso de los templarios, porque cuando se ha entrado en la orden un señor tan cristiano y principal como tu amo, se me hace muy cuesta arriba creer esas cosas de magia y herejía que dicen.

—¿Qué sabes tú, respondió él con un poco de aspereza; don Alvaro está desconocido desde sus malhadados amores y es capaz de hacer cualquiera cosa de desesperado. En fin, yo allá voy, porque á eso estoy obligado, pero quedarme con él mucho lo dificulto. ¡Ojalá que no le hubiera comido el pan, ni me hubiese sacado medio ahogado del Boeza!.... ¡Mal haya tu cuenta! añadió mirando con ceño á su futura; que por tus cosas no estamos ya casados en paz y en gracia de Dios, y libres de semejantes aprietos, en vez de que así, Dios sabe lo que será de nosotros

—Pero, hombre, repuso ella con dulzura: ¿qué querías que hiciera estando doña Beatriz así?

—Sí, sí, contestó él como distraído: no me hagas caso, porque no sé lo que me digo..... ¡Qué demonio de hombre! ¡haberse metido templario!..... Pero en fin, yo allá voy y sea lo que Dios quiera. Adios, Martina.

Y dándola un abrazo bajó presuroso la escalera sin aguardar á más; montó en su jaco, y tan de prisa cabalgó, que en poco más de una hora estaba en Ponferrada. La resolución que tan terminantemente anunció en el principio y durante su enfado, de no servir á don Alvaro, según hemos visto, se iba debilitando poco á poco, y á medida que se acercaba á la bailia, se iba deshaciendo como la nieve de las sierras al sol de mayo. El buen Millán era de una índole excelente, y luego los hábitos de amor y de fidelidad hacia don Alvaro se confundían en su imaginación con

los recuerdos de sus primeros años, porque se había criado en su castillo siendo el compañero de su infancia. Las hidalgas prendas de don Alvaro, la largueza con que en su testamento había atendido á su suerte, y las desdichas que habían formado el tejido de sus jóvenes años, eran otros tantos eslabones que le unían á él. Así fué que cuando llegó al castillo, su determinación se la había llevado el viento, y solo pensó en asistir y servir á su antiguo dueño, mientras durasen aquellos tiempos revueltos, á despecho de supersticiones, recelos y antipatías de toda clase. Muy de estimar era este sacrificio en un hombre preocupado con las groseras creencias de la época, y que de consiguiente, solo á costa de un terrible esfuerzo podía determinarse á saltar por todo.

Por mucha que fuese su prisa se dirigió antes á la celda del maestro, que le recibió con su bondad acostumbrada, y que deseoso de proporcionar á su sobrino una sorpresa con que pudiese dar vado en cierto modo á sus sentimientos oprimidos, le condujo inmediatamente á su aposento.

—Aquí os traigo, sobrino, un conocido antiguo, le dijo al entrar, con cuya vista presumo que os alegraréis.

—Ese será mi fiel Millán, repuso al punto don Alvaro: ¿qué otra persona se había de acordar de mí en el mundo.

Millán entonces sin poderse contener salió de detrás del maestro que ocupaba la puerta, y corrió desalado á arrojarle á los pies de su señor, abrazando sus rodillas, y prorrumpiendo en lágrimas y sollozos que no le dejaban articular palabra. Don Rodrigo se ausentó entonces, y don Alvaro enternecido, pero reprimiéndose sin embargo, porque no acostumbraba á mostrar delante de sus criados ningún género de transporte, le dijo levantándole.

—No así, pobre Millán, sino en mis brazos, vamos, abrázame, hombre..... en cuanto vine pregunté por ti: ¿qué es de tu persona? ¿por dónde andabas?

—Pero, señor, ¿es posible, exclamó el escudero, que des-

pués de lloraros por muèrto os encuentro ahora en ese hábito?

—Nunca le tuviste gran afición, contestó el caballero procurando sonreirse, pero ahora que le visto yo, fuerza será que le mires con mejores ojos, siquiera por amor del que fué tu amo.

—¡Cómo es eso del que fué mi amo! le interrumpió el escudero como con enojo: mi amo sois ahora como antes, y lo seréis mientras yo viva.

—No, Millán, respondió don Alvaro con reposo, yo no tengo ya voluntad, sino la del maestre, mi tío, y sus delegados. Los bienes que te dejaba en mi testamento como galardón de tu fidelidad, ya no te pertenecen en rigor por haber salido falsa mi muerte, pero intercederé con mi tío para que te los dejen, porque en realidad yo estoy muerto para el mundo, y quiero regalarte esa memoria.

—Señor, contestó el escudero sin dejarle pasar más adelante: para nada necesito esos bienes estando con vos: pero si por vos mismo no podéis admitirme á vuestro servicio, yo iré á pedírselo de rodillas al maestre, vuestro tío, y no me levantaré hasta que me lo conceda.

—No, Millán, respondió don Alvaro, yo sé que tú tienes otras esperanzas mejores que las de venir á servir á un templario en medio de los peligros que cercan esta noble orden. Todavía tienes una madre anciana, y amas á Martina, con lo cual sin duda vivirás tranquilo y con toda aquella ventura que puedes juiciosamente apetecer en esta vida.

—En cuanto á mi madre, replicó el escudero, bastaba el que os abandonase para granjearme su maldición; pero por lo que hace á Martina, que tenga paciencia y me espere, que yo también la he esperado á ella. Además, que no creáis que por eso se enoje, porque la pobrecilla os quiere bien y.....

Don Alvaro temblando que no añadiese alguna otra cosa que no deseaba oír, se apresuró á atajarle, diciéndole que su resolución estaba tomada y que no quería envolver

á nadie en las desgracias que pudieran sobrevenirle. Con esto se entabló una disputa de generosidad entre amo y mozo, firme aquel en su propósito, y éste no menos aferrado en su voluntad; disputa que dirimió el maestro, haciendo ver á su sobrino la poca cordura que había en desechar un corazón tan generoso en circunstancias como aquellas. Con esto quedó Millán instalado en sus antiguas funciones, y don Rodrigo, así por recompensar su lealtad, como por complacer á su sobrino, confirmó la donación hecha en el testamento, para que no tuviera que arrepentirse nunca el buen Millán de su desprendimiento.

## CAPÍTULO XXIV.

---

Las diferencias del rey con don Juan Núñez de Lara se compusieron por fin más á placer de aquel orgulloso rico hombre, que á medida del decoro real, porque el poder de don Fernando quebrantado con lo largo del sitio de Tordehumos, y enflaquecido además con la defección de varios señores y la retirada de otros, no era bastante ya á postrar aquel soberbio vasallo. Asentáronse pues, las condiciones y tratos dictados por la ocasión: volvió don Juan de Lara á su mayordomazgo: conservó á Moya y Cañete y demás pueblos que tenía, y el rey hubo de restituirle su gracia. ¡Notable mengua la de la corona! pero que sin embargo, no dejaba de tener sus ventajas, porque además de ser prudente transigir con la necesidad, al cabo le quedaban al rey las manos sueltas y desembarazado el ánimo para dar cima al negocio de los templarios, que según se veía, no podía allanarse sino por la fuerza de las armas. Sin duda los cimientos de la orden estaban minados y vacilantes en la opinión, pero aquel cuerpo robusto se sostenía así y todo, por la enérgica cohesión de sus partes, por sus recuerdos de gloria y por el miedo que á todos inspiraba su poder, única verdadera causa de su ruina.

No se negaban los caballeros á comparecer en juicio, delante de los prelados españoles, ni menos declinaban su jurisdicción, pero alegando las torpes calumnias que contra ellos se derramaban entre el vulgo, los asesinatos de Francia y toda aquella inaudita persecución, protestaban que no se entregarían indefensos en manos de sus enemigos, y que en sus castillos y conventos aguardarían la sentencia de los obispos, y la definitiva resolución del Papa. Por lo demás, blasonaban de leales y obedientes, aseguraban con el mayor empeño que solo su defensa les movía, y con su conducta firme y prudente, parecían poner de manifiesto á los ojos de la muchedumbre, la falsedad de los cargos, junto con su firme resolución de defender su honor y su existencia hasta el último trance.

De toda la gente que con tanta flojedad y desvío sirvió á don Fernando en la demanda de Tordehumos, no encontró á nadie remiso ni desmayado: tal era la codicia que en todos los corazones despertaban los ópimos despojos del Temple. Fácil le fué por lo tanto juntar una hueste numerosa y lucida, aunque no sobraba ciertamente para trance tan difícil, y de nuevo comenzó el estruendo de la guerra á resonar por toda la España; porque como el empeño era igual en Aragón, por ambas partes, á donde quiera, alcanzaban los aprestos y disposiciones. Solo el rey de Portugal permanecía en lo exterior frío espectador de la contienda, si bien su ánimo estaba inclinadísimo á la religión del Temple, y aun empleaba buenos oficios con el Sumo Pontífice, para apartar de su cabeza la tormenta fatal que desde los más remotos ángulos de Europa venía á amontonarse sobre ella. Este rey sabio, más de lo que parecía consentir aquella época ignorante y ruda, para desconocer la grosera trama en que estribaba la persecución de la orden, y no menos caballero que discreto, sentía que tal fuese el premio de tantas glorias, honores y triunfos, cuando aquellos brazos invencibles tenían aun en la península enemigos en quienes continuar la gloriosa cruzada española de siete siglos. Así pues, tanto en Aragón como en Castilla, es-

taban pendientes los ánimos de aquella lucha fatal, cuyo término y desastres no era muy fácil prever, porque si de una parte peleaban el número y la fuerza, militaban en la otra la inteligencia de la guerra, la disciplina y la clase de los combatientes, cualidades de gran precio en medio del desbarahuste de la época.

El señor de Arganza, como Merino Mayor que era del Bierzo, recibió la orden de alistar inmediatamente los ballesteros y gente de armas que pudiese, é ir á juntarse en los confines de Galicia con los escuadrones de su yerno el de Lemus. Honra era esta de que con gusto infinito se hubiera excusado á no mediar su hidalguía, porque merced á los desengaños y pesares que sufría, semejante empresa iba presentándose á sus ojos con sus verdaderas formas y colores. Su enemistad con el Temple, falta de pábulo hacía algún tiempo, se había amortiguado poco á poco, y la conducta de Saldaña y de don Alvaro en los sotos de su palacio, junto con el decoro y caballerosidad que no había dejado de guardar con él el maestro don Rodrigo á pesar de sus desvíos, habían acabado de debilitarla. Sus sueños de ambición, por otra parte, iban revistiéndose de tristísimos colores delante de la realidad inexorable que de bulto le mostraba la perfidia negra del conde, y la triste cuanto abundante cosecha de tribulaciones y angustias que había sembrado para su hija única. Y por colmo de desventura, ahora le llamaba la suerte á pelear con el único hombre que había conquistado y merecido aquel corazón de ángel, y cuya imagen probablemente estaba esculpida en él á despecho de todo. Aquejábanle además embarazos domésticos, pues conocida la ruindad del conde, que desde su ausencia ni por cortesanía había enviado satisfacción, mensaje ni escrito alguno, no le parecía justo llevarle su esposa, y por otra parte no era decoroso ni prudente dejar á doña Beatriz expuesta á los azares y contratiempos de una guerra, que con tales visos de sangrienta y dudosa se mostraba. Perplejo y confuso en medio de tantos inconvenientes, hubo de consultar con doña Beatriz que como prevenida

por su discreción y tristeza, manifestó poca sorpresa y menos dudas ni tropiezos.

—Padre mío, le respondió, no os inquietéis por mí, pues ya sabéis que es patrimonio de la desdicha, estar segura y defendida en todas partes. Guárdense los dichosos en buen hora, que á mí me guarda mi estrella. Sin embargo, como en tales ocasiones no hay sagrado sino al pie de los altares, me encerraré en Villabuena, mientras dure la guerra entre nosotros.

—¿En Villabuena, Beatriz? respondió el viejo, ¿y podrás resistir las memorias que aquellos lugares despertarán en tu corazón?

—Sonrióse ella melancólicamente, y contestó á su padre con dulzura:

—No fueron los peores de mi vida los días que pasé á la sombra de sus claustros y arboledas. ¡Ojalá que mudando de lugares, se mudase también de pensamientos! pero entonces el hombre sería dueño de sus penas, y el cielo no le probaría en la escuela de la adversidad. Llevadme, pues, á Villabuena donde ya sabéis que me quieren bien, y caminad á la guerra sin zozobras y sin cuidados, pues allí quedo tranquila y segura. Una cosa, sin embargo, quisiera encomendaros, añadió con una inflexión de voz que revelaba con harta claridad lo que en su interior estaba pasando. Ya sabéis que entre los que vais á combatir como enemigos, hay una persona á quien hemos hecho mucho mal. También sabéis que la serpiente de la calumnia lo está envolviendo en sus anillos ponzoñosos..... mirad por él, y procurad, si no remediar, aliviar por lo menos los dolores que por nuestra culpa sufre.

—No por la tuya, ángel de Dios, replicó el anciano, sino por la mía. ¡Quiera el cielo perdonarme! Siempre le había agradecido la cuna ilustre en que nací y las riquezas de que me rodeó desde la niñez, pero ahora con el pie dentro del sepulcro, reconozco lo funesto del don, y muchas veces me he dicho en mis desvelos nocturnos: «¡cuánto más dichosa hubiera sido mi hija con nacer en una cabaña de es-

tos valles!.... En fin, hija mía, tus deseos serán cumplidos, y yo procederé como quien soy: ¡ojalá que mis ojos hubieran estado siempre tan abiertos como ahora!

Después de esta breve conversación, quedó determinado el viaje á Villabuena que se verificó á los dos ó tres días. No hacía muchos meses que el rigor paternal había conducido allí á doña Beatriz; su madre quedaba sumida en el llanto; ella se veía desterrada de la casa paterna y apartada de don Alvaro, pero la esperanza la alentaba, el valor la sostenía, un germen de vida y de hermosura, al parecer inagotable, realizaba las gracias de su cuerpo, y por último, una primavera llena de pompa y lozanía, parecía acompañar con su verdor, el verdor y frescura de sus sentimientos y presagiarle una existencia próspera y floreciente. ¡Miserable inestabilidad la de las cosas humanas! En tan corto espacio de tiempo aquella madre cariñosa había pasado á las regiones de la eternidad: su valor no había alcanzado á defenderla contra la mano de hierro del destino: su libertad había caído en holocausto de su generosidad delante de un hombre manchado de delitos: su salud se había consumido, disipádose su hermosura: don Alvaro había salido del sepulcro solo para morir de nuevo y para siempre á los ojos de su esperanza, y por último, en vez de aquellas arboledas frondosas, de tantos trinos de pajarillos, y de las auras suaves de mayo, los vientos del invierno silvaban tristemente entre los desnudos ramos de los árboles, los arroyos estaban aprisionados con cadenas de hielo, y solo algunas aves acuáticas, pasaban silenciosas sobre su cabeza ó graznando ásperamente á descomunal altura. ¡Dolorosa consonancia de una naturaleza amortecida y yerta, con un corazón desnudo de alegría y vacío del perfume de la esperanza.

La cabalgata se componía de las mismas personas que la otra vez, pero ya fuese que la disposición de ánimo de los señores, se pegase á los criados, ya que lo pantanoso del camino y lo frío y destemplado de la estación les hiciese atender á sus cabalgaduras y les quitase todo deseo de

hablar, el resultado fué, que durante el viaje, apenas se les oyó una palabra. El mismo Mendo, cuyos instintos torpes y groseros solían alejarle de ciertas emociones, propias tan solo de organizaciones más delicadas, parecía mustio y apesadumbrado en aquella ocasión. Sin duda el pobre palafrenero iba cayendo en la cuenta de que por muy conde y muy señor que fuese el de Lemus, no llegaba á juntar otras cosas que no hacen menos falta, como la hombría de bien y la bondad del carácter. Acostumbrado á ver en sus amos entrambas cualidades y aun muchas más, el cuitado Mendo las creía anejas á toda nobleza y poderío, y ahora, desengañado ya en fuerza de reflexiones y evidencias, se le oyó exclamar más de una vez desde la aventura del soto, provocada por su imprudencia.—¡Qué demonio de hombre!..... ¡tan señor y tan pícaro!..... ¡Quién lo hubiera creído con tanto oro y unos vestidos tan ricos!..... ¡Vaya una grandeza bien empleada!..... ¡Y yo, necio de mí, que le prefería al valeroso don Alvaro! ¡Vamos, vamos! ¡no me lo pida Dios en cuenta, que no hará sin duda, porque está visto que soy un podenco y solo sirvo para tratar con caballos!..... Con semejantes desahogos probaba el buen caballero, sino su agudeza, por lo menos su buen corazón, y sin duda todos ellos sonaban entre sus dientes, cuando tan mohino caminaba para Villabuena. En cuanto á Nuño y Martina, sobrado enterados estaban de los incidentes de aquel terrible drama, para no tomarse en él un vivísimo interés.

Al cabo de dos ó tres horas de caminar, llegaron por fin al monasterio, donde las religiosas ya prevenidas, estaban esperando en comunidad á una tan principal señora, que por otra parte para todas había sido una hermana en su poco distante hospedaje en aquella santa casa. Todo estaba en el mismo orden y animado por el mismo espíritu de pureza y de modestia: igual expresión en los semblantes, igual tranquilidad en las miradas, igual serenidad y compostura en los modales: solo en doña Beatriz había mudanza. Las monjas, que habían esperado encontrarla resti-

tuída á su primera robustez y lozanía, de todo punto recobrada de los pasados males y llena de contento con su ilustre esposo, se pasmaron de ver su estenuación, sus miradas á un tiempo lánguidas y penetrantes, la flacura de su cuerpo, y al escuchar sobre todo el metal de su voz en que vibraba un no sé qué de profundo y melancólico, que las penetraba como de angustia. Ajenas la mayor parte de aquellas cándidas mujeres á las tempestades del corazón y á las amargas experiencias del mundo, se perdían en conjeturas sobre las causas de aquel súbito y lastimoso cambio en una persona, á quien la suerte había mirado desde el nacer con ojos en su entender benignos. Como doña Beatriz no había exhalado una queja durante su reclusión en el monasterio, creían que su amor á la soledad y sus frecuentes distracciones, provenían de la natural tendencia de su carácter y de su sensibilidad delicada, pero no de su alma profundamente ulcerada. Solo la abadesa, algo más versada en los dolores del corazón y en los desengaños de la vida, conoció el estado de aquella criatura que tan de cerca le tocaba. El encuentro de tía y sobrina fué triste y afflictivo, como era de suponer, pues con él se renovó la memoria de la reciente pérdida de doña Blanca; pero doña Beatriz vertió sin embargo pocas lágrimas. Aquel noble carácter, cada día se reconcentraba un poco más, semejante á las flores que al aproximarse la noche cierran su cáliz y recogen sus hojas. Eran además sus males de los que solo la mano de la religión puede sanar, y con aquella noble altivez y pudor que sienten siempre las almas elevadas, procuraba retirarlos de los ojos del vulgo y presentarlos solamente á la vista del dispensador del bien. Como quiera, este sosiego aparente acababa de devanar el seso de las pobres monjas, que no acertaban á componer con él las visibles huellas del pesar que en su semblante se descubrían.

Doña Beatriz se aposentó en su antigua celda, desechando otra mejor y más desahogada que le tenían dispuesta, dando por razón el apego que con la costumbre había

cochado á su primer vivienda. Las hermanas lo atribuyeron á modestia y humildad cristiana, en lo cual tenían alguna razón porque siempre fueron prendas que resaltaron en ella; pero la verdadera causa de su indiferencia y fácil contentamiento era otra. ¿Qué podían importarles vanas atenciones, ni respetos, cuando sus pensamientos pertenecían á otro mundo, y solo para descansar alguna vez de su incesante vuelo se posaban por instantes en la tierra?....

Don Alonso se partió de Villabuena en la misma tarde á cumplir como bien nacido, los mandatos de su rey y dar calor á los preparativos de guerra, que por todas partes se hacían. La presencia de aquellos lugares se le hacía cada vez más penosa, y por eso se apresuró á dejarlos. Encomendó, pues, su hija al cuidado de la abadesa con particular encarecimiento, y se encaminó á las montañas del Burbia á levantar gente y ordenar su mesnada. La suerte le destinaba á pelear con el que, por un influjo más benigno, destinaba en otro tiempo para su yerno, y no era esta la menor de sus pesadumbres, pues sobrado conocía la ansiedad que produciría en el ánimo de doña Beatriz aquella lucha fatal entre su padre y el hombre que, aunque perdido para ella, no se borraba de su memoria. Sus sentimientos personales, además, habían sufrido grande alteración, y el árbol de su ambición comenzaba á dar tan amargos y desabridos frutos, que á costa de su vida hubiera querido arrancarlo; pero sus raíces se habían ahondado en el corazón de su hija, y solo arrancándolo con ellas pudiera lograr su objeto. La obligación de juntarse con el conde y concertar con él todo lo perteneciente á la guerra, era muy penosa para su pundonoroso carácter, una vez descorrido el velo que tanta ruindad y perversidad habían encubierto: de manera que su camino por donde quiera estaba sembrado de abrojos y sinsabores.

El abad de Carracedo, que desde las bodas de doña Beatriz y la muerte de su madre se había extrañado de Arganza por entero, movido del amor á la paz y deseoso de atajar el torrente de males que de nuevo ama-

gaban á la trabajada Castilla, y sobre todo al Bierzo, medió entonces con eficacia entre el conde de Lemus, el señor de Arganza y el maestro don Rodrigo. Aunque su carácter era duro y austero en demasía, y su rencor contra el Temple bastante vivo, fundábase este en su deferencia ciega á la Sede romana, y no estaba aquel como vimos ya en otra ocasión, sordo á los sentimientos afectuosos y puros. Ahora que las mayores catástrofes y miserias estaban pendientes sobre aquella orden que como la suya se había cobijado al nacer bajo el manto de San Bernardo, su caridad se despertó vivamente, y su antigua amistad con el maestro recobró sus derechos. Todo su celo y diligencia hubieron de naufragar, sin embargo, porque la corona estaba decidida á borrar aquella caballería de la tierra de España, y los templarios por su parte, prontos á presentarse en juicio, y sumisos á la autoridad del Papa, se negaban justamente á despojarse de sus medios naturales de defensa, recelosos, y con harto fundamento, de que se renovasen en ellos las desaforadas crueldades de Francia. Así, pues, viendo frustrarse una tras de otra todas sus tentativas, hubo de juntar su corta hueste á la del señor de Arganza, y obedecer como sacerdote católico y fiel vasallo las órdenes del rey y del Papa.

Los aprestos bélicos siguieron por lo tanto con la mayor actividad por parte de las tropas de Castilla, pues los templarios, de antemano prevenidos y aprovechándose de las enormes ventajas que sus riquezas, su subordinación y disciplina les daban sobre sus contrarios, no hicieron más sino estarse á la defensiva, según lo tenían determinado, y aguardar el trance del combate. Los peligros de semejante empresa se ocultaban á su orgulloso y altivo valor, y cansados de la paz con los moros, á que los habían obligado las alianzas de Castilla con los reyes de Granada y sus discordias intestinas, codiciaban nuevos laureles ganados en defensa de su honor y de su existencia. Don Rodrigo mismo, á pesar de sus tristes previsiones y de sus años, parecía animado de un ardor juvenil, al verse cerca de dar

su vida por el honor de su orden; bien como un caballo envejecido en las batallas relincha y se extremece á pesar de su debilidad, al oír la trompeta guerrera.

Cualquiera que fuese el entusiasmo con que por ambas partes pudiera emprenderse esta lucha, había en cada bando un hombre que saludaba su sangrienta aurora con particular júbilo y esperanza. Estos dos hombres eran el conde de Lemus y el señor de Bembibre. Los pesares del corazón y los desengaños de la vida en el uno: la ambición y codicia desapoderada en el otro, y en entrambos el odio y el valor, les mostraban los trances venideros bajo los colores de sus deseos. Don Alvaro para mayor humillación del conde, se había negado á hacer campo con él por la desigualdad que con su ruin comportamiento había introducido entre los dos: pero en aquella ocasión desnudo ya de voluntad propia, como lo estaba de sus antiguos derechos de señor independiente, podía completar su venganza, y lavar con sangre su ofensa. El conde, de cuya memoria no se apartaba aquel ultraje, y á quien su proceder no podía menos de avergonzar, anhelaba ardientemente cerrar para siempre la boca de aquel testigo inexorable y terrible, y desagraviar con su muerte su orgullo ofendido. Así, pues, ambos aguardaban la ocasión de medir sus fuerzas con ansiedad indecible, bien ajenos de la suerte que su sino fatal les preparaba.

## CAPÍTULO XXV.

---

La posición militar de los templarios en el Bierzo, según ya dejamos dicho en otro lugar, no podía ser más aventajada. Por el lado de Castilla nada tenían que temer, porque las encomiendas y fortalezas que allí poseían darían demasiado que hacer á las huestes del rey, y en el país, los vasallos de don Alvaro que por su profesión habían pasado al poder del Temple, eran contrapeso sobrado á las fuerzas del abad de Carracedo y del señor de Argan-

za. Las suyas propias eran más que bastantes para conservar la posesión de la tierra y cerrar ambas entradas de Galicia con los fuertes de Cornatel y del Valcarce.

Sin embargo, las gentes que de toda Galicia juntaba el conde de Lemus en Monforte, iban componiendo ya una hueste poderosa formada en su mayor parte de montañeses ágiles, robustos y alentados, acostumbrados á los ejercicios de la caza y diestrísimos ballesteros en general. El conde era además capitán muy hábil, y aunque odiado en el país, su liberalidad y desprendimiento, siempre que la ocasión lo requiera, le granjeaban la voluntad de la gente de guerra. Su astucia, además, había sabido aprovecharse de la crédula superstición de los montañeses, pintando á los templarios con los más negros colores, y atizando más y más aquel horror secreto con que miraban las artes diabólicas y maravillosas y los ritos impíos, á que suponían entregados á los caballeros de la orden. Con semejantes voces y estímulos no parecía sino que iban á emprender una cruzada contra infieles, según el tropel de soldados que corrían á ponerse debajo de sus banderas, deseosos algunos de servir al rey, y codiciosos otros de botín y ganancias, y todos agujados del deseo de poner pronto fin á un mal que tan grande les pintaban. Juntó por fin un tercio y sus gentes comenzaron á moverse por la encañada del Sil, como una nube amenazadora que iba á descargar sobre Cornatel, acaudilladas por el conde en persona.

Este era el peligro de más bulto á que había que acudir: así el comendador Saldaña, que para servir de padrino á don Alvaro se había quedado durante algunos días en Ponferrada, volvió prontamente á su antigua alcaidía. Don Alvaro solicitó licencia de su tío para acompañarle y la consiguió al punto, con lo cual nada quedó que desear al anciano caballero, más poseído que nunca de sus extraños pensamientos de gloria y de conquista. La idea de ser el primero en pelear por el honor de su cuerpo, y tener por contrario al enemigo más encarnizado que contaba en Castilla, le envanecía y alegraba extraordinariamente, porque si

en los motivos se diferenciaba algo, no era menor ni menos profundo que el de don Alvaro, el rencor que abrigaba contra el conde. La afición que había cobrado á su ahijado, violenta como todos sus afectos, había avivado esta hoguera con todos los pesares que la perfidia del rico-hombre gallego había derramado sobre aquella alma generosa y llena de bondad: y el deseo de llenarla con las emociones de la gloria, y de asentar su fama sobre la ruina del enemigo, comunicaba energía nueva á todos sus movimientos y disposiciones, y al parecer le quitaba de delante de los ojos las hondas heridas que su causa recibía en lo restante de Europa. Pronto se sintió su presencia en el castillo; pues tanto su brazo como su ingenio infundían por todas partes el valor y la confianza, y sus antiguos compañeros y soldados le acogieron con extraordinaria alegría. Desde aquella enriscada altura, extendió su mirada tranquila y satisfecha por los precipicios que la rodeaban, por el lago de Carucedo, entonces crecido con las aguas y corrientes del invierno y por las llanuras del Bierzo que desde allí se descubrían, y tendiendo la mano á don Alvaro y apretándosela fuertemente, le dijo con los ojos alzados al cielo y con acento religioso y recogido: *Dominus mihi custos et ego disperdam inimicos meos* (1).

Don Alvaro solo le respondió, apretándole también la mano fuertemente y poniéndola en seguida sobre su corazón con un gesto vehemente y expresivo. El comendador recorrió en seguida el castillo con el mayor cuidado, examinando muy prolijamente sus murallas, y convenciéndose de su buen estado, se recogió á su cámara sosegado y confiado en sus gentes y en sus medios de defensa. Verdaderamente él es tal, aun ahora, que sus obras avanzadas han desaparecido y está cegado el foso de todo punto, que no es de extrañar la confianza de su alcaide en aquella época.

---

(1) Este versículo está esculpido en una lápida en el castillo de Ponferrada, y parecía servir de divisa.

Cualquiera que ella fuese, los enemigos tardaron poco en llenar aquellos contornos con el ruido de sus armas. A los dos ó tres días, los puestos de soldados de la guarnición, que llegaban hasta las Médulas, se fueron retirando sucesivamente, y dejaron al conde dueño del campo con sus bandadas, no muy veteranas ni disciplinadas, pero en cambio pintorescas y vistosas en sumo grado. Sus lanzas, y hombres de armas venían equipados con cierta regularidad, y aun sus caballos traían las defensas de costumbre; pero los peones variaban extraordinariamente. Los gallegos de Valdeorras y de otros valles y pueblós que componen la mayor parte de la provincia de Orense, venían armados de cueras de pellejo de buey bien adobadas, y traían además en la cabeza unas monteras que casi por entero la cubrían. Las piernas traían hasta las rodillas con unos greñescos muy anchos de lienzo blanco, y lo demás desnudo menos el pie, que cubría un enorme zueco de becerro, y de madera. Las armas en unos eran picas, y en los otros unas porras de gran peso y guarnecidas de puntas de hierro, cuyo golpe debía de ser fatal en aquellos brazos robustos y fornidos. Todos ellos se distinguían por su corpulencia, por su fuerza y por la pesadez de sus movimientos.

Los de las montañas de la Cabrera traían todos gorros de pieles de cordero, colete muy largo de piel de becerro destazada y de color rojizo; calzones ajustados de paño oscuro, y unas pellejas rodeadas á las pantorrillas y sujetas con las ligaduras y correas de la abarca. La traza de estos serranos era viva, ágil y suelta; su cuerpo enjuto, su fisonomía atezada y seca, porque su vida dura de cazadores y pastores, los sujetaba á todas las asperezas é inclemencias de su clima; y las armas que usaban eran un gran cuchillo de monte al cinto y su ballesta, en la cual eran muy certeros y temibles. Pudiérase decir de los unos que componían la infantería de línea de aquel pequeño ejército, y de los otros, que eran los flanqueadores y tropas ligeras á quienes por lo fragoso del país debería caber la mayor gloria y peligro de la demanda, que no dejaba de ofrecerlo grave.

Toda esta gente acampó á la falda del antiguo monte *Meduleum*, tan celebrado por su extraordinaria abundancia de criaderos de oro durante la dominación romana en la península ibérica. Esta montaña horadada y minada por mil partes, ofrece un aspecto peregrino y fantástico, por los profundos desgarrones y barrancos de barro encarnado que se han ido formando con el sucesivo hundimiento de las galerías subterráneas, y la acción de las aguas invernizas que la cruzan en direcciones inciertas y tortuosas. Está vestida de castaños bravos y matas de roble, y coronada aquí y allá de picachos rojizos y de un tono bastante crudo, que dice muy bien con lo extravagante y caprichoso de sus figuras. Su extraordinaria elevación, y los infinitos montones de cantos negruzcos y musgosos que se extienden á su pie, residuo de las inmensas excavaciones romanas, acaba de revestir aquel paisaje de un aire particular de grandeza y originalidad, que causa en el ánimo una emoción misteriosa. De las galerías se conservan enteros muchos trozos que asoman sus bocas negras en la mitad de aquellos inaccesibles derrumbaderos, y dan la última pincelada á aquel cuadro, en que la magnificencia de la naturaleza y el poder de los siglos, campean sobre las ruinas de la codicia humana y sobre la vanidad de sus recuerdos. Al pie de la montaña está fundada la aldea de las *Médulas* poco considerable en el día, pero que en la época de que hablamos era mucho más pobre y ruin todavía. Aquí asentó el conde sus reales, rodeado del trozo más florido y mejor armado de su gente, y la que no pudo ampararse de las pocas chozas que allí había, se repartió por las minas y cuevas para buscar un abrigo contra la intemperie de la estación. La caballería se ladeó hacia la izquierda, y se extendió por las orillas del lago de Carucedo que le brindaban abundosos pastos y forrajes. De esta suerte repartidos, púsose el sol turbio y triste de Diciembre, y estableciendo sus guardias y precaviéndose como lo pedía la vecindad de un enemigo audaz y temible, aguardaron al rededor de sus hogueras la venida del nuevo día.

Amaneció este, y al punto los clarines, gaitas y tambores saludaron sus primeros resplandores. Los relinchos de los caballos á la orilla del lago, los ecos de los groseros instrumentos, las voces de mando y los romances guerreros de aquellas alegres y animadas tropas, resonaban con extraordinario ruido entre aquellas breñas y precipicios; y los corzos y javalíes huían asustados por las laderas con terribles saltos y bufidos. Semejante estruendo y algarabía formaba raro contraste con el reposo y silencio del castillo, cuyos caballeros inmóviles como estatuas reflejaban en sus bruñidas armaduras los tempranos rayos del sol. El ronco murmullo, que se oyó entre ellos, fué el de los salmos y oraciones matutinas, que entonaron á media voz de rodillas, con la cabeza descubierta, las lanzas y espadas inclinadas al suelo, y el rostro vuelto hácia el oriente. Concluído este acto religioso tornaron á su silencio y recogimiento ordinario, aguardando en actitud briosa la llegada del enemigo, que de momento á momento se acercaba, á juzgar por la distinción y claridad con que se oían sus instrumentos músicos. Don Alvaro pidió licencia para batir y registrar el campo, pero el comendador no se la otorgó, resuelto, á pesar de su ardimiento y cólera, á no romper el primero las hostilidades, conforme á lo acordado entre los templarios españoles; y temeroso por otra parte de que don Alvaro, sin escuchar más voz que la de su resentimiento, no se empeñase temerariamente. Otro caballero de más edad salió á la descubierta, y después de reconocer bien al enemigo y haber escaramuzado ligeramente con sus correedores, se volvió á dar cuenta á Saldaña de su expedición.

Mientras tanto las cejas de los montes vecinos se fueron coronando de montañeses, que no cesaban en sus rústicas tonadas. Los gallegos se extendieron por la ladera más suave que se extiende hacia Bermés; y la caballería, á que por la naturaleza del terreno y la clase del ataque no podía caberle gran parte de peligro ni de gloria, se estacionó en la reducida llanura que corona la cuesta de Río Ferreiros, ocupando el camino único de Cornatel, y cortando